La Serie del Amor Silencioso

Un romance de la Regencia de amor prohibido y ternura contenida



La Novia Inesperada del Duque

Francine Yorke

FRANCINE YORKE

La Novia Inesperada del Duque

Un romance de la Regencia de amor prohibido y ternura contenida

Copyright © 2025 by Francine Yorke

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

Está prohibido copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin la debida autorización.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

1. Bajo las Luces del Destino
2. Sombras en la Casa Ashbury
3. Luz de la mañana y sombras del deber
4. El encuentro con el duque monstruo
5. La visita y la verdad revelada
6. La casa de las sombras
7. La desaparición de Cordelia
8. La propuesta del Duque
9. Un pacto de gracia
10. La visita a la modista
11. Un vals antes de la eternidad
12. Un anuncio de matrimonio
13. Antes del alba
14. La boda en la Capilla de St. James
15. La Dama de Greystone
16. La Noche del Silencio
17. El monstruo que temía la luz
18. El eco de las notas
19. El monstruo que amaba la luz
20. El silencio entre nosotros

21. La noche y la tormenta
22. El eco del mar
23. El silencio compartido
24. El nombre del alma
25. La herida que no quiso mostrar
26. El reloj que quebró el silencio
27. La rendición
28. El amanecer en Greystone
29. La mañana después
30. Greystone y la promesa
31. La Duquesa Asciende
32. El eco del verano
33. Sombras en Greystone
34. Sombras sobre el mar
35. La Intrusa de Greystone
36. La Noche de la Decisión
37. La Última Luz de Greystone
38. Bajo la Lluvia de Londres
39. El regreso silencioso
40. La carta y la mentira
41. Bajo las sombras del mar
42. La mañana antes de la tormenta
43. Bajo la luz del juramento

44. La Verdad Entre Cenizas

45. La Verdad entre Cenizas

46. Después de la Tormenta

Epilogue

Afterword

One

Bajo las Luces del Destino



Cecily nunca había visto tanta luz… ni se había sentido tan diminuta bajo su resplandor.

Las arañas de cristal del Salón de Almack destilaban fuego y oro, esparciendo destellos sobre el suelo pulido hasta que cada rincón parecía arder con vida propia. La música crecía y se deslizaba, los violines elevándose como risas sobre el murmullo de la conversación. El aire olía a rosas, a cera de abejas y a vino; un perfume tan denso que respirar parecía un atrevimiento, una profanación de algo sagrado.

Era hermoso. Dolorosamente hermoso.

Y, sin embargo, nada de aquello parecía destinado a ella.

De pie, al borde del salón de baile, sus dedos enguantados jugueteaban con el lazo de su pequeño bolso. Las debutantes giraban bajo las lámparas, sus vestidos floreciendo como pétalos en movimiento: marfil, lila, rosa, plata. Cada sonrisa era una obra de arte ensayada, cada mirada, una súplica silenciosa por ser notada.

Cecily intentó sonreír también, pero sus labios temblaron con incertidumbre. Nadie la miraba.

La voz de la Reina aún resonaba en su mente, clara como el tañido del cristal.

—Exquisita. La viva imagen de la gracia.

Aquellas palabras habían sido para Cordelia, no para ella.

Sus ojos hallaron a su hermana con facilidad, pues Cordelia brillaba como una estrella en el corazón del salón. La alabanza de la Reina había sido profecía cumplida. Los caballeros la rodeaban como abejas en torno a la miel, sus cumplidos cayendo tan libres como su risa. Ella pertenecía a ese mundo de seda, de luz, de admiración.

Cordelia siempre había pertenecido.

Durante todo el día, la casa giró en torno a ella: cintas escogidas, joyas debatidas, su cabello trenzado y deshecho hasta alcanzar la perfección. La voz de su madre vibraba con instrucciones, la de su padre con orgullo. Incluso los sirvientes se movían como si el éxito de toda la Temporada dependiera de la belleza de Cordelia.

Y probablemente así era.

La propia imagen de Cecily, la que había visto en el espejo horas antes, acudió sin permiso: una figura pálida en un vestido azul suave, ni atrevido ni notable, una muchacha que podría desvanecerse al lado de su hermana sin que nadie lo notara. Tal vez eso fuera una bendición. Tal vez la invisibilidad tuviera su propia forma de gracia.

Intentó mantenerse erguida como le había enseñado su madre —barbilla alta, hombros relajados—, pero le resultaba difícil respirar

bajo el peso de tantas velas y expectativas. El salón centelleaba a su alrededor como un sueño que le negaba la entrada.

Retrocedió un paso, buscando la seguridad de la sombra, y chocó con un hombro.

—Mira por dónde vas —dijo una muchacha vestida de satén rosado, su sonrisa dulce y cruel a la vez.

Su compañera susurró tras un abanico tembloroso:

—Arabella, es la hermana de Cordelia.

—Oh —ronroneó la primera, con brillo malicioso en los ojos—. Dile que no se enorgullezca demasiado. La belleza radiante ya tiene dueño.

Se alejaron, dejando tras de sí su perfume y su risa entrelazados como humo.

Cecily permaneció inmóvil, el pulso desbocado. Al otro lado del salón distinguió a una dama de seda gris plateada, serena y altiva, que la observaba con una expresión indescifrable antes de volver a su círculo. Aquella mirada fugaz hizo que el estómago de Cecily se contrajera. Quizá la lástima fuera peor que la crueldad.

El aire se había vuelto espeso. Las risas sonaban frágiles ahora, como vidrio a punto de romperse. Permaneció en su rincón, las manos entrelazadas con fuerza, deseando desaparecer.

Así que esto era la Sociedad, pensó.

El lugar donde la vida debía comenzar… y, sin embargo, con cada segundo se sentía más pequeña.

—No te quedes aquí, querida —dijo una voz a su lado, firme y divertida.

Cecily se volvió y encontró a una anciana de porte imponente observándola con ojos agudos y sabios.

—Por supuesto, señora —dijo rápidamente, haciendo una reverencia—. ¿Puedo ayudarla?

—Sería tan amable. —La dama sonrió y tomó su brazo sin esperar permiso—. Estos huesos viejos no fueron hechos para tanto brillo. Lady Honoria Flint —se presentó—. ¿Y tú eres…?

—Cecily Ashbury —respondió en voz baja.

—Ah, la señorita Ashbury. —El tono de Lady Flint se suavizó, con una comprensión irónica—. Ven, escapemos del perfume de la ambición. El aire fresco sienta mejor a las almas sinceras.

El aire nocturno era un bálsamo: fresco, perfumado de rosas y con un leve toque salino del Támesis. Cecily lo respiró hondo, agradecida por un mundo que no brillaba. Faroles iluminaban la terraza, y el jardín dormía bajo la luz plateada de la luna.

—¿No te agradan los bailes, señorita Ashbury? —preguntó Lady Flint mientras caminaban por el sendero de grava.

—Me abruman un poco —admitió Cecily—. Todos parecen saber exactamente qué decir. Yo solo pienso en el silencio.

—El silencio —reflexionó Lady Flint—. Una virtud rara en Londres. Consérvalo, querida, pero aprende cuándo romperlo.

Cecily esbozó una sonrisa leve.

—Dudo que alguien me notara, aunque lo hiciera.

—Te notan —dijo la anciana en voz baja—. Simplemente no te ven.

Antes de que Cecily pudiera responder, el sonido de ruedas las distrajo. Un carruaje negro y pulido se había detenido junto a la

terraza. De él descendió una dama de porte majestuoso, envuelta en seda esmeralda, su cabello dorado brillando bajo las lámparas.

—Lady Greystone —saludó Lady Flint con calidez—. Ha pasado una eternidad.

La Duquesa inclinó la cabeza.

—La Reina insiste en mi asistencia. Y mi hijo debe encontrar esposa pronto; el deber llama más fuerte que la comodidad.

—Entonces permítame serle útil. —Lady Flint se volvió hacia Cecily, una chispa traviesa en los ojos—. Su Gracia, le presento a la señorita Ashbury, una de las pocas debutantes con suficiente gracia para ayudar a una anciana a llegar a su carruaje.

Cecily se sonrojó intensamente.

—Lady Flint exagera, Su Gracia.

La mirada de la Duquesa se posó en ella. No era cruel, pero sí evaluadora, como si la midiera según un patrón invisible.

—Ashbury —repitió pensativa—. Posees una dulzura natural, señorita Ashbury. Espero que volvamos a encontrarnos.

—Sería un honor, Su Gracia —dijo Cecily, haciendo una reverencia.

Con una inclinación llena de gracia y distancia, la Duquesa regresó al resplandor dorado del salón. Lady Flint suspiró, apretando con suavidad el brazo de Cecily.

—Recuérdala, querida. La fortuna suele andar vestida de seda esmeralda.

Mientras caminaban hacia el carruaje, Lady Flint murmuró:

—Pobre Nathaniel. Heredar tan joven, después de tanta tragedia. La muerte de su padre fue… inquietante, dicen. Algunos la llaman

justicia, otros, desgracia. Pero los susurros nunca han abandonado su nombre.

El corazón de Cecily se ablandó.

—Qué terrible.

Lady Flint asintió.

—Aprenderás, señorita Ashbury, que la dulzura es el valor más raro de todos. No dejes que el mundo te endurezca. —Sonrió, suave y sabia—. Recuerda esto: la valentía no es la ausencia de miedo, sino la voluntad de avanzar a pesar de él.

Cecily la ayudó a subir al carruaje, hizo una última reverencia y observó cómo las ruedas se perdían en la oscuridad.

La terraza estaba más silenciosa ahora. Una brisa fría agitó su chal. Desde las ventanas del salón flotaba la música: violines, risas, el ritmo medido de una danza campestre. Cecily se volvió hacia las puertas, dispuesta a regresar a su invisibilidad.

Entonces, un grito rasgó la noche.

Grave. Airado. Seguido del golpe brutal de carne contra carne.

Se quedó helada.

En el extremo de la terraza, dos hombres forcejeaban; uno retrocedía tambaleante, el otro avanzaba con una furia casi elemental. La luz de las antorchas captó el cabello del atacante: ardía rojo, como cobre y fuego. Otro golpe cayó. Los lacayos contuvieron el aliento, dudando intervenir.

El pulso de Cecily retumbaba. El mundo se redujo a ese hombre: de hombros anchos, ensangrentado, vivo de cólera. Su ojo izquierdo cubierto por una tira de cuero negro, el derecho brillando verde, cortando la oscuridad.

Y entonces la miró.

Sus miradas se encontraron entre el caos. Por un instante, la música, los gritos y la propia noche desaparecieron.

No había disculpa en él, ni contención, solo furia —cruda, humana— y algo más profundo, peligroso.

Un murmullo recorrió a los presentes.

El Duque de Greystone.

Cecily retrocedió, el aliento roto. No lo conocía, pero el peso de su mirada la aplastó como un secreto. Se volvió y huyó, sus faldas susurrando contra la piedra mientras la música la engullía de nuevo.

Dentro, los candelabros ardían igual que antes. Cordelia reía otra vez, radiante y adorada. Nadie notó las manos temblorosas de Cecily ni el modo en que su corazón se negaba a calmarse.

Había deseado toda su vida pasar inadvertida.

Esa noche, la había visto el único hombre al que ninguna mujer debería mirar jamás.

Two

Sombras en la Casa Ashbury



El fulgor del salón la golpeó como una bofetada tras el frío del aire nocturno.

Cecily se deslizó de nuevo al interior, la cabeza baja, deseando fundirse una vez más con la multitud resplandeciente, desaparecer en el anonimato dorado que conocía tan bien.

Apenas había tomado aliento cuando una mano la aferró del brazo.

—¿Dónde has estado? —La voz del vizconde Ashbury cortó la música como una hoja, afilada e implacable.

Cecily se sobresaltó, los ojos abiertos de par en par.

—Yo… he acompañado a Lady Honoria Flint a su carruaje.

—¿A su carruaje? —siseó él, el color subiendo a sus mejillas—. Mientras el resto de la sociedad baila, ¿tú desperdicias la velada con una mujer célebre por su escándalo y malicia? ¡Niña insensata!

—Solo intentaba ser…

Pero sus palabras se disolvieron cuando las grandes puertas se abrieron de golpe.

Lady Ashbury entró con paso decidido, Cordelia a su lado. Las mejillas de su hermana estaban encendidas, no por vergüenza, sino por irritación.

—¡No comprendo por qué debemos irnos! —exclamó Cordelia, la voz aguda de protesta—. ¡Estaba hablando con el vizconde Julian Thorne!

—Guarda silencio, Cordelia —ordenó Lady Ashbury con dureza, su mirada recorriendo el salón como si buscara a alguien… o huyera de alguien.

Cecily se atrevió a preguntar:

—¿Alguien podría explicar…?

El agarre de su padre se cerró sobre su muñeca. No fue cruel, pero sí urgente, un aviso.

—No más preguntas —murmuró.

Juntos abandonaron el salón como una ráfaga que apaga una llama, dejando tras de sí murmullos que titilaban como brasas.

Cordelia tropezó, enredando su falda en el talón de su madre.

—¡Esto es absurdo! ¡El baile apenas ha comenzado!

—Cordelia —la voz de Lady Ashbury descendió, tensa, temblorosa—. Basta.

Las puertas del palacio se cerraron tras ellos con una solemnidad atronadora.

Afuera, la noche se había vuelto más fría. Las lámparas lanzaban halos pálidos sobre la grava. Ninguno de sus padres pareció sentir el hielo del aire. El vizconde Ashbury casi empujó a sus hijas dentro del carruaje que aguardaba. Cecily lanzó una última mirada por encima del hombro al resplandor dorado, a las risas, a aquel mundo que

apenas había comenzado a vislumbrar, antes de que la puerta se cerrara sobre todo ello.

El carruaje arrancó.

El silencio cayó, pesado como un sudario.

Solo los suspiros quebradizos de Cordelia lo interrumpían.

Cecily permaneció rígida, las manos enguantadas apretadas en el regazo. El rostro de su padre era una máscara, los ojos fijos en la ventana oscura, como esperando persecución.

Los labios de su madre estaban sin color, su abanico crujía en la mano, las varillas de marfil quejándose bajo la presión.

Parecían una pareja que acababa de ver un fantasma.

Cecily no se atrevió a hablar.

Cuando llegaron a la mansión Ashbury, su padre las despidió con una gentileza que no admitía réplica.

—Vayan a sus habitaciones —dijo con voz baja.

Cecily obedeció al instante, subiendo la escalera con la cabeza inclinada, mientras Cordelia refunfuñaba detrás, indignada por la partida repentina.

Cecily deseó preguntar qué había sucedido, pero la tensión en los rostros de sus padres había congelado todo valor en su garganta.

En su alcoba, cambió el vestido por una bata ligera y se sentó ante la chimenea apagada. El aire aún olía a agua de rosas y polvos de arroz, pero el silencio de la casa la envolvía como una niebla espesa.

El sueño no llegó.

Su mente regresaba, una y otra vez, al hombre del rostro marcado y el ojo oculto bajo el cuero negro.

Un estremecimiento la recorría cada vez que recordaba la fuerza de aquella mirada, cómo había ardido a través de ella, implacable.

¿Por qué la había mirado así?

¿Había cometido alguna falta invisible?

Y, sin embargo, ni siquiera sabía quién era.

El misterio le inquietaba el corazón más de lo que se atrevía a admitir.

Incapaz de soportar su propia agitación, Cecily se levantó y salió en silencio al pasillo, con la sola intención de buscar un vaso de agua.

Mientras descendía las escaleras, un golpe sordo resonó desde el despacho de su padre, tan brusco que la detuvo en seco.

Impulsada por una curiosidad temerosa, se acercó, deteniéndose junto a la puerta entreabierta.

A través de la rendija, la luz de las velas parpadeaba sobre los rostros pálidos de sus padres.

—¿Cómo puede ser que tu deuda con el duque de Greystone sea conocida por su familia? —la voz de su madre temblaba, aguda y quebrada—. ¡Juraste que murió con él! ¡Que nadie más sabía de la apuesta!

El ceño del vizconde Ashbury se marcó profundamente.

—Eso creía, hasta que llegó la carta esta tarde. No sé cómo se descubrió. Pero si Lady Greystone ha regresado a la ciudad después de tantos años, temo lo que pueda significar.

La mano enjoyada de Lady Ashbury retorcía su pañuelo.

—¿Y cómo pagaremos? No me has dado las rentas prometidas. ¡No tengo nada!

Él rió con amargura.

—¿Nada? ¿Y qué hay de tus vestidos, tus joyas, los caprichos interminables de tu hija? Gastas como si nuestros cofres no tuvieran fondo.

—¿Y tú? —escupió ella—. ¿Qué hay de tus mesas de juego, señor? ¡Devoran más que todos mis vestidos juntos!

Las voces se elevaron, golpeando las paredes como cristales rotos.

Por fin, Lord Ashbury golpeó la mesa con la palma.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Vender tus sedas y tus baratijas?

—¡No! —gritó ella—. ¡Aunque vendiéramos esta casa, no bastaría! ¡Y no permitiré que me despojen de lo que es mío!

—¡Mejor perder bienes que la vida! —bramó él. El tintero tembló bajo su puño. Su mirada se volvió hacia la ventana, oscura de miedo —. ¿No comprendes lo que significaría si Nathaniel Greystone viniera a reclamarnos? Ese hombre no perdona. Su honor es tan afilado como su espada.

Lady Ashbury palideció. Su voz descendió a un susurro.

—Hablas de Lord Harold…

—Sí —gruñó él—. Harold se creyó intocable… hasta que Greystone lo abatió ante los propios hombres del Rey. Nadie osó alzar una mano contra él.

El color huyó del rostro de Lady Ashbury. Sus dedos enjoyados se aferraron al corpiño.

—Si hizo eso con Harold…

—Entonces imagina —dijo Lord Ashbury con tono lúgubre— lo que hará con nosotros si fallamos.

Lady Ashbury vaciló. Su mirada se perdió un instante, y luego, de pronto, una chispa de cálculo encendió sus ojos.

—Eso es —susurró—. He oído rumores. Busca esposa. Una joven duquesa. Solo debemos ofrecerle lo que desea.

—¿Cordelia? —preguntó él lentamente—. ¿Crees que la consideraría?

—¿Y por qué no? Es la joya de la Temporada. Belleza, gracia, admiración… todo lo que un hombre de rango podría desear para mostrar a su lado.

Su voz se aceleró, febril con alivio.

—Eso saldará tu deuda, restaurará nuestro nombre y elevará a nuestra hija más de lo que jamás soñó.

Él vaciló, luego asintió lentamente, con gravedad.

—Dos victorias de un solo golpe. La deuda borrada y nuestra familia asegurada.

Sus risas —frías, delgadas, triunfantes— recorrieron el despacho como una corriente helada.

Cecily llevó una mano temblorosa a los labios. Su corazón latía tan fuerte que temió que la descubrieran.

Aunque entre ella y Cordelia había poca ternura fraterna, la idea de verla vendida para salvar el honor familiar le llenó el pecho de angustia.

¿Era así como funcionaba su mundo?

¿Los afectos comerciados como monedas, los matrimonios comprados con miedo y deuda?

Su corazón dolía de tristeza y confusión.

Se apartó de la puerta tan silenciosa como había llegado, dejando atrás las voces.

De regreso en su habitación, se apoyó contra la puerta, temblando.

Afuera, el viento susurraba contra los cristales, trayendo el eco lejano de un trueno.

Cecily cerró los ojos, pero las palabras no la abandonaron.

El duque de Greystone. Nathaniel Greystone.

Y aunque no habría sabido explicar por qué, una sola imagen la persiguió en la oscuridad:

ese destello de cabello rojo bajo la luz del fuego,

y el ojo verde, implacable,

que la había visto cuando nadie más lo había hecho jamás.

Three

Luz de la mañana y sombras del deber



La luz de la mañana se derramó, pálida, sobre la alfombra de Cecily, dorando los diminutos motas de polvo que flotaban en su soledad. El mundo más allá de su ventana estaba en calma, envuelto en un silencio que hacía que pasar una página pareciera casi un acto de audacia.

El libro reposaba abierto sobre su regazo: *Los misterios de Udolfo*, de la señora Ann Radcliffe, cuyas hojas susurraban cámaras cerradas, cartas desaparecidas y heroínas que buscaban coraje en el silencio. Cecily rozó el borde de la cubierta gastada, buscando consuelo en su peso familiar. En esas páginas hallaba la clase de valentía que nunca exigía público.

Era la única paz que conocía, hasta que la puerta se abrió de golpe con una fuerza que hizo rechinar las bisagras.

Lady Ashbury se plantó en el umbral, las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes de molestia.

—¿Cecily, qué haces?

Sobresaltada, Cecily cerró el libro sobre sus rodillas.

—Solo leo, mamá.

—¿Leer? —la voz de su madre se afiló—. ¿Mientras todas las debutantes de Londres están a esta hora en su toilette, peinándose, pintando las mejillas y preparándose para recibir visitas? ¡Cielos, ¿es que aún debes parecer tan descuidada?! Por lo menos arréglate, hija.

Las palabras golpearon a Cecily como un puñetazo. Bajó la mirada.

—¿Y para qué debo arreglarme, mamá, si nadie viene?

Lady Ashbury suspiró, pesada e impaciente.

—Porque hay que ser vista antes de ser elegida. Las apariencias, Cecily, las apariencias. Quizá, si la fortuna te favorece, algún caballero reparará en ti. Vístete ahora. Te esperaré en el salón.

La puerta se cerró con un clic resuelto.

Por un momento Cecily permaneció muy quieta, con el libro sobre las rodillas. Un viejo dolor se agitó en su pecho, agudo e implacable. ¿Qué valía ella, en verdad? Incluso su madre hablaba de ella como si fuera una carga, una criatura que había que soportar antes que amar. Tal vez el mundo la juzgaba con acierto: pálida, frágil, sin rasgos notables. En una sociedad que adoraba la belleza, lo único que le quedaba era la obediencia: inclinarse, sonreír, vivir en silencio bajo el techo paterno, sabiendo que ningún caballero la reclamaría jamás como esposa.

Al bajar al salón, el aire estaba cargado de olor a agua de rosas y polvos. El lugar bullía de movimiento; las criadas corrían de un lado a otro, cintas y sedas ondeando entre sus manos. El leve siseo del

almidón al frotar telas se mezclaba con el parloteo. Cada sonido le recordaba a Cecily lo ajena que era en su propia casa.

En el centro de todo, Cordelia brillaba como la misma mañana, dando órdenes con la gracia desenvuelta de una reina. Cecily se detuvo en la puerta y murmuró:

—Buenos días.

Su saludo pasó inadvertido. Se acercó un poco más, y la voz cortante de su hermana la alcanzó.

—Cecily, pásame esa cinta.

Conteniendo un suspiro, Cecily obedeció, depositando el satén en la mano de su hermana.

—¿Te preparas para una recepción, Cordelia? Estás tan…

—¿Radiante? ¿Hermosa? —Cordelia sonrió, plenamente satisfecha—. Sí, lo estoy. Debo estar perfecta hoy, porque los pretendientes empezarán a llamar. Tú no puedes entender esas cosas, Cecily. No importa si prefieres enterrar la nariz en tus libros.

Los labios de Cecily se curvaron apenas.

—Si mamá no me lo hubiera mandado, seguiría leyendo, en verdad.

Cordelia rió, un sonido dulce con filo de burla.

—Qué apropiado. Harás una excelente wallflower. No importa, querida hermana. Te cuidaré cuando yo sea condesa—o tal vez marquesa.

Las palabras pincharon como espinas, pero Cecily guardó silencio. Se refugió en un rincón tranquilo, donde su padre estaba oculto tras los amplios pliegues de su periódico.

—Cordelia —exclamó él, bajando la hoja—. Estás en los titulares: la debutante más atractiva de la Temporada.

Las mejillas de Cordelia se encendieron.

—¿Ves? ¿No lo dije? Pobre Arabella quedará humillada más que nadie. —Su risa atravesó la estancia, triunfante e indiferente.

En aquel instante irrumpió Lady Ashbury, sin aliento, los ojos brillantes.

—¡Ha llegado el primer pretendiente!

Una ola de emoción recorrió la sala. Las criadas desaparecieron a las órdenes de Cordelia, y ella misma se acomodó con gracia en el sofá, manos plegadas, mirada baja con modestia ensayada.

La puerta se abrió para revelar a un caballero alto, de cabellos claros, portando un ramo. Cecily lo reconoció de inmediato: Sebastian Hawthorne, heredero de un marquesado, el mismo que la noche anterior había bailado con Cordelia más de una vez. Saludó a Lady Ashbury, al vizconde y hasta a Cecily, antes de inclinarse para besar el guante de Cordelia.

Cordelia lo recibió con una sonrisa tímida, la imagen misma de la inocencia; su risa anterior se desvaneció. La habitación centelleó de admiración.

Mientras los demás conversaban, Cecily recogió el periódico que su padre había dejado a un lado. Sus ojos iban a posarse en el titular que ensalzaba los encantos de su hermana, cuando otro artículo la detuvo y la dejó sin aliento.

El regreso de la familia Greystone:
Su primera aparición en sociedad desde la tragedia del difunto duque.

Sus dedos quedaron fríos junto a la página, como si la tinta hubiera helado su sangre.

La conversación que había oído la noche anterior se reprodujo en su mente, cada palabra encajando con horrible precisión. El rostro condescendiente de Lady Honoria Flint, la mirada fría de la duquesa, el miedo susurrado de sus padres: todo se alineaba en una única y terrible verdad.

La cortesana que había conocido era, en efecto, la Duquesa de Greystone, la misma a la que su familia debía tanto. No era de extrañar que el gesto de aquella dama se hubiera entornado al oír el nombre Ashbury.

El pulso de Cecily se aceleró. ¿Sería cierto, entonces, que el plan desesperado de sus padres no era mera fantasía, sino una intriga ya puesta en marcha? ¿Consideraría la duquesa a Cordelia—radiante, adorada, la favorita de las columnas—como esposa adecuada para su hijo? Quizá mamá tuviera razón. ¿Quién podría negarse a una debutante cuya belleza deslumbraba a todo Londres?

Perdida en ese pensamiento turbio, Cecily alzó la vista y vio que varios caballeros ya se arremolinaban en torno a Cordelia, voces deseosas y admiración a flor de piel. Nadie, ni siquiera de refilón, la miró a ella. Era una flor pálida, escondida en la sombra de un gran invernadero: presente, pero invisible entre flores más brillantes.

Bajó la cabeza. El dolor en su pecho se hizo tan hondo que le faltó el aire. Intentó distraerse con el periódico de nuevo, pero las letras se emborronaron. Alcanzó un volumen de historia cercano con la esperanza de ocupar la mente, pero cada línea se le escapaba. Al fin lo cerró con un suspiro.

No podía quedarse allí, condenada a ver a su hermana bañar-se en miradas mientras ella se disolvía en la penumbra. Decidió dar un paseo; tal vez una visita a la floristería del señor Sennington calmaría su ánimo. Entre flores quizá encontrara un mundo más amable, donde el color y el aroma no compitieran por atención sino que florecieran en compañía.

Al cruzar el salón, el bullicio la rodeó. Criadas apresuradas, caballeros inclinándose, risas que brillaban como cristal; y Cecily, deslizándose inadvertida entre ellos, sombra bajo los candelabros. Apenas uno o dos ofrecieron un saludo distraído.

—Cecily, ¿a dónde vas? —la voz de Lady Ashbury resonó por la estancia.

Sorprendida, Cecily se volvió.

—Solo quiero arreglarme el vestido, mamá —respondió en voz baja.

—Siéntate ahora mismo. Quién sabe, quizá alguno de los admiradores de Cordelia repare en ti.

—No sería lo mejor —murmuró Cecily. Y en voz más alta añadió: — No tardaré, mamá.

Lady Ashbury hizo un gesto con la mano.

—Muy bien, ve.

Cecily salió. La calle estaba bañada en sol, pero su calor no le llegó. Una brisa ligera traía el tenue olor a lilas del jardín, pero su corazón seguía pesado, más frío que la noche anterior. Sabía cuál era su lugar en la familia: siempre segunda, si no la última. Ese conocimiento no era nuevo, pero aquella mañana cortó con más filo que antes.

Y, sin embargo, bajo la calma del día, no logró desterrar la memoria de aquella mirada verde que ardía en la oscuridad.

Four

El encuentro con el duque monstruo



Tras un largo tramo, el paso de Cecily se aligeró al distinguir la fachada familiar de Sennington & Co. Flores.

La tienda brillaba contra el gris de la calle, con sus escaparates rebosantes de color. Caballeros entraban y salían en constante procesión, cada uno portando trofeos fragantes destinados a las debutantes más admiradas de Londres.

Cecily no se engañaba: ninguno de aquellos ramos era para ella.

¿Para qué esperar en vano los obsequios que jamás llegarían? Era mucho mejor elegir sus propias flores y reunir belleza por cuenta propia.

Dentro, el aire era tibio y saturado de perfume. Rosas, lirios y peonías se apiñaban sobre las mesas, compitiendo por espacio entre cintas y ramitas de gypsophila. El ambiente zumbaba con voces, con el susurro del papel y el chasquido de las tijeras.

Tras el mostrador, el señor William Sennington se inclinaba sobre su libro de cuentas, murmurando mientras contaba sus monedas. En

una mesa cercana, una joven de cabello rojizo ataba una cinta rosada alrededor de un ramo.

—**Flora** —llamó Cecily, su voz iluminándose de alivio.

Flora levantó la vista enseguida, sus ojos chispeando.

—¡**Señorita Ashbury!** Qué honor vuelve a concederme su presencia. —Corrió hacia ella sonriendo—. ¿Viene por flores?

—No exactamente. —Cecily le devolvió la sonrisa—. He venido a visitarte, o quizá a ayudarte con los arreglos, si me lo permites.

—¡Oh, señorita Ashbury, es usted demasiado amable! Pero no debe molestarse. Es el día más ocupado de la temporada, aunque puedo arreglármelas.

—No sería molestia —respondió Cecily suavemente—. Mi corazón se siente intranquilo, y creo que arreglar flores podría serenarlo.

El gesto de Flora se suavizó.

—Entonces, es más que bienvenida. Haga cuanto le plazca, señorita. Ya sabe que este lugar siempre le pertenece.

La sonrisa de Cecily se profundizó.

—Eres la bondad en persona, Flora.

Ambas se acomodaron en la mesa de trabajo, pronto con las manos ocupadas entre los tallos y pétalos. El perfume tenue de las rosas y el olor limpio de los tallos húmedos se elevaban como un bálsamo.

—Entonces —dijo Flora, en tono ligero—, ¿cómo fue el gran baile de debutantes? Mary me contó que no pasó por aquí antes, aunque lo esperaba.

—Mejor que no lo hiciera —respondió Cecily con calma, escogiendo margaritas y peonías con dedos cuidadosos—. No fui

hecha para semejante escenario. Mi hermana brilla lo bastante por las dos.

Flora frunció el ceño.

—Lamento que piense así, señorita. Muchos caballeros distinguidos compraron ramos para las señoritas Ashbury. Seguro alguno sería para usted.

Cecily negó suavemente, entrelazando una ramita de gypsophila entre las flores.

—No, Flora. Eran para Cordelia. Nadie se preocupa por mí.

—Eso no puede ser cierto —dijo Flora con ternura—. Usted es más de lo que cree. La admiro, señorita. Me trata como a una igual, aunque no soy más que una huérfana que trabaja entre flores. Usted es generosa, noble, y más hermosa de lo que imagina.

Los labios de Cecily se curvaron apenas.

—Eres demasiado amable. No soy hermosa, Flora.

—Lo digo en serio. —Los ojos de la florista brillaron traviesos. Tomó un ramo terminado, se arrodilló en una rodilla y, con voz profunda y teatral, exclamó—: Señorita Cecily Ashbury, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Cecily soltó una carcajada, sorprendida por la alegría repentina. El sonido le resultó extraño, tras tantos días pesados.

Tomó el ramo con fingida solemnidad.

—Sí, señor Bloom, acepto.

Ambas estallaron en risas. La pena que oprimía el corazón de Cecily pareció disiparse, como si el perfume de las flores hubiera devuelto el color a su alma.

El silencio se posó un instante antes de que la campanilla de la puerta sonara con un violento tintineo.

El aire cambió. La puerta se abrió de golpe y un grupo de jóvenes nobles irrumpió con arrogancia ostentosa. Sus voces resonaron altas, insolentes. Uno de ellos llevaba una venda que le cruzaba la mejilla, el moretón alrededor del ojo dándole un aire grotesco. Parecía orgulloso de ello, mostrando la herida como si fuera una insignia.

Avanzaron entre los pasillos estrechos como si el lugar les perteneciera, ordenando a los demás clientes apartarse. Tomaban flores, las olían, las arrojaban al suelo. Los pétalos caían como confeti pálido a sus pies.

El señor Sennington se llevó las manos a la cabeza y corrió hacia ellos, haciendo reverencias.

—Por favor, señor Killington, tome las flores que desee, se lo ruego —balbuceó—. No las destruya. Se las ofrezco sin costo alguno.

El herido, James Killington, lo ignoró por completo. Sonrió con crueldad a sus compañeros. Uno de ellos se echó a reír y gritó:

—Vamos, James. Aunque consiguieras el mejor ramo de Mayfair, ¿cómo podrías presentarte ante la señorita Ashbury con esa cara?

La sonrisa de Killington se ensanchó, gélida.

—Jamás me rechazaría. Ninguna debutante se atreve a negar al caballero más encantador de Londres.

Las carcajadas resonaron, vulgares y desconsideradas.

De un manotazo descuidado, un ramo cayó al suelo. Flora se sobresaltó y se agachó para recoger los tallos.

La mirada de Killington se clavó en ella.

—Tú. Harás un ramo digno de mi nombre. Si mi dama encuentra un solo defecto, responderás por su disgusto.

Flora palideció, temblando.

—Sí, señor —murmuró.

La tensión en el aire se volvió insoportable.

Entonces uno de los jóvenes se detuvo, entornando los ojos.

—Esperen… ¿no es esa la muchacha de anoche?

—¡Sí! —gritó otro—. ¡La misma a la que James se burló antes de que el duque de Greystone lo derribara!

El silencio cayó. Todas las miradas se volvieron hacia Cecily.

El rostro de Killington se endureció; la chispa del reconocimiento se tornó en algo más oscuro. Avanzó hacia ella con pasos medidos, el aliento espeso a brandy.

—Así que eras tú —dijo en voz alta—. Dime, ¿qué relación tienes con el duque monstruo?

Cecily sintió que el aire se le detenía.

—No comprendo su pregunta, señor.

La sonrisa de Killington se volvió cruel.

—No disimules. ¿Eres su prometida, acaso? Me atacó solo por decir la verdad: que eres una criatura lamentable, destinada a marchitarte como flor de pared. Pero si te hallaras sin pretendientes, podría condescender a tomarte por amante.

Las risas estallaron, toscas y punzantes.

El pecho de Cecily ardió de humillación, pero sostuvo el mentón en alto, su dignidad colgando de un hilo.

—No entiendo su insolencia, señor —dijo, aunque su voz tembló —. Le ruego me disculpe.

Cuando se dirigía a la puerta, la voz burlona la siguió.

—¡Tenga cuidado, señorita Ashbury! El duque monstruo podría devorarla entera.

Las risas la persiguieron hasta la calle.

Afuera, el aire frío le golpeó el rostro como lágrimas. Aceleró el paso, la vista nublada.

Cada palabra cruel le resonaba en la mente, junto con la imagen del miedo en el rostro de Flora. No había hecho nada para defenderla. Qué inútil era. Qué patética.

Quizá ellos habían dicho la amarga verdad.

Pero una frase se aferraba a su pensamiento, girando en su confusión: prometida del duque monstruo.

¿Qué podían significar? Ella no conocía ningún compromiso así.

¿El duque de Greystone era ese monstruo al que se referían?

Aquel hombre de la cicatriz y el parche negro…

¿Por qué había golpeado al señor Killington tras aquellas palabras?

¿Podría haber sido por ella? No. Imposible. Eran desconocidos. No podía importarle.

Se decía que era implacable, un hombre cuyo temperamento era tan temido como su poder.

No, su intervención no había sido por compasión.

Su pañuelo se le deslizó de las manos temblorosas y cayó al suelo. Se agachó a recogerlo, pero otra mano, enfundada en guante de cuero oscuro, se adelantó.

Su corazón dio un vuelco. Se irguió lentamente.

—¿Señorita?

La voz era grave, firme, inconfundiblemente masculina. Cecily se congeló.

El aire se le quedó atrapado. Sus dedos seguían extendidos hacia el lino caído. Lentamente, levantó la vista.

La luz del sol tocó el cobre de su cabello y brilló sobre el parche negro que cubría su ojo izquierdo.

El duque de Greystone estaba frente a ella. Alto, imponente, el mismo hombre cuya furia había silenciado una terraza entera la noche anterior.

Su rostro tenía líneas firmes, y la cicatriz bajo el cuero acentuaba una severidad que parecía dominar hasta la calle misma.

Los ojos de Cecily se abrieron de par en par; su corazón latía con violencia. Por un momento, no pudo respirar.

Entonces, con un reflejo de sensatez —o de miedo— bajó la mirada enseguida, como si mirarlo demasiado pudiera invocar peligro.

Él le extendió el pañuelo, su mano enguantada inmóvil.

—¿Es suyo?

La mano de Cecily tembló al tomarlo.

—Gracias, Su Gracia —murmuró, apenas audible. Hizo una rápida reverencia, sin atreverse a mirarlo.

El peso de su presencia se le clavó en el pecho, firme e implacable.

Se volvió y siguió su camino, el sonido de sus pasos perdido entre el traqueteo de los carruajes y el murmullo de la calle.

No miró atrás.

Apenas recordaba el trayecto de regreso.

El mundo se volvió borroso: el rumor de los coches, el aroma a lilas de los jardines, el golpeteo de los cascos, todo se desvanecía.

Cuando por fin cruzó el umbral de Ashbury House, sus fuerzas la abandonaron.

Permaneció quieta en el vestíbulo, respirando con dificultad, el corazón aún repitiendo el eco de aquella voz.

Había conocido al duque monstruo,

y nada volvería a ser igual.

Five

La visita y la verdad revelada



—¿Dónde has estado? —La voz aguda de Lady Ashbury cortó el salón en cuanto Cecily cruzó el umbral. La mirada de su madre repasó su vestido desordenado y el cabello alborotado con visible irritación—. Dijiste que solo querías arreglarte el vestido, y sin embargo desapareciste casi una hora.

—Y—yo solo salí un momento —balbuceó Cecily, sorprendida.

—¿Sola? —los ojos de Lady Ashbury centellearon, incrédulos—. ¿Cuántas veces he de decirte que una joven bien criada no sale sin acompañante? Es muy indecoroso.

—No estaba sola —replicó Cecily con rapidez—. Flora me acompañaba. Estábamos arreglando flores en su tienda.

—¿Flora? —los labios de Lady Ashbury se curvaron en desdén—. ¿Esa huérfana de la floristería? Cecily, por los cielos. No debes rebajarte tratando con plebeyas. En lugar de cultivar amistades con quienes están en tu misma posición, malgastas las horas en tonterías.

—Arreglar flores no es una tontería —murmuró Cecily, su voz apenas audible.

Lady Ashbury dejó escapar un largo suspiro, cansado e impaciente. —Basta. Sube y arréglate. Al menos haz el gesto de no parecer arrastrada por los setos. Un caballero os espera en el salón de la familia.

Cecily parpadeó. —¿Para mí, mamá?

—Sí, para ti —respondió Lady Ashbury con brusquedad—. Considérate afortunada. Las oportunidades no vuelven dos veces. No desaproveches esta. No debes darle motivo para arrepentirse, ¿entiendes?

—Sí, mamá —susurró Cecily, mientras el corazón comenzaba a acelerarse.

Se apresuró a su alcoba, deteniéndose ante el espejo para alisar los rizos y secar con cuidado los tenues restos de lágrimas que aún manchaban sus mejillas. Trató de ocultar sus ojos enrojecidos bajo una compostura serena. Al bajar de nuevo, vaciló en el umbral del salón familiar.

Cordelia, radiante como una mañana de primavera, estaba sentada rodeada de admiradores. Caballeros se agrupaban a su alrededor en gesto de admiración, mientras la risa flotaba por la estancia como música. Cecily dudó, hasta que un joven alto y de cabellos claros se levantó y se acercó a ella con visible nerviosismo.

—Señorita Ashbury —dijo, inclinándose antes de rozar con los labios su mano enguantada.

Cecily se sonrojó. —Señor…?

—Blythe. Edmund Blythe —se presentó, sonriendo con sincera timidez.

—Buenas tardes, señor Blythe. Debo pedir perdón si le hice esperar.

—En absoluto —respondió con calidez—. Un caballero nunca resentiría la espera cuando la recompensa merece tanto la pena. —Extendió un pequeño ramo de violetas, ligero y fragante.

Cecily se sonrojó al aceptarlo. —Sois muy amable, señor.

Tomaron asiento junto al hogar. Detrás de ellos, la risa de Cordelia brillaba como el rumor de la seda, distante e inevitable. El señor Blythe habló de placeres modestos —libros, bocetos, paseos campestres— con voz sincera y manera natural. Cecily se dejó relajar por su tono afable.

—¿Y a usted, señorita Ashbury? —preguntó—. ¿Qué es lo que más le deleita?

—Me gustan las cosas silenciosas —admitió—. Los libros. Los jardines. Arreglar flores.

—Ah, belleza en la mente y en la mano —dijo—. Honra a la vez el arte y la naturaleza. Eso es cosa rara.

Ella sonrió levemente. —Solo espero que perdonen mis intentos torpes.

—Sois demasiado modesta —replicó, con mirada amable—. Hoy he venido solo para conocerla.

La sorpresa de Cecily fue evidente. —¿De veras? La mayoría de quienes llaman vienen por mi hermana.

Su expresión era sincera. —Me atrajo vuestra gentileza, señorita Ashbury.

Antes de que Cecily respondiera, Cordelia se adelantó con paso ligero, cada gesto medido y gracioso. —Perdonad mi interrupción —dijo con dulzura—, pero la hora avanza para las visitas.

El señor Blythe se levantó de inmediato, visiblemente incómodo. —Ciertamente, se acerca la tarde. Debo retirar-me. Gracias, señorita Ashbury, por recibirme tan amablemente. —Bese otra vez su mano —. Si me lo permitís, sería un honor volver a llamarla.

—Seréis siempre bienvenido, señor Blythe —murmuró Cecily.

Él ofreció a Cordelia una reverencia cortés y se marchó, dejando un tenue aroma a violetas.

Cordelia se volvió hacia su hermana, los ojos brillando con maliciosa diversión. —Vaya, vaya. Una visita para ti, por fin. Qué fortuna. Aunque no te hagas demasiadas ilusiones, Cecily. Los caballeros son propensos a cambiar de opinión.

—No me importaría si lo hiciera —respondió Cecily en voz baja—. Tal vez no sea la más apropiada para él.

—En efecto —replicó Cordelia con tono azucarado—. Hay que conocer el lugar que uno ocupa. Al fin y al cabo, él aún no ha conocido la flor más fina de la Temporada. —Sonrió triunfante y se marchó, sus sedas murmurando como risas.

Cecily permaneció inmóvil, el pequeño ramo temblando en sus manos. Solo cuando los pasos de su hermana se desvanecieron sintió las lágrimas deslizarse por sus mejillas, oscureciendo pétalo a pétalo.

La cena esa noche fue tan reluciente e inquieta como Cordelia misma. Ella habló sin cesar, la voz exaltada al relatar cada admirador que la había adulado durante el día.

—Sebastian Hawthorne me suplicó un baile —declaró, los ojos radiantes—. Y Julian Thorne dijo que nunca había conocido a una dama tan acertada. Incluso el marqués de Denholm, aunque insípido, parecía cautivado.

Lady Ashbury sonrió embelesada. —Mi querida niña, los has hechizado a todos. Lo supe. Desde el principio dije a tu padre que Londres estaría a tus pies.

Cordelia se regodeó en los elogios. —Ay, mamá, teníais que verlos. Apenas podían apartar la mirada.

En el extremo de la mesa, Cecily comía en silencio, el tenedor trazando figuras en el plato. Apenas probó bocado. La risa de sus padres sonaba lejana, hueca, como ecos en un salón ya vacío.

Entonces Lord Ashbury carraspeó. Su tono hizo callar incluso a Cordelia. —Hija mía —dijo con cuidado—, dime: ¿te gustaría ser duquesa?

Los ojos de Cordelia se abrieron. —¿Duquesa? Naturalmente. ¿Quién no lo querría? Pero, papá, seguro bromeas. No hay duque que me mire dos veces; de lo contrario lo sabría.

Se cruzó una mirada entre los padres. La mano de Lady Ashbury reposó en la manga del marido. Lord Ashbury sonrió débilmente. —Hay uno así. Nathaniel Greystone: el duque de Greystone.

El nombre golpeó a Cecily como un mazazo. Le faltó el aire; sus manos se apretaron bajo el mantel.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Cordelia—. ¿Es apuesto?

—Su fortuna es considerable —respondió Lord Ashbury—. Y su honor está fuera de duda. Es un héroe de la nación.

Los ojos de Cordelia chispearon. —Entonces ha de ser perfecto. ¿Cuándo lo conoceré?

—Dentro de dos días —dijo su padre—. Prepárate bien. Esto podría asegurar tu porvenir… y el nuestro.

Por un instante, Cecily vio algo pasar entre sus padres: alivio y cálculo bajo las sonrisas. Comprendió lo que Cordelia no veía: aquello no era un cortejo; era un trueque.

—Pero si él se entera de mis muchos admiradores —se inquietó Cordelia—, ¿no pensará que soy voluble?

—Tonterías —replicó Lady Ashbury con prontitud—. Los admiradores demuestran el valor de una dama.

Cordelia rió. —¡Entonces todo está bien! Madre, mañana iremos a ver a Madame Boucher. Necesitaré un nuevo vestido, seda zafiro, quizá, para que haga juego con mis ojos.

Las risas de sus padres se unieron, brillantes y frágiles. Solo Cecily permaneció inmóvil, con el estómago vacío de miedo. Eran tan orgullosos, tan seguros —y sin embargo no conocían la verdad. Nathaniel Greystone no era solo un duque; era el hombre al que el ton llamaba el monstruo.

Cuando por fin se levantó de la mesa, sus miembros pesaban como piedra. Recorrió el corredor en silencio hasta que la figura de Cordelia brilló delante, ya soñando con su nueva corona.

—Pues bien, Cecily —dijo Cordelia con ligereza—, oíste a papá. Seré duquesa. Imagina: duquesa de Greystone. Londres hablará de mí durante meses.

Las manos de Cecily se entrelazaron. —Cordelia, hay algo que debes saber.

Cordelia ladeó la cabeza, su sonrisa afilada. —¿Oh? ¿Qué sabiduría puedes ofrecerme ahora?

La voz de Cecily tembló, pero sacó las palabras. —No es un triunfo. Es una bargaña. Mamá y papá pretenden que te cases con el duque para saldar las deudas de papá. Esa es la verdad.

Cordelia se quedó paralizada. Luego rió, incrédula y corta. —¿Deudas? No seas ridícula. Nuestra familia no está arruinada. Y tú—su tono se volvió frío— —no puedes soportar que la fortuna me favorezca.

—No es celos —clamó Cecily—. Te lo juro. Lo oí anoche…

Sus palabras se interrumpieron con un jadeo cuando la mano de Cordelia le abofeteó la mejilla. El golpe resonó por el corredor.

—¡Basta! —la voz de Cordelia tembló de furia—. No vas a envenenar esto para mí. Seré duquesa, y tú seguirás siendo lo que siempre has sido. Nada.

Cecily retrocedió, la mejilla ardiendo de dolor. Por un momento el mundo se volvió borroso. Presionó la palma contra la cara para contener la respiración. Los ojos de Cordelia fulguraron una vez más antes de que ella se volviera y se marchara, sus sedas abriendo vuelo como las alas de un ave furiosa.

Cayó el silencio. Cecily se apoyó en la pared, temblando. El ardor en la mejilla punzaba, pero más profundo aún era el dolor en el pecho. Y, a pesar del escozor de las lágrimas, un pensamiento le ofreció consuelo frágil: había hablado. La verdad había salido a la luz y ya no era un secreto que llevara sola.

Six

La casa de las sombras



La luz de la luna se derramaba por la ventana de Cecily, pálida y vigilante, trazando hilos de plata sobre el suelo y brillando en la almohada donde habían caído lágrimas. Permanecía inmóvil, la mirada fija en el dosel oscuro, los pensamientos girando en círculos inquietos.

El enfrentamiento nunca había sido su índole, y, sin embargo, los acontecimientos de la velada la habían empujado a él. El pronunciamiento de su padre, el triunfo de su madre, la risa de Cordelia —todo le oprimía como el cierre lento de una puerta pesada.

Su vida, antaño tranquila aunque invisible, ahora se sentía encadenada por grilletes que jamás había pedido llevar. ¿Tendría que soportar para siempre el peso del silencio mientras su hermana resplandecía sin preocupación bajo la luz?

El estruendo de la puerta de la cámara la hizo incorporarse de un salto. Lord Ashbury entró con el ceño tormentoso, Lady Ashbury

siguió de cerca, y entre ellos iba Cordelia, las mejillas encendidas, los ojos brillantes por una rabia herida.

—Cecily —la voz de su padre sonó como un latigazo—, ¿qué viles falsedades te has atrevido a decirle a tu hermana?

—Yo— —la palabra tembló y se le perdió en los labios.

Cordelia avanzó, la voz trémula. —Me dijo, papá, que solo me casaré con el duque de Greystone para saldar las deudas. Decidme que miente. Decidme que es mentira.

—Por supuesto que es mentira, mi tesoro —aclaró Lady Ashbury en seguida, tomando la mano de su hija y presionándola contra el pecho—. No sabemos qué locura imagina Cecily. Alguna envidia nacida de los celos.

La mirada de Lord Ashbury se volvió hacia Cecily, fría y severa. —¿Cómo te atreves a hablar semejantes sinsentidos bajo mi techo? ¿No tienes respeto?

—No quise— —comenzó Cecily, débil.

—Ella me envidia —lloró Cordelia, con lágrimas brotando en los ojos—. No soporta que yo ascienda, que yo vaya a ser duquesa mientras ella no es nada. Intentaría arruinarme si pudiera.

Lady Ashbury atrajo a Cordelia hacia sí, alisándole el cabello con un gesto de posesión tierna. —No te aflijas, mi joya. Y tú, Cecily: si no conquistas ni a un solo caballero, al menos no escupas tu amargura sobre la alegría de tu hermana.

—No soy amarga. Solo quise—

—¡Basta! —la voz de Lord Ashbury se elevó como un veredicto. Cerró la mano con fuerza sobre su bastón—. Permanecerás confinada en esta casa. No pondrás un pie fuera de su umbral.

La voz de Cecily cayó a un susurro. —Sí, papá.

Los ojos de Cordelia brillaron con una malicia súbita. —Y sus libros, papá. Quítaselos. Son esos volúmenes malditos los que llenan su mente de fantasías y la vuelven contra su familia.

Un frío recorrió el pecho de Cecily. El confinamiento lo soportaría; la soledad había sido su compañera mucho tiempo. Pero sus libros —su consuelo, su refugio, el único mundo que la había acogido— no podía perderlos.

Cayó de rodillas ante su padre, manos juntas en suplica desesperada.

—No, papá, os lo ruego. Encierradme si es preciso; no me quejaré, pero dejadme mis libros. Permitidme tener ese pequeño consuelo.

La voz de Lady Ashbury fue firme e implacable. —Esa es tu pena. Y oye esto, Cecily. Cordelia es la estrella de la familia, la joya admirada por todo Londres. Tú no eres más que su sombra, opaca y fácil de olvidar. No presumas lo contrario.

Con eso, su padre se volvió en seco, acompañando a su esposa y a Cordelia fuera de la habitación. Al pasar, Cordelia echó una mirada atrás, los labios curvados en una sonrisa tenue como la luz de la luna, cruel en su triunfo.

La puerta se cerró. El silencio cayó, salvo por los sollozos suaves y rotos de Cecily. Se hundió sobre la cama, la mejilla ardiendo todavía con el eco del desprecio paterno, el pecho hueco de desesperación. Entre lágrimas susurró hacia la penumbra: —Solo dije la verdad.

El tiempo avanzó con insoportable lentitud durante los primeros días de su reclusión. Sin embargo, al mirar su escritorio vacío, tomó pluma y comenzó a escribir. Las palabras fluyeron suavemente, llenando la quietud de una belleza serena.

Lirios se inclinan ante la luz del alba,

Las rosas guardan su corazón en la calma.

Las violetas susurran quedo y bajo,

Donde pisa el mortal no hallarán su canto.

Mas aun el capullo que marchita y parte

Deja en el pecho alguna secreta alabanza.

Al leer de nuevo los versos, sintió que el corazón se aligeraba, como si tomara respiro tras días sumergida.

Un chirrido de bisagras la sobresaltó. Con presteza dobló el papel y lo ocultó en un cajón cuando Lady Ashbury entró, la expresión seca y cortante.

—Tu castigo ha terminado —declaró su madre—. Por suerte, hoy ha de llamarte tu futuro marido, así que puedes abandonar tu cámara. Le conocerás y te mostrarás agradable. Demuestra que no eres del todo inútil. Pero cuidado: no te entrometas en el salón familiar. Al duque de Greystone se le recibirá allí para hacer su propuesta a Cordelia. Tú encontrarás al señor Edmund Blythe en el jardín. ¿Comprendes?

—Sí, mamá —susurró Cecily.

Así quedó resuelto. Cordelia debía casarse con el Duque de Greystone. El corazón de Cecily se apretó ante el pensamiento del hombre de mirada oscura, del fuego atormentado que había vislumbrado una vez. El recuerdo la llenó de una inquietud extraña.

Entonces se oyó un grito. —¡Mamá! ¡Papá! —La voz de Cordelia, aguda y desbocada, resonó por el corredor—. ¡No me casaré con el duque de Greystone!

Los ojos de Lady Ashbury se agrandaron de alarma; salió precipitada de la habitación. Cecily la siguió, el pulso acelerado.

Hallaron a Cordelia en el pasillo, el rostro surcado por lágrimas, el cabello desordenado. Golpeaba con el pie como una niña a quien le han negado un juguete.

—¿Qué sucede, mi tesoro? —exclamó Lady Ashbury.

—No me casaré con ese monstruo de duque —sollozó Cordelia—. ¡Arabella se burló de mí, mamá! Dijo que estaba desesperada, que me casaría con una bestia porque ningún caballero me querría. ¡Mr. Killington dijo que el duque es horrible, que está desfigurado y que mata sin piedad! ¡Todos se rieron! ¡Todo el parque se rió!

—Dios mío —jadeó Lady Ashbury, aferrando su abanico—. ¿Cómo permitiste que corriera ese rumor?

—No me importa —clamó Cordelia—. ¡No me casaré con él! ¡Que se case Cecily! ¡Seguro que lo desea!

—No seas absurda —respondió Lady Ashbury con tono cortante, ahora temblando de miedo más que de ira—. Cecily no es apta para tal alianza. El duque te ha escogido a ti. No avergüences a la familia.

—¡No lo aceptaré! —vociferó Cordelia, las lágrimas encendidas por la decisión—. ¡Antes moriré soltera que encadenada a un monstruo!

—¡Basta! —Lady Ashbury volcó su voz en acero—. No una palabra más. Veatend a tu cámara y prepárate. El duque llegará dentro de una hora.

Cordelia se dejó caer por el pasillo en una tormenta de sollozos; la puerta se cerró con tal violencia que las velas de la pared titilaron en protesta.

Cecily, temblorosa, se escabulló antes de que su madre la viera. Cerró suavemente su puerta y se apoyó en ella, sin aliento. Las resonancias del llanto de Cordelia retumbaron en sus oídos —monstruo, cicatriz, crueldad—, cada palabra hiriendo más que la anterior.

No debería importarle. Su madre había dicho que no era asunto suyo. Sin embargo, no podía sosegar el extraño estremecimiento del corazón. Algún hilo invisible parecía arrastrarla hacia el nombre Greystone, atándola contra su voluntad.

Pensó de nuevo en aquella noche: el cabello rojo, el ojo oculto, la furia y el dolor tras su mirada. El mundo veía solo a un monstruo. Pero en esa mirada fugaz ella había vislumbrado otra cosa. Algo herido. Algo humano.

Sus manos se cerraron en puños. Se dijo que debía agradecer que su destino no estuviera entrelazado con el de aquel hombre. Y, sin embargo, su corazón la traicionó con un aleteo inquieto, como si anhelara avanzar donde su hermana retrocedía.

Avergonzada, Cecily se volvió hacia la cama y se dejó caer, susurrando en la quietud: —No es asunto mío.

Mas las palabras no sonaron verdaderas. Afuera, la luz del sol se derramaba sobre el suelo, brillante y sin parpadear, como si ella también esperara —pacífica y sabia— el momento en que ya no pudiera fingir más.

Seven

La desaparición de Cordelia



La luz de la tarde caía suavemente sobre el espejo de Cecily, aunque la paz nunca le había parecido tan frágil.

Las manos de Mary se movían con destreza, peinando cada rizo hasta lograr una obediencia perfecta. El aire estaba impregnado con un tenue aroma a agua de rosas, dulce y delicado, como la calma que precede a la tormenta.

—Ahí está, señorita Cecily —dijo Mary con suavidad, colocando un lazo final y retirándose un paso—. El señor Edmund Blythe quedará completamente encantado con usted.

Cecily alzó la vista hacia el espejo. El reflejo que la observaba era demasiado familiar. El arte de Mary había suavizado sus facciones, ordenado los rizos para halagar su piel pálida, pero ningún toque podía transformar lo que yacía debajo. Los mismos ojos serenos y pensativos. La misma boca que raramente sonreía. No era hermosa como Cordelia. Nunca lo sería.

—Gracias, Mary —murmuró con voz tenue—. Pero estoy segura de que el señor Blythe viene solo por cortesía. Sería poco generoso

pensar lo contrario.

Mary frunció el ceño, su tono a la vez firme y amable. —No, señorita. Un caballero no llama dos veces por mera cortesía. Si su corazón fuese indiferente, no volvería a presentarse. Créame, se siente atraído hacia usted.

Las pestañas de Cecily se abatieron; su reflejo se volvió borroso mientras el peso en su pecho crecía. —Tal vez —dijo al fin—. Pero no puedo sentirme feliz. Es amable y atento, y sé que debería estar agradecida. Sin embargo, dentro de mí solo hay un hueco donde debería haber alegría.

Mary suavizó su expresión. —Eso no es culpa suya, señorita. El cambio perturba incluso a los espíritus más valientes. Pero saldrá adelante, lo sé. Tiene una gracia natural, aunque usted misma no la vea.

Cecily sonrió levemente. —Eres siempre mi consuelo, Mary.

La doncella hizo una reverencia, y juntas se dirigieron hacia el pasillo. Cecily procuró respirar con calma, intentando serenarse, cuando un grito desgarrador rompió la quietud.

—¡¿Dónde está Cordelia?! —La voz de Lady Ashbury resonó por toda la casa, aguda y temblorosa de pánico.

Cecily se quedó helada. Por un instante, su mente se negó a comprender. Luego, el temor ascendió en su garganta, frío y súbito. ¿Cordelia? ¿Desaparecida? Era imposible. Su hermana —siempre admirada, siempre acompañada, el centro de cada salón— no podía simplemente desvanecerse.

El sonido de pasos apresurados retumbó en el piso superior. Cecily corrió hacia ellos, Mary tras ella, y alcanzó la puerta justo

cuando Lady Ashbury se volvía hacia los sirvientes con incredulidad furiosa.

—¿Cómo es posible que no lo sepan? —gritó, con las mejillas encendidas—. Debían prepararla para la visita del duque de Greystone. ¿Dónde está? ¡Hablen!

Las doncellas se encogieron, balbuceando disculpas. Cecily permaneció inmóvil, el aliento entrecortado. El duque de Greystone… el pretendiente de Cordelia, la esperanza desesperada de sus padres… ¿y ahora Cordelia había desaparecido? El pensamiento la paralizó.

Lord Ashbury irrumpió en la estancia, el rostro oscurecido. —¿Qué ha sucedido aquí?

—¡Cordelia ha desaparecido! —jadeó Lady Ashbury—. No está en la casa.

Cecily se adelantó, tomando el brazo tembloroso de su madre. —Siéntese, mamá. Respire despacio. Todo se resolverá. —Se volvió hacia una doncella—. Agua, de inmediato.

Pero la furia de su padre rompió aquel frágil intento de calma. —¿Cómo ha podido desaparecer justo ahora? ¡Registren la casa! ¡Cada habitación, cada corredor, no dejen rincón sin revisar!

Los sirvientes se dispersaron. Las manos de Lady Ashbury temblaban violentamente. —¿Y si le ha ocurrido algo terrible? —susurró, la voz quebrada por un miedo genuino, no orgullo.

Poco después regresó un guardia, pálido y sin aliento. —Mi lord, perdóneme. Hemos revisado todas las estancias. La señorita Ashbury no está en la casa.

Lord Ashbury golpeó la repisa del hogar con el puño; el sonido resonó como un trueno. —Entonces registren los terrenos, los jardines, los establos. ¡Encuéntrenla!

Antes de que la orden pudiera cumplirse, otra doncella irrumpió, los ojos desorbitados. —Mi lord, una sirvienta de la casa de los Elverton informa que vio a la señorita Ashbury marcharse en un carruaje con el señor Edmund Blythe… hace casi una hora.

—¿Qué? —exclamaron Lord y Lady Ashbury al unísono.

La mano de Cecily voló a su boca. La habitación giró; por un instante, le faltó el aire. ¿Cordelia… con el señor Blythe? Su mente no podía asimilarlo. Cordelia, que lo había llamado aburrido, poco agraciado, indigno. Cordelia, que se había burlado cuando Cecily se sonrojó al oír su nombre.

—¡Dios misericordioso! —gimió Lady Ashbury—. ¿Cordelia, con ese hombre? ¿Qué locura es esta?

—¡Encuéntrenla! —rugió Lord Ashbury—. ¡Salgan tras ellos! ¡Tráiganla antes de que alguien se entere!

—¿Pero qué diremos? —gritó Lady Ashbury, la voz quebrada—. El duque llegará en una hora. ¿Qué le diremos?

Él caminaba de un lado a otro, la respiración irregular. —No podemos hacer otra cosa que recibirlo. Ni una palabra sobre la ausencia de Cordelia. Arreglaremos lo demás como podamos.

—¿Recibirlo? —susurró Lady Ashbury, tambaleándose—. ¿Cuando nuestra hija nos ha deshonrado?

La mirada de su marido se endureció. —Sería una deshonra aún mayor rechazarlo ahora.

El peso de esas palabras pareció aplastarlos a ambos. Ella tomó su brazo como quien se aferra a un madero en medio del naufragio, y juntos salieron de la habitación con paso rígido y decidido.

La estancia quedó vacía. Cecily permaneció inmóvil, el aire denso con el eco de los pasos y el susurro del pánico. La ausencia de su hermana llenaba la casa como una sombra que devoraba la luz.

Cordelia —hermosa, voluntariosa, admirada por todos— había huido. Con el señor Blythe.

El mismo señor Blythe que había mirado a Cecily con dulzura días atrás. Su pulso se agitó con incredulidad. ¿Había sido todo un engaño de Cordelia? ¿O algo más oscuro la había empujado a huir?

Sus pensamientos se enredaron en confusión, oscilando entre la piedad y la traición. El silencio que la rodeaba se volvió insoportable.

Entonces, un golpe en la puerta la sobresaltó. Lady Ashbury irrumpió en la habitación, el rostro tan blanco como el hueso, los ojos encendidos entre el miedo y la resolución. Sin una palabra, tomó a Cecily por los hombros, las manos temblorosas al alisar su vestido y ajustar sus rizos.

—Cecily —dijo, la voz ronca—. Debes venir enseguida. El duque de Greystone ha llegado.

El corazón de Cecily dio un vuelco. —Pero mamá… Cordelia—

El agarre de su madre se endureció; su respiración era entrecortada. —Debes venir. No tenemos a nadie más.

Por un instante, ninguna de las dos se movió. La casa entera parecía contener el aliento. Abajo, el murmullo grave de voces masculinas se mezclaba con el paso pesado de los sirvientes. El aire

cambió, frío y solemne, como si supiera que el destino acababa de cruzar el umbral.

Cecily sintió cómo la sangre se le retiraba del rostro. El mundo volvió a inclinarse, pero esta vez no había escape posible. El momento que había temido —que jamás habría imaginado— había llegado.

Y comprendió, con una claridad terrible, que nada en su vida volvería a ser igual.

Eight

La propuesta del Duque



El corredor se desplegaba ante Cecily como un túnel largo y sombrío. El mármol relucía bajo sus pies y el aire era lo bastante frío como para hacerle temblar las manos. Los pasos de su madre marcaban el suelo en un ritmo apresurado y decidido; el suave susurro de la seda y el seco eco de los tacones se propagaban por el silencio de la casa. Cecily la siguió en silencio, el pulso palpitándole en la garganta, cada latido más ligero y más rápido que el anterior. Parecía como si su propio corazón temiera lo que aguardaba detrás de la próxima puerta.

Desde el interior del salón llegaban voces, voces de hombres, bajas y deliberadas, que se mezclaban con el tenue tintinear de la porcelana y el crepitar apagado del fuego. Entre ellas, una voz se destacaba: profunda, serena, con mando.

Le faltó el aliento.

El duque de Greystone.

En el umbral, Lady Ashbury se volvió en seco hacia ella. — Mantente erguida. Habla sólo cuando te dirijan la palabra. Sonríe,

pero sin exceso. Gracia y humildad, Cecily. Y recuerda hacer la reverencia.

Cecily asintió; la garganta se le anudó y le fue imposible hablar. Las palmas de sus manos estaban húmedas, el estómago le bailaba. Entonces el lacayo se adelantó y abrió las puertas.

La luz se derramó por el pasillo, dorada y suave, rica del resplandor de los candelabros y del fuego. El aroma de sándalo y cera flotaba en el aire. La calidez de la habitación la golpeó como el sol tras la nieve.

Su padre estaba de pie junto a la chimenea, erguido bajo una corteza de compostura. En el canapé, delante de él, se hallaban dos figuras. La dama, elegantemente ataviada en seda esmeralda, irradiaba una autoridad sosegada. Pero el caballero a su lado dominaba el espacio con silencio.

El Duque de Greystone se puso en pie al entrar Cecily.

Era más alto de lo que ella esperaba, de hombros anchos y postura firme. La luz destacaba el rojo oscuro de su cabello, con un brillo a madera pulida. Su rostro mostraba huellas de violencia pasada: una pálida cicatriz cruzando la mejilla izquierda, que se perdía en la línea aguda de la mandíbula. La piel, aún con la textura desigual de quemaduras antiguas, centelleaba bajo la lumbre, y sobre su ojo izquierdo descansaba una tira de cuero negro.

Su ojo restante, de un verde vivo como musgo bajo la lluvia, la miró con una quietud tan completa que se le posó como un peso en el pecho.

Cecily hizo la reverencia, pero las rodillas le temblaron y el movimiento quedó torpe; su voz apenas subió del susurro: —Su

Gracia.

El Duque inclinó la cabeza, sin sonreír ni fruncir el ceño. Se limitó a observarla.

Antes de que su padre pudiera articular palabra, la Duquesa se inclinó hacia adelante, con los ojos iluminados por un repentino reconocimiento. —¿Por qué, le conozco? —dijo con afecto—. Fue la joven que ayudó a Lady Flint hasta su carruaje. Qué extraordinario volver a encontrarnos.

Cecily se quedó paralizada. Sus labios se entreabrieron por la sorpresa mientras la memoria la atravesaba. La voz de Lady Flint resonó en su mente: Recuérdala, querida. La fortuna a menudo camina vestida de seda esmeralda.

La sonrisa de la Duquesa se ensanchó. —No es de extrañar —prosiguió—. Hablan de usted en Mayfair esta Temporada. ¿No es la debutante más bonita del año, señorita Cordelia?

El nombre cayó entre ellos como una espada.

Un silencio recorrió la sala. El aire pareció volverse rígido. Incluso el fuego vaciló, su crepitar tragado por la quietud.

Los ojos de Cecily se abrieron con asombro. El rostro de su padre palideció. Lady Ashbury expulsó un leve jadeo que se transformó en tos forzada.

—Yo— —comenzó Cecily, la voz temblándole—, pero Viscount Ashbury habló primero, demasiado aprisa y demasiado brillante.

—Su Gracia —dijo Lord Ashbury con una reverencia medida—, ruego me excuse por el malentendido. La joven que teníamos en consideración para presentar a su atención, mi hija mayor Cordelia,

ha caído súbitamente enferma y ha sido enviada a Yorkshire para reponerse al cuidado de su tía.

El corazón de Cecily dio un vuelco doloroso. La mentira flotó en el aire, densa como humo.

La Duquesa parpadeó, sorprendida. —¡Oh, qué lástima! No tenía noticia de su indisposición.

—Sí —continuó Lord Ashbury, con la voz tensándose bajo un tono afable—. Los médicos insistieron en que tomara el aire del campo. Pero permítame presentar a mi hija menor, la señorita Cecily Ashbury. Es igualmente instruida y, me atrevo a decir, tan hermosa como su hermana.

Las mejillas de Cecily ardieron. El elogio de su padre, intendido para halagar, le cayó como una luz cruel. Quiso desvanecerse entre las paredes. Al otro lado de la estancia, la expresión del Duque no se movió, aunque se percibió un leve entrecejo. De esos que ven demasiado.

Él lo sabe, pensó Cecily, sintiendo que el estómago se le helaba. **Sabe que soy un reemplazo.**

Lady Ashbury se adelantó con rapidez, la voz dulce pero temblorosa. —Cecily es un alma apacible, Su Gracia. Considerada, modesta y con talento para el pianoforte. Su bordado despierta la envidia de nuestras amigas. De veras, no podríamos imaginar una unión más apropiada.

La Duquesa, siempre cortesana, sonrió para apaciguar el ambiente. —Pobre querida, se la ve muy nerviosa. Siéntese con nosotros, no hay motivo para temer.

Cecily obedeció; las extremidades le pesaban al cruzar la sala hasta tomar asiento frente al Duque. Cada paso resonó como un redoble. Al sentarse, entrelazó las manos con fuerza en el regazo y apenas se atrevió a levantar la vista. La voz de su padre continuó en algún lugar alto, recitando sus virtudes como si fuese un ejemplar a exhibir. Las palabras se confundían en un murmullo sin sentido.

Entonces, casi a su pesar, alzó la vista.

El Duque la observaba.

No con indiferencia, sino con atención, como quien busca leer la verdad bajo la máscara. Su ojo verde se fijó en el de ella, sin parpadear, y en ese instante se le olvidó hasta respirar.

Ella había esperado disgusto, tal vez desdén. Pero lo que vio la perturbó aún más: la estaba estudiando no como un objeto, sino con la intención de comprenderla. No había compasión en su mirada. Ni burla. Sólo una curiosidad contenida y extraña.

La cicatriz debería haberla asustado. No lo hizo. Algo en ella —en su sinceridad— atrajo su atención. No halló en ella fealdad, sino resistencia: la marca de quien ha conocido el dolor y se ha negado a sucumbir.

Sus dedos apretaron la tela del vestido, buscando anclaje. No logró apartar la vista.

—No es lo que esperaba —dijo al fin el Duque, su voz profunda y serena. Las palabras cayeron como un golpe quedo; no había crueldad en ellas, sólo verdad.

La respiración de Cecily vaciló. Su padre se movió con incomodidad; su encanto estudiado flaqueó.

—Mi hijo habla con franqueza —comentó la Duquesa, con una mirada afectuosa—. Perdónelo, señorita Cecily. Quiere decir que le sorprende.

La mirada del Duque se ablandó, apenas perceptible, lo justo para mitigar la severidad de su rostro. Inclinó levemente la cabeza, un gesto deliberado y contenido. Su mano enguantada rozó el brazo del respaldo, con una delicadeza medida, como si la contención fuera su coraza.

Cecily logró una sonrisa tenue. —Su Gracia es amable.

La Duquesa sonrió con calidez. —Toca música, ¿no es así? Sus manos parecen de quien toca.

Cecily bajó la vista, la voz quedamente: —Un poco, Su Gracia. Cuando tengo tiempo.

—Entonces insisto en que nos toque algún día —dijo la Duquesa, con aprecio genuino—. Parece un espíritu dulce, querida. Me agradan mucho los espíritus dulces.

Algo en aquella voz, suave y casi melancólica, soltó un nudo en el pecho de Cecily. Inclinó la cabeza con un gesto de humildad. —Sois muy generosa.

La sonrisa de la Duquesa se profundizó. —Parece que mi hijo la ha intimidado.

—Oh— no, Su Gracia —balbuceó Cecily—. En absoluto.

—Hum —murmuró la Duquesa, con los ojos risueños—. A menudo lo hace, pero no pretende daño. Pronto aprenderá a leer más allá de sus silencios.

Por un instante brevísimo, un destello de calidez atravesó el rostro del Duque, tenue como la luz sobre agua quieta. Inclinó de

nuevo la cabeza en dirección a Cecily, un gesto pequeño pero seguro.

El corazón de Cecily dio un sobresalto. No supo si era reconocimiento o aceptación, pero era algo. Y en aquel instante silencioso algo cambió en su interior.

El miedo no desapareció, pero tomó otra forma, más suave y teñida de asombro. Bajo la vergüenza y la aprensión, despertó una conciencia frágil. Por primera vez se sintió realmente vista.

Y eso la aterrorizó.

Nine

Un pacto de gracia



Durante un largo momento, el salón permaneció en silencio, salvo por el constante tic-tac del reloj y el leve crepitar del fuego. El aire se sentía espeso, detenido, como si la propia casa contuviera el aliento.

Al fin, la conversación giró, como ocurre inevitablemente en tales reuniones, hacia el asunto de los arreglos.

El vizconde Ashbury carraspeó, intentando una sonrisa que temblaba bajo su barniz de cortesía.

—Por supuesto, Su Gracia, los detalles más finos del compromiso quedarán a su conveniencia. Estamos, naturalmente, a su servicio.

La duquesa de Greystone permanecía erguida junto a su hijo, la mano enguantada reposando con ligereza sobre el bastón. Por un instante, un destello de cansancio cruzó su semblante. Su piel estaba pálida, su respiración serena y medida, pero su dignidad no vaciló ni un ápice.

—No habrá una larga demora —dijo, con voz calmada, aunque cargada de una resolución silenciosa—. Nunca he tenido gran estima

por la espera. Mi salud ya no me concede ese lujo.

Sus palabras cayeron sobre la sala como un velo. Incluso Cecily alzó la vista, sorprendida.

La leve sonrisa de la duquesa atenuó la gravedad de su confesión.

—He estado indispuesta últimamente —continuó—. Los médicos hacen lo que pueden, pero siento que mis fuerzas se desvanecen con las estaciones. Mi más querido deseo es ver a mi hijo establecido antes de que deba retirarme por completo de la vida social.

Lady Ashbury soltó un pequeño suspiro.

—Su Gracia, no tenía idea…

—Pocos la tienen —respondió la duquesa con tono suave pero firme—. Prefiero hablarlo sin rodeos. Deseo ver la casa de Nathaniel completa y su dicha asegurada. La Temporada fatiga mi ánimo, y el aire de Londres se me hace opresivo. Por tanto, propongo que el compromiso se anuncie en tres días, y que la boda se celebre en quince. La ceremonia tendrá lugar ante la corte de Su Majestad, tras la cual mi hijo y su esposa partirán hacia Greystone.

Siguió un silencio. No el de la etiqueta, sino el otro, el que se desliza como escarcha por los bordes de la habitación. Los sirvientes parecieron petrificarse donde estaban. Incluso el fuego pareció menguar, su calor sofocado por el peso de lo que acababa de decirse.

El vizconde Ashbury parpadeó, su sonrisa titubeando apenas un segundo.

—¿En una quincena? —repitió débilmente.

—Sí —dijo la duquesa. Su tono, aunque suave, no admitía réplica —. Puede parecer apresurado, pero la decencia se mantendrá. Las invitaciones se limitarán a la familia y a los testigos necesarios de la Corona.

El vizconde vaciló, los labios entreabiertos como si quisiera objetar, pero la mirada del duque, tranquila y firme, se volvió hacia él, y toda protesta se desvaneció antes de nacer.

Lady Ashbury agitó su abanico con nerviosismo; su risa sonó frágil.

—Por supuesto, Su Gracia. Tal resolución es admirable, aunque, naturalmente, resulta un tanto repentina.

—En efecto —intervino su esposo con voz que sonó más alegre de lo que debía—. El corazón de una madre no puede negarse. Nos honra vuestra confianza, verdaderamente. Será el mayor gozo de nuestra familia ver consumada esta unión.

Aunque hablaba con reverencia, algo punzante centelleó tras sus ojos. Cecily lo vio. También su madre. Entre ambos pasó una mirada breve, eléctrica, una comprensión tan rápida como un destello.

La deuda desaparecería.

La fortuna estaría asegurada.

Su hija sería duquesa.

El estómago de Cecily se heló.

Permaneció inmóvil, las manos apretadas en su regazo hasta que los nudillos se le pusieron blancos. El brillo de las velas sobre la plata le pareció de pronto cruel. Cada respiración, cada mínimo sonido, pesaba sobre ella como manos invisibles. Frente a ella, el duque

guardaba silencio, su presencia firme como piedra tallada, el único ojo verde fijo en un punto que ella no podía alcanzar.

Debería haber sido Cordelia allí.

Cordelia, con su risa, su aplomo, su encanto natural.

Cecily se sentía una impostora, envuelta en seda prestada, aguardando despertar de un sueño que ya se tornaba pesadilla.

—Os aseguro, Su Gracia —dijo el vizconde con suavidad ensayada—, que Cecily honrará vuestra casa en todo sentido.

—No espero menos —respondió el duque. Su tono era sereno, pero algo en la contención de su voz hizo vacilar el corazón de Cecily. No había en ella bondad ni desprecio, sólo una firmeza que la desarmó más que cualquier emoción abierta.

La duquesa se inclinó levemente hacia adelante, los ojos dulcificándose.

—No pongas esa cara, niña —dijo—. Pareces un pajarillo asustado. Deseo felicidad para ti, no pesar.

Cecily se obligó a sostenerle la mirada.

—Es usted muy generosa, Su Gracia —dijo en voz baja—. Solo espero llegar a merecer su bondad.

Los labios de la duquesa se curvaron en una sonrisa tenue, teñida de tristeza.

—Merecer tiene poco que ver con ello, querida. La vida rara vez nos da lo que merecemos. Solo entrega lo que escoge, y debemos aprender a aceptar el don, venga como venga.

Su mano tembló levemente sobre el bastón, y los dedos enguantados de su hijo se movieron apenas, un impulso de cuidado que reprimió en el mismo instante, conteniéndose con disciplina

silenciosa. Cecily lo vio. Ese pequeño gesto de afecto, inmediatamente encadenado. Le faltó el aliento, el pecho apretado por una emoción que no supo nombrar: ¿compasión, admiración… o algo más profundo?

El vizconde se levantó con renovada confianza, haciendo una profunda reverencia.

—Sus Gracias, nos sentimos humildes ante su confianza y generosidad. Haremos todos los preparativos sin demora. La familia Ashbury se entregará por completo a este honor.

Cecily se levantó más despacio. El suelo pareció inclinarse bajo sus pies mientras hacía la reverencia. El aire era espeso, cargado de perfume y tensión. En medio del silencio, creyó oír aún el tictac del reloj, cada segundo marcando el fin de su libertad.

La duquesa inclinó la cabeza con gracia.

—La esperaremos en Greystone dentro de la semana, querida —dijo—. Hay mucho que disponer antes de la ceremonia.

—Sí, Su Gracia —respondió Cecily, apenas audible.

Al levantar la cabeza, su mirada se cruzó una vez más con la del duque. Su expresión era indescifrable, pero en el verde de su ojo quedaba algo que jamás había visto antes. No era calidez ni crueldad, sino algo hondamente humano, casi doloroso: un reconocimiento silencioso de las cadenas que ninguno de los dos había elegido.

El corazón de Cecily dio un latido seco. Se volvió, las manos temblándole contra las faldas.

A su espalda, sus padres se inclinaban y sonreían con una gracia impecable, las sonrisas amplias, relucientes de triunfo. Al salir de la

estancia, un destello cruzó entre ellos, rápido y agudo, como una hoja que atrapa la luz.

Cecily sintió el filo en su pecho.

Y en aquel silencio perfumado y detenido, comprendió.

Su vida había sido vendida, con elegancia y cortesía, *en el espacio de una tarde.*

Ten

La visita a la modista



La mañana llegó vestida con la suavidad luminosa de los primeros días del verano.

El cielo sobre Mayfair relucía en un dorado pálido, cubierto por una bruma ligera que prometía calor sin alivio. Dentro de la Mansión Ashbury, el silencio hacía tiempo que había desaparecido. El salón hervía con cintas, sedas y cintas métricas; el aire estaba impregnado del aroma de rosas, almidón y polvo de arroz.

Cecily permanecía en medio de aquel bullicio. Las voces se superponían a su alrededor, un torbellino de órdenes y risas.

—Quietecita, señorita —exclamó una costurera, mientras otra pasaba a toda prisa con la boca llena de alfileres.

Para Cecily, el ruido subía y bajaba como un canto de pájaros inquietos, pero dentro de su mente reinaba solo el silencio que precede a la lluvia.

Junto a la ventana, Lady Ashbury dirigía el caos con la precisión de un general.

—No, no, ese encaje no sirve. Algo más fino. Esto es para el baile de la duquesa de Greystone, no una boda de mercado. El vestido debe **susurrar refinamiento**, no **gritar ambición**.

La modista, Madame Boucher, hizo una reverencia nerviosa.

—Por supuesto, mi lady. He encargado especialmente la seda francesa: un tono marfil con un leve rubor, tan delicado como la neblina del amanecer.

Los rasgos de Lady Ashbury se suavizaron, evidentemente complacida con la imagen.

—Bien. Y perlas; la duquesa adora las perlas. Que haya algunas en el escote, pero con discreción, ¿entendido?

Mientras su madre hablaba, Cecily permanecía sobre un pequeño estrado, envuelta en satén. El espejo frente a ella reflejaba a una extraña: una joven de porte sereno y elegante, pero con unos ojos que no parecían suyos. Su cabello estaba demasiado tirante, su postura demasiado erguida, su respiración demasiado contenida.

—Respire, señorita Ashbury —murmuró Madame Boucher con una sonrisa amable—. Hará que el duque olvide a todas las damas de Londres.

Cecily sonrió débilmente.

—Temo que, para empezar, él recuerda muy poco de mí.

—Oh, se subestima, señorita —replicó la modista con dulzura—. Usted tiene esa belleza que no ordena silencio, sino que lo crea. No la que reclama atención, sino la que perdura.

Las palabras eran amables, pero golpearon a Cecily con una ironía suave. **Perdurar.** Eso era todo lo que ella hacía: quedarse al

margen, tras la risa de su hermana, bajo el orgullo de sus padres. Permanecer, sin pertenecer.

Lady Ashbury aplaudió con impaciencia.

—Basta de charlas, Madame. El vestido debe estar listo en tres días. El compromiso se celebrará antes de lo que ninguna de nosotras imaginó.

—Sí, mi lady. —Madame Boucher asintió rápidamente y ordenó a sus ayudantes—. Tomen las medidas una vez más.

Cecily obedeció sin protestar mientras la cinta medía su cintura. Los murmullos se desvanecieron, sustituidos por sus propios pensamientos: el recuerdo de un solo ojo verde, la cicatriz que brillaba como una hoja pálida bajo la luz. No había podido apartar la vista, aunque todo en ella le rogaba hacerlo.

¿Estaría enfadado? ¿Decepcionado? ¿O, tal vez, le daba lo mismo qué hija de los Ashbury llevaría su nombre?

No sabía cuál de esos pensamientos la asustaba más.

Por la tarde, el ritmo de la casa volvió a cambiar. El rumor distante de ruedas sobre el empedrado rompió el murmullo de los sirvientes. No era el trote ligero de un carruaje de modista, sino un sonido más pesado, deliberado. Había llegado un mensajero.

El mayordomo entró con una reverencia.

—Una carta de Greystone, mi lord. El mensajero aguarda respuesta.

El vizconde Ashbury tomó el sobre con manos temblorosas. La cera llevaba grabado el escudo de Greystone: un halcón que sostenía una corona. Lady Ashbury se inclinó sobre él mientras rompía el sello.

—De la propia duquesa —dijo con reverencia.

Comenzó a leer en voz alta:

A los honorables vizconde y vizcondesa Ashbury,

Me complace saber que el compromiso avanza con tanta gracia. Sin embargo, me encuentro indispuesta y debo evitar los rigores sociales de Londres hasta el día de la ceremonia. El duque se encargará de todos los detalles en mi lugar. Ruego informen a la señorita Ashbury que espero darle la bienvenida a nuestra familia dentro de la quincena. Aunque mi cuerpo se debilita, mi alegría se fortalece al saber que el futuro de mi hijo pronto estará asegurado.

Con el más cálido afecto,

Beatrice, duquesa de Greystone.

Cuando el vizconde bajó el papel, aún le temblaban las manos. Lady Ashbury llevó una mano al pecho, suspirando con teatral emoción.

—¡Qué carta tan conmovedora! Qué ternura, qué elegancia. ¡Pensar que la propia duquesa escribe con tanto cariño sobre nuestra hija!

—Sí, sí —murmuró el vizconde, la mente ya en otra parte—. Una quincena. Imagina, en dos semanas nuestro nombre estará unido a Greystone. Las invitaciones deben enviarse esta misma noche.

Llamó al lacayo, su pensamiento saltando de un cálculo a otro: los carruajes, los anuncios, los papeles de la dote. Apenas notó a Cecily junto a la ventana, donde la luz rozaba su cabello.

Lady Ashbury se volvió hacia su hija, el rostro radiante.

—¿Has oído, Cecily? La duquesa ansía recibirte. ¡Qué afortunada eres! La mayoría de las jóvenes esperan toda una vida por tal favor.

—Sí, mamá —respondió Cecily en voz baja—. Soy muy afortunada, en verdad.

Su propia voz le sonó hueca, como un eco perdido en un gran salón vacío. Se preguntó si sus padres recordaban todavía que era su hija, o si ya se había convertido en la moneda con la que comprarían su redención.

Pero su madre, demasiado absorta en su regocijo, no la escuchó.

Esa noche, la casa quedó en silencio. Las costureras se habían marchado, dejando tras de sí restos de cinta y alfileres brillantes desperdigados por el suelo. Cecily se detuvo en el umbral, contemplando aquellos fragmentos: pequeños símbolos relucientes de su nueva vida… o quizá de su rendición.

Se acercó al espejo. El reflejo que la miró parecía más viejo que la muchacha que había sido tres días atrás. Sus mejillas estaban pálidas, sus ojos cansados. El vestido que llevaba, aunque exquisito, le resultaba ajeno, como un disfraz prestado a alguien más valiente.

Por la ventana abierta se colaba el rumor de Londres: la risa de un carruaje que pasaba, el grito lejano de un vendedor que se desvanecía con el crepúsculo. En algún lugar, tal vez Cordelia también reía, intocada por todo aquello.

Un golpe suave en la puerta la hizo volver la cabeza. Mary entró con una nota doblada entre las manos.

—Un mensajero trajo esto para usted, señorita. Viene de la residencia Greystone.

Cecily vaciló antes de tomarla. El papel era grueso, la tinta oscura, la caligrafía precisa. Rompió el sello y leyó:

Señorita Ashbury,

Los preparativos para nuestro compromiso avanzan según los deseos de mi madre. Confío en que goza de buena salud.

El anuncio formal tendrá lugar dentro de tres días, en nuestra residencia de Grosvenor Square.

Hasta entonces, quedo de usted,

Con el deber,

Nathaniel Greystone.

No había más. Ni un adorno, ni una muestra de ternura; solo la precisión de un soldado cumpliendo órdenes. Cecily leyó la carta dos veces, luego la dobló con cuidado y la colocó junto a su poema inacabado.

—*Con el deber* —susurró. Las palabras le supieron a escarcha.

No afecto. Ni siquiera respeto. Solo obligación.

Quizá el deber era todo lo que un hombre como él podía ofrecer, y todo lo que una mujer como ella tenía permitido esperar.

Tomó aire con lentitud y cerró los ojos.

—Eso es todo lo que seré para él —pensó—. Un deber cumplido. Una deuda saldada.

Afuera, una ráfaga de viento golpeó las contraventanas, y las llamas de las velas se inclinaron, temblorosas. Cecily permaneció en la luz moribunda, el corazón pesado y vacío a la vez.

Tres días.

Las palabras resonaron en su mente como una campana que marcaba el fin.

Solo tres días antes de dejar atrás todo lo que había conocido…

incluso a sí misma.

Eleven

Un vals antes de la eternidad



Los candelabros ardían como un firmamento de estrellas apresadas.

La Mansión Ashbury jamás había lucido tan espléndida ni tan concurrida. Cada palmo del gran salón centelleaba con copas de cristal, vestidos bordados y perlas que relucían como rocío. Las risas flotaban bajo la música, gráciles y corteses, como si cada invitado compitiera por eclipsar al siguiente en alegría.

En el centro de todo se encontraba Cecily Ashbury, pálida como la luna en su vestido de seda marfil. Las perlas que ceñían su cuello atrapaban la luz de las velas; sin embargo, sus manos temblaban apenas al entrelazarlas sobre el pecho. Sentía cada mirada, cada susurro, el peso invisible de ser vista.

Y, a pesar de todo el resplandor, nunca se había sentido tan diminuta.

Desde el extremo opuesto de la sala llegó un corro de voces, ligeras, sedosas y envenenadas.

—¿Dónde está la señorita Cordelia esta noche? La hermana pequeña parece perdida sin ella.

—¿No lo habéis oído? Dicen que el duque estaba destinado a Cordelia, no a la otra.

—¿De veras? ¡Qué escándalo!

—Oh, sí, lo jactó en el parque no hace tres días. Pobre, debe de haberse puesto enferma. Qué mal momento.

—¿Enferma? Tal vez de desamor.

—¿Se imaginan? La belleza más celebrada de Londres sustituida por la joven más invisible. ¡Vaya sentido del humor tiene la fortuna!

Una ola de risitas siguió, quedas y crueles.

El corazón de Cecily se apretó hasta dolerle al respirar. El aire se volvió más tenue; su vista se nubló. «Joven invisible.» Tragó saliva con fuerza, conteniendo las lágrimas que no debía dejar caer allí, no ante ellos, no ante nadie. Se volvió ligeramente, fingiendo compostura, pero los dedos apretaron el abanico hasta doblar la seda.

—Señorita Ashbury —oyó una voz suave y comedida.

Alzó la vista. Arabella Whitcomb estaba ante ella, elegante y segura, vestida con un vestido azul pálido que atrapaba la luz como escarcha de la mañana.

Arabella sonrió, cortés pero no cruel. —Enhorabuena, querida. Qué encantadora velada.

—Gracias —respondió Cecily con esfuerzo; su voz sonó más delgada de lo deseado.

Arabella la estudió un instante y bajó el tono. —No deje que esas palabras la perturben. Verá que en nuestros círculos el chisme es un pasatiempo más amado que la honestidad.

—No he oído nada —dijo Cecily en voz baja, aunque la mentira temblaba en sus labios.

Una curva leve tocó la boca de Arabella. —Entonces es más sabia que la mayoría. Aun así, debo confesar que me sorprendió oír de su compromiso. Había entendido —hizo una pausa delicada— que su hermana iba a ser la duquesa.

La garganta de Cecily se apretó. «También yo lo entendía», casi dijo, pero el silencio era más seguro.

Arabella prosiguió con tono afable. —De todos modos, me alegra que haya sido usted. Cordelia y yo nunca hemos sido amigas. Siempre me tuvo por rival. No tengo querella con usted, señorita Ashbury. Le deseo felicidad, de veras.

Cecily devolvió la mirada, sorprendida por un atisbo de sinceridad. —Gracias, señorita Whitcomb. Que la fortuna sea también benigna con usted.

La sonrisa de Arabella se suavizó. —Quizá algún día lo sea.

El instante perduró, delicado y extraño: dos mujeres en el eco de la ambición ajena.

Entonces sonó una voz más filosa, pulida como acero bruñido.

—Señorita Whitcomb, —dijo Lady Honoria Flint, deslizándose hacia ellas con la precisión serena de un navío desplegado— espero que no incomodeis a la dama de la velada.

Arabella hizo una ligera reverencia. —En modo alguno, mi señora. Solo calmaba a la prometida. No debe permitirse que la emoción venga a desbaratar los nervios.

El abanico de Lady Flint se abrió con un chasquido. —Cierto. Aunque sospecho que el corazón de esta novia es más firme de lo

que parece. Y si no lo fuera, lo será pronto.

Arabella sonrió. —Entonces quedo tranquila. Buenas noches, señorita Ashbury.

Se retiró con un ademán grácil, dejando tras de sí un débil rastro de lavanda y de ironía.

Lady Flint se volvió hacia Cecily. Su mirada aguda se ablandó y su tono se tornó afectuoso. —No te preocupes por los susurros —dijo—. La sociedad se alimenta de envidia. Cuando se cansa de una historia, simplemente inventa otra.

Cecily hizo una reverencia. —Sois muy amable, mi señora.

—La amabilidad poco tiene que ver —replicó Lady Flint, con los ojos brillando de diversión—. Te lo dije una vez, ¿no? La fortuna anda vestida de seda esmeralda.

Cecily parpadeó, sorprendida. —Así fue, mi señora.

—Y mírate ahora —murmuró la anciana, el abanico temblando como un suspiro—. La fortuna no anda esta noche. Está quieta, esperando que tomes su mano.

Antes de que Cecily pudiera responder, la sonrisa de Lady Flint volvió a iluminarse; su tono regresó a la desenvuelta cortesía. —Pero no debo retenerla. Todos los ojos en la sala ya son su público.

Dicho esto, se perdió entre la multitud, dejando el tenue perfume de violetas y una profecía flotante.

Cecily exhaló despacio. Su corazón latía como un tambor prisionero en una jaula dorada. Habían burlado, compadecido, medido su valor; y, sin embargo, algo de las palabras de Lady Flint chispeó en su interior como una brasa.

Entonces la música se detuvo.

Un silencio se extendió tan de súbito que hasta los candelabros parecieron contener su brillo. El leve rumor de las sedas murió; la respiración colectiva de un centenar de corazones curiosos se hizo audible.

Las grandes puertas se abrieron.

—Sus Gracias, el duque y la duquesa de Greystone. —La voz del mayordomo sonó clara, firme e inquebrantable como el mármol.

Todas las cabezas se volvieron. Todos los murmullos se apagaron. El chisme que zumbaba como avispas hacía un momento se extinguió en un instante.

Entró primero la duquesa, serena y compuesta, la imagen de la nobleza. Su vestido de seda color paloma brilló suavemente al moverse, la luz arremolinándose a su paso como la niebla sobre el agua. Su belleza no era la de la juventud impetuosa, sino la del mando revestido de gentileza.

Pero a su lado andaba su hijo.

El duque de Greystone.

Se movía con mando callado, alto y de hombros anchos bajo el negro de su frac. Su cabello color carmesí absorbía el dorado de los candelabros, pero el lado izquierdo de su rostro permanecía en sombra bajo una banda de seda negra que cubría su ojo. El otro, afilado y verde como la escarcha marina, barría la sala, y el silencio se tornó reverencia.

Una pálida cicatriz surcaba su mejilla, clara contra la luz, inconfundible y extrañamente magnética. No sonrió. No hizo falta. El peso de su presencia tensó el aire en torno a él.

A Cecily se le cortó la respiración. El latido de su propio corazón ahogó todo lo demás.

Ése era el hombre sobre el que se susurraba en los salones: el recluido de la cicatriz, el héroe de los campos de batalla, el duque cuyo genio, se decía, derribaba hombres con más rapidez que su espada. Y ahora, de forma increíble, estaba allí por ella.

El triunfo de Lady Ashbury brilló como plata pulida al avanzar, la reverencia casi teatral. —Sus Gracias, qué honor recibirles en nuestro hogar.

La duquesa inclinó la cabeza con expresión amable. —El honor es nuestro, mi señora.

Su mirada buscó y se ablandó cuando halló a Cecily al otro lado de la sala. —Ah, la joven en persona. Me alegra volver a verla, querida. Fue usted una ayuda cuando nos vimos.

Cecily hizo la reverencia, aunque las rodillas le temblaban. —Sois generosa al recordarme, Su Gracia. No hice más que lo que cualquiera habría hecho.

—Entonces convendría que Londres no tuviera tantos «cualesquiera» —dijo la duquesa con una ligera sonrisa—. Supe de inmediato que tenía buen corazón.

Las palabras, sencillas y luminosas, se extendieron por la sala como un rayo de sol tras la tormenta. Las mismas bocas que habían susurrado veneno ahora sonreían, ansiosas de alinearse con la gracia.

—Se lo agradezco, Su Gracia —murmuró Cecily.

La duquesa giró apenas, apoyando la mano enguantada en el brazo de su hijo. —Nathaniel, querida, la señorita Ashbury tiene una

dulzura que honrará vuestra casa.

El duque inclinó la cabeza. —En efecto, madre.

Entonces sus miradas se encontraron.

El mundo se detuvo. Ese ojo verde, brillante como cristal marino y firme como una hoja, se clavó en el suyo. Y algo dentro de ella, aquello que había temblado en silencio durante toda la velada, se aquietó. No una calma, sino una especie de aliento detenido, como si la misma tierra aguardara lo que habría de venir.

La reverencia le flaqueó. La garganta se le apretó. No pudo apartar la vista.

La voz jubilosa de Lady Ashbury rompió el silencio. —Si Sus Gracias gustan seguirnos, el anuncio les espera.

La orquesta se ajustó; las cuerdas vibraron como nervios tensos.

Mientras se encaminaban hacia el estrado, Cecily les siguió en una bruma dorada y temerosa. Los susurros la escoltaron, ahora más suaves, confusos, reverentes. Las mismas bocas que la habían ridiculizado apenas instantes antes pronunciaban su nombre con cautela, como si temieran que el propio duque los oyera.

La voz de la duquesa resonó sobre la reunión. —Mi hijo y yo nos complacemos en unir nuestra casa a la de quien ha mostrado tanta honra y gracia. Creo que la verdadera nobleza no nace tanto de la sangre como del corazón.

Un murmullo aprobatorio recorrió la sala. Se alzaron las copas; junto a Cecily, su padre exhaló un suspiro de visible alivio.

Cuando Nathaniel volvió la cabeza y le ofreció la mano frente a la concurrencia, ella vaciló apenas un instante antes de posar la suya

en la suya. Su agarre fue firme, no suave pero seguro, como quien ya sabe que la otra parte podría vacilar.

—Señorita Ashbury —dijo en voz baja.

—Su Gracia —susurró ella.

Los primeros compases de un vals se desplegaron por el salón, sedosos y medidos. Era el sonido de dos vidas que colisionaban bajo cien miradas.

La mano de Cecily tembló en la suya. La otra reposó ligera en su cintura. Él la guió en el primer giro, medido y preciso, luego en otro, hasta que el mundo se disolvió en luz de vela y movimiento.

—Solo debe seguir el ritmo —murmuró él.

—Lo intento —respondió ella, la voz temblorosa—. Temo hacerle daño.

—Entonces lo consideraré una herida honorable.

Sus labios se entreabrieron; una risa sorprendente amenazó con escaparse. Y por primera vez aquella noche, algo en su interior cambió del miedo al asombro.

Mientras giraban bajo los candelabros, volvieron los susurros, pero no crueles esta vez, sino quedos y atónitos.

—Baila maravillosamente.

—Él está sonriendo, de veras.

—Dios mío, ya lo ha domado.

Cecily no oyó las palabras; solo la música y el pulso sosegado de su voz cuando murmuró: —No temas, señorita Ashbury. El miedo rompe el equilibrio.

—No lo estoy —mintió ella, aunque el aleteo en su pecho la delataba.

Él la miró, y en la comisura de su boca apareció la más leve curvatura. —Bien.

La orquesta se elevó, y por un latido ella olvidó el chisme, el temor y las miradas de todos los rincones. Por un instante fue solo ellos: sus pasos guiados por su certeza, su corazón atado a la promesa callada de su mano.

Y cuando la música cesó, el duque soltó su mano con cuidado y se inclinó profundamente.

—No ha caído —dijo en voz baja.

—No —respondió ella, sin aliento—. Pero quizá lo habría hecho si usted me hubiera soltado antes.

—Entonces es afortunado —contestó él, con voz baja y firme— que no lo hiciera.

Los aplausos estallaron, luminosos y atronadores.

Y por primera vez en su vida, Cecily Ashbury no permanecía en la sombra de su hermana: estaba de pie, por fin, en su propia luz.

Twelve

Un anuncio de matrimonio



Los aplausos recorrieron el salón cuando el vals llegó a su fin.

Cecily hizo una profunda reverencia, las mejillas encendidas, el corazón latiendo aún demasiado deprisa. El duque se inclinó con precisión impecable antes de dar un paso atrás. La orquesta cambió a un tono más suave; las copas de cristal tintinearon; las conversaciones, antes contenidas, florecieron de nuevo como rosas que se abren bajo la luz de las velas.

La risa de Lady Ashbury resonó por encima del murmullo general.

—Qué pareja tan perfecta —dijo, sin dirigirse a nadie en particular, aunque su voz alcanzó a media sala—. Verdaderamente, la velada no podría haber sido más sublime.

Fue en ese momento cuando **la duquesa de Greystone** se levantó de su asiento.

Aquel simple movimiento bastó para imponer silencio. Hasta los candelabros parecieron contener su brillo.

—Damas y caballeros —comenzó, su voz serena pero llena de autoridad—, me complace enormemente compartir, ante tan

distinguida compañía, la feliz noticia de que mi hijo, el duque de Greystone, ha encontrado a su futura esposa.

Un murmullo recorrió el salón, una corriente de sorpresa y deleite entrelazados.

La duquesa prosiguió, con una sonrisa suave dirigida hacia Cecily:

—La unión será solemnizada dentro de una semana en la **Capilla Real del Palacio de St. James**, en presencia de los representantes de Su Majestad. La fecha ha sido fijada para dentro de siete días exactos.

Un jadeo colectivo agitó el aire. **La Capilla Real**: lugar reservado para las ceremonias de la nobleza más alta de Inglaterra, casi siempre de sangre real. Incluso el vizconde y Lady Ashbury quedaron petrificados por un instante.

Lady Ashbury fue la primera en reaccionar; su abanico se abrió con un chasquido elegante.

—Qué honor sin medida —exclamó, la voz temblándole entre el asombro y el orgullo—. Estamos… oh, las palabras nos faltan, Su Gracia.

El vizconde Ashbury hizo una profunda reverencia, aunque en sus ojos centelleaba el brillo agudo del triunfo.

—En verdad, Sus Gracias han otorgado a nuestra familia una bendición que jamás olvidaremos.

La duquesa inclinó la cabeza con modestia.

—Soy yo quien se siente bendecida, mi lord, al ver asegurado, por fin, el porvenir de mi hijo.

Siguió un aplauso —genuino, aunque demasiado entusiasta—. Algunas damas cuchichearon tras sus abanicos, y podía casi oírse el crepitar de la envidia como un fuego invisible.

—¿Dentro de una semana? —susurró una.

—En la Capilla Real, nada menos… Qué deprisa cambian las fortunas —murmuró otra.

Cecily permaneció inmóvil junto al duque, el pulso rugiéndole en los oídos. Apenas podía respirar. Era **demasiado**: demasiado brillo, demasiado ruido, demasiado real. El mundo a su alrededor centelleaba —música, perfume y luz mezclados en un sueño del que no podía despertar.

Arriesgó una mirada hacia el hombre a su lado. Su expresión era inescrutable, el perfil esculpido en la calma del autocontrol. Pero durante un brevísimo instante, cuando sus ojos se cruzaron, algo parpadeó en su mirada. No era calidez, ni orgullo… sino algo más tenue, más humano.

El corazón de Cecily dio un vuelco.

Él fue el primero en apartar la vista.

Cuando la orquesta reanudó su música, los invitados comenzaron a moverse otra vez, dividiéndose en pequeños círculos de conversación cortés. La duquesa, radiante aunque algo fatigada, se desplazaba entre los presentes con una sonrisa serena. Lady Ashbury la seguía como una sombra, su risa demasiado alta, sus palabras demasiado dulces.

El duque permaneció cerca del borde del salón, conversando en voz baja con el vizconde y dos caballeros de la corte. Cecily, momentáneamente desatendida, se acercó a las grandes ventanas

donde la luz de la luna se derramaba sobre el mármol como plata líquida.

Sus manos aún temblaban.

Una semana, y pertenecería a Greystone.

El pensamiento se le antojaba imposible: demasiado vasto para sostenerlo, demasiado pesado para comprenderlo.

Giró levemente —quizá en busca de aire, quizá de valor— y lo encontró observándola de nuevo. Ninguno habló. Él inclinó la cabeza con un gesto sutil, deliberado, y ella respondió con una reverencia. El silencio entre ambos tuvo algo de ternura.

Finalmente, la noche tocó a su fin. Los invitados comenzaron a despedirse, las voces desvaneciéndose como las últimas notas de una melodía.

Cuando el duque se acercó de nuevo, el aliento de Cecily se detuvo. Se movía con calma medida, inclinándose primero ante sus padres antes de volverse hacia ella.

—Señorita Ashbury —dijo con voz baja, tomando su mano.

El gesto fue formal, nada más que cortesía; sin embargo, el leve roce de sus labios sobre su guante encendió un calor inesperado en su piel.

—Para nuestro próximo baile —dijo, con tono suave y uniforme —, procure no pisarme los pies.

Lo dijo tan serenamente, tan sin inflexión alguna, que Cecily pensó por un momento que había oído mal. Pero cuando se atrevió a mirarlo, percibió el más leve destello de diversión en su único ojo verde.

Su corazón titubeó.

—Haré todo lo posible, Su Gracia —susurró.

Él asintió, soltó su mano y se retiró.

Aquella noche, Cecily permaneció despierta mucho después de que las velas se extinguieran. La casa dormía, solo el tictac del reloj en el pasillo marcaba el silencio. Pero su corazón se negaba a aquietarse.

Una y otra vez revivió aquel instante: la presión de su mano, el calor de su voz, el brillo fugaz en su mirada que pudo ser humor… o amabilidad… o algo que aún no se atrevía a nombrar.

Por primera vez, la imagen del **"duque monstruo"**, ese que la sociedad describía con temor, comenzó a desdibujarse, sustituida por algo mucho más peligroso: la posibilidad de que aquel hombre tuviera, después de todo, un corazón.

Y Cecily, en la oscuridad silenciosa de su alcoba, apoyó una mano temblorosa sobre el pecho y se preguntó si, en realidad, lo que más le asustaba era su **propio corazón**.

Thirteen

Antes del alba



Los días se deslizaron como el lento desenrollarse de una flor veraniega.

Ashbury House, antaño sosegada y poco llamativa, se había transformado en una colmena de sonidos y movimiento. Las costureras corrían por los corredores cargadas de satén y encaje. El aroma de la ropa planchada y el agua de rosas permanecía en cada estancia. Los criados susurraban sobre la boda inminente en la Capilla de St. James, una ceremonia tan solemne que normalmente se reservaba a los círculos más cercanos a la corte.

Para todos los demás era un triunfo.

Para Cecily, aquello parecía un sueño en el que había olvidado su propio nombre.

Lady Ashbury no dejaba de moverse, dictando cartas y riñendo a las doncellas mientras se ocupaba de los detalles más nimios. El vizconde Ashbury pasaba las horas en su estudio, redactando interminables correspondencias con tono cortado y sonrisa

satisfecha. Cecily atravesaba todo aquello como una figura pálida pintada dentro de una escena que no le pertenecía.

Aquella tarde, mientras ella estaba en su escritorio ordenando sus pensamientos en silenciosos versos, llamaron a la puerta con suavidad.

Flora estaba en el umbral, las mejillas tocadas por el calor del sol y una cesta de rosas blancas entre las manos.

—Señorita Ashbury —dijo con voz alegre—. He venido a traer el ramo yo misma, el de mañana.

El rostro de Cecily se ablandó. —Flora. No tenías por qué haberte tomado esa molestia. Es precioso.

Flora se sonrojó y depositó el ramo sobre la mesa. —No podía confiarlo a nadie más. Quería desearle felicidad… y me hubiera gustado verla con su vestido mañana.

La sonrisa de Cecily vaciló un instante. —Ojalá pudieras, pero será imposible acudir a la Capilla. La ceremonia es bastante restringida.

Flora asintió, aunque la desilusión ensombreció su expresión. —Por supuesto, señorita.

Cecily dudó, después abrió un cajón. Sacó un sobre pequeño con un escudo plateado en relieve.

—Entonces vendrás a Greystone House —dijo, entregándoselo con ternura—. Allí habrá una recepción, una verdadera celebración. Podrás traer flores; ¿quién negaría un convite de la duquesa?

Flora quedó boquiabierta, con los ojos abiertos de par en par. —¿De veras? ¿Puedo ir?

—Por supuesto.

Flora apretó la invitación contra el pecho. —Oh, señorita Cecily. Llevaré el mejor ramo de todo Mayfair. Le gustará más que cualquier ofrenda de noble.

Rieron juntas, el sonido suave y fugaz. Cecily sintió que aquello la dolía incluso mientras sonreía. Quizá, pensó, había ventajas en ser duquesa, incluso si se compraba a precio de sacrificio.

Antes de que pudiera decir algo más, la voz del mayordomo resonó en el pasillo:

—Su Gracia, el Duque de Greystone.

Flora palideció. —Debo irme, señorita. —Hizo una reverencia apresurada, agarrando la cesta—. Enhorabuena de nuevo.

—Gracias, Flora —susurró Cecily.

En cuanto la puerta se cerró tras ella, el aire pareció tensarse.

La hora era gris y quieta cuando el Duque de Greystone llegó a Ashbury House.

No hubo fanfarrias, ni comitiva de ilustres invitados. Solo su coche, negro y reluciente, tirado por dos caballos pálidos como el humo. Venía por negocios: las formalidades del contrato matrimonial, las firmas finales que vincularían a dos familias por deber y conveniencia.

Lady Ashbury se mostró más erguida de lo habitual al entrar en el salón, el rostro brillante de gracia ensayada. El vizconde la siguió con una reverencia, ocultando el brillo de satisfacción en los ojos. Cecily, sentada junto a la ventana, se puso de pie de inmediato. El pulso le latía tan fuerte que temió que se oyera.

—Su Gracia —saludó su padre con afectado calor—. Un honor, como siempre. Pase, si gusta, siéntese.

El Duque inclinó apenas la cabeza. —Mi madre envía sus disculpas. Está indispuesta y no podrá asistir a la reunión de hoy.

—Lamento oírlo —dijo Lady Ashbury con rapidez, juntando las manos—. Por favor, haga llegar nuestros mejores deseos para su pronta recuperación.

Él asintió y señaló a su secretario, que avanzó y dejó sobre la mesa varios documentos doblados. —No os ocuparemos mucho tiempo, mi lord. Estos documentos requieren la firma de ambas partes.

El vizconde se acercó al instante, empuñando la pluma con una sonrisa nerviosa. —Por supuesto, Su Gracia.

El Duque permaneció junto al escritorio, alto y contenido, la mano enguantada reposando sobre la madera. La luz de la lámpara captó el brillo de su cabello, carmesí con destellos dorados. Habló poco, atento a las páginas frente a él.

Cuando llegó el momento de la firma de Cecily, Lady Ashbury la llamó. —Cecily, querida. Ven, firma tu nombre junto al de Su Gracia.

Cecily obedeció, aunque las manos le temblaban al tomar la pluma. El pergamino pareció vacilar ante sus ojos. El corazón le latía con fuerza mientras sumergía la pluma en la tinta; rozó el borde con demasiada brusquedad y dejó una mancha ligera sobre la piel.

Se quedó paralizada, mortificada.

La mirada del Duque cayó a sus dedos. —Tiene tinta en los dedos —observó con voz tranquila.

Lady Ashbury soltó una risa nerviosa y cubrió la mano de Cecily con su guante de encaje.

—Oh, Su Gracia, siempre ensucia sus garabatos. No es nada de importancia. Tonterías de niña para pasar las horas.

El vizconde añadió con civismo forzado: —Ciertamente; si así lo requiere Su Gracia, abandonará esa costumbre.

La pluma del Duque se detuvo un instante. Solo se oyó el reloj marcando en la esquina. Luego habló, tono bajo y deliberado.

—Al contrario —dijo, mirando de la mano de Lady Ashbury a los ojos inciertos de Cecily—. Una dama que escribe muestra pensamiento. Y una dama que piensa rara vez resulta anodina.

La sonrisa del vizconde flaqueó. Los dedos de Lady Ashbury se congelaron sobre la muñeca de Cecily.

Ella se atrevió a levantar la vista. Su único ojo verde la miró, claro y frío, pero en él creyó vislumbrar una punzada de comprensión.

Él inclinó la cabeza. —¿Escribe a menudo, señorita Ashbury?

La voz de ella fue apenas un susurro. —A veces, Su Gracia. Solo nimiedades.

La pluma volvió a moverse, la punta rasgando la superficie del pergamino con suavidad. —Entonces le sugiero que traiga esas nimiedades a Greystone Hall. Quizá algún día me permita leer una.

Sus mejillas se encendieron a pesar suyo. —Me mortificaría, Su Gracia.

Un destello, casi sonrisa, asomó en sus labios. —Pues escriba algo que merezca la mortificación.

Depositó la pluma y selló la última página. —Hecho —dijo con sencillez, tono cortante pero no cruel.

El vizconde exhaló aliviado. —Magnífico. Nos sentimos muy honrados.

El Duque se volvió hacia Cecily una vez más. —Hasta mañana, señorita Ashbury.

—Hasta mañana —murmuró ella.

Cuando se retiró, el silencio quedó vibrando, pesado y tembloroso. Lady Ashbury soltó por fin la muñeca de Cecily y suspiró. —Santo cielo, Cecily. Tinta en las manos ante Su Gracia. ¿No tienes juicio?

Su padre solo dejó escapar una risita, los ojos entrecerrándose en cálculo. —Déjala estar. Al Duque no pareció importarle. De hecho, la notó.

Cecily no dijo nada. Miró las yemas de sus dedos, aún manchadas de tinta, y pensó en la cadencia de su voz cuando pronunció su nombre.

Quizá no fuera tan frío como decían.

La casa había quedado en silencio.

Abajo, los criados habían cesado ya su ajetreo. Los carruajes reposaban bajo las lámparas tenues, las ruedas plateadas por el rocío. Solo un suspiro de viento se colaba por la ventana abierta de la habitación de Cecily, levantando el borde del velo que yacía sobre una silla.

Mañana, ese velo coronaría a una duquesa.

Pero esa noche pertenecía aún a una chica que titubeaba al mojar la pluma en la tinta.

Cecily se sentó en su escritorio, la vela reducida a un susurro. Los papeles ante ella estaban esparcidos con versos sin terminar,

esqueletos de pensamientos que no había tenido valor de acabar. Había escrito todo el día en fragmentos, incapaz de apaciguar el tumulto en el pecho desde la visita del Duque.

Sus palabras no la abandonaban.

—Escribe algo que merezca la mortificación.

Retumbaron como un reto, callado pero persistente, enhebrándose en sus pensamientos cada vez que la mano vacilaba sobre la página.

Suspiró, alisó el pergamino y comenzó de nuevo, esta vez con más calma. La tinta formó trazos que no eran aún frases, sino sensaciones: palabras que pertenecían a la versión de sí misma que pronto tendría que enterrar.

Antes del alba

La noche aún me sujeta en suave lazo,
Entre lo que fui y lo que he de ser.
El nombre de mañana coronará mi faz,
Mas nadie conocerá a la niña en mí.
Los pétalos caen, los votos alzarán,
Bajo el inmutable sonar de las campanas.
Mas que la tinta de cuanto fui,
Quede una mancha que no ahoguéis jamás.

Al terminar, la mano le tembló apenas. Leyó el poema una vez, luego otra, como si aquellas líneas pertenecieran a otra.

Una sonrisa melancólica rozó sus labios. —Tal vez no valga la mortificación —murmuró—, pero sí merece ser recordado.

Doblegó el pergamino y lo deslizó entre las páginas de su diario, ocultándolo bajo un ramillete de flores secas del ramo de Flora. El

aroma se estaba desvaneciendo, pero quedaban rastros, como la memoria.

Afuera, las campanas de St. James dieron las doce de la noche.

Cecily se levantó y fue a la ventana. Desde allí veía la ciudad dormida: la curva de los tejados bajo la luna, el brillo errante de carruajes a lo lejos. En algún lugar, pensó, el Duque de Greystone debía también estar despierto, rodeado por el peso de su título y la soledad de su casa.

Se preguntó, por un instante, si él pensaría en ella —la joven con tinta en las manos y miedo en el pecho.

Qué extraño, halló, apoyando la palma en el cristal frío: mañana seré su esposa, y esta noche él sigue siendo un desconocido.

El viento agitó un poco y trajo olor tenue a rosas. Cecily apagó la vela, deslizó la manta y se metió en la cama. El corazón le latía con demasiada fuerza para conciliar el sueño; cada sonido en la habitación parecía amplificado: el tictac del reloj, el crujido de las tablas, el susurro de la seda al moverse inquieta.

En un lugar entre vigilia y sueño, volvió a ver ese único ojo verde que la había mirado desde el otro lado de la mesa: frío, sí, pero no desprovisto de amabilidad.

Y al fin, cerrando los ojos, sus labios dibujaron una leve curva.

Mañana ya no sería la señorita Cecily Ashbury.

Pero esa noche, por un último aliento de libertad, se permitió ser solo Cecily:

La muchacha que escribía, soñaba y se atrevía a dejar temblar el corazón por un hombre al que aún no conocía.

Fourteen

La boda en la Capilla de St. James



La mañana se abrió en un velo de calidez dorada sobre Londres, como si el sol mismo se hubiera adelantado para bendecir el día con luz.

Carruajes resonaban sobre las calles empedradas, sus ruedas respondiendo al tintinear de las campanas de St. James. Por Pall Mall y el Mall, el aire olía a piedra húmeda, cuero de silla y expectación — un aliento inquieto y brillante que recorría la ciudad cada vez que una gran boda estaba por celebrarse.

En la casa de los Ashbury, cerca de Grosvenor Square, el caos se presentaba con forma elegante. Doncellas corrían por los pasillos con lazos, velos y cofres de joyas. Lacayos traían ramos de rosas blancas, el arreglo de Flora, tierno y puro contra el oro del papel pintado.

Y en el centro de todo, Cecily permanecía inmóvil frente al espejo.

La sala bullía de conversaciones, pero ella no oía nada. El vestido marfil, ajustado a la perfección durante la última semana, colgaba

ahora de sus hombros como una promesa demasiado pesada. Las perlas entrelazadas en su cabello brillaban con la luz de la mañana, y un velo de encaje reposaba sobre sus brazos, ligero como un suspiro.

Su madre permanecía cerca, encendida por el triunfo.

—Perfecta —murmuró Lady Ashbury, rodeando a su hija como quien contempla una estatua que ella misma ha tallado—. Harás sombra a todas las damas allí, querida. Una duquesa en cada línea.

Los labios de Cecily se movieron apenas. —Gracias, mamá.

Su voz sonó suave, distante, como si perteneciera a otra.

Tras ella, las doncellas trabajaban con rapidez, ajustando pliegues de seda y comprobando que ni una perla estuviera fuera de sitio. Cuando una de ellas se pinchó con un alfiler, Cecily se estremeció, como si hubiera sido su propia piel la herida.

Desde abajo llegó la voz apagada de su padre dando órdenes, seguida del golpe de botas y el estrépito de puertas de carruaje. Los caballos resoplaron; alguien anunció que era la hora.

Lady Ashbury juntó las manos, mitad risa, mitad llanto.

—Oh, mi querida, ha llegado el día. No tiemble tanto. El mundo espera verla brillar.

Cecily esforzó una sonrisa. —El mundo tendrá su espectáculo —dijo en voz baja.

Su madre rozó su brazo. —Vamos. El carruaje del duque espera.

El trayecto hasta St. James fue un borrón de oro y cristales.

Cecily iba dentro del carruaje con sus padres, las manos apretadas en el regazo. La ciudad fuera se movía como una pintura: rostros fugaces, parasoles que batían, soldados en actitud marcial. A

través del cristal vio multitudes junto a las puertas del palacio; algunos señalaban, otros saludaban, y en algún lugar un niño gritó: "¡La futura duquesa!"

El pulso le golpeaba. Volvió el rostro hacia la ventana; su reflejo aparecía pálido contra la luz.

Así es ser vista, pensó. Y, sin embargo, no ser conocida por nadie.

Su padre habló de grandeza, de ministros del Rey que asistirían, del linaje del duque remontándose a la época de Enrique VII.

Cecily oyó las palabras, pero caían como lluvia sobre el cristal: sonido sin calor.

Cuando al fin el carruaje se detuvo ante la Capilla Real, un rumor creció entre la multitud. Sonaron trompetas. Guardias en filas relucientes tomaron su lugar. El aire vibró con órgano y con el dulce tintinear de las campanas.

El vizconde Ashbury descendió primero, ofreciendo el brazo a Lady Ashbury, cuyos ojos brillaban con la satisfacción de quien acaba de reescribir la fortuna familiar. Después bajó Cecily.

En cuanto su zapatilla tocó el peldaño de piedra, el ruido cambió: se afinó, se suavizó, quedó en silencio, como si la propia Londres se detuviera a mirar.

Alzó la cabeza con lentitud.

Las grandes puertas de la Capilla se abrían de par en par, la luz entrando a través de vitrales y cayendo sobre el mármol. Dentro, divisó filas de invitados nobles y el brillo del bordado dorado en uniformes y vestidos. Y al fondo, frente al altar, estaba el Duque.

Se volvió al entrar.

Incluso de lejos parecía la leyenda que se murmuraba en los salones: alto, de hombros anchos, severo. Su cabello rojo centelleaba bajo los ventanales, como fuego contenido en vidrio. El lado izquierdo de su rostro estaba cubierto por una cinta negra, pero el otro, de un verde frío y penetrante, la encontró al instante.

A Cecily se le cortó la respiración.

No sonrió, y sin embargo no apartó la vista. En ese instantáneo vértigo algo en su interior cambió: no calor, ni ternura, sino una calma extraña que sostuvo sus manos temblorosas.

—Mantenga la compostura —susurró Lady Ashbury a su lado—. Gracia, querida. Gracia en cada paso.

Cecily obedeció. Pie tras pie, el dobladillo de su vestido rozando la piedra. El incienso se mezclaba con el perfume de las flores: rosas blancas, arrayán y paniculata. El trabajo de Flora volvió a su mente y trajo un fugaz consuelo.

Llegó al altar.

La música se hizo más suave, los murmullos cesaron, y en ese silencio el Duque ofreció su brazo. Su mano enguantada, firme y de un modo inesperadamente delicado, la guió para ponerse a su lado.

Por primera vez oyó su voz junto a su oído.

—Señorita Ashbury —murmuró, lo justo para que ella oyera—. Tiembla.

Los labios de Cecily se abrieron, pero no halló palabra.

Su tono permaneció sereno, mesurado, y sin embargo había algo bajo él casi humano. —No tema. Los votos son sólo palabras.

Ella lo miró entonces, a la línea tensa de su mandíbula, a la quietud contenida de su mirada, y algo en su propio pecho se

aquietó.

Palabras, pensó débilmente. Y sin embargo las palabras pueden ceñir con más fuerza que cadenas.

La ceremonia comenzó.

Las voces resonaron bajo la bóveda: el tono solemne del sacerdote, el murmullo de las respuestas, el leve susurro de las sedas cuando la congregación se levantaba y se sentaba al unísono. Anillos sobre manos enguantadas. Votos pronunciados en susurros temblorosos.

Cuando hubo concluido, las campanas repicaron sobre Londres, salvajes y alegres.

La duquesa de Greystone había sido proclamada.

El sonido llenó el aire como sol sobre el agua, extendiéndose más allá de las paredes de la Capilla hasta que pareció que toda la ciudad se regocijaba. Cecily apenas lo oyó. El mundo se había transformado en una bruma de oro y blanco. Las palabras finales del sacerdote le llegaron como un eco que se desvanece.

—Y ahora —entonó el reverendo—, por la gracia de Dios y las leyes del reino, os declaro marido y mujer. Que el Señor bendiga esta unión y que sea sellada—

Hizo una ligera pausa, volviéndose hacia el Duque.— —con un beso.

El aire quedó en suspenso.

A Cecily se le detuvo el aliento cuando el Duque se volvió hacia ella. El leve roce de su casaca sobre la seda de su vestido apenas se percibió. Por primera vez estaba tan cerca que pudo ver la sombra de barba en su mandíbula, la trazada de la cicatriz que se perdía

bajo la cinta y descendía por su mejilla, una marca pálida que captaba la luz como un susurro de plata.

Se vaciló. Solo por un segundo, pero Cecily lo vio.

El apretón de sus hombros. La pausa antes de inclinarse, no por arrogancia, sino por miedo.

Y en ese instante comprendió.

Él temía su repulsa.

Su propio pulso rugió; los labios se abrieron; ella alzó su única mirada y se encontró con su ojo verde, fijo y sereno. No era frío: era cauteloso, como si él también no supiera qué podría hacer ese instante con ambos.

La distancia entre los dos se acortó.

Las manos de Cecily, juntas ante ella, temblaban. El olor de él, limpio, con nota de cedro, llegó hasta ella. La calidez de su presencia le hizo flotar la vista. Contuvo el aliento ante un contacto que era el de un extraño.

Entonces, con ligereza, sus labios la rozaron.

No fue un beso de pasión ni de protocolo: fue un roce delicado, un susurro de contacto tan fugaz que pudo haberse imaginado. Y, sin embargo, en esa cercanía Cecily sintió el latido salvaje e inseguro de su corazón responder al silencio del suyo.

Sus párpados se cerraron un instante.

Un temblor la recorrió, no de miedo, sino por algo que no supo nombrar. Cuando él se apartó, su rostro permaneció inescrutable. Aun así, un leve suspiro escapó de sus labios, como quien suelta un peso guardado por largo tiempo.

Las mejillas de Cecily ardían. No alzó la vista por temor a que él viera el rubor.

La congregación estalló en aplausos corteses, sus voces resonando por la vasta sala. El Duque inclinó la cabeza hacia ella, volvió a su compostura formal, y mientras le ofrecía el brazo para marchar, su voz, baja y apenas para ella, dijo:

—Perdóname si fue menos de lo que la costumbre esperaba.

Cecily negó levemente con la cabeza; su voz fue casi un susurro.

—Fue más que suficiente, Su Gracia.

Sus miradas se cruzaron: un encuentro fugaz e incierto entre dos extraños unidos por el destino.

Y en ese brevísimo instante, a la sombra del altar y bajo el estruendo de las campanas, algo frágil e innombrado pasó entre ellos.

No era afecto. Aún no.

Pero sí reconocimiento.

Fifteen

La Dama de Greystone



Greystone House resplandecía como si todas las velas de Londres hubieran sido encendidas a la vez.

El salón de baile, con sus techos dorados y pisos de mármol pulidos hasta reflejar el brillo de las lámparas, centelleaba bajo la luz de incontables candelabros. La música flotaba en el aire, la risa se mezclaba con el perfume tenue de las rosas. Flores blancas adornaban las barandillas y las paredes —las mismas del ramo nupcial de Cecily—, multiplicadas hasta que su fragancia se volvió parte viva de la noche.

Al fondo del salón se encontraban los recién casados.

La mano de Cecily descansaba suavemente sobre el brazo del Duque mientras recibían la interminable fila de invitados. Nombres, títulos y cumplidos se desdibujaban en un solo ritmo de reverencias, inclinaciones y risas corteses.

Y, sin embargo, bajo todo ello, Cecily lo sentía: la diferencia.

Semanas atrás, nadie le habría dedicado una mirada. Ahora, cada par de ojos se detenía en ella. Cada palabra parecía calculada; cada

elogio, medido.

Las damas del *ton*, antes indiferentes, se acercaban en grupos de seda y perfume.

—Qué radiante se ve, Su Gracia.

—Tanta compostura, tan regia… apenas se creería que es su primera Temporada.

—Oh, qué unión tan afortunada, sin duda.

Cecily sonreía, hacía una leve reverencia, murmuraba su gratitud. Las mejillas le dolían por el esfuerzo. Tras el halago percibía curiosidad, envidia, incredulidad. ¿Cómo era posible que la callada e insignificante señorita Ashbury se hubiera convertido en la Duquesa de Greystone?

Antes, aquello la habría herido. Ahora, solo la dejaba cansada.

Una voz familiar rompió el zumbido de la conversación.

—Su Gracia —llamó, cálida y melodiosa, con un toque de ironía.

Cecily se volvió.

Arabella Whitmore se acercaba, resplandeciente en seda carmesí, el abanico moviéndose con perezosa elegancia en su mano enguantada. Hizo una reverencia perfecta, los ojos brillando con picardía.

—Mis felicitaciones, de verdad. Confieso que nunca pensé que alguien pudiera domar al Duque de Greystone. —Sus labios se curvaron, el tono ligero pero punzante—. Tal vez la dulzura logre lo que la belleza no.

Casi un cumplido. Casi.

Cecily sonrió apenas. —Gracias, señorita Whitmore. Es muy amable.

—La amabilidad rara vez es mi fuerte —respondió Arabella con una risa suave—, pero hoy parece apropiada. —Inclinó la cabeza, dejando tras de sí una estela de perfume mientras se perdía entre la multitud.

Cecily exhaló despacio. El salón le pareció más grande que antes, lleno de ruido, y a la vez demasiado silencioso a su alrededor. Entonces, desde la entrada, una voz sobresalió por encima de la música, una que reconoció al instante.

—¡Señorita—! Oh… Su Gracia.

Era Flora.

Estaba de pie junto al señor Sennington, las mejillas encendidas, sosteniendo un ramo mucho más espléndido que el que había entregado el día anterior.

La compostura de Cecily se quebró antes de que pudiera evitarlo.

—¡Flora! —exclamó, el nombre escapando de sus labios como un soplo de alegría.

Varios invitados se volvieron. Los ojos de Lady Ashbury se abrieron con horror.

Cecily se quedó inmóvil, comprendiendo su error, y enseguida se corrigió.

—Señor Sennington, señorita Flora, qué placer verlos.

Flora sonreía radiante, sin notar la tensión.

—No podíamos faltar, Su Gracia. Algunas de estas flores son nuestras. ¡Y se ve usted tan hermosa que apenas puedo—!

El abanico de Lady Ashbury se cerró con un chasquido seco, como una advertencia.

Cecily captó la mirada de su madre y forzó una sonrisa serena.

—Gracias, Flora —dijo con suavidad—. Su trabajo ha hecho de esta noche algo aún más hermoso.

Flora hizo una torpe reverencia, las mejillas encendidas, antes de dejarse guiar fuera del salón por el señor Sennington.

Cecily apenas tuvo tiempo de recomponerse antes de oír una voz baja junto a ella.

—Habría sido una lástima acallar tanta sinceridad.

Se volvió, sorprendida. —¿Su Gracia?

El Duque la observaba con aquella calma contenida que siempre lo rodeaba. Por un momento, creyó ver un destello de diversión en su único ojo verde.

—Descubro que la prefiero cuando no está perfectamente compuesta —dijo—. La alegría en su rostro hace un momento… le sentaba bien.

Cecily sintió que el calor subía a sus mejillas.

—Temo que olvido con facilidad mi lugar.

—Entonces no lo olvide —respondió él—. Veo demasiadas máscaras en reuniones como esta. Es un alivio encontrar un rostro que aún sea honesto.

Ella apartó la mirada, el pulso desbocado. Sus palabras, tan simples, le calaron más de lo que debían.

Más tarde, cuando la orquesta comenzó un vals, la multitud se apartó para ellos.

El Duque se volvió hacia ella, tendiendo su mano enguantada.

—¿Bailamos, Su Gracia?

Cecily vaciló un instante antes de esbozar una sonrisa.

—Si es necesario.

—Suena como si marcháramos al campo de batalla —dijo él, con sequedad irónica.

—En cierto modo, así es —murmuró ella, tomando su mano—. Todas las miradas son armas, ¿no le parece?

Una risa baja y cálida escapó de él.

—Entonces enfrentémoslas como aliados.

La condujo al centro de la pista.

Las primeras notas del vals se elevaron, suaves y fluidas. Los pasos comenzaron contenidos, casi ceremoniosos, pero pronto la tensión se disipó. Cecily se dejó guiar por la presión segura de su mano en su cintura, por el compás constante de su paso.

Cuando se atrevió a mirarlo, sus ojos estaban en ella.

—No le agrada que la observen —dijo en voz baja.

—No —respondió él, con igual suavidad—. Nunca me ha gustado.

—A mí tampoco —admitió ella—. Pero parece que ya no tenemos elección.

—¿Le asusta? —preguntó.

Ella dudó, luego sonrió levemente.

—Sí. Pero quizá, si lo enfrentamos juntos, duela menos.

Por un instante, su paso vaciló. Luego, casi imperceptible, él sonrió.

—Quizá.

Bailaron en silencio después, suaves, medidos, perfectamente acompasados. Pero algo entre ellos había cambiado. El aire ya no era frío ni distante, sino más cálido, más blando, vibrando con un pulso callado que ninguno podía nombrar.

Cuando la última nota se desvaneció, ninguno pareció querer soltarse.

Los aplausos los envolvieron. El hechizo se rompió.

Mientras retrocedían, las altas puertas del salón se abrieron. Un silencio expectante se extendió cuando un mensajero entró, portando una carta sellada con el blasón de Greystone. La entregó al maestro de ceremonias, quien rompió el lacre y leyó en voz alta:

"Por deseo de la duquesa viuda de Greystone, y con el consentimiento de Su Gracia el Duque, se anuncia que el duque y la duquesa partirán hacia su propiedad del norte dentro de la semana. A su llegada, se celebrará una gran fiesta en Greystone Hall para marcar el comienzo de su nueva vida juntos."

Un murmullo recorrió la sala: admiración, envidia, entusiasmo. Ser invitado a Greystone Hall era un honor reservado a muy pocos.

El abanico de Lady Ashbury tembló; los ojos del vizconde brillaron antes de que recompusiera su rostro en una sonrisa medida de orgullo.

A Cecily se le escapó el aliento. Greystone. Tan pronto.

El Duque inclinó ligeramente la cabeza, aceptando las felicitaciones. Luego su mirada buscó la de ella.

—Dentro de la semana —dijo en voz baja.

Cecily apretó el abanico entre los dedos.

—Sí —susurró—. Dentro de la semana.

La música volvió a llenar el salón, devolviendo su ritmo deslumbrante a la velada.

Pero para Cecily, el sonido había cambiado.

Bajo la risa y los violines, otro tono permanecía: algo constante, lejano, como el tañido de una campana.

Greystone la esperaba.

Y, fuera cual fuera su destino —belleza o sombra—, pronto habría de enfrentarlo no como Cecily Ashbury, sino como la Duquesa que ahora llevaba su nombre.

Sixteen

La Noche del Silencio



La noche, al fin, había quedado en calma.

La risa, la música, el zumbido brillante de conversaciones que había llenado Greystone House se habían disipado, esparciéndose como cenizas tras una llama extinguida. Los candelabros estaban atenuados; solo unas pocas velas ardían todavía en sus apliques, la luz temblando débilmente contra los muros de mármol. La casa parecía respirar de otra manera ahora—suave, quieta, expectante.

Y así también respiraba Cecily.

Permanecía junto a la ventana de su alcoba, aún medio envuelta en su vestido de novia. La seda relucía tenuemente bajo la pálida claridad, aunque su reflejo en el cristal parecía más un espectro que una esposa. Con dedos fríos trazó el borde de su manga mientras observaba los jardines, donde el último de los carruajes de los invitados se había perdido entre la niebla londinense.

Ahora, solo quedaba el silencio.

Su corazón latía tan fuerte que temió que los criados pudieran oírlo desde el pasillo. Cada minuto que pasaba pesaba más sobre su

pecho. Aquella debía ser una noche de alegría.

La noche de bodas.

Su noche de bodas.

Y, sin embargo, jamás había sentido un silencio tan espeso, tan sofocante.

Se sentó en el borde de la cama, los dedos temblorosos al desatarse los guantes. Bajo su tacto, la piel se sentía fría, frágil. Intentó regular su respiración, pero el aire era denso, cargado con el peso de todo lo no dicho.

Las frases de las novelas que había leído en secreto acudieron a su mente para burlarse de ella ahora:

> "La noche de bodas es donde el amor se consuma, donde la unión de los corazones se hace completa."

Completa.

Mordió su labio.

No había amor que sellar.

No había corazón que ofrecer, salvo el suyo, que palpitaba incierto dentro de su pecho.

Ni siquiera podía imaginar lo que la aguardaba más allá de aquel instante.

¿Qué debía decir? ¿Qué debía hacer? ¿Qué debía sentir?

El calor le subió a las mejillas al pensar en la intimidad, aunque no era asco lo que sentía, sino miedo—miedo a lo desconocido, miedo a su propia inexperiencia, miedo al hombre que ahora llevaba su nombre.

El Duque de Greystone.

Lo recordaba esa misma noche: erguido, sereno, el cabello cobrizo atrapando la luz como metal bruñido. La cicatriz pálida que cruzaba su mejilla izquierda, el rastro de viejas quemaduras cerca de la sien. Aquello debería haberle causado inquietud, y sin embargo solo hizo que su corazón se contrajera con algo que no podía nombrar.

Había hablado con corrección, con cortesía medida.

Pero cuando su único ojo verde se cruzó con el de ella, algo se agitó: una chispa silenciosa que no era consuelo ni afecto, sino *reconocimiento.*

Y eso era lo que más la asustaba.

El viento rozó los cristales.

En el pasillo, se oyeron pasos—firmes, deliberados. Su pulso saltó hasta su garganta.

¿Sería él?

Se incorporó de golpe, alisando los pliegues de su vestido, cada movimiento torpe por los nervios. El corazón le latía con tanta fuerza que el aliento le temblaba.

Hubo una pausa al otro lado de la puerta.

Después, silencio.

Los dedos de Cecily se apretaron sobre la tela.

Un tenue resplandor de vela se filtraba bajo la puerta, y la sombra de unas botas masculinas se perfilaba justo detrás.

Durante un largo momento no pudo moverse.

Las manos húmedas, heladas.

Finalmente, con un gesto lento e inseguro, alargó la mano hacia el pestillo.

La puerta se entreabrió.

El Duque estaba en el pasillo, medio envuelto en penumbra.

La vela en su mano proyectaba un resplandor suave sobre su rostro, delineando la firme línea de su mandíbula, el gesto sereno de su boca, y la cicatriz que atrapaba la luz como un hilo de plata. Su ojo verde la encontró, constante, inescrutable.

Ninguno habló.

Luego, él inclinó ligeramente la cabeza. Su voz, cuando llegó, fue baja y compuesta, cada palabra medida.

—Perdóneme, Su Gracia. Solo deseaba asegurarme de que se encuentra bien.

Cecily intentó responder, pero la garganta se le secó.

—Estoy bien —susurró al fin—. Solo… insegura.

Algo se movió en su mirada—demasiado fugaz para nombrarlo. Tal vez compasión, tal vez distancia.

—No hay motivo para el temor —dijo tras una breve pausa—. No tiene nada que temer de mí. No le pediré lo que aún no esté lista para dar.

La luz de la vela titiló al compás de sus palabras, deslizándose sobre la curva de la cicatriz. Su tono era suave, pero las palabras cayeron como una hoja envuelta en seda.

No le pediría.

No lo deseaba.

¿Acaso la encontraba indigna, entonces?

Un vacío amargo se desplegó en su pecho. Quizás él había esperado a otra al aceptar este matrimonio—la deslumbrante **señorita Cordelia Ashbury**, la joya de la Temporada, el nombre que aún murmuraba Londres.

No a ella. Nunca a ella.

La hija silenciosa, la que pasaba inadvertida, elegida solo por conveniencia.

Tal vez por eso su mirada había sido tan contenida toda la velada, sus palabras tan precisas, sin calidez.

Tal vez ya se arrepentía.

Cecily forzó una sonrisa frágil.

—Como desee, Su Gracia.

Él asintió de nuevo, el movimiento pulcro, comedido.

—Descanse, entonces.

Se volvió, y el pasillo lo tragó entre sombras.

Cecily cerró la puerta lentamente, los dedos aún apoyados en el pestillo, como si temiera que la quemara. El silencio que siguió fue más pesado que antes.

Durante un largo rato no se movió. Luego, sus rodillas flaquearon y se dejó caer al suelo. Las faldas se extendieron a su alrededor, el corazón latiendo con fuerza dolorosa.

Llevó una mano a los labios.

El eco de sus palabras llenó la quietud.

No tiene nada que temer de mí.

Y, sin embargo, ¿por qué dolía tanto?

Tal vez porque su contención sonaba a rechazo.

Porque en su gentileza, ella oyó lo que siempre había escuchado de los demás:

que era pálida junto a su hermana, callada donde Cordelia brillaba, una sombra destinada a pasar inadvertida.

Se repitió que era alivio.

Que estaba a salvo, que él no exigiría lo que ella temía.

Pero la verdad se deslizó por las grietas de su corazón.

No era alivio.

Era decepción.

Era el dolor silencioso y vergonzoso de no ser deseada.

Había anhelado algo—no pasión, ni siquiera amor—solo una señal de que él la veía, de que esa unión significaba algo más que deber.

En su lugar, solo encontró distancia.

Cecily se levantó despacio y caminó hacia la cama.

La luz de la luna se derramaba sobre el cobertor blanco, pálida y fría. Se recostó, dándose vuelta hacia la pared, la que la separaba de la habitación del Duque.

Durante un tiempo permaneció así, inmóvil.

Si pegaba el oído al silencio, casi podía imaginar que oía su respiración al otro lado.

Cerró los ojos con fuerza.

Aunque su cuerpo anhelaba el sueño, su corazón no hallaba reposo.

El reloj marcaba las horas, más allá de la puerta.

Las velas se consumían, su luz desvaneciéndose en penumbra.

Cada latido repetía la misma verdad callada:

Por primera vez en su vida, Cecily temía no ser vista.

Seventeen

El monstruo que temía la luz



Nunca debió ser un matrimonio.

Al menos, no al principio.

Nathaniel Greystone había cabalgado hasta Ashbury House con un solo propósito: cobrar una deuda. Nada más, nada menos.

Esperaba el habitual teatro de la desesperación: excusas, labia, tal vez un escándalo fingido. Hombres como el vizconde Ashbury nunca escaseaban en palabras, sólo en honor. Nathaniel ya había tratado con su clase antes: hombres a cuyos deseos alimentaban sus deudas, que medían el valor humano en monedas y conveniencias.

Cuando el vizconde, enrojecido y sudoroso, habló no de pago sino de una proposición, Nathaniel no se sintió sorprendido. Solo le recorrió una leve oleada de desprecio.

Matrimonio como transacción. Hijas como colateral.

Era precisamente ese tipo de arreglo que su madre detestaba, y por eso mismo accedió a considerarlo.

La duquesa de Greystone, debilitada por la enfermedad, le rogó que se casara antes de que su fuerza le fallara. "No puedes vivir

siempre en las sombras, Nathaniel. Greystone debe tener un heredero.”

Y él cedió.

Cuando el vizconde habló de su hija mayor, la señorita Cordelia Ashbury —la favorita de la Temporada, hermosa, admirada, la sensación de Londres—, el interés de su madre se despertó. Nathaniel no la había conocido. Aceptó sólo la formalidad de una presentación. Si había de casarse, que sirviera a un propósito. Que asegurara Greystone y callara los murmullos que lo seguían como una mancha.

No esperaba sentir nada.

Hasta esa noche.

El recuerdo del baile de debutantes quedó grabado con dolorosa nitidez. Desde la terraza del jardín, la música y las risas llegaban por las ventanas abiertas: un mundo reluciente de perfumes y candelabros al que había decidido no entrar. Había ido sólo para agradar a su madre, para ser visto, para soportar y marcharse en cuanto la cortesía lo permitiera.

Mientras paseaba por las sombras más allá de la luz de las farolas, oyó una risa que lo alcanzó —no la risa de la alegría, sino la de la crueldad. Los hombres estaban junto a la fuente, sus voces bajas y viciosas. Uno señaló hacia el camino que conducía a las puertas del salón. Allí iba, sola, una joven con vestido pálido que brillaba a la luz de la luna, cruzando la grava sin advertir que se había convertido en objeto de su mofa.

Nathaniel la vio sólo de espaldas. El sonido de aquellas risas le atravesó el pecho como un corte. Algo en él se quebró. No pensó.

Se limitó a actuar.

Antes de darse cuenta, había cruzado la terraza y sujetado a Killington por el cuello. Cayeron los golpes: uno, otro. La risa se transformó en gritos y maldiciones. El sordo golpe de puños contra carne resonó por el jardín, ferozmente claro en el aire cálido del verano.

Y entonces, entre aquel estruendo, la vio.

Ella permanecía junto a las puertas abiertas, inmóvil, la luz del salón derramándose apenas a su alrededor. Sus ojos estaban abiertos, el rostro pálido de miedo e incredulidad. Incluso de lejos distinguió sus manos, apretadas frente al pecho, como si temiera moverse.

Por un latido, sus miradas se encontraron entre la luz de las farolas y la penumbra. En los suyos vio horror, no comprensión. No gratitud.

Se detuvo. Jadeó; el silencio y la vergüenza le nublaron el mundo. Los hombres se retiraron. Killington gimiendo quedó sobre los escalones de mármol.

Ella no se acercó. Solo lo miró, como si hubiera presenciado algo irreversible. Nunca antes le había visto esa expresión—esa mirada que convierte a los hombres en monstruos.

Alzó la mano hacia el pecho y la dejó caer sin decir palabra. La noche se estiró entre ellos, pesada de rosas y sangre.

Cuando se volvió, no pensó volver a verla.

Pero el destino no fue tan clemente.

A la mañana siguiente, había salido temprano, inquieto, sin ancla. La memoria de la noche aún lo perseguía—la fuerza de su cólera, el

recuerdo de sus ojos asustados. El sueño no le había dado reposo, y la claridad de la mañana londinense le dolía por ello.

Cerca del mercado de St. Mary, las calles bullían ya de vendedores. Iba doblando desde la botica cuando la vio.

Caminaba aprisa, la cabeza baja, el gorrito echado hacia adelante. El rostro pálido, los labios apretados como si contuviera algo—lágrimas o reproche, quizá. Al principio no la reconoció, pero cuando la luz rozó su perfil, la certeza le golpeó con fuerza.

Era la misma joven que le había mirado con miedo bajo la luna.

Por un instante no hizo más que observarla moverse entre la gente, pequeña y resuelta, las manos enguantadas apretadas a los costados. A su alrededor, el mundo seguía indiferente; a sus ojos, parecía un fantasma de la noche que deseaba olvidar.

Entonces el viento susurró y un pañuelo de lino cayó de su mano hasta el empedrado a sus pies. Él lo recogió antes de que ella pudiera. Instintivo.

—Señorita —dijo en voz baja, áspera en el aire claro.

Ella se volvió con brusquedad, sorprendida. Por un instante sus miradas se encontraron: ojos abiertos, sobresaltados y brillando con lágrimas. Ella bajó enseguida la vista y, con la mano temblorosa, tomó el pañuelo.

Él lo sostuvo. —¿Es suyo?

—Gracias, Su Gracia —murmuró ella, apenas audible. Hizo una reverencia apresurada sin mirarlo a la cara.

Vio el brillo de humedad en sus pestañas, el leve temblor de sus labios como si se obligara a hablar. La visión lo golpeó con más fuerza de la que debía.

Ella se alejó, figura menuda entre el bullicio. Él no la siguió. Permaneció allí, la mano todavía medio alzada con el pañuelo, como si aquel instante rehusara terminar.

El aire olía a lilas y polvo caliente. Fue entonces cuando entendió por primera vez que la culpa podía saber tanto a anhelo.

Esa noche no consiguió olvidarla.

Cuando el vizconde Ashbury escribió pidiendo audiencia, Nathaniel supo al punto de qué se trataba: otro arreglo, otra alianza conveniente. El hombre habló con fervor de su hija mayor, la señorita Cordelia—la más admirada de la temporada, arreglada para cualquier caballero. Nathaniel escuchó sin interés. Necesitaba un matrimonio por forma, no por afecto; esas cuestiones ya no despertaban en él esperanza ni interés.

Así que, al llegar para la presentación aquella tarde, su mente estaba en otra parte. No tenía curiosidad por la belleza ni por la gracia.

Pero cuando la puerta se abrió, el aire cambió.

No era Cordelia.

Era Cecily.

Entró en el salón con paso tranquilo pero vacilante, como si dudara de su lugar allí. Sus ojos, grandes y azules, se encontraron con los suyos un instante antes de bajar la mirada. En aquella mirada vio lo que la memoria ya había grabado: la misma mirada atónita que lo había contemplado en la terraza, la misma contención temblorosa de la mañana en el mercado.

El mundo alrededor se desvaneció en silencio. El vizconde seguía hablando, su voz suave y entusiasta, pero Nathaniel apenas la

escuchaba. La certeza se le echó encima como una marea lenta. La muchacha a quien había asustado. La que no lograba olvidar.

Debería haberse negado.

Debería haberse marchado antes de que pronunciara su nombre.

Pero no lo hizo.

Tal vez fue deber. Tal vez culpa. O tal vez un atisbo de esperanza absurda: que aún pudiera existir la gentileza, incluso junto a monstruos.

Sea cual fuere la razón, dio su consentimiento y, con él, selló un destino que ninguno de los dos había elegido.

Ahora, sentado en su cámara la noche de su boda, Nathaniel no sabía si el destino había sido misericordioso o cruel.

Agradecido. Atormentado. Triunfante. Avergonzado.

Había obtenido lo que nunca buscó y temía perder lo que no había pedido.

—¿Y si la lastimo? —se preguntó.

Había visto demasiada ruina para confundir la ternura con debilidad. La bondad de Cecily era luz, y temía lo que hombres como él hacían a la luz: la asfixiaban. La destruían simplemente por permanecer demasiado cerca.

El reloj dio la medianoche.

Inquieto, se incorporó y recorrió el corredor. El aire fuera de su habitación le pareció más frío, más vacío. La idea de ella sola, asustada e insegura, no lo abandonaba.

Pronto se encontró ante su puerta. La vela temblaba en su mano, su pequeña llama proyectando oro sobre la penumbra.

No planeó sus palabras. Solo necesitaba verla.

Rozó la madera del marco. Tibia. Viva.

Se abrió, y ella estaba allí, enmarcada por la luz del candil, los ojos grandes y vacilantes como el alba tras la lluvia.

El aire entre ambos se detuvo.

—Perdone, Su Gracia —dijo en voz baja—. Solo he querido saber si se encuentra bien.

Su voz salió temblorosa. —Estoy bien. Sólo… insegura.

Él quiso decir «yo también», pero no pudo.

—No hay necesidad de temor —dijo por fin—. No tiene nada que temer de mí. No le pediré lo que no esté preparada a dar.

La vela titiló entre ambos, la luz temblando como un pulso.

Sus palabras iban cargadas de bondad. Y, sin embargo, la mirada en los ojos azules de ella le dijo que aquellas palabras sonaron a rechazo.

Cuando ella inclinó la cabeza y susurró, «Como desee, Su Gracia», algo en su interior se torció.

No pudo decirle la verdad: que temía más sus propias manos de lo que ella jamás podría temer.

Asintió con un solo movimiento, voz baja y contenida. —Descanse, pues.

La puerta se cerró y pareció que algo dentro de él se hubiera cerrado también.

Volvió a su habitación en silencio, la voz de ella siguiéndole por el pasillo como un eco.

En su escritorio la vela ardía ya baja, la llama temblando contra la cicatriz de su mejilla como una placa de plata que se resiste a extinguirse.

La miró hasta que se le borró, y luego susurró en la quietud:

—Mejor que hoy tema a mis manos antes que mañana me odie.

Apagó la vela.

Pero, mucho después de que la habitación quedó en tinieblas, el sueño le fue esquivo.

A través del tabique que los separaba, débil y rítmico, creyó casi oír su respiración—y se preguntó si, por extraña misericordia, latía al compás de la suya.

Eighteen

El eco de las notas



El alba llegó con suavidad sobre Greystone House, la luz pálida como el aliento sobre un cristal. La ciudad más allá permanecía inmóvil, como si la propia Londres hubiera hecho una pausa para contemplar cómo se desplegaba la mañana. La luz matinal se derramó por los altos ventanales de la habitación de Cecily, pintando su reflejo en un halo de plata.

Despertó con el eco de la noche anterior aún adherido al pecho: un borrón de música, luz de velas y aplausos discretos que ahora parecía pertenecer a otra vida. Conforme la vigilia se imponía, el peso en su pecho volvía a asentarse.

Mary estaba junto al tocador, serena y segura, abrochándole la última perla en el cuello con mano diestra. Había vestido innumerables novias y siempre llevaba consuelo en los bolsillos del delantal.

—El desayuno se sirve en breve, Su Gracia —dijo, acomodando un rizo rebelde—. Por los pasillos se comenta que el mayordomo se

ha esmerado con la mermelada. Intente comer algo, endereza el ánimo.

Cecily sonrió débilmente y se sentó ante el espejo, la postura tan medida como su respiración. Sus manos descansaban quietas en el regazo, cosas extrañas que ya no reconocía como propias.

El comedor del desayuno era más pequeño que el gran salón de Ashbury House, pero más acogedor. La luz se posaba sobre el caoba pulido y un único cuenco de rosas blancas brillaba entre dos candelabros de plata. Frente a ella presidía la duquesa de Greystone, los ojos vivaces a pesar de la palidez de sus mejillas.

—Ah, al fin un desayuno tranquilo —dijo la duquesa, su voz cálida y afilada a la vez—. Disfrutemos de esta paz mientras dure, querida. Hay mucho que aprender en los primeros días. —Su mirada se ablandó—. ¿Ha dormido bien?

La voz de Cecily fue cortés y pequeña. —Sí, Su Gracia. Gracias.

La duquesa desvió la atención hacia su hijo. El duque permanecía en silencio, la taza a media alzada, el perfil sereno como una estatua.

—Y dígame —empezó la duquesa, con ese tono engañosamente ligero que disimula cualquier pregunta—, ¿cómo encontró su primera noche de casada?

A Cecily se le cortó la respiración. El rubor le subió a las mejillas antes de que pudiera contenerlo. —Fue… tranquila —respondió al fin.

La duquesa sonrió, divertida pero sin dureza. —La calma puede ser una misericordia —dijo, y su voz se ablandó aún más—. Tómese

su tiempo, querida. Nadie espera que la intimidad de toda una vida ocurra de la noche a la mañana.

Al otro lado de la mesa el duque carraspeó y se puso en pie. —Debo atender ciertos asuntos en la biblioteca —anunció con tono comedido.

—Por supuesto —respondió la duquesa—. —Su sonrisa a Cecily fue medio consuelo, medio aviso.

El suave clic de la puerta hacia la biblioteca sonó como un alivio.

Tras retirarse los criados, la duquesa tomó las manos de Cecily. Su toque era ligero pero firme, su mirada la calma de la experiencia.

—Será duquesa de nombre y de hecho —dijo—. Hay un arte para estas cosas. Aprenda a mandar sin parecer que manda. Hable con honestidad, pero sin brusquedad; guíe sin ordenar. Tiene gentileza, niña. Úsela como fuerza, no como escudo.

Cecily asintió, sin saber si aquello la consolaba o la preparaba.

La duquesa esbozó una leve sonrisa, una fatiga traducida en amable severidad. —Mañana partís con mi hijo hacia Greystone. El aire del norte les hará bien a ambos, lejos del bullicio de Londres. Yo, por desgracia, debo quedarme un tiempo; mi salud ya no me permite esos viajes.

Los ojos de Cecily se abrieron. —Siento oírlo, Su Gracia. Pensé que quizás vendríais con nosotros.

—Sois amable, pero mis días de viajar han terminado —respondió la duquesa con una sonrisa torcida—. Hay mañanas en las que ni siquiera puedo asistir a la cena. Perdonadme si os digo adiós un día antes.

El corazón de Cecily se enterneció pese a la pena. —Permitidme agradeceros ahora su bondad y orientación. Haré cuanto pueda por honrar el nombre de Greystone.

La expresión de la duquesa se volvió más suave. —Es todo lo que pido. Id mañana sin inquietudes y escribidme cuando os hayáis asentado. Quiero saber cómo el mar recibe a su nueva señora.

Apretó la mano de Cecily una vez más antes de levantarse. —Lo haréis bien, lo veo ya.

Cuando la duquesa se retiró, Cecily quedó sola en el murmullo de Greystone House. Era hermosa, pero vasta; cada pasillo murmuraba su propia historia y cada puerta pertenecía a la vida de otro.

Ansiaba moverse, conocer la casa que debía ahora llamar suya.

—Mary —murmuró.

Mary apareció de inmediato, acompañada por el señor Haverly, el lacayo de mirada tranquila y años de servicio. Juntos la condujeron por corredores flanqueados de retratos y bibliotecas perfumadas de papel viejo, hasta una puerta más pequeña al fondo del pasillo.

El aire más allá olía a lustre y a música olvidada.

La habitación era modesta, rectangular, iluminada por altos ventanales y por el brillo de un piano de caoba oscuro que parecía pulido con devoción.

—Parece hecho a vuestra medida, Su Gracia —dijo Mary.

—Oh, lo parece, ¿verdad? —susurró Cecily, deslizando los dedos por el borde pulido.

El señor Haverly sonrió levemente. —Perteneció a Su Gracia cuando era niño. El difunto duque le enseñó aquí sus primeras notas.

Cecily lo imaginó al instante: un niño de cabello cobrizo aprendiendo melodía bajo la mano paciente de un padre. La imagen encendió algo cálido dentro de ella.

—¿Puedo? —preguntó, en voz casi inaudible.

—Por favor —respondió el señor Haverly—. La música hace hablar a una casa.

Cecily levantó la tapa. Las teclas brillaban de un marfil inmaculado, a la espera. Pulsó una, luego otra, hasta que el sonido empezó a tejer su hilo tranquilo por la estancia.

Interpretó un preludio sencillo y después, casi por costumbre de niña, la Sonata Claro de Luna de Beethoven—su favorita desde la adolescencia. Al principio las notas temblaron bajo sus dedos, luego hallaron su pulso; la melodía se extendió, lenta y suave, tristeza con gracia.

Por un momento olvidó la casa, el título, el peso en el pecho. La música fue aire; sus manos parecían saber adónde ir.

Cuando la última nota se desvaneció, alzó la vista… y se quedó rígida.

Él estaba allí.

El duque, medio en sombra, apareció en el umbral. La luz de la vela delineaba la pálida cicatriz en su mejilla, humanizándola.

Cecily se incorporó de inmediato. —Su Gracia, perdonad. No os escuché entrar.

Él cruzó la sala con pasos mesurados. No había burla en su rostro, solo una atención serena que aceleró su pulso.

—¿Es vuestro esto? —preguntó ella, aunque ya lo sabía.

—Todo lo mío será también vuestro —respondió, sin vanidad, como una ofrenda.

—Gracias —murmuró ella, apretando la mano en el pecho sin darse cuenta.

—Habéis tocado bien —dijo él.

Ella rió, sonrojada. —Seguramente he errado en muchas partes.

—Tocad de nuevo —pidió. Su voz, aunque medida, había en ella una calidez que sonaba a invitación.

Cecily volvió al piano, las palmas húmedas. Empezó a tocar; la melodía era frágil pero sincera. Al fallar en una tecla, se sobresaltó. —Lo siento.

Antes de que pudiera replegarse, él se acercó. La mano enguantada se posó ligeramente sobre la suya, guiando la siguiente frase. El toque fue cuidadoso, medido, apenas el roce de una seda sobre la piel, y sin embargo la estremeció.

El aliento se le cortó; el aire entre ambos pareció volverse más leve. El acorde se prolongó y luego, como un hilo delicado que se rompe, retiró la mano. Su semblante volvió a la formalidad.

—Debo ver a mi madre —dijo en voz baja, cortando la magia. Su tono recobró la distancia.

Cecily se levantó, sorprendida. —Por supuesto, Su Gracia.

Él inclinó la cabeza. —Muy bien.

Cuando se marchó, la puerta cerró con un clic amortiguado, dejando solo el débil olor a cera y a madera pulida.

Un largo instante Cecily permaneció inmóvil. Las teclas brillaban ante ella, silenciosas. Su reflejo tembló en la superficie lustrosa: ojos

abiertos, labios entreabiertos, como despertando de un sueño que no comprendía.

Sus manos aún ardían donde la suya había rozado.

¿Lo habría imaginado? ¿Esa gentileza en su voz? ¿Ese destello en sus ojos? Quizá todo fue fruto de su anhelo.

Miró sus manos, avergonzada por la esperanza ingenua.

Claro que habría retrocedido. ¿Por qué querría tocarla? No era Cordelia. Cordelia sabría sonreír, encantadora y querida sin esfuerzo.

Cecily apretó los labios hasta que el nudo en la garganta aflojó. Cerró la tapa del piano con suavidad, el sonido como un pensamiento sin acabar.

—Perdón, Su Gracia —susurró a la sala vacía—. No pretendía ser decepcionante.

Luego se volvió y salió, las faldas susurrando sobre el mármol, su sombra siguiéndola como una canción sin remate.

La cena se sirvió a la luz de las velas en el comedor pequeño. La lluvia golpeaba suavemente los cristales, marcando un ritmo que llenaba los silencios entre las palabras. La mesa brillaba con plata y cristal, la luz refractándose en una belleza que ninguno de los dos lograba sentir.

Cecily había elegido sentarse a su lado en lugar de frente a él, más cerca, aunque sin atreverse a lo osado. Quiso acortar la distancia dejada por la mañana, hacer que el silencio pesara menos.

—Toca maravillosamente, Su Gracia —dijo al fin, con tono precavido—. El señor Haverly me contó que aprendisteis aquí, guiado por vuestro padre.

La mano de Nathaniel se detuvo sobre el plato. Su voz fue baja. —Sí. Me enseñó.

—Qué bueno —respondió Cecily, esforzándose por sonar alegre —. Debió de ser un hombre amable, lleno de orgullo por un hijo tan diestro.

Algo en su postura cambió. —Quizá.

Ella vaciló, pero prosiguió. —Imagino que adoraría a su familia. Y vos… debéis de pareceros a él en muchas cosas.

Su mandíbula se tensó. La miró con expresión impenetrable. —¿En qué cosas, exactamente? —replicó.

Ella titubeó. —En la firmeza. En la devoción. En la lealtad.

El aire se transformó. Los dedos de Nathaniel estrecharon el cristal de su copa.

Cuando habló de nuevo, su voz sonó áspera y contenida. —No habléis de mi padre como si lo conocierais.

Cecily se quedó paralizada. —Yo… solo quería decir… —

Se levantó de golpe. El cristal se rajó entre sus dedos por la presión, un chasquido que hizo añicos la quietud. —No soy como mi padre. —La frase estalló, dura.

Cecily se estremeció. Una fina línea de sangre recorrió su mano donde el borde había cortado la piel. Los criados quedaron inmóviles. Nadie respiró.

El silencio los envolvió con violencia.

Su aliento vino entrecortado. Los ojos le ardieron; trató de contener las lágrimas. —Perdonadme —susurró, con voz temblorosa —. No quise ofender.

El pecho de Nathaniel se alzó y cayó. Los nudillos palidecieron sobre el vidrio roto. Por un instante pareció que iba a hablar; luego se giró y se marchó.

—Disculpadme —dijo con voz ronca, y salió del comedor.

Cecily quedó inmóvil, el aire helado donde él había estado. Sus manos temblaban en el regazo. No reparó en la lágrima que se desprendió hasta caer sobre la seda de su vestido.

Mary apareció a su lado, en voz baja. —Su Gracia…

Cecily negó con la cabeza, incapaz de responder. —Llevadme a mi cuarto —pidió al fin.

Mientras caminaba por el corredor en penumbra, el eco de su voz la siguió: aguda, herida, llena de cosas que aún no comprendía.

Nineteen

El monstruo que amaba la luz



El corredor estaba oscuro, salvo por la delgada llama de una sola vela que había tomado de la mesa.

Su luz vacilante danzaba sobre los muros, temblando, aunque él la mantenía firme a la fuerza.

El olor del vino aún lo envolvía.

El cristal roto no le había dejado una herida profunda, pero el escozor persistente en la palma no le permitía olvidar.

No había sentido el dolor hasta que los criados lo miraron, hasta que vio el miedo en sus ojos.

Miedo.

El mismo que había visto en los de ella.

Nathaniel exhaló con fuerza y se detuvo ante el primer ventanal que daba al mar.

Afuera, el mundo era un abismo de tinta.

La marea golpeaba las rocas invisibles bajo los acantilados, incansable, gélida.

Había jurado que nunca alzaría la voz contra ella.

Que jamás permitiría que la furia enterrada en su interior cobrara forma otra vez.

Pero aquella noche, una sola palabra descuidada bastó para romper el sello.

Su mano se cerró sobre el alféizar hasta que las venas se le marcaron con nitidez bajo la piel.

Ella lo había mirado con tanta ternura, con una bondad demasiado grande, una confianza que no merecía.

Y él había borrado esa mirada de su rostro con unas pocas sílabas envenenadas.

Aún podía oír el temblor en su voz cuando le ofreció una disculpa que no le pertenecía.

Ese sonido lo había seguido fuera del comedor, por el pasillo, hasta perderse en el silencio que ahora se extendía sin fin.

Hacía años que no perdía el control de su temperamento.

Había creído que la guerra se lo había arrancado, que solo quedaban cenizas y disciplina.

Pero aquella noche le demostró la verdad que siempre había temido.

Había cosas dentro de él que no podían morir.

Nathaniel presionó la mano contra el pecho, sintiendo el sordo latido del corazón bajo el lino.

Latía como si lo ridiculizara, prueba de que el cuerpo persistía incluso cuando el honor se había extinguido.

Pensó en ella, aún sentada allí, pálida bajo la luz de las velas, rodeada de los restos de una cena convertida en ruina.

La imagen le torció algo muy dentro.

¿Qué pensará de mí?

La pregunta brotó sin permiso, cargada de vergüenza.

Un caballero no asusta a su esposa.

Un hombre digno de ella no deja que la ira hable más fuerte que la razón.

Casi pudo oír su voz otra vez: suave, insegura, intentando alcanzarlo incluso cuando él ya se retiraba.

No quiso herirlo.

No podía haberlo sabido.

Y aun así, él había permitido que la sombra de su padre hablara por él.

Nathaniel cerró los ojos, y un sonido bajo escapó de su pecho, mezcla de suspiro y maldición.

La luz tembló.

Su resplandor resbaló por la cicatriz que corría desde la sien hasta la mandíbula, atrapándose en el relieve pálido de la piel.

Alzó los dedos sin pensar, trazando su borde, como si necesitara recordarse de qué estaban hechos los monstruos.

Bajo el tacto sintió la leve aspereza del tejido, la huella del fuego, el recuerdo de todo lo que debía haber quedado enterrado.

Siempre había sido fácil mantener al mundo a distancia.

Hasta ella.

Cecily había traído luz a lugares que estaban destinados a permanecer oscuros.

Y ahora, por su culpa, esa luz empezaría a apagarse.

Miró de nuevo su mano: el pequeño corte en la palma relucía tenuemente.

Una fina gota de sangre se detuvo antes de secarse.

La observó en silencio, casi esperando que ardiera.

Se dijo que era mejor así.

Que ella aprendería a ser cautelosa.

Que la distancia la mantendría a salvo de aquello en lo que él se había convertido.

Pero cuando se apartó del ventanal, su reflejo lo siguió en el cristal:

una figura alta y solitaria, con sangre en la mano y sombras en lugar de ojos.

La visión lo vació por dentro.

Había querido que ella lo viera como un hombre.

Y en cambio, le había mostrado el monstruo que en verdad era.

Twenty

El silencio entre nosotros



Tampoco ella durmió.

La casa hacía mucho que había caído en silencio, pero Cecily permanecía despierta bajo el pálido dosel, los ojos fijos en el leve destello de la luz lunar que se filtraba entre las cortinas.

La lluvia había cesado, dejando solo el goteo pausado del agua sobre los aleros.

Se volvió una vez, y otra, pero el descanso no llegaba.

El eco de su voz —su aspereza, la incredulidad en su mirada— permanecía en su pecho como un moretón invisible.

No había querido herirlo.

Solo había querido comprenderlo.

Sus dedos rozaron el borde del cobertor, siguiendo el tejido como si en él pudiera hallar calma.

Él se había transformado con la ira: menos hombre, más sombra de algo que había estado demasiado tiempo encerrado.

Y sin embargo, más que la furia, lo que recordaba era su expresión después: aquel destello fugaz de remordimiento, casi de

dolor, antes de darse la vuelta.

Cecily presionó la mano contra su pecho.

El dolor que sentía era nuevo, extraño, agudo y tierno a la vez.

Mañana partirían hacia Greystone.

Tal vez la distancia suavizaría lo que aquella noche había quebrado.

Quizás el aire del campo apaciguaría la tormenta entre ellos.

Pero cuando cerró los ojos, el silencio se le hizo más pesado que cualquier tempestad.

Y supo, con una certeza serena y triste, que cargaría con ese dolor durante todo el viaje.

La mañana llegó pálida y fría.

El sol se derramaba sobre los tejados, colándose por las ventanas abiertas con el tenue aroma de rosas y lluvia.

La casa ya estaba despierta.

Los criados se movían por los pasillos con cofres y paquetes; los caballos resoplaban en el patio mientras las carrozas se preparaban para partir.

Cecily descendió la gran escalera envuelta en su capa de viaje, de lana gris paloma.

Las manos le temblaban bajo los guantes, aunque esbozó una sonrisa cuando el secretario de la duquesa se acercó con una nota.

Su Gracia permanecería en Londres hasta que su salud le permitiese viajar.

Por ahora, el duque y la duquesa de Greystone emprenderían el camino solos.

El duque ya los esperaba junto a la carroza.

De pie ante la puerta abierta, erguido, parecía tallado por la luz de la mañana: firme, inmóvil, con el viento agitando un mechón de su cabello cobrizo sobre la frente.

A los ojos de Cecily, parecía hecho de una sustancia más pura que el resto del mundo—demasiado sólido para el aire, demasiado quieto para el movimiento.

Cuando alzó la mirada y sus ojos se encontraron, el pulso de ella titubeó.

—Su Gracia —dijo él.

—Su Gracia —respondió ella, en un susurro.

Él extendió su mano enguantada.

Cecily dudó solo un instante antes de posar la suya encima.

Su agarre fue firme, formal… pero bajo el cuero sintió el leve calor de su piel.

La misma mano que la noche anterior había destrozado un cristal ahora sostenía la suya con una precisión casi temerosa, como si temiera romperla.

Bastó ese gesto para que su corazón tropezara.

La puerta se cerró tras ellos, dejando fuera el bullicio del patio.

Un suave vaivén, y enseguida el crujir rítmico de las ruedas llenó el aire mientras se alejaban por las calles húmedas de Londres.

Durante un tiempo, ninguno habló.

Cecily mantuvo la vista en la ventana, viendo pasar la ciudad en fragmentos efímeros: tiendas cerradas, humo de chimeneas, el leve brillo del Támesis bajo un velo de neblina.

Londres—su hogar—ya se desvanecía en el recuerdo.

Frente a ella, el duque miraba por el cristal empañado.

La luz matinal rozaba el borde de su cicatriz, suavizando su severidad.

Su quietud parecía deliberada, como si moverse pudiera traicionar un arrepentimiento que no sabía nombrar.

Cecily entrelazó las manos en su regazo.

Quiso hablar—agradecerle su cortesía, ofrecerle un hilo de perdón—pero ninguna palabra acudió.

Todo pensamiento se sentía frágil, demasiado fácil de quebrar en el aire que los separaba.

Así que no dijo nada.

Las horas pasaron.

El ritmo constante de las ruedas la arrulló en una calma pensativa.

La ciudad cedió paso a los campos ondulantes, a los bosques pálidos, a los caminos serpenteantes cubiertos de humedad.

El aire olía a tierra mojada y hojas nuevas.

De vez en cuando, ella lo observaba.

Él se mantenía erguido, la mano enguantada sobre la rodilla, la otra apoyada en el marco de la ventana.

La luz cambiante dibujaba sus rasgos, revelando no frialdad, sino cansancio: el de quien carga con un peso que el silencio no puede aliviar.

¿En qué pensáis, Su Gracia?, se preguntó.

¿Os arrepentís de este viaje, como yo? ¿O acaso no sentís nada?

Cuando la carroza se detuvo para cambiar los caballos, él bajó a hablar con el cochero.

Cecily permaneció dentro, las manos apretadas en el regazo.

A través del cristal cubierto de gotas, lo observó: la figura alta, el abrigo oscuro movido por el viento, su porte disciplinado.

Hablaba con el mozo de cuadra con voz baja pero firme, los gestos precisos, controlados.

Parecía todavía el soldado que había sido: contenido, distante, y quizá—debajo de toda esa calma—profundamente solo.

Entonces él se volvió.

Sus miradas se encontraron a través del cristal.

Por un instante, su expresión se suavizó, lo justo para que ella viera algo humano asomarse tras su contención.

Él inclinó la cabeza levemente antes de regresar a la carroza.

—¿Está cómoda, Su Gracia? —preguntó al sentarse.

Cecily asintió enseguida, sobresaltada por el sonido de su voz. —Perfectamente —dijo, aunque el corazón le latía demasiado rápido para una respuesta tan simple.

Él hizo un leve gesto. —Nos detendremos en una posada antes del anochecer. Los caminos más allá de este tramo son malos. Será más seguro continuar al amanecer.

Ella murmuró su acuerdo, agradecida por la pausa, aunque no entendía por qué una sombra de desilusión la acompañaba.

Afuera, el sol subió y disolvió la neblina en velos de plata.

El campo se extendía verde y ancho, perdiéndose en un horizonte de luz incierta.

Cecily apoyó la cabeza contra la pared del carruaje.

El movimiento la meció suavemente, y sus ojos se cerraron.

Pero aunque las pestañas bajaron, su mente no descansó.

¿Será siempre así?

Dos extraños atados por un nombre que ninguno sabe aún cómo llevar.

Twenty One

La noche y la tormenta



La lluvia caía con fuerza cuando la carroza llegó a la posada.

El cielo, de un gris inquieto, se abría en destellos de relámpago que lo rajaban como el cristal roto de una copa.

El viento aullaba entre los árboles, trayendo consigo el aroma húmedo de la tierra y del mar.

La posada —pequeña, de madera oscura— se erguía contra el temporal como una vela que se negaba a apagarse.

Dentro, el fuego del hogar apenas lograba ahuyentar el frío que se le había metido en los huesos a Cecily.

Mary se apresuró a atenderla en cuanto llegaron: desabrochó su húmedo abrigo de viaje, le secó el cabello y extendió sábanas limpias sobre la cama.

Colocó junto a su señora una bandeja con pan y caldo, aunque Cecily apenas probó bocado.

—Debería descansar, Su Gracia —dijo Mary con dulzura—. Ha sido un día largo.

Cecily esbozó una sonrisa débil. —Y vos también deberíais hacerlo, Mary. Debéis de estar el doble de cansada que yo.

—Pero…

—No, de verdad —dijo, rozando la muñeca de la doncella con una caricia afectuosa—. Estaré bien. Id a dormir.

Mary vaciló antes de hacer una reverencia. —Si necesitáis algo…

—Haré sonar la campanilla —prometió Cecily.

Cuando el pestillo se cerró tras ella, el silencio volvió, roto solo por la lluvia insistente.

Cecily se sentó al borde de la cama, las manos entrelazadas en el regazo. La luz temblorosa de la vela proyectaba sombras que parecían respirar en las paredes.

Cada trueno la hacía estremecerse.

Nunca había pasado la noche fuera de casa, y menos en un lugar así, tan lejos de todo lo que conocía.

Las paredes crujían; la ventana vibraba como un corazón desasosegado.

Intentó rezar, controlar su respiración, pero la garganta le ardía.

Era una duquesa ahora.

¿No debía ser valiente?

Y aun así, se sentía pequeña.

Pequeña… y terriblemente sola.

Entonces, llamaron a la puerta.

Se quedó inmóvil, el pulso desbocado.

—¿Su Gracia? —preguntó una voz grave, serena, al otro lado.

El duque.

Por un momento no pudo responder. Luego, con esfuerzo, murmuró:

—Sí.

—¿Puedo pasar?

Vaciló. —Por supuesto.

La puerta se abrió despacio, dejando entrar un soplo de aire helado.

Él cruzó el umbral, alto, de hombros anchos, el abrigo oscuro aún brillante por la lluvia.

La luz de la vela se reflejó en su cabello, cobre bruñido sobre las facciones marcadas. La cicatriz en su mejilla relució como un hilo pálido, no cruel, sino solemne.

Cerró la puerta tras de sí. El rugido de la tormenta se apagó, reducido a un murmullo distante.

—Perdonadme —dijo en voz baja—. Oí los truenos. Quería asegurarme de que os encontrabais bien.

—Lo estoy —titubeó Cecily, aunque las manos temblorosas la delataban—. Solo la tormenta. No estoy acostumbrada a tanto ruido.

Él la observó un instante. Cuando volvió a hablar, su tono fue más suave.

—Está temblando.

—No es nada, Su Gracia.

—No es *nada* —replicó, tranquilo, pero firme—. Está lejos de su hogar. Cualquiera se sentiría intranquilo.

Pausó, indeciso. —¿Aceptaría un poco de té? El calor podría ayudar.

Ella parpadeó, sorprendida. —¿Té?

—Sí —su voz bajó un matiz, casi delicada—. Si me lo permite.

Cecily asintió con un leve gesto. —Gracias, Su Gracia.

En pocos minutos trajeron una bandeja: una tetera de plata, dos tazas, y el vapor ascendiendo en espirales finas como la niebla.

Cuando el sirviente se retiró, volvió el silencio, tierno y frágil.

Cecily tomó la tetera, dispuesta a servir, pero su mano tembló; la taza tintineó contra el platillo.

—Lo siento —susurró, avergonzada.

—Permítame —dijo él.

Le quitó la tetera con un gesto lento; sus dedos enguantados rozaron los suyos, apenas un segundo, lo suficiente para detenerle la respiración.

El aroma del té se mezcló con el leve perfume a especias de su abrigo y el murmullo del fuego.

Vertió el líquido con precisión y colocó la taza frente a ella.

—No debe disculparse —dijo—. Ha sido un día largo.

Ella bajó la vista. —No imaginé que viajar fuera tan agotador.

—¿Era su primera vez fuera de Londres?

—Sí, Su Gracia.

Él inclinó apenas la cabeza. —Entonces, perdonadme por hacer de vuestro primer viaje algo tan desagradable.

—No, por favor —replicó enseguida, y luego bajó la voz—. No es vuestra culpa. Es… algo nuevo.

—Tal vez me enseñe algo digno de recordar.

Él alzó los ojos hacia ella. —Entonces, quizá algún día recuerde este viaje con cariño: la tormenta, el camino… y la valentía de una duquesa que se atrevió a dejar atrás el mundo que conocía.

Cecily intentó sonreír. —Si alguna vez lo hago, me temo que será una historia muy aburrida.

—Lo dudo —respondió él, su voz más baja, casi tierna—. He aprendido que los corazones silenciosos guardan las historias más grandes.

Sus labios se entreabrieron, pero no halló respuesta.

Miró su taza: el vapor empañaba su reflejo.

Afuera, la lluvia amainaba; el trueno se alejaba hacia el horizonte.

Cuando alzó de nuevo la vista, él la observaba.

No con frialdad, ni con la distancia de un extraño, sino con la atención de quien busca entender algo que no sabe nombrar.

—Greystone es muy distinto a Londres —dijo finalmente—. Verá los acantilados que se funden con el mar, salvajes e infinitos. El viento tiene allí su propio idioma. Cuando la marea sube, se oye el océano mientras se duerme.

Su mirada se ablandó, casi nostálgica. —En otoño, los árboles arden en oro y carmesí. En invierno, la nieve cubre los páramos como mármol. El mundo se vuelve silencioso allí. Sereno.

Mientras hablaba, Cecily olvidó su miedo.

Su voz dibujó ante ella aquella visión: los acantilados, el mar, el murmullo del viento.

Por primera vez en la noche, dejó de temblar.

—Debe de ser hermoso —susurró—. Anhelo verlo.

Una leve sonrisa tocó sus labios. —Entonces os lo mostraré.

—Todo —añadió, más bajo.

Sus miradas se encontraron, y algo cambió entre ellos: un destello de calidez, frágil pero real.

El corazón de Cecily palpitó con fuerza incierta.

No lograba comprenderlo. A veces parecía tallado en piedra, y sin embargo, cuando hablaba con aquella suavidad, sentía que quizá el silencio entre ambos podría algún día romperse.

El momento duró un suspiro.

Él dejó la taza.

—Debe de estar cansada. El camino ha sido largo.

—Un poco —admitió ella, aunque deseaba que la conversación no terminara. La calidez en su pecho era nueva, delicada, y temía que desapareciera si apartaba la mirada.

Él se puso de pie. —Entonces descanse. Me quedaré hasta que duerma.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. —¿Se quedará?

Asintió una vez. —No debe temer. Permaneceré aquí hasta que esté tranquila.

El rubor le subió a las mejillas. —De verdad, Su Gracia, no es necesario…

—Dormiré más tranquilo sabiendo que usted también lo está —respondió, con voz baja y serena—. Acuéstese, Su Gracia.

La orden fue suave, pero irrefutable.

Cecily obedeció sin pensarlo. Se recostó lentamente, arropándose hasta el mentón.

—Buenas noches —murmuró.

—Buenas noches —replicó él.

Ella cerró los ojos, aunque el sueño no llegaba.

La lluvia se convirtió en un murmullo constante.

Escuchó el crujido leve de la silla al moverse, el ritmo apacible de su respiración.

Intentó acompasarla con la suya, fingiendo dormir.

Quizá así él se marcharía.

Pero no lo hizo.

Pasó el tiempo —minutos, o tal vez horas— y luego, muy despacio, la silla se movió.

Pasos suaves se acercaron.

Cecily contuvo el aliento.

Se detuvieron junto a la cama.

El silencio se prolongó, hasta que sintió un roce: un toque leve, casi irreal.

Sus dedos, enguantados, rozaron su mejilla con una ternura que le apretó el pecho.

Y su voz, más baja que la lluvia:

—Buenas noches, *Cecily.*

Su nombre.

La primera vez que lo pronunciaba.

Sus labios se entreabrieron, pero no salió palabra.

Permaneció inmóvil, sin atreverse a respirar, hasta que oyó sus pasos retirarse y el suave cierre de la puerta.

Solo entonces abrió los ojos.

Las lágrimas le nublaban la vista.

El corazón le latía con un dolor dulce, vibrante.

Por primera vez desde que comenzó el viaje, **ya no se sintió del todo sola.**

Twenty Two

El eco del mar



El aire de la mañana estaba impregnado del olor a lluvia y sal.

Nubes bajas presionaban el horizonte, mientras los sirvientes se movían con prisa por el patio, cargando los baúles en las carrozas que aguardaban.

Cecily permanecía junto a los escalones, las manos enguantadas entrelazadas con fuerza.

No había dormido, no por la tormenta, sino por el recuerdo de *su voz*.

La forma en que el duque de Greystone había pronunciado su nombre la noche anterior aún flotaba en su mente, suave e imposible de olvidar.

Cuando él apareció, el sonido de sus botas sobre la piedra húmeda hizo que su pulso se acelerara.

Él la saludó con una leve inclinación.

—¿Está lista, Su Gracia?

—Sí —respondió ella, aunque la voz le tembló más de lo que hubiera deseado.

Él le ofreció la mano para ayudarla a subir a la carroza.

Bajo el cuero del guante, su palma era cálida, firme.

Un gesto sencillo, una cortesía más, y sin embargo, le estremeció más profundamente de lo que habría querido admitir.

Apartó la mirada al acomodarse en el asiento.

Él la siguió, tomando el lugar frente a ella.

La carroza se sacudió suavemente al avanzar.

Afuera, las calles se desdibujaban en tonos grises; las torres del campo se perdían entre la lluvia.

Dentro, el silencio pesaba más que el clima.

Cecily fijó la vista en la ventana, temerosa de hablar, temerosa de romper la frágil calma que había nacido tras aquella terrible cena.

El duque parecía satisfecho con el silencio.

Sentado con su compostura habitual, una mano enguantada descansaba sobre la rodilla, la otra contra el cristal.

Su reflejo, distorsionado en el vidrio, era tan impenetrable como siempre.

El chirrido rítmico de las ruedas, el golpeteo de la lluvia…

Ambos sonidos se mezclaban en una cadencia hipnótica, apaciguadora.

Cecily sintió cómo el cansancio le vencía; cerró los ojos, con la intención de hacerlo solo un instante.

Cuando despertó, la luz había cambiado.

El sol de la tarde se filtraba por las cortinas, dorado, suave.

Se movió apenas… y se quedó helada.

La superficie bajo su mejilla no era el vidrio frío.

Era cálida. Firme.

Sus pestañas se alzaron lentamente.

Estaba recostada sobre el hombro del duque.

El horror la invadió.

Se incorporó de golpe, haciendo que la carroza se balanceara.

—P—Perdonadme, Su Gracia —balbuceó, ruborizada hasta las raíces del cabello—. Me debo de haber quedado dormida.

Él giró un poco la cabeza; la comisura de sus labios pareció suavizarse.

—No hay daño alguno —dijo con serenidad—. Mejor un hombro que el borde de una ventana.

Durante un segundo, no supo si la estaba reprendiendo o bromeando.

—Espero no haber sido una carga —murmuró.

—Apenas perceptible —respondió él.

Había en su tono un leve hilo de humor, tan sutil que casi se perdió en el aire.

Cecily sintió las mejillas arder. —Os pido disculpas, Su Gracia.

—Entonces, considerémoslo compensado —repuso—. Ha sido una compañera silenciosa, y he tenido peores compañías en el camino.

Aquella observación la desarmó; una sonrisa, pequeña y sincera, se le escapó antes de poder contenerla.

Se volvió hacia la ventana para ocultarla.

El silencio que siguió fue distinto: más suave, sin el filo de la incomodidad.

Afuera, la neblina se disipaba.

Y entonces, el mar apareció.

Una franja plateada que se extendía hacia el horizonte.

—¿Es eso…? —empezó a preguntar.

—Greystone —dijo él—. O, al menos, sus acantilados.

La carroza giró por un recodo del camino, y el castillo emergió ante ellos.

Greystone Hall se alzaba sobre los acantilados, sus torres grises como la luz de tormenta, reflejando los últimos rayos del sol.

Las olas rompían abajo, esparciendo espuma blanca sobre la piedra negra, como seda sobre mármol.

Cecily apenas pudo susurrar:

—Es hermoso.

—Perdura —respondió él, con un tono que no supo descifrar—. El mar guarda bien sus secretos.

Al llegar a las puertas, los sirvientes aguardaban formados en dos filas.

Un hombre alto, de cabello plateado, dio un paso adelante e hizo una reverencia.

—Bienvenido a casa, Su Gracia —dijo.

Su nombre, como supo después, era Mr. Alden, mayordomo de Greystone Hall.

El duque volvió a ofrecerle la mano para ayudarla a descender.

Ella dudó apenas un instante antes de aceptar.

El contacto fue breve, pero firme.

—Gracias —susurró.

Él asintió. —Entrad, duquesa. El viento es cruel aquí.

El gran vestíbulo era inmenso, bañado por una luz pálida que caía sobre el suelo de mármol.

El aire olía a sal y humo de leña.

Los retratos de antiguos duques cubrían las paredes, sus miradas severas, orgullosas, implacables.

Cecily sintió el peso de cada una de ellas.

Al fondo, un reloj de caoba marcaba el compás del tiempo.

Su péndulo se movía lento, constante.

Cuando dio la hora, el sonido retumbó en la piedra como un corazón.

—Ese reloj está ahí desde los tiempos de mi abuelo —dijo el duque en voz baja—. Marca las horas, lo escuche el mundo o no.

Ella asintió, sin fiarse de su propia voz.

* * *

La cena de aquella noche fue tranquila, dolorosamente tranquila.

Cecily se mantenía erguida, apenas tocando el tenedor.

Cada sonido del cubierto contra la porcelana la hacía estremecerse.

No podía apartar de su mente el recuerdo de aquella voz alzada en ira, ni la mirada que la había atravesado en Greystone House.

Cuando él habló, casi dio un sobresalto.

—¿La cena es de su agrado, Su Gracia?

Esbozó una sonrisa cortés. —Sí. Los sabores son… distintos a los de Londres.

—El señor Alden prefiere lo que ofrece la costa —dijo él con tono sereno, sin dureza—. Puedo pedirle que prepare algo más sencillo, si

lo desea.

—Oh, no, por favor —respondió deprisa, demasiado deprisa—. Todo está… delicioso.

Él la miró un momento, luego asintió despacio. —Me alegra oírlo.

Ella bajó la mirada hacia el plato.

La tensión en su pecho cedió apenas un poco.

Su voz ya no sonaba iracunda, solo cansada.

Comieron el resto en un silencio medido.

No hubo calidez entre ellos, pero tampoco heridas.

Solo una distancia que, por primera vez, no dolía.

Cuando terminaron, él se levantó primero.

—El señor Alden le mostrará sus aposentos.

Cecily también se puso de pie, alisando su falda. —Buenas noches, Su Gracia.

—Buenas noches, duquesa —respondió él.

Las palabras fueron formales, pero su tono, más suave.

* * *

La Habitación del Mar la aguardaba: amplia, bañada por una luz plateada que se filtraba desde los acantilados.

Las ventanas respiraban con el rumor de las olas, y el aire olía a lluvia y ceniza.

Mary estaba junto al fuego, doblando el vestido de viaje.

—El fuego está fuerte, Su Gracia —dijo—. No pasará frío esta noche.

—Gracias, Mary.

La doncella vaciló. —¿Desea que me quede? Hasta que concilie el sueño, quizá.

Cecily miró hacia la ventana, donde el mar brillaba débilmente bajo la luna.

Su voz fue un susurro. —No, puedes irte. Debes de estar agotada.

Mary vaciló de nuevo, inquieta pero obediente. —Como desee, Su Gracia. Si necesita algo, llame.

Cuando se marchó, el silencio se hizo más profundo.

Cecily se sentó al borde de la cama, las manos retorciéndose en el regazo.

El viento gemía entre las piedras, el mar murmuraba más allá.

Inspiró despacio. —Quizá —susurró— alguien vendrá.

Las palabras apenas fueron sonido, una esperanza que no se atrevía a nombrar.

Y cuando llamaron a la puerta, con un golpe suave, deliberado,

su aliento se detuvo.

Twenty Three

El silencio compartido



Cecily se volvió, alisándose el cabello con los dedos temblorosos, sin notar la leve y esperanzada curva que se dibujaba en sus labios.

Cuando abrió la puerta, lo encontró allí: erguido, sereno, la tenue luz del pasillo reflejándose en su cabello rojizo.

—Su Gracia —saludó, la voz inestable por la sorpresa.

Él vaciló, como si dudara entre quedarse o retirarse.

—No deseaba importunarla.

—No lo ha hecho —respondió ella con rapidez—. Por favor… entre.

El duque avanzó, sus movimientos medidos, casi silenciosos.

La luz del fuego se reflejó en el borde de su manga cuando habló.

—Quería preguntarle… ¿se siente cómoda aquí?

—Sí —empezó, pero su voz vaciló—. Bueno… es una habitación preciosa. Pero quizá…

—¿Quizá? —repitió él, en tono bajo.

Cecily retorció los dedos en su manga.

—Es solo que… me parece un poco grande para una sola persona.

—¿Preferiría un aposento más pequeño?

Ella alzó la mirada, sorprendida.

—Oh, no, no es eso. No es el tamaño… solo que —su voz bajó, tímida— se siente extraño… estar sola.

Algo cambió en el rostro de él. Sus labios se entreabrieron un instante, luego se curvaron, no del todo en una sonrisa, pero cerca de ello.

—Ya veo —murmuró—. Entonces, si lo desea, me quedaré hasta que se duerma.

El corazón de Cecily dio un pequeño vuelco, tan involuntario como dulce.

—Gracias, Su Gracia —susurró—. Es usted muy amable.

Él asintió y dio un paso más hacia el interior.

La puerta se cerró detrás, silenciando el murmullo distante del mar.

La luz del fuego oscilaba sobre su rostro: las líneas firmes, los ojos tranquilos, y el leve resplandor de la cicatriz que le surcaba la mejilla.

Cecily vaciló.

—¿Le apetece un poco de té?

Negó con la cabeza.

—No. Solo me sentaré un rato. Debería descansar. El día ha sido largo.

—Sí —respondió ella en voz baja—. Lo ha sido.

Cruzó la estancia hasta la cama y apartó las mantas.

Durante un momento, se detuvo, mirando hacia él.

Él permanecía junto a la alta ventana, el perfil recortado en plata por la luz de la luna.

Más allá, el mar se extendía inmenso, oscuro y vivo, respirando al compás de su propio corazón inquieto.

Parecía inalcanzable, como una figura esculpida en calma.

Y sin embargo, esa quietud le oprimía el pecho con una ternura inexplicable.

Se recostó, tirando del cobertor hasta el mentón.

El corazón se negaba a serenarse.

Solo se oía el rumor bajo de la marea y el leve crepitar del fuego.

Por el rabillo del ojo lo vio girarse apenas hacia ella.

Cerró los ojos con rapidez, fingiendo dormir.

Pasaron los minutos.

Él no se movió.

¿No vendrá?, pensó. *¿Se marchará otra vez sin decir palabra?*

El pulso se le aceleró, doloroso.

Quería hablarle—agradecerle, disculparse, decir algo que cerrara la distancia entre ellos—pero el miedo y el anhelo la mantuvieron inmóvil.

Entonces oyó los pasos.

Suaves, pausados, deliberados.

Cada uno de ellos medido, como si pesara el silencio.

Su respiración se entrecortó cuando la calidez de él la envolvió: el leve olor a lluvia, a lino, y a algo más profundo que no supo nombrar.

Luego, el toque.

Un roce leve de sus dedos sobre su mejilla, tan suave que podría haberlo imaginado.

Su mano temblaba apenas mientras se demoraba allí.

—Descanse bien —murmuró él, su voz grave, contenida—. Dulces sueños, *Cecily.*

Su nombre cayó de sus labios con una reverencia que la hizo estremecerse.

Cecily abrió los ojos lentamente.

Antes de que él se apartara, su mano subió por instinto, cerrándose sobre la suya, aún posada en su rostro.

—No se vaya —susurró, casi sin aire—. Por favor… no me suelte, Su Gracia.

Él se quedó inmóvil, su único ojo verde buscándola.

La luz de la vela titiló, bañando su cicatriz con reflejos dorados.

Durante un largo momento, ninguno se movió.

El silencio era tan absoluto que solo el sonido del mar llenaba el espacio, profundo, constante.

En algún lugar del castillo, el reloj de Greystone comenzó a dar las horas.

Una… dos… tres…

Los golpes resonaron por los pasillos como un latido.

El pulgar del duque rozó sus nudillos, un gesto pequeño, incierto, más sincero que cualquier palabra.

—Muy bien —dijo en voz baja.

Se sentó junto a la cama, la mirada vuelta hacia la ventana.

El fuego lanzaba destellos entre ambos, una llama diminuta uniendo dos mundos que aún no se tocaban.

La noche contuvo el aliento.
Abajo, las olas golpeaban los acantilados, firmes, frías.
Y el corazón de Cecily latía al mismo compás que el de él—
cautos, despiertos, unidos no por la cercanía,
sino por la paz frágil que al fin los había encontrado.

Twenty Four

El nombre del alma



Su toque lo tomó por sorpresa.

Una mano pequeña, temblorosa, atrapó la suya justo cuando él iba a retirarla.

Durante un instante suspendido, Nathaniel olvidó cómo respirar.

Sus dedos eran suaves, cálidos, envolviendo su mano más grande y áspera como si desearan retenerla allí, retenerlo a él.

El calor se filtró a través de su piel, descendiendo hasta los huesos, hasta ese rincón de su ser que llevaba tanto tiempo helado.

No pudo moverse.

No había esperado que ella estuviera despierta.

No había esperado que quisiera que se quedara.

Y no pudo obligarse a rechazarla.

Su voz llegó baja, incierta, pero lo bastante firme como para desarmarlo por completo.

—Siéntese, Su Gracia —susurró—. Siéntese conmigo.

Su pulso retumbó con fuerza.

El cuerpo se le tensó, frágil, como si cada respiración trajera peligro.

Y aun así, antes de poder detenerse, obedeció.

Se sentó con cuidado al borde de la cama, y cada centímetro que los separaba le pareció una distancia precaria, demasiado pequeña.

—¿Está cómoda —logró decir al fin, la voz baja—, con que me siente aquí?

Cecily asintió, las pestañas agitándose cuando lo miró.

—Sí. Yo… lo estoy.

Él tragó con dificultad.

Sus ojos eran claros, sin defensa alguna, y demasiado bondadosos.

Podrían deshacerlo con solo mirarlo así.

Entonces ella volvió a hablar, la voz temblando como una llama.

—Y me sentiría aún más cómoda si me llamara por mi nombre —dijo—. Como lo hizo antes, cuando me deseó buenas noches.

El corazón de Nathaniel se detuvo un segundo.

Un calor inesperado le subió por el rostro—no el ardor del fuego, sino otro, más hondo, más humano.

Aquel calor no quemaba.

Consumía.

—¿Se refiere a… Cecily? —murmuró él.

Su sonrisa floreció como el amanecer.

—Sí. Llámeme *Cecily.*

Él dudó.

Su mano seguía entrelazada con la de ella, el pulso de la joven latiendo con ritmo frágil bajo su palma.

Tomó aire con cuidado y susurró:

—Cecily.

Ella sonrió, y ningún cielo habría podido ofrecerle una visión más hermosa.

—Así es —dijo suavemente—. Gracias, Su Gracia.

Para su propio asombro, él también sonrió.

Una sonrisa pequeña, real, la primera que había tocado sus labios desde el incendio, desde que el mundo le enseñara a huir de su propio reflejo.

Algo cálido y delicado se agitó en su pecho, algo que había creído perdido para siempre.

—Entonces es justo —dijo él con suavidad— que me llame también por el mío.

Sus ojos se abrieron un poco.

—¿Llamarlo…?

—Nathaniel —respondió. Luego, más bajo aún—. Llámeme *Nathan.*

Ella entreabrió los labios.

—¿Puedo hacerlo?

Él dejó escapar una leve sonrisa torcida.

—¿Quién podría prohibírselo a una duquesa?

El color subió a las mejillas de Cecily, dulce y tímido.

—Muy bien —dijo casi en un suspiro—. Entonces… *Nathan.*

Cuando pronunció su nombre, dejó de sonar como propio.

Se volvió otra cosa: tierno, vivo, redimido.

Nathaniel exhaló, tembloroso.

—Suena mejor cuando lo dice usted.

Ella rió suavemente, bajando la mirada.

Era una risa tímida, nerviosa, pero llenó el silencio como un rayo de sol.

Luego lo miró de nuevo, los ojos luminosos.

—Nathan —susurró—. ¿Se quedará conmigo esta noche?

Debería haberla rechazado.

Sabía que debía hacerlo.

Pero su voz temblaba, y en su mirada había algo peligrosamente cercano a la confianza.

—Me quedaré —dijo él al fin, la voz grave, contenida—. Pero… ¿seguirá tomándome de la mano así, Cecily?

Sus ojos se agrandaron, sujeta a él con un instante de duda antes de apretar de nuevo sus dedos.

—Si vos me lo permitís, Nathan —murmuró.

El sonido de su nombre en su boca casi lo destruyó.

El deseo lo recorrió—no el hambre del cuerpo, sino algo más profundo, más temible.

Quiso acercarla, sentir su corazón contra el suyo, creer que aún podía ser algo más que el hombre en que se había convertido.

Pero no podía.

No cuando ella era pura, intacta por las sombras que lo perseguían.

No cuando sus manos habían pertenecido alguna vez a un hombre que había incendiado el mundo para salvarse a sí mismo.

Respiró hondo. Se obligó a permanecer quieto.

—Le tomaré la mano —dijo con calma—. Hasta que se duerma. No tiene nada que temer esta noche.

Sus labios se curvaron apenas, somnolientos, confiados.

—Gracias, Nathan.

Su voz curó heridas que ni él recordaba tener.

—Debe descansar —murmuró él—. Mañana será su primera mañana como duquesa de Greystone.

Ella asintió, los ojos ya medio cerrados.

—Tiene razón. Intentaré dormir.

Luego, en un suspiro:

—Buenas noches, Nathan.

Él sonrió, a pesar de sí mismo, sintiendo el calor expandirse en su pecho.

—Buenas noches, Cecily.

Sus pestañas temblaron una vez, luego se aquietaron.

Su respiración se hizo profunda, tranquila.

Nathaniel permaneció allí largo rato, aún sosteniendo su mano.

La luz del fuego acariciaba su rostro en destellos dorados; su cabello castaño se derramaba sobre la almohada, sus labios entreabiertos en el sueño.

Tan pequeña.

Tan serena.

Tan ajena a la crueldad del mundo.

Él alzó una mano, casi sin pensarlo, para apartar un mechón de su cabello…

Pero el brillo de su palma—blanca, surcada por cicatrices, marcada por el fuego—lo detuvo en seco.

No esta mano, pensó. *No a ella.*

La dejó caer sobre su regazo.

Afuera, el mar suspiraba contra los acantilados, su ritmo profundo e interminable.

En el gran vestíbulo, el reloj de Greystone comenzó a marcar la hora; cada campanada rodaba por los pasillos como un eco de su corazón.

Si tan solo fuera entero.

Si tan solo no fuera lo que el mundo me hizo ser.

Si tan solo no fuera el monstruo del que hablan en la oscuridad…

Quizás entonces podría amarla como ella merecía.

Pero ese sueño no le pertenecía.

Así que se quedó en silencio, velando su descanso.

El corazón le latía con un dolor dulce, su nombre aún resonando en la voz de ella.

Y por primera vez en años, Nathaniel Greystone rezó.

No por perdón.

Sino por fuerza.

Por la fuerza de mantener sus manos quietas.

Twenty Five

La herida que no quiso mostrar



La mañana se deslizó suavemente por las altas ventanas de la cámara de la duquesa, un resplandor dorado y pálido que se derramaba sobre el suelo y ascendía hasta el lecho.

Más allá de los acantilados, el mar murmuraba su canción eterna, ahora apaciguado, su voz más dulce, como si tampoco quisiera perturbar la calma del amanecer.

Cecily se movió bajo la caricia leve de la brisa matinal.

Sus pestañas temblaron, y por un instante permaneció inmóvil, sin saber con certeza dónde estaba.

Luego, la memoria volvió: **Greystone**, aquella habitación inmensa y desconocida, la tormenta, la noche anterior.

Y **él**.

Su mirada se desplazó, y el aliento se le detuvo en la garganta.

Nathaniel estaba allí.

Sentado en la silla junto a su cama, la cabeza levemente inclinada, los hombros anchos suavizados por el sueño.

Una de sus manos seguía sosteniendo la de ella, los dedos entrelazados con los suyos, como si incluso dormido quisiera mantener su promesa de quedarse.

La visión la dejó sin moverse.

Se veía distinto así, sin la compostura y la contención que solían proteger su rostro.

La luz del sol tocaba su cabello, convirtiendo el cobre rojizo en hebras de oro.

La línea dura de su mandíbula se había relajado; incluso la cicatriz que le recorría la mejilla parecía más suave a la luz del día.

Un recuerdo acudió a su mente, vívido e inoportuno.

Dos noches atrás, esa misma mano se había cerrado sobre un vaso hecho trizas, la sangre manchando su palma.

Su voz había sido cortante, sus ojos oscuros, llenos de algo que no supo nombrar.

El eco del vidrio rompiéndose aún resonaba débilmente en su mente.

Y ahora… esto.

El mismo hombre sentado en silencio ante ella, envuelto en la luz de la mañana, su rostro casi amable.

Tan sereno, tan humano, que el corazón de Cecily se apretó con una ternura inexplicable.

Había permanecido toda la noche.

Aún sentía el calor de su mano rodeando la suya, firme, protectora.

Un leve rubor le subió a las mejillas al recordar sus propias palabras.

No se vaya, Su Gracia.

Apretó los labios, avergonzada por su atrevimiento.

Y sin embargo, bajo la vergüenza latía algo más—una calidez silenciosa y agradecida.

Si no hubiera hablado, él se habría ido.

Y nunca habría conocido esto: la paz frágil, dulce, de despertar y saber que alguien, de verdad, había velado su sueño.

Su mirada volvió hacia él.

¿Cómo podía aquel hombre, del que Londres susurraba horrores, parecer tan gentil, tan fiel, tan pacífico?

El pecho se le contrajo; el sentimiento era demasiado grande para ponerle nombre.

Susurró su título muy despacio, temerosa de despertarlo.

—Su Gracia…

Pero las palabras murieron en sus labios.

No quiso romper su descanso.

Se incorporó con cautela, procurando no interrumpir el débil lazo que aún los unía.

Su mano dormida apretó apenas la suya, y el corazón de Cecily volvió a estremecerse.

Una sonrisa leve, sin defensa, le iluminó el rostro.

Con la mano libre, apartó un rizo de su mejilla y, tras una breve duda, su mirada se posó en el cabello de él—en la forma en que la luz lo tocaba, en las hebras rebeldes sobre su frente.

Antes de pensarlo demasiado, alzó la mano.

Sus dedos rozaron con delicadeza los mechones cobrizo-rojizos, alisándolos hacia atrás.

La textura era más suave de lo que imaginaba, tibia bajo su caricia.

Él no se movió.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo—no de miedo, sino de algo más profundo.

¿Asombro? ¿Ternura?

Qué extraño, pensó, *que el hombre que aterra a medio Londres pueda parecer, en este instante, tan humano. Tan… hermoso en su silencio.*

El corazón le latía más deprisa.

Quiso recordarlo así: el duque de Greystone, su esposo, dormido bajo la luz del amanecer, su mano aún aferrando la de ella, como si fuera algo digno de ser protegido.

Sus dedos permanecieron un momento más entre su cabello antes de retirarse.

Cruzó ambas manos sobre el pecho y pensó, sin atreverse a decirlo:

Gracias.

Por quedarte. Por ser amable. Por ser más de lo que dicen que eres.

El pensamiento le humedeció los ojos.

Giró la mirada hacia el mar.

El horizonte destellaba en plata y rosa; el mundo parecía nuevo otra vez.

Y con la mano de Nathaniel aún cálida entre las suyas, Cecily comprendió que, cualquiera que fuera el destino que la aguardaba en aquel vasto castillo, ya no lo enfrentaría completamente sola.

Durante largo rato lo observó, inmóvil, en silencio.

La luz avanzaba lentamente por su rostro, como una bendición.

Cada detalle se mostraba con claridad: la suave línea en su ceño, la sombra alargada de sus pestañas, la cicatriz pálida que atrapaba el sol como un hilo de seda.

Su mirada se detuvo en esa marca, testimonio de dolor y supervivencia, de todo lo que él había soportado.

¿Cuánto sufrimiento habrá llevado solo?

¿Qué costo tuvo sobrevivir a la noche en que el fuego quiso reclamarlo?

Casi sin darse cuenta, extendió la mano otra vez.

Sus dedos temblaron al rozar su frente, apenas un toque sobre la piel cálida, sorprendentemente viva.

Siguió el contorno de su sien, la línea áspera de la cicatriz que hablaba de un tormento que ella apenas podía imaginar.

La ternura le dolió.

Entonces, sus ojos repararon en la cinta negra que cubría su ojo izquierdo.

La seda se había aflojado durante la noche, el nudo medio deshecho.

Cecily vaciló, conteniendo el aliento.

Durante un instante, la curiosidad luchó contra la compasión.

Se preguntó qué ocultaba tras aquella franja de oscuridad—qué herida, qué pena.

Pero no pudo levantarla.

Si él quería que lo supiera, se lo mostraría.

Hasta entonces, no invadiría aquello que él defendía con tanto celo.

Aun así, la cinta estaba tan suelta que corría el riesgo de caer por completo.

Con delicadeza, estiró la mano solo para arreglarla.

Tocó el borde de la tela con cuidado.

El cuarto pareció contener el aliento.

Entonces, una mano la sujetó con fuerza.

Cecily dio un grito ahogado.

Los ojos de Nathaniel se abrieron de golpe, el verde encendido, el rostro tenso, dominado por el miedo.

Su otra mano voló hacia el parche, cubriéndolo con desesperación, como si defendiera una herida aún abierta.

—¿Qué está haciendo? —su voz fue baja, áspera, salvaje—.

La voz de un hombre sorprendido en medio de una batalla.

Cecily se quedó helada, el corazón desbocado.

—Y-yo solo quería arreglarlo, Su Gracia… estaba suelto y pensé…

No la dejó terminar.

Su mano, aunque ya aflojaba, había apretado lo suficiente para dejar un ardor en su muñeca.

Ella la llevó al pecho, temblando.

—No quise… —intentó decir, pero las palabras se deshicieron.

El rostro del duque se había vuelto pálido bajo la luz de la mañana.

Respiraba con dificultad, como si la vergüenza y el horror hubieran desplazado su enojo.

La miró—vio el azul asustado de sus ojos, la marca rojiza que empezaba a florecer en su piel—y algo en él pareció quebrarse.

—Perdóneme —dijo con voz ronca.

Y antes de que ella pudiera responder, se volvió bruscamente, aún cubriéndose el rostro con la mano.

—Su Gracia… *Nathan*… ¡espere! —la voz de Cecily tembló, llena de confusión y pena.

Pero él ya estaba en la puerta.

Lo último que vio fue la rigidez de sus hombros, el peso de un hombre que huía, no por orgullo, sino por dolor.

El reloj de Greystone dio la hora en el vestíbulo, un único tañido hueco que recorrió la casa como un presagio.

Cecily permaneció inmóvil, el aire atrapado en la garganta.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

La muñeca le dolía donde sus dedos la habían apretado, pero no era el dolor lo que le torcía el corazón.

Era el recuerdo de su rostro en aquel instante: el miedo, y la vergüenza.

—Oh, Nathan… —susurró, dejándose caer en el borde de la cama —. ¿Qué he hecho?

Los ojos se le nublaron.

Apretó las manos temblorosas contra los labios, intentando contener el sollozo que crecía dentro.

Él había sido bueno con ella, más de lo que merecía.

Y ahora, por su descuido, él la había mirado como si fuera su enemiga.

Afuera, el mar rugía suavemente contra los acantilados.

La luz del amanecer se apagó tras una nube pasajera.

Cecily inclinó la cabeza y lloró, el sonido débil, quebrado, perdido en la inmensidad de la habitación.

Twenty Six

El reloj que quebró el silencio



Durante un buen rato después de que el Duque se marchara, Cecily permaneció inmóvil donde estaba.

El eco de la puerta al cerrarse pareció latir por la habitación mucho después de su partida, hueco y pesado, como el golpeteo lento de un corazón que acababa de romperse.

Su mano aún temblaba donde él la había sujetado. El leve dolor en la muñeca no era nada comparado con el vacío que le inundaba el pecho.

Solo había querido ayudarlo, aliviarle la incomodidad; y, sin embargo, el terror en sus ojos al despertar se le había grabado en la mente.

—¿Qué he hecho? —susurró, la voz apenas moviendo el aire.

Antes de que la pregunta se desvaneciera, la puerta se abrió de par en par.

—¡Su Gracia! —entró Mary, jadeante y con los ojos muy abiertos —. ¿Qué ha pasado? ¿Está herida? ¡Oh, misericordioso cielo: su mano!

Cecily parpadeó, arrancada de su trance. —No es nada, Mary —dijo con rapidez, aunque su voz temblaba—. Un pequeño accidente. Su Excelencia se asustó, eso es todo.

Mary contuvo un suspiro. —¡Pero esta marca… ya está enrojecida!

Antes de que Cecily pudiera protestar, la puerta volvió a abrirse. El señor Alden entró acompañado por un médico de cabello cano, el semblante grave pero comedido.

—Mi señora —dijo el mayordomo, haciendo una ligera reverencia —, perdone la intromisión. Nos dijeron que podría estar herida.

El médico examinó su muñeca con meticulosa atención. —Esguince leve —concluyó—. No hay fractura, pero debe vendarse y mantenerse inmóvil.

Enrolló lino suave alrededor de su muñeca. Cecily esbozó una sonrisa débil. —Veis, no hay motivo para alarma.

—Tomaré el desayuno con Su Excelencia —añadió, incorporándose con esfuerzo—. No debe preocuparse.

El señor Alden carraspeó con discreción. —Eh… Su Gracia, Su Excelencia ha salido ya esta mañana. No ha tomado desayuno.

Cecily se quedó paralizada. —¿Se fue?

—Sí, mi señora. Tenía asuntos urgentes con el magistrado. Dijo que volvería tarde.

Un sonido hueco llegó desde abajo: el gran reloj del vestíbulo marcando la hora. Cada nota se quedó en el aire como un latido deliberado.

—Oh —murmuró Cecily—. Entonces desayunaré aquí.

—Muy bien, Su Gracia —respondió el señor Alden con una reverencia cortés—. Que descanse. La mano debe curar.

Cuando se marcharon, la estancia pareció más fría, pese al fuego que aún ardía en la chimenea. Mary regresó pronto con una bandeja de té caliente, fruta y pan con mantequilla. Cecily la miró sin apetito.

—Debéis comer algo, mi señora —insistió Mary con suavidad—. Le devolverá fuerzas.

Cecily asintió levemente y dio un bocado, pero la comida le supo a ceniza. Él se había ido sin decir nada.

Más tarde, ya vestida, el señor Alden volvió acompañado por una mujer de porte señorial vestida de gris.

—Su Gracia —dijo el mayordomo—, esta es la señora Pembroke, que actuará como su asistente y compañera de casa. La ayudará a familiarizarse con Greystone.

La señora Pembroke hizo una profunda reverencia. —Es un honor, Su Gracia. Si os place, empezaremos por las galerías principales.

Cecily sonrió con cortesía, aunque el peso en su pecho no disminuía. La siguió mientras la mujer la guiaba por los grandes corredores, describiendo salones y funciones: el gran salón de bailes, la sala de música, la biblioteca cargada de generaciones de la casa Greystone.

Al entrar en el despacho de la Duquesa, la señora Pembroke señaló un alto escritorio de roble repleto de libros de cuentas.

—Aquí gestionará vuestras obligaciones, Su Gracia —dijo con tono firme—. La Duquesa supervisa las cuentas del hogar, los

listados de criados, las obligaciones caritativas, la correspondencia mensual, la organización de eventos y los presupuestos estacionales.

El pulso de Cecily dio un vuelco nervioso. —Veo. Parece… extenso.

La señora Pembroke sonrió, con una cortesía fría. —Así es. Aunque imagino que las jóvenes de Londres están bien preparadas para estas labores.

A Cecily se le calentaron las mejillas. —No… no me enseñaron estas cosas —admitió en voz baja—. Mi hermana… ella siempre fue la destinada a encargarse de esto. Temo no haber recibido instrucción alguna.

—Ya —su tono se ablandó un poco, pero sus ojos no—. Entonces tenemos mucho que aprender.

Las palabras eran educadas, pero con un filo apenas perceptible, como una hoja envuelta en seda. Cecily bajó la vista. Siempre supo que sus padres habían formado a Cordelia para la vida que ahora la reclamaba; a ella solo la habían enseñado a sonreír y aceptar con dulzura. Y ahora era la Duquesa de Greystone: sin guía, sin mapa, sin el hombre cuyo apellido llevaba.

Al terminar el recorrido, sus miembros pesaban y el ánimo se le había venido abajo. Devolvió la cortesía a la señora Pembroke y regresó a su cámara, donde se despidió del día mirando su muñeca vendada.

Al caer la noche se obligó a vestirse; estaba convencida de que él vendría. Sin embargo, al entrar en el gran comedor sintió que el corazón le fallaba: la larga mesa brillaba bajo los candelabros, dos cubiertos dispuestos en simetría. Solo una vela ardía.

El mayordomo hizo una reverencia. —Su Excelencia ha cenado fuera esta noche, Su Gracia. Envía sus saludos.

La garganta de Cecily se apretó. —Ya veo —murmuró—. Pues cenaré sola.

Se sentó frente a la inmensa mesa: el eco de su tenedor al chocar con el porcelana sonaba insoportablemente alto. La comida era exquisita, pero cada bocado le supo amargo. El gran reloj marcó otra hora y otra más, profunda y resonante, hasta que retiraron el último plato y ella quedó contemplando su copa intacta.

Al volver a su cuarto, la pena se había vuelto casi tangible. Mary la ayudó a desvestirse y la dejó en la cama; Cecily pidió descanso, pero el sueño no llegaba. Pasó horas junto a la ventana observando la luna y el mar: cada golpe del viento la sobresaltaba, esperando que él apareciera. El silencio del corredor la desilusionaba. ¿La odiaría ahora? ¿Había arruinado todo antes de que empezara?

Lágrimas rodaron por sus mejillas. Se resentía de no saber qué decir, qué preguntar. Cuando el cansancio la vencía, un golpe sonó en la puerta: suave, mesurado, inconfundible. Su aliento se encogió. Se limpió las lágrimas, arregló el cabello y fue a abrir, con las manos temblorosas.

—Su Gracia —dijo Mary en el umbral—. Perdón por haberle alarmado. El señor Alden mandó decir… Su Excelencia pidió que me quedara con vos esta noche, por si necesitabais algo.

La esperanza palpitó y se apagó en un instante. —Oh —susurró Cecily—. Por supuesto.

Mary curtsió. —¿Deseáis que me quede junto a la chimenea, Su Gracia?

Cecily forzó una sonrisa. —No… estaré bien.

Mary dudó. —¿Estáis segura? No os veis bien. Tenéis los ojos hinchados. ¿Habéis llorado?

El nudo en la garganta de Cecily cedió. Un sollozo escapó. Mary la rodeó sin vacilar. —Oh, mi querida señora —murmuró—. Venid, sentaos aquí.

La condujo al borde de la cama y le ofreció agua. Cuando las lágrimas amainaron, Mary tomó su mano y posó el pulgar sobre la venda. —Contadme —pidió con paciencia—. ¿Qué os aflige?

Cecily habló en un hilo. —Mary… ¿crees que no merezco ser duquesa?

Mary parpadeó, sorprendida. —¿No merecedora? ¿Quién os dice tal cosa, Su Gracia? Sólo lleváis poco tiempo aquí; es natural sentirse insegura.

—Pero tal vez —dijo Cecily con voz débil— debería haber sido Cordelia. Todo el mundo la adora. Él la habría querido. Y yo… soy solo la novia no elegida del Duque.

El temple de Cecily se quebró. Mary la envolvió, reconfortándola hasta que el llanto se calmó. Trajo más agua y, al volver, habló con tono más suave, casi travieso: —No sé lo que ocurrió entre vos y Su Excelencia, pero sé esto: le importáis más de lo que pensáis.

Cecily la miró atónita. —¿De veras?

Mary asintió. —Antes de partir, preguntó a cada servidor de la casa de vuestro padre por vos: cómo tomáis el té, qué colores preferís. Quiso que estuvierais cómoda. Incluso pidió a su madre que escogiera el vestido de vuestra llegada.

Y añadió con una sonrisa: —Esta mañana, cuando pidió a Mr. Alden, no vi tal agitación en Greystone desde años. Caminaba antes del amanecer, pálido, ordenando que viniera el médico; pidió que se preparara el carruaje como si partiera a la batalla.

—¿Por mí? —musitó ella.

—Por vos —confirmó Mary—. No sois un reemplazo, Su Gracia. Sois su elección.

Un rubor delicado le subió a las mejillas. Quiso sonreír, y la ternura le dolió. —Pero ¿por qué no…? —titubeó— ¿por qué él rehúye tocarme? ¿Por qué se mantiene distante?

—Eso sólo él puede decíroslo —contestó Mary—. Hablad con él. Preguntadle qué esconde su silencio.

—No puedo —susurró Cecily—. Quizá me odie. Quizá lo arruiné todo.

Mary sonrió con ternura. —Si no lo intentáis, nunca sabréis. Os aseguro que nunca vi a un hombre mirar a una mujer como Él os mira a vos. Cordelia deslumbra, pero vos, mi señora, brilláis de otro modo. Dejad que lo vea.

Cecily respiró hondo; un hilo de determinación volvió a sus ojos. —Tenéis razón. No debo adivinar sin preguntar. Pero ¿y si la respuesta me hiere?

—Entonces —dijo Mary con calma—, lo arreglaremos juntas.

Por un instante, en aquel gran y frío castillo, Cecily tuvo la sensación de no estar del todo sola. Se levantó, enderezó los hombros, y dijo con voz firme: —Traed agua para lavarme la cara y ayudadme a arreglar el cabello y el vestido. Iré a buscarlo.

Mary sonrió, orgullosa y dulce. —Como deseéis, mi señora.

Abajo, el gran reloj repicó otra vez, profundo y decidido. Su tañido atravesó Greystone y selló la hora en que terminó su silencio.

Twenty Seven

La rendición



Cecily respiró hondo antes de avanzar por el corredor. Mary, detrás de ella, le dio un gesto de ánimo y murmuró: —Ve, Su Gracia.

Cecily devolvió una sonrisa temblorosa y se dirigió a la cámara del Duque, la habitación contigua a la suya. El pasillo estaba en calma; las lámparas a lo largo de las paredes ardían bajas, su pálida luz ablandando el silencio hasta volverlo casi sagrado.

Cuando llegó a su puerta, vaciló. El pulso le martillaba en las sienes. Alzó la mano y tocó.

Una vez.

Dos veces.

Nada.

Mordió el labio, dudó, y golpeó de nuevo, con más fuerza.

Aun así, ningún ruido respondió. —Su Gracia? —llamó en voz baja. Nada contestó, solo el murmullo apagado del mar más allá de los acantilados.

Su mano halló el picaporte y la puerta crujió al abrirse. —Su Gracia —intentó otra vez, apenas más alta que un suspiro—.

Y allí estaba él.

Nathaniel permanecía de pie junto a la ventana, su figura recortada en plata y sombra. Tras él se extendía el mar, vasto y oscuro; a su lado, junto a dos botellas de brandy a medio beber, el tenue brillo de la candela temblaba.

El aliento de Cecily se detuvo. Él no se volvió. Durante un instante se quedó inmóvil, la visión de su soledad era terrible y callada.

Reuniendo coraje, habló de nuevo, con voz más firme: —Su Gracia.

Él se sobresaltó, llevándose de inmediato la mano al rostro. El parche había quedado abandonado sobre el escritorio. —Cecily—, balbuceó, —quiero decir, Su Gracia. Perdóname, no te oí.

Se volvió con brusquedad, buscando el parche con movimientos apresurados y algo avergonzados.

—Perdona que moleste —dijo ella en voz baja—. Te esperé y no viniste.

Nathaniel se erguió y abrochó la correa con un gesto aprendido, aunque las manos le temblaban un poco. —No debiste esperar —respondió tras una pausa—. Es tarde. Deberías descansar.

Hizo un gesto vago hacia la butaca junto al fuego. —Por favor, siéntate.

Cecily percibió un leve aroma amargo a brandy en el aire. —Has estado bebiendo —murmuró.

Él alzó los hombros. —Un poco. Me ayuda a pensar.

Ella frunció el ceño. —Entonces has pensado demasiado.

Esbozó un gesto que fue a medias sonrisa, a medias rendición. —Quizá.

No ocupó la butaca. —Esperé —repitió, más quedo—. Pensé que vendrías.

—Estuve… ocupado —su tono volvió a ser formal, quebradizo—. Pedí a vuestra doncella que os hiciera compañía.

—Lo hizo —contestó Cecily, avanzando un paso cauteloso—. Me dijo que viniera aquí.

Él la miró, inseguro. —¿Por qué?

—Porque necesitaba hablar contigo. Sobre esta mañana.

Su postura se tensó. —¿Te duele todavía la mano? ¿El médico…?

—Estoy bien —interrumpió ella, quizá con demasiada prontitud.

Él exhaló, aliviado y a la vez arrepentido. —Aún así, te debo una disculpa. No debí…

—No me debes nada —respondió ella con dulzura—. Me sobresaltaste. Tu parche se había soltado y sólo quise ayudar.

Su mandíbula se apretó. —No quería que vieras algo desagradable.

Cecily frunció el entrecejo. —¿Desagradable?

Apartó la mirada. —No lo entenderías.

En ese instante la paciencia de Cecily, tanto tiempo herida y contenida, se quebró. Dio un paso al frente, su pulso golpeando con fuerza. —Entonces hazme entender —dijo, suave pero firme—. ¿Por qué huyes de mí, Nathan?

Al oír su nombre, él se detuvo, la respiración suspendida. Finalmente la miró. La luz atrapó el verde de su ojo, crudo y sin defensa, brillante con algo muy parecido al miedo.

—Porque si me vieras tal como soy —su voz se quebró—, retrocederías. Entenderías por qué me llaman monstruo. No soportaría que… no de ti.

A ella se le apretó la garganta. —¿Y yo? —susurró—. ¿Crees que nunca me sentí indignada? Toda mi vida viví a la sombra de Cordelia: callada, invisible, nunca elegida. Incluso cuando mi padre me ofreció por ti, pensé que rechazarías, que preferirías a ella.

Su voz flaqueó. —Y sin embargo no lo hiciste.

Se acercó hasta que la falda le rozó la rodilla. —Me elegiste —añadió—. ¿Por qué esconderte ahora?

Su respiración se cortó. —Porque no sé ser visto sin infundir miedo.

Ella alzó la vista, el corazón martillando. —Pues mírame ahora.

Antes de que él pudiera retroceder, se plantó entre sus rodillas, lo suficientemente cerca para sentir el calor que desprendía. Las manos le temblaban, pero no se apartó.

—Nathan —susurró, a punto de romper—. Déjame verte.

Él se quedó quieto, observándola, dividido entre el pavor y la rendición. Ella se puso en puntillas y posó las manos a ambos lados de su rostro. Por un instante vaciló, luego deslizó los dedos por la correa del parche, la aflojó y se la retiró.

Nathaniel se tensó, medio incorporándose, y su mano fue a atrapar la muñeca de ella instintivamente. Ella fue más rápida. Antes de que él pudiera hablar, rozó con los labios la cicatriz, suave, reverente y temblorosa.

—Su Gracia— jadeó él.

—Llámame Cecily —respondió ella.

Tragó con violencia. —Cecily, por favor—

—No —dijo ella, firme y dulce—. No te escondas de mí, Nathan. No te tengo miedo.

Sus ojos brillaban de lágrimas. —Pienso en el dolor que debiste soportar —murmuró—: superviviente del fuego y de la guerra, y aún así temes mi mirada.

Entonces él la miró y, por primera vez en años, su compostura se deshizo por completo.

—¿De verdad no me hallas repugnante? —susurró.

Su sonrisa fue un amanecer. Sus brazos se alzaron y rodearon su cuello. —Estas cicatrices son tu pasado, Nathan. Pero yo— —apoyó la frente en la suya— —soy tu futuro.

Algo dentro de él cedió, silenciosa y por entero. La atrajo hacia sí y la besó, vacilante y tembloroso, como si apenas creyera que tenía derecho. El mundo pareció detenerse. El aire se llenó del sonido de su respiración y del crujir suave del fuego.

Cecily quedó inmóvil un instante y luego, con valor tembloroso, respondió. Sus dedos buscaron el borde de su abrigo, aferrándose con delicadeza para sostenerlos a ambos. Sintió cada estremecimiento que lo recorría, cada contención que luchaba por vencer. Sus manos, ásperas por la guerra, le cubrieron el rostro como si fuera frágil cristal: reverentes, aterradas, tiernas.

El calor que emanaba de él la dejó atónita. Olía a brandy y cedro, con notas de lino limpio y sal marina. Bajo sus manos, el corazón de él latía fuerte, salvaje como el suyo.

Cuando se separó, posó la frente contra la suya. Su voz salió quedísima, rasgada. —Di que no es un sueño —pidió—. Di que

puedo tocarte y despertar y encontrarte aquí.

El aliento de ella tembló sobre sus labios. —No es un sueño.

Él pareció deshacerse con esas palabras. Sintió el suspiro de años de soledad ir soltándose en su pecho.

—Tócame —susurró ella, con voz que volvía a firmeza—. Todo lo que quieras.

Lo miró como si temiera que pudiera desvanecerse. Su pulgar recorrió la curva de su mandíbula, la línea suave de su nariz, el arco tembloroso de sus labios. —Me resulta imposible —musitó— estar tan cerca.

—No huyas —murmuró ella.

Lo besó de nuevo; esta vez más hondo, pero aun así con infinita suavidad. Cada contacto fue un descubrimiento. Su cabello se deslizó entre sus dedos, su respiración se quebró cuando su mano rozó su mejilla, y en su pecho brotó una pena dulce, frágil y consumidora.

El mundo de Cecily se redujo a calor y latidos. Cada aliento se volvió promesa. Percibió la lucha en él: años de disciplina, de vergüenza y miedo, cayendo uno a uno, hasta quedar solo el hombre tembloroso y vivo que tenía ante sí.

Se apartó con los ojos inundados de asombro. —Siempre oculté mis cicatrices —murmuró—. Incluso a mi madre. Y tú… me ves como Nathaniel.

Ella le secó una lágrima con la mano temblorosa. —Porque eso eres.

Besó el vacío donde antes estuvo su ojo, un beso de reverencia; después su sien y por fin sus labios. —No eres el monstruo de los

susurros —murmuró entre respiraciones—. Eres mi esposo.

Él cerró los ojos; una lágrima resbaló al brillo de la lámpara. —Y tú —su voz se quebró— eres la primera que me ha mirado sin ver ruina.

Ella sonrió entre sollozos. —Mírame, Nathan. Porque esta noche ya no soy la novia no elegida. Soy la novia que escogiste.

Por un instante se quedaron mirándose, y luego su boca tembló en una mezcla de risa y llanto. —¿Cómo podría no escogerte? —preguntó con incredulidad.

Sus labios se encontraron otra vez, entrelazando gratitud y duelo. Por fin, ninguno de los dos flinchó. El beso se hizo más profundo, pausado, como si tuvieran todo el tiempo del mundo para aprenderse con el tacto.

El fuego se consumía quedo; la luz los envolvía en oro y sombra. Cecily notó el suave temblor de su respiración junto a su mejilla, la manera protectora en que su mano descansaba en la cintura. Todo el mundo pareció aquietarse a su alrededor.

Cuando por fin se separó, apoyó la frente contra la suya otra vez. —Dime que pare —murmuró, y ella negó con la cabeza, los ojos brillando de lágrimas que no caían.

—No —respondió—. No pares, Nathan. No esta noche.

Él exhaló, como en una súplica muda. El aire entre ambos se volvió casi sagrado, cargado del peso exquisito de años sin palabras. Cecily sintió el cambio enorme y silencioso: los muros que él había levantado se desmoronaban ante la confianza absoluta. El fuego dibujó la cicatriz de su rostro en oro y la embelleció, y en él vio una hermosura triste y única.

Él enmarcó su rostro con ambas manos, los pulgares acariciando la piel húmeda. Las frentes se tocaron en un juramento cálido. Los latidos de sus pechos se unieron, finalmente a la misma cadencia.

La llevó con delicadeza hasta la cama, pasos precisos empapados de urgencia. La dejó sobre la fina ropa, y al incorporarse la respiración cálida rozó su oreja con un murmuro de alivio. La vela junto a la cama osciló hasta quedarse baja. Cecily sintió las manos de él desabrochando los delicados botones de su vestido; sus dedos, fuertes pero torpes por la intensidad del deseo, cedieron a una necesidad que no pudo contener.

Un sonido de frustración escapó de Nathaniel contra su cuello; sus manos—firmeza y tormento a la vez—tiraron de la muselina en un gesto súbito. La tela se rasgó con un crujido breve, irreverente. El aire fresco entró, contrastando con el calor que de pronto cubrió su espalda. Él inclinó la cabeza y besó la piel expuesta con hambre contenido. Un estremecimiento la recorrió; pronunció su nombre en un suspiro: —Nathan…

Alzó apenas la cabeza, el ojo oscuro encendido por una intensidad que prometía devoción total. Un rubor recorrió su cuello hasta la oreja, señal de que se abandonaba.

—He esperado esto —murmuró, su voz áspera—. No puedo contenerme más, Cecily. Soy todo tuyo.

Ella alzó las manos y apretó su cara ardiente. —No me des cuartel, Nathan —susurró—. Haz lo que debas.

Esa sola concesión derribó la última barrera. Él la estrechó contra sí y la besó con necesidad consumada. La vela se apagó al fin, sumiendo la habitación en sombra. Ahora, al fin, eran sólo marido y

mujer; sus cuerpos encajaron en la íntima perfección de dos seres destinados a entrelazarse, resguardados del mundo por la penumbra y el último brillo del fuego. Solo quedó el sonido de su respiración entrecortada, testigo lejano de dos almas que por fin hallaban su destino.

Greystone dejó de ser silencio y frío: volvió a latir, como si el verdadero viaje de sus corazones apenas acabara de comenzar.

Twenty Eight

El amanecer en Greystone



La luz de la mañana se derramó a través de los altos ventanales de la cámara del Duque, suave y dorada, extendiendo calor sobre el mármol del suelo y las sábanas enmarañadas. Más allá de los acantilados, el mar murmuraba en un ritmo bajo y constante, como si también él quisiera no perturbar la calma interior.

Cecily se removió bajo el lino; sus pestañas se abrieron a un mundo que le resultaba a la vez extraño y dolorosamente nuevo. Durante un largo instante permaneció inmóvil, insegura de si todavía soñaba. Entonces su mirada lo encontró.

Nathaniel.

Dormía a su lado, el pecho subiendo y bajando en un compás sereno, la luz acariciando su cabello cobrizo y las marcadas líneas de su rostro. La vista arrancó de sus labios un suspiro suave. Parecía en paz, tan distinto del hombre guardado y cauteloso que ella había conocido antes.

Los recuerdos de la noche anterior volvieron como olas mansas en la orilla: el valor que le costó enfrentarse a él, las verdades que

se dijeron, el calor de su mano al acercarse no por deber sino por deseo. Un rubor profundo coloreó sus mejillas. Se subió la colcha hasta la barbilla, y fragmentos de su voz y su tacto se reprodujeron en su mente.

Su fragancia persistía —lino, cedro y la tenue dulzura de una vela consumida— mezclándose con el aire matinal que entraba por la ventana.

Ya no existía distancia entre ambos.

Él se había hecho parte de ella, no por un nombre o un título, sino por algo más profundo. Por primera vez se sintió vista, comprendida, elegida.

Le temblaron los dedos al apartarle un mechón de la frente. El gesto descubrió las leves cicatrices en su sien, la cresta desigual de su mejilla. Su pulgar recorrió con respeto aquellas huellas hasta que el pecho le dolió de ternura.

—Oh, Nathaniel —susurró—, cuánto dolor debiste soportar.

Su mano recorrió la curva de la mandíbula y las cicatrices del pecho, heridas ya cerradas pero no olvidadas. Cada una le hablaba en silencio.

Entonces se movieron sus pestañas.

Cecily exhaló con un pequeño sobresalto al abrirse el único ojo verde del Duque, brillante como una esmeralda a la luz de la mañana. Parpadeó una vez y esbozó una leve sonrisa.

—Estás despierta —murmuró, la voz áspera por el sueño.

Su sonrisa fue tímida y radiante a la vez. —Perdóname si te he despertado.

Él deslizó su pulgar por la mejilla de ella. —No lo hiciste. Por un instante pensé que aún soñaba. Pero tu toque me desmiente.

Ella rió quedito, con calor en las mejillas. —Pues espero que fuera un sueño agradable.

Su sonrisa se profundizó, tierna y sin defensas. —Lo fue, aunque no tan agradable como despertar a tu lado.

El rubor se acentuó. —Entonces, ¿por qué nunca lo permitiste ser real antes?

Su mirada se desvió hacia la claridad, una sombra cruzando su semblante. —Porque me escondía. De ti, de mí mismo. Dime, Cecily, ahora que me has visto tal cual soy, ¿te arrepientes?

Sus ojos brillaron. —Oh, Nathaniel. ¿Cómo podría arrepentirme del amor?

Él la atrajo hacia sí, enredando los dedos en su cabello. —Porque para mí eres un milagro —susurró—. Y los milagros no están hechos para hombres como yo. Temo que despiertes y desees que todo vuelva atrás.

A ella se le partió el corazón. Se incorporó y rozó con los labios una cicatriz en su pecho. —No dudes de mí. Cuando veo estas heridas siento que hubieran sido hechas en mi propia piel. Dime, ¿cómo soportaste tanto dolor?

Él guardó silencio un momento; su mirada vagó hacia la ventana. Al hablar, su voz fue baja, el ritmo mesurado y perseguido por sombras.

—Tenía nueve años. Mi padre fue llamado a Londres y supliqué ir con él. Nos emboscaron en la carretera. Al principio pensé que eran simples ladrones.

Su mano apretó la sábana.

—Mataron a nuestros guardias. Un hombre de ojos desorbitados arrastró a mi padre fuera del carruaje. Recuerdo su voz gritando palabras que yo no entendía. Luego vino el cuchillo.

La mano de Cecily buscó la suya y la sostuvo con fuerza.

—Quiso que mi padre sufriera —continuó Nathaniel en voz baja —. Me cortó el rostro, el ojo. Recuerdo el calor antes del dolor, el grito de mi padre y luego las llamas. Uno de nuestros caballeros, medio muerto, me sacó de entre el fuego. Mi padre no escapó.

Los labios de Cecily se abrieron pero no salieron palabras; el horror le heló la voz. —Oh, Nathaniel. Ningún niño debería vivir algo así.

Él esbozó una sonrisa sin una sola alegría. —No se vive eso, Cecily. Se sobrevive.

Su voz tembló. —¿Por qué? ¿Por qué le hicieron eso a un niño?

Nathaniel vaciló, mirando hacia dentro de sí. —Por los pecados de mi padre. Hizo daño a una joven sirvienta; ella llevó su hijo. Cuando pidió clemencia, él la silenció para siempre. Su padre vino por venganza. Yo fui su revancha; quisieron que mi padre sintiera la misma pérdida y el mismo dolor.

Las lágrimas nublaron los ojos de Cecily. —Soportaste un castigo por la crueldad de otro.

Durante un largo rato Nathaniel no dijo nada. Su expresión se oscureció; la pena empañó la luz suave que lo tocaba.

Luego, en voz casi para sí, murmuró: —Cecily… te debo una disculpa.

Ella contuvo el aliento. —¿Una disculpa?

Asintió despacio. —Por aquella noche en la cena. Por alzar la voz contigo. No sabías lo que tocaste en mí con tus palabras. Nunca debí dejar que mi temperamento llegara a ti.

El corazón de Cecily se retorció. —Lo recuerdo. Estabas tan enfadado… y yo… me asusté.

—Lo sé —dijo él con dulzura—. Y aún me avergüenza. Oí mi propia voz esa noche y la odié. Tú sólo hablaste con bondad y, sin embargo, yo… —apretó la mandíbula— —me convertí en todo aquello que juré no ser.

Apartó la mirada, distante. —Después de aquel día en la carretera, después del fuego, empecé a aborrecer a mi padre. Su traición, su crueldad, su debilidad… por ellos lo perdí todo: el ojo, el rostro, la infancia. Cuando él murió, el título cayó sobre mí antes de que supiera lo que significaba ser hombre. Y mi madre… nunca se recuperó. Cada vez que me mira, ve el fantasma de lo que él destruyó.

Las lágrimas rodaron sin freno por las mejillas de Cecily. Lo abrazó, las manos temblando mientras le rozaban la mejilla. —Oh, Nathaniel. Yo no lo sabía. Sólo quise hablar de él con amabilidad, hacer conversación, y yo… —se interrumpió en un sollozo.

Él la detuvo con un leve movimiento de cabeza, tierno. —No, amor mío. No fue culpa tuya. Fue mía. Dejé que el pasado hablara por mí.

Ella cubrió la boca, incapaz de contener otro sollozo. —Me siento tan tonta. Te herí sin saberlo.

Nathaniel tomó sus manos entre las suyas; su voz, firme pero cargada de emoción, dijo: —Mírame, Cecily.

Ella lo hizo.

—No hay nada que perdonar —murmuró—. He pasado tanto tiempo creyéndome un monstruo. Pero esa noche… tus palabras, tu ternura, me recordaron lo que es ser visto como un hombre otra vez. Solo lo temía.

Las lágrimas aceleraron su flujo; ella lo acunó contra sí como quien protege de la lluvia. —No eres un monstruo —susurró en su piel—. Eres un hombre que ha sufrido demasiado y aun así ha hallado fuerzas para amar.

Él sonrió, frágil, apenas un temblor en sus labios. —Quizá al fin el monstruo pueda descansar.

Ella negó con la cabeza, con voz rota. —No, Nathan. No monstruo. Superviviente. Siento tanto lo que el mundo te arrebató.

Él le cubrió el rostro con las manos, el pulgar secando sus lágrimas. —No llores por lo pasado, Cecily. Como dijiste, esas cicatrices pertenecen al ayer. Pero tú… —su voz se quebró— eres mi mañana.

Su sollozo se volvió en una risa sin aliento. —Pues ayúdame a recordarte que eres algo más que lo que te pasó. Eres amable, valiente y más fuerte que nadie que conozco.

—Fuerte —repitió él en voz baja—. Y más feliz ahora. Porque te tengo.

El pecho de ella se hinchó. —Siempre me tendrás, Nathan. Cuéntame tu dolor, tus penas. Déjame soportarlas contigo.

Él inclinó la barbilla, rozando sus labios en un beso tan tierno que fue una promesa. —Entonces no me queda nada que temer.

Permanecieron en brazos del otro, arropados por el calor y el silencio; el mar murmuraba abajo como un latido hecho de olas.

Un golpe en la puerta rompió la quietud. —Perdone, Su Gracia —oyeron la voz cautelosa del señor Thorne—. Los caballeros aguardan en la sala del consejo.

Nathaniel suspiró quedo. —¿Debo ir?

Cecily sonrió y posó un dedo sobre sus labios. —Sí, Su Gracia. El deber te reclama. Yo estaré aquí cuando regreses.

Él correspondió con una sonrisa, los ojos suaves. —Como desees, mi señora. He aprendido a no discutir contigo.

Ella rió y él se unió a la risa, un sonido cálido y desarmado que los sorprendió a ambos.

Se incorporó, alcanzó su bata y ella, de pronto consciente de lo descubierto, se agarró a la sábana para cubrirse.

Nathaniel se detuvo y, con una chispa de diversión en la mirada, dijo: —No te inquietes. Llamaré a tus doncellas.

Sus ojos se abrieron, alterada. —¿Y si me ven así?

Él volvió a sonreír, más profundo. —Si alguien osa hablar mal de ti, responderá a mi espada.

—¡Nathaniel! —exclamó ella, medio escandalizada, medio riendo.

Él soltó una carcajada, rica en cariño. —Muy bien, duquesa mía. Has ganado.

Se ató la bata y rozó su frente con un beso. —¿Puedo marcharme ahora, Su Gracia?

Ella lo miró por encima de las pestañas y respondió con ternura: —Por supuesto, Su Gracia.

En el umbral se volvió una vez más. La luz matinal enmarcó su figura; el parche de seda negra descansaba en su mano y él lo ajustó con suavidad sobre el ojo izquierdo, enderezándose con una dignidad serena.

Por primera vez, a Cecily le pareció que aquel parche no era ya un signo de vergüenza sino una corona de resistencia.

Cuando la puerta se cerró tras él, ella se recostó entre las almohadas con el corazón pleno y temblando.

Quizá, pensó, así empezaba la felicidad.

Twenty Nine

La mañana después



La cámara todavía conservaba el calor de la noche anterior.

Un tenue rastro de humo de vela y lavanda aplastada flotaba en el aire, mezclándose con la sal traída desde el lejano mar.

Cecily se removió bajo la colcha; la luz del sol delineó la curva de su hombro descubierto. La piel le hormigueaba donde habían estado sus manos; el recuerdo de su voz —baja, reverente, su nombre convertido en juramento— le cortó la respiración. Hundió el rostro en la almohada y una risa indefensa tembló en su susurro. —Dios santo…

Las sábanas crujieron suavemente a su alrededor, conservando la forma de una noche que apenas alcanzaba a creer. La calidez de Nathaniel persistía en el aire, como si éste recordara el peso de su cuerpo junto al suyo.

Un golpe en la puerta la sobresaltó.

—¿S-sí?

Se abrió y Mary entró con una bandeja en las manos, la expresión luminosa y demasiado enterada.

—¿Su Gracia? —comenzó con alegría y se detuvo en seco. Sus ojos se agrandaron al contemplar la estancia: las sábanas revueltas, los horquillones caídos que brillaban en el suelo y el brillo inequívoco en el rostro de su señora.

—¡Oh! ¡Perdone, Su Gracia! —balbuceó Mary, casi dejando caer la bandeja.

—¡Mary! —exclamó Cecily, tirando de la colcha hasta la barbilla, dividida entre la mortificación y la risa—. No te pongas así de escandalizada.

—Sólo venía a ayudarla a vestirse —dijo Mary deprisa, con las mejillas encendidas—. El Duque dejó indicado que no la molestaran hasta esta hora.

El rubor de Cecily se intensificó. —¿De veras lo hizo?

Mary asintió con brillo travieso en los ojos. —Sí. Se marchó… muy sereno esta mañana.

Cecily enterró el rostro en las manos. —Mary, eres incorregible.

La doncella soltó una risita y dejó la bandeja. —Perdone mi atrevimiento, Su Gracia, pero me alegra el alma verla feliz. Está radiante.

Cecily entreabrió los dedos y asomó la vista, riéndose a medias. —¿Radiante? Debo de parecer espantosa.

—En absoluto —respondió Mary con calidez—. Más bien como una mujer amada.

Las palabras aplacaron la risa de Cecily. Miró la almohada a su lado, la leve hendidura donde había reposado Nathaniel. Un punzante cosquilleo llenó su pecho.

—Sí —susurró casi para sí—. Amada.

Mary corrió las cortinas. La luz dorada inundó la cámara y bañó el mar más allá de la ventana.

—He preparado su vestido de mañana —dijo con suavidad—. Algo ligero; debe de estar cansada, Su Gracia.

Cecily vaciló y asintió. —Gracias, Mary.

La doncella trajo un vestido de muselina azul pálido rematado en encaje y la ayudó a incorporarse. Cecily enrojeció cuando la sábana se deslizó un poco; la apretó contra sí.

—No se apure, Su Gracia —bromeó Mary—. Le he vestido desde que era niña, aunque nunca tras una noche como ésta.

—¡Mary!

Mary rió quedito y la lavó, la vistió con paciencia y manos expertas. Al terminar, peinó su cabello con trazos suaves y regulares. El silencio que siguió fue cómplice hasta que Cecily habló de nuevo, con voz más mansa.

—Mary… ¿crees que un corazón marcado puede llegar a conocer la felicidad?

Mary dejó el cepillo y la miró. —Si habla del Duque, sí. Los corazones que han sufrido aman con más hondura. Y, si me permite decirlo, creo que usted ya ha comenzado a curar el suyo.

La voz de Cecily tembló. —Solo espero ser digna de él.

Mary sonrió. —Su Gracia, nunca vi a un hombre mirar a una mujer como él la mira a usted; como si fuese la primera luz tras un largo invierno.

Cecily jadeó; —¿Lo vio?

—No he necesitado verlo —replicó Mary con un guiño—. Toda la casa lo sintió.

Cecily gimió, riendo a pesar de sí. —Eres imposible.

Mary ató la última cinta y se apartó. —Listo. Perfecto. Parece cada centímetro la Duquesa de Greystone, y quizá, solo un poco, una mujer recién enamorada.

Cecily se volvió hacia el espejo. La mujer que la contempló ya no era la tímida que tembló en el altar; sus ojos guardaban una certeza silenciosa y su sonrisa irradiaba una calidez que no sabía poseer.

Mary permaneció un instante más, con voz tierna: —¿Se siente con fuerzas para moverse hoy, mi señora?

Cecily asintió, con una sonrisa tímida. —Sí. Estoy bien. Puedo con ello —dijo, aunque un leve dolor aún le recordaba la noche anterior.

—Eso es mi valiente duquesa —dijo Mary con afecto.

El amor no la había cambiado; la había revelado.

—Muy bien, Mary —murmuró Cecily—. Enfrentemos el día.

Mary sonrió y hizo una reverencia. —Como guste, Su Gracia.

El corredor se extendía ante ellas, largo y reluciente, lleno de luz. Cada criado que encontraban hacía una leve inclinación; algunos sonreían, otros miraban con asombro contenido. La Duquesa de Greystone ya no era rumor sino presencia viva, y ella se movía con una dignidad que desconocía poseer.

En la base de la escalera, el señor Alden la esperaba con una profunda reverencia.

—Su Gracia. El desayuno está listo en el Gran Salón. Su Gracia el Duque envía sus excusas; le han retenido en consejo desde temprano.

Cecily sonrió con suavidad. —Gracias, señor Alden. Desayunaré sola, entonces.

El Gran Salón era magnífico, pero insoportablemente silencioso. La larga mesa relucía en cristal y plata, y sin embargo solo una vela ardía. Cecily se sentó hacia el centro; la silla vacía a la cabecera la observaba en silencio. Intentó comer, pero el alimento perdió sabor en su boca.

La soledad, pensó, no es la ausencia de compañía sino la ausencia de una presencia concreta.

Recogidos los platos, volvió el señor Alden.

—Su Gracia, la señora Eleanor Pembroke la espera en el despacho. Le ayudará a conocer los asuntos de la casa.

Cecily se puso en pie. —Gracias, señor Alden. Iré con ella ahora.

El despacho de la Duquesa era amplio, forrado de estanterías con legajos encuadernados. La luz caía sobre montones de pergaminos atados con listones. Junto a ellos estuvo la señora Eleanor Pembroke, alta y serena, con el cabello cano recogido bajo una cofia de encaje.

—Su Gracia —hizo una reverencia impecable—. Es un placer ver la silla de la Duquesa ocupada de nuevo. La difunta Duquesa fue excepcional en la administración.

Su tono era cortes y su sonrisa, delgada.

—Haré cuanto esté en mi mano —respondió Cecily con suavidad.

La señora Pembroke inclinó la cabeza. —Me consta que así será. Hay mucho que aprender: cuentas, gastos domésticos, nóminas de sirvientes, fondos parroquiales. —Su mano rozó los papeles—. Puede parecer abrumador; algunas damas de refinamiento se adaptan natural y pronto.

Se detuvo el tiempo justo para que la frase pinchara; luego sonrió con urbanidad. —Pero confío en que lo logrará, Su Gracia.

La espalda de Cecily se erguió. La observación mordaz la hirió, pero sostuvo la mirada de la mujer con compostura.

—Entonces debo aprender con rapidez —repuso en voz quedita —. Agradeceré su instrucción.

La señora Pembroke parpadeó, sorprendida. —Muy bien. Le dejaré para que empiece.

Tras una reverencia, la dama salió.

Cecily miró la montaña de documentos y suspiró. Sus dedos vacilaron sobre el pergamino sin pasar la primera hoja. Durante un rato intentó leer, trazando cifras y notas con la mirada; los números se emborronaban. Dos horas transcurrieron en callada perseverancia. La sala se calentó; la luz del sol se deslizó por el escritorio y doró el tintero y el borde de su manga. Por fin su cabeza dolió de concentración y se recostó en la silla, agotada.

Un golpe en la puerta la hizo reaccionar.

—Entre —dijo.

Nathaniel estaba en el umbral, enmarcado por la luz, el semblante más suave de lo que recordaba, casi vacilante. Su mirada recorrió los papeles esparcidos y luego se posó en su rostro.

—Buenas tardes, Su Gracia —saludó en voz baja, con un tinte de calor bajo la formalidad.

Cecily alzó la cabeza con viveza. —¡Nathan! —exclamó sin querer, la sorpresa desenfadada.

Se contuvo y sus mejillas tomaron color. —Quise decir… Su Gracia.

La risa baja de Nathaniel llenó el silencio. —Me gusta que pronuncies mi nombre con tanta emoción.

El rubor de ella se intensificó. —¿Me está permitido llamarle por su nombre aquí?

Una media sonrisa curvó la boca del Duque al acercarse. —Puedes llamarme como quieras, Cecily.

Se apoyó casualmente en el borde del escritorio; el sol besó la línea de su mandíbula. —Al verte entre legajos y papeles pareces la Duquesa al completo.

Ella soltó una risa tímida. —Hay tanto que aprender. No me enseñaron a ser duquesa ni esposa de noble; apenas sé por dónde empezar.

Nathaniel se acercó y, con ternura, le alzó el mentón. —Empieza despacio —dijo—. Greystone es tanto tuya como mía. Tómate tu tiempo. Yo estaré para ayudarte.

Un nudo pasó por la garganta de Cecily. —Gracias, Nathan. —Bajó la vista y entrelazó los dedos, vacilante—. Quizá usted merezca a alguien más preparado para estas cosas.

Él tomó sus manos y la incorporó con suavidad. —Nadie podría hacerlo mejor que usted —contestó quedo—. Usted es el corazón de Greystone ahora.

El aire entre ellos se llenó de calor. Sus palabras le hicieron latir el pecho con dulzura.

Cuando sus miradas se encontraron otra vez, algo no dicho pasó entre ambos: ternura, comprensión y la quieta certeza de pertenecer.

Nathaniel se inclinó y rozó su mejilla con la palma antes de posarle un beso en los labios, suave, sosegado y prometedor.

La puerta se abrió de golpe. —Su Gracia—

La señora Pembroke se quedó congelada en el umbral, los ojos abiertos de horror. —¡Es indecoroso! —exclamó—. ¡Tener tales muestras en el despacho de la Duquesa!

Cecily jadeó y quiso apartarse; la cara le ardía. Nathaniel se interpuso al instante entre ella y la mujer, colocándose como un escudo.

—¿Hay una norma —preguntó con calma cortante— que prohíba a un marido mostrar afecto a su esposa en su propia casa, señora Pembroke?

Ella titubeó. —N-no, Su Gracia, sólo que—

—Pues no veo inconveniente —prosiguió él, tan frío como preciso —. Mi esposa y yo nos comportaremos como deseemos, aquí o en cualquier parte de Greystone.

La señora Pembroke apretó los labios. —Como guste, Su Gracia.

—Bien —dijo él, volviéndose hacia Cecily con voz más suave—. Ahora, que la Duquesa descanse. Disponga que estos papeles estén resumidos para mañana.

—Sí, Su Gracia —murmuró ella, haciendo una reverencia rígida antes de retirarse.

Nathaniel se volvió hacia Cecily. —Venga, mi señora. Ha visto suficientes legajos por hoy.

Ella sonrió con socarronería. —Como usted mande, Su Gracia.

Salieron juntos y, cuando la puerta se cerró, Cecily se inclinó y susurró con picardía: —¿Está usted seguro de que es correcto

abandonar mi trabajo?

—Es perfectamente correcto —respondió con solemnidad fingida —. Usted es la Duquesa, al fin y al cabo.

Ella contuvo la risa. —¿Y adónde me llevará?

—A cumplir una promesa —dijo él con destello juguetón—. Le debo un recorrido por su propio castillo.

Pasearon lado a lado por corredores largos, la luz del sol entrando por los ventanales. El olor del mar se coló, mezclándose con el murmullo reverente de los criados que se inclinaban a su paso.

Al doblar una esquina casi tropezaron con un caballero alto, de porte oficial, miembro del consejo.

—Su Gracia —saludó a Nathaniel con una reverencia—, y ésta debe de ser la nueva Duquesa de Greystone. Su reputación de gracia no me defrauda.

Nathaniel sonrió. —Lord Harland, le presento a mi esposa, Cecily, Duquesa de Greystone.

Cecily hizo una reverencia, sonrojada ante la mirada amable del hombre.

—No es de extrañar que el consejo hallase a Su Gracia de tan buen humor esta mañana —añadió Lord Harland con un brillo en los ojos—. Parece que Greystone ha recuperado su luz.

Cecily dejó escapar una risa silenciosa. Nathaniel cubrió su mano con la suya con ternura.

—Soy yo quien está bendecido, mi lord —dijo con convicción—. Greystone y yo brillamos más desde su llegada.

Lord Harland sonrió. —Que vuestra casa no conozca otra sombra.

Cuando se alejó, Cecily volvió su rostro hacia Nathaniel con el corazón alborotado. Él la miró y dijo en voz baja: —¿Lo ve? Incluso el consejo lo nota.

Ella respondió con timidez: —¿Y qué es lo que notan?

—Que soy un hombre muy afortunado —contestó él.

El rubor volvió a teñir su faz; no pudo evitar la sonrisa radiante que se dibujó en sus labios.

Siguieron por el corredor tomados de la mano, la luz solar siguiéndoles como una bendición callada. Por primera vez, los salones de Greystone no resonaban con frío: resonaban con risas, cálidas, vivas y nuevas.

Thirty

Greystone y la promesa



Al salir del despacho, un susurro de criado los siguió por el corredor: El Duque sonríe.

Las palabras permanecieron en el pecho de Cecily como una tibia caricia. La mano de Nathaniel estaba firme en la suya, su contacto pequeño y privado, y sin embargo silenciaba algo dentro de ella que había temblado desde su primer día en Greystone.

—Ven, Cecily —dijo en voz baja, con un destello de picardía en el tono—. Quiero que veas más de Greystone.

Pasaron bajo una hilera de retratos de antepasados, los marcos dorados atrapando la pálida luz matinal. Un lienzo mostraba a un caballero de cabellos cobrizos junto a una mujer elegante y clara; entre ambos, un niño de pelo cobrizo y dos ojos verdes que reflejaban los del padre. La expresión del pequeño era curiosa y desafiante, mientras su mano sujetaba el vestido de su madre como si el mundo dependiera de ella.

Cecily se detuvo, la mirada tierna. —¿Ese es el Duque y la Duquesa antes que usted? —preguntó en voz baja.

La faz de Nathaniel se ablandó. —Mi padre y mi madre —respondió, con una leve sonrisa asomando—. Y ese niño mohíno en el centro soy yo.

La risa de Cecily rompió el silencio del pasillo. —Eras adorable —dijo, con afectuosa diversión—. Y muy parecido a su padre.

El gesto en el semblante de Nathaniel fue casi invisible; su sonrisa se apagó y la mirada se ensombreció apenas, como una nube que cruza el sol.

Cecily titubeó. —Me refiero a su rostro —añadió apresurada—. Su cabello, sus ojos… solo eso.

Él miró el retrato un instante más, un leve movimiento en la mandíbula.

—Sí —murmuró—. Solo eso.

El aire entre ambos se sintió más denso, frágil por lo no dicho. Sin vacilar, Cecily buscó su mano. —No te pareces a él, Nathan. Jamás traicionarías a una mujer como él traicionó a tu madre o a la mía.

Él tomó su mano y besó sus nudillos. —Nunca, Cecily. Te lo prometo.

Permanecieron un instante más bajo la mirada silenciosa de los antepasados pintados. Al volverse, un pequeño cuadro en una esquina de la galería llamó la atención de Cecily. A diferencia de los grandes retratos, éste estaba en una sencilla moldura de madera oscura; los colores, suavizados por el tiempo.

Mostraba el mar que abraza Greystone al atardecer: olas bajo un cielo violeta, y en la lejanía una torre solitaria recortada contra el horizonte. Las pinceladas eran desiguales, pero llenas de

sentimiento, melancólicas, casi dolorosas, y a la vez tocadas por una luz frágil.

Cecily se acercó. —Este es distinto —musitó—. Se siente… solitario. Pero hermoso. ¿Quién lo pintó?

Nathaniel vaciló. —Yo lo hice.

Ella se volvió, sorprendida. —¿Pinta usted?

Él encogió ligeramente los hombros, con humilde reserva. —Pinté, en otro tiempo. Tras el fuego, cuando no podía hacer mucho más: no cabalgar, no adiestrar, ni atender al consejo. Pinté lo que recordaba y lo que echaba de menos.

Los ojos de Cecily se ablandaron. —Y aún así tuviste que convertirte en Duque tan joven, después de todo eso.

—Sí —contestó—. No estaba preparado. Solo sabía que Greystone debía sobrevivir, aun cuando yo no supiera cómo.

Miró de nuevo el paisaje marino y luego a él. —Pero lo hiciste, Nathan. Resististe. Reconstruiste este lugar cuando el mundo se volvió contra ti. Greystone no sería lo que es sin ti.

Él esbozó una débil sonrisa, sus ojos deslizándose por su rostro. —Solo lo mantuve vivo, Cecily. Tú eres quien le da luz.

Las palabras le cortaron el aliento. Ella lo buscó y él la encontró a mitad de camino.

Sus labios se unieron, lentos y reverentes, en un beso que hablaba más de entendimiento que de pasión: una promesa susurrada bajo la mirada vigilante del pasado.

Al separarse, las mejillas de Cecily ardían. —Entonces muéstrame el resto de tu Greystone, mi señor.

Nathaniel sonrió, la voz baja y cálida. —Con placer, mi señora.

Abajo, el castillo se abría hacia el mar. Descendieron las anchas escalinatas de piedra hasta el patio, donde la sal se mezclaba con el perfume de las rosas trepando por los muros. El aire era vivo y brillante con el rumor de las olas.

—Nunca pensé que un castillo pudiera oler a mar —dijo Cecily, respirando hondo.

—Fue construido para mirarlo —respondió Nathaniel—. Mi padre decía que el océano recuerda al hombre que no posee nada, ni siquiera la tierra bajo sus pies; solo protege lo que yace en la orilla.

Cecily le miró, los ojos como luminarias. El mundo había llamado a aquel hombre monstruo; todo lo que ella veía era una fuerza dulcísima, alguien que convirtió el dolor en algo perdurable.

El repiqueteo del acero los llevó hasta la explanada de adiestramiento, donde los soldados practicaban bajo un sol mañanero. Al ver al Duque y a la Duquesa, se quedaron quietos y sonrieron, bajando las espadas en saludo.

—¿Qué os trae del interior, mi señor? —preguntó uno de ellos.

Nathaniel arqueó una ceja. —Retornad a vuestros ejercicios, o pensaré que deseáis enfrentarnos a mí.

Rieron. —Solo vinimos a ver a la nueva Duquesa —dijo otro—. No es de extrañar que Greystone brille más ahora.

Cecily sonrojó, apretando la mano de Nathaniel en su brazo.

—Ella es mía para admirar —declaró él con ligereza—. Mirad de lejos.

Más risas, cálidas y francas. Luego un hombre corpulento, con las sienes plateadas, se adelantó; la expresión de Nathaniel se suavizó.

—Sir Lionel Carrow —dijo—. Fue quien mandó la guardia de mi padre y quien salvó mi vida cuando creí perderla.

Cecily hizo una reverencia y extendió la mano. —Entonces le debo una deuda, Sir Carrow. Gracias a usted estoy aquí junto a Su Gracia.

El hombre se inclinó, el rostro curtido amable. —Greystone ha esperado por esto, Su Gracia. La casa necesitaba una luz.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Cecily antes de que pudiera detenerla. Nathaniel la limpió con el pulgar, suave. —Eres un prodigio para este lugar —susurró.

Salieron del patio por un sendero bordeado de rosas silvestres hasta una pequeña terraza de piedra que miraba al mar. Una mesa, vestida con lino blanco y pétalos esparcidos, les esperaba; el sol volvía el vino en oro líquido.

—Pensé que cenaríamos donde la vista dijera lo que mis palabras no pueden —dijo Nathaniel.

Cecily contempló el horizonte reluciente. —Es hermoso.

Él sonrió. —Solo refleja lo que tengo a mi lado.

Ella enrojeció. Comieron con sencillez, compartiendo risas entre momentos de silencio. Nathaniel habló de las canciones de su madre, de su amabilidad; Cecily habló de las librerías de Londres y del consuelo de las palabras. La conversación se tejió fácil entre la luz y la memoria.

Después, Nathaniel se levantó y miró hacia la orilla. —Dime, Cecily. ¿Sabes lanzar una piedra para que rebote?

—Solo en las novelas —respondió ella, riendo.

—Entonces deja que te enseñe.

La condujo hasta las rocas. Eligió dos piedras planas y lanzó la primera; ésta botó tres veces antes de hundirse. El primer intento de Cecily chapoteó al instante y ella rió al sentir el agua fría contra la piedra.

—Otra —pidió él. De pie detrás de ella, guió su mano; la siguiente piedra dibujó dos saltos antes de desaparecer.

Su alegría lo hizo sonreír como un muchacho. —Eres natural —murmuró.

Se quedaron allí hasta que el sol comenzó a bajar, el mar tiñéndose de rosa y plata.

Cecily se detuvo al pie de la escalinata estrecha en espiral que subía hacia la torre. —Me da miedo que no pueda con todos esos peldaños —confesó con un rubor que le subió hasta las orejas.

Nathaniel frunció el ceño con preocupación. —¿Se encuentra indispuesta?

Ella apartó la mirada. —No… solo que me siento un poco adolorida.

Él comprendió de inmediato; una sombra de culpa cruzó su rostro. —Ah. Entonces —dijo con suavidad—, si me lo permite…

Antes de que ella respondiera, la alzó en brazos con facilidad y comenzó a subir.

—¡Nathan! —exclamó Cecily, sorprendida—. ¡Bájeme!

Él rió, cálido y tranquilo. —Calma, señora. Llegará arriba con seguridad, se lo prometo.

Sus brazos la rodearon, medio en protesta y medio en costumbre. —Le dije que soy pesada.

Él la miró con una sonrisa. —Entonces ésta será mi penitencia por haberte causado dolor anoche.

El rubor de Cecily se intensificó como el crepúsculo. —No es penitencia —susurró—. Es un premio: por hacerme sentir… entera.

Los pasos de Nathaniel se ralentizaron; la expresión de su rostro se ablandó. Apoyó un suave beso en sus labios. —Entonces soy doblemente afortunado —musitó—; mi recompensa es llevarte hasta la torre.

La ascendió, el latido de su pecho acompasado al de ella; sus risas resonaron en la piedra antigua.

Al subir, el aire enfrió y el mundo se abrió ante ellos. El horizonte ardía en colores; el viento olía a sal y a tarde.

—Este lugar me sostuvo cuando no tenía a dónde ir —dijo Nathaniel en voz baja—. Ahora quiero que lo compartas conmigo.

Cecily rozó con la yema de los dedos la cicatriz a lo largo de su mandíbula; sus manos temblaron. —Has hecho de la soledad un refugio.

Él la miró con devoción. —Y tú lo has convertido en hogar.

Se besaron entonces, no por arrebatamiento sino por paz.

Al separarse, Cecily propuso: —Prometamos volver aquí siempre que el mundo pese demasiado, y ser un poco tontos juntos.

—Lo prometo —respondió él—. Y te enseñaré a tirar piedras hasta que me ganes.

Abajo, las gaviotas circundaban los acantilados, sus gritos eran risas en el viento. Al caer la tarde, Nathaniel le echó su capa sobre los hombros.

En la puerta del Gran Salón le tomó ambas manos. —Es nuestro ahora —dijo en voz baja.

Cecily apoyó el rostro en su manga. —Pues cuidémoslo así.

Greystone se alzaba vasto a su alrededor, sus piedras viejas bañadas por el resplandor del ocaso. Antes frío y silencioso, ahora respiraba calor, risas y un amor que había encontrado morada en sus paredes.

Y en lo alto de los acantilados, donde mar y cielo se rozan, Greystone mantenía su voto secreto: guardarlos, como ellos se guardaban el uno al otro.

Thirty One

La Duquesa Asciende



La luz de la mañana entraba con suavidad por los altos ventanales abovedados del comedor de Greystone, derramándose sobre la larga mesa de roble donde el plata brillaba y el vapor se alzaba de la tetera. El murmullo sosegado de los criados iba y venía, discreto y exacto, como el latido de una casa bien administrada.

Cecily entró con un leve rubor en las mejillas. Nathaniel ya estaba junto a la ventana, con un papel doblado en la mano. Al verla, su semblante se ablandó hasta que pareció iluminar toda la estancia.

—Llegas tarde —bromeó, acercándose—. Casi empiezo a pensar que te habías arrepentido de acompañarme.

Cecily rió entre dientes, negando con la cabeza. —Nos despedimos hace menos de una hora, Su Gracia. ¿De veras iba a extrañarme tanto en tan poco tiempo?

Los labios de Nathaniel se curvaron. —Una hora puede ser una eternidad cuando se pasa lejos de ti.

Ella bajó la vista, sonriendo sin poder ocultarlo. Alrededor, los criados intercambiaban miradas discretas, algunos sonriendo tras la mano mientras se ocupaban del pan y del té.

Se sentaron uno frente al otro. Nathaniel le sirvió el té él mismo, un gesto que arrancó miradas complacidas entre las doncellas. Cecily fingió no darse cuenta al elevar la taza.

—¿Tienes muchos asuntos hoy, Su Gracia? —preguntó.

—Algunos —respondió—. Reunión con el mayordomo sobre las tierras arrendadas al mediodía e inspección del fuerte costero antes del anochecer. El señor Thorne insiste en que mi presencia es esencial.

La miró pensativamente. —¿Y usted, mi Duquesa? ¿Qué grandes asuntos la aguardan hoy?

Cecily sonrió. —Lo de ayer, me temo: libros de cuentas, cartas y el inagotable consejo de la señora Pembroke sobre qué documentos harán colapsar la finca si no me ocupo de ellos de inmediato.

Nathaniel se reclinó, con una chispa de diversión en los ojos. —Entonces prométeme una cosa: cuando el reino esté a salvo de tinta y pergamino, vendrás a cenar conmigo bajo la luz de la luna esta noche.

Ella soltó una risita antes de poder evitarlo. —Lo pinta usted como una gesta caballeresca.

—Permítame ser la recompensa —dijo en voz baja, con un tono tan tierno que hizo titubear el pulso de Cecily.

Los criados volvieron la vista con discreción; las mejillas de Cecily se encendieron y escondió la sonrisa tras la taza.

Al terminar el desayuno, Nathaniel se levantó y dio la vuelta a la mesa para tomar su mano. —Permíteme acompañarte a tu despacho.

—No es necesario —respondió ella, divertida—. Solo retrasarías tu reunión.

Él tomó su mano de todos modos, la sonrisa profundizándose. —Entonces que aprendan a esperar. No pienso desperdiciar un momento que pueda pasar a tu lado.

—Eres imposible —dijo ella.

—Prefiero devoto —contestó él, con los ojos reluciendo de picardía.

Anduvieron juntos por el corredor; el sol, filtrado por los vitrales, los pintaba en tonos azules y dorados.

En la puerta de su estudio, Cecily se disponía a entrar cuando Nathaniel la atrajo al cuarto contiguo. Antes de que pudiera hablar, la cogió por la cintura y la besó.

El aliento se le cortó entre sorpresa y deleite.

—Nathan —susurró ella entre risas—. Me harás llegar tarde.

—Que lo sepa todo Greystone —murmuró él rozándole la oreja—, su Duque no puede soportar separarse de su esposa.

Ella posó la mano sobre su pecho. —Si me quedo, seré la primera duquesa que asista a asuntos de estado junto a su marido.

—Eso le agradará al Consejo —dijo él en tono bajo y juguetón.

Cuando ella señaló la puerta y susurró que haría entrar en pánico al señor Thorne, Nathaniel suspiró resignado.

—Muy bien —dijo, besándole una vez más—. Hasta esta noche, mi corazón.

Al salir, el señor Thorne les aguardaba en el pasillo: tieso, pálido y visiblemente horrorizado. La cara de Cecily se tornó escarlata. Nathaniel sólo inclinó la cabeza con compostura sin esfuerzo.

—Señor Thorne —dijo con calma—. ¿Nos acompañará?

—Mi señor —tartamudeó el ayudante, inclinándose tan bajo que casi se le caen las gafas.

Nathaniel miró a Cecily con un brillo de diversión en el ojo. —Hasta esta noche —susurró, y se fue con paso firme.

Cecily se quedó un momento, sonriendo para sí, con el sabor del beso todavía cálido en los labios.

Al entrar en su estudio, la sonrisa se le desvaneció. La señora Pembroke ya estaba allí, sentada derecha junto a la mesa de escribir, su expresión cortés pero fría.

—Buenos días, Su Gracia —dijo con voz perfectamente equilibrada—. Confío en que su mañana le haya permitido perder la noción del tiempo.

Las mejillas de Cecily ardieron. Un tenue rastro de la colonia de Nathaniel permanecía en su manga y ella presionó la mano a los labios con cierta timidez.

—Hubo una pequeña interrupción —respondió con ligereza, aunque su corazón le susurró que aquella había sido una interrupción deliciosa.

Las cejas de la señora Pembroke se alzaron apenas. —Naturalmente. —Avanzó un pequeño fajo de pergaminos—. Como Su Gracia ordenó, he resumido las cuentas de la finca para su más fácil revisión. Confío en que esto hará su trabajo menos… extenuante.

Cecily sonrió con serenidad. —Qué considerada usted, señora Pembroke. Disfrutaré cada página.

—Muy bien —dijo la mujer con sequedad—. Y hay otro asunto. —Alargó un sobre sellado con lacre rojo, estampado con el blasón de Ashford—. Una carta. De la duquesa viuda.

El corazón de Cecily dio un vuelco. La tomó con cuidado y rompió el sello. La caligrafía era elegante y familiar.

Mi querida Cecily,

Rezo para que esta carta la halle bien. Pienso a menudo en usted en Greystone y espero que haya encontrado comodidad entre sus muros. Fue hogar de silencio antaño, pero imagino ahora sus risas llenando los salones.

Mi salud todavía no me permite el regreso, aunque mis pensamientos están siempre con mi hijo y con usted, querida. Hay un asunto que debo confiarle: la recepción formal de su matrimonio, largamente postergada, debe celebrarse en Greystone. Presentará a la nueva duquesa ante sus pares y afirmará su lugar en el condado.

Perdone que no pueda acogerla personalmente; los preparativos se coordinarán desde Londres y todo lo que precise será enviado. Confío plenamente en que desempeñará este deber con gracia. Nathaniel y la casa la apoyarán en todo.

Con todo mi afecto,

Beatrice, duquesa viuda de Greystone.

Cecily bajó la carta, el pecho henchido por emociones encontradas. La confianza de la duquesa viuda era consuelo y carga a la vez: no se trataba de un simple encuentro cortesano, sino de la primera prueba seria de su papel como duquesa.

La voz de la señora Pembroke rompió el silencio. —Ah, ha llegado el momento —dijo con suavidad calculada—. Su primera presentación en sociedad. La juzgarán ese día.

Cecily dobló la carta con cuidado, los dedos apenas temblando. —No debo fallar.

—No debe —apuntó la mujer—. La gracia de una duquesa, o su falta, refleja la dignidad de su esposo.

Respiró hondo. —Entonces empezaré los preparativos de inmediato. ¿Por dónde empezamos?

La mujer inclinó la cabeza y una sombra de sonrisa cruzó sus labios. —Seguramente una duquesa ya sabrá estas cosas.

La réplica picó, pero Cecily no perdió la compostura. —Si ya lo supiera —contestó con dulzura—, no tendría necesidad de usted, señora Pembroke.

Un rubor subió a las sienes de la anciana. —Naturalmente —dijo con voz contenida—. Entonces permita que la asesore. La recepción debe precederse de un té formal para presentar a la señora entre las damas de categoría antes del gran acontecimiento. Invitaciones, menús, músicas, vestidos; cada detalle será observado.

Cecily asintió. —Empecemos por las invitaciones. Me gustaría que se enviaran antes de que termine la semana.

La señora Pembroke vaciló apenas y luego dijo: —Como usted ordene, Su Gracia.

Cuando la mujer se retiró, Cecily se sentó ante la mesa de escribir, la luz de la mañana cayendo sobre sus manos. Tomó la pluma y un resguardo de pergamino, trazando el borde antes de escribir.

Las palabras de la viuda resonaron en su mente: *Tengo toda confianza en que desempeñará este deber con gracia.*

Por primera vez desde su llegada a Greystone, Cecily no se sintió una invitada ni una esposa que sobrevivía las circunstancias: se sintió duquesa en verdad. El título dejó de ser prestado o impuesto.

Le pertenecía llevarlo.

Y esta vez no se contentaría con pertenecer.

Iba a gobernar.

Thirty Two

El eco del verano



La luz de la tarde se había vuelto un oro suave que entraba por los altos ventanales del estudio de la Duquesa. El leve roce de la pluma de Cecily llenaba el aire mientras se inclinaba sobre su escritorio, escribiendo las primeras líneas de las tarjetas de invitación. Cada nombre que trazaba, cada curva de tinta, parecía un hilo que la unía más firmemente a su nueva vida en Greystone.

Un toque suave en la puerta interrumpió su concentración.

—Adelante —llamó, levantando la vista.

Un joven lacayo entró y se inclinó profundamente. —Perdóneme, Su Gracia. Su Gracia el Duque solicita su presencia.

Cecily dejó la pluma a un lado. —¿Se trata de algo urgente?

El muchacho vaciló, con tono sincero. —No, Su Gracia. El Duque solo pidió que lo acompañara.

La mirada de Cecily se deslizó hacia la señora Pembroke, que fingía reorganizar unos papeles que no necesitaban orden alguno. Los labios de la mujer se tensaron apenas.

Cecily sonrió con serenidad. —Supongo que debo ir, entonces. Si no fuera por la insistencia de Su Gracia, me quedaría encantada trabajando.

—Continuaré los informes durante su ausencia —respondió la señora Pembroke, con voz cortante—. También elaboraré la lista de damas que deberán ser invitadas a su té de presentación.

—Excelente —dijo Cecily, poniéndose de pie con elegancia—. Déjela sobre mi escritorio por la mañana, por favor. La revisaré entonces.

—Como ordene, Su Gracia.

Afuera, el aire olía a sal y a viento veraniego. El lacayo la condujo por un corredor lateral hasta los establos. Para su sorpresa, un conjunto de montar la aguardaba cuidadosamente dispuesto: un hábito color crema ribeteado en azul marino, con una pequeña capa y un sombrero adornado con una pluma.

—¿Para mí? —preguntó en voz baja, mirando las prendas y luego al sirviente.

—Sí, Su Gracia. Su Gracia el Duque pidió que se vistiera con esto.

—Oh —murmuró, sintiendo un ligero temblor en el pecho—. Muy bien. Ayúdeme, por favor.

La tela le resultaba extraña sobre la piel, más ajustada y menos indulgente que sus vestidos habituales. Al abrochar el último botón y ponerse los guantes, soltó una risita. —Me siento como si actuara en una obra de teatro.

Cuando salió, el sol iluminó su rostro. Los campos se extendían ante ella en tonos de verde y oro, el mar brillando más allá de los

acantilados. Y allí, de pie junto a un caballo castaño, estaba Nathaniel.

Él se volvió enseguida. Durante un instante, simplemente la contempló, su expresión indescifrable. Luego una sonrisa lenta y maravillada se extendió por su rostro, como el sol abriéndose paso entre las nubes.

—Su Gracia —lo saludó Cecily, haciendo una pequeña reverencia a pesar de su atuendo.

La voz de Nathaniel se suavizó, cálida. —Estás deslumbrante, Cecily.

Sus mejillas se encendieron. —Nunca he vestido algo así. Temía parecer ridícula.

—Nada podría parecer ridículo en ti —susurró—. Haces que hasta el viento se detenga para mirarte.

Ella bajó la vista, jugueteando con los dedos enguantados. —¿Es su caballo, Su Gracia?

—Sí —respondió, con tono más tierno—. Se llama *Aegis*. Me acompaña desde que era niño.

Con cautela, Cecily extendió la mano para acariciar el cuello del animal, pero se detuvo a mitad de camino. Entonces la mano de Nathaniel cubrió la suya, firme y protectora, guiándola hasta que su palma tocó el liso pelaje del caballo.

—Es hermoso —susurró.

—Le agradas —dijo él—. ¿Montarías conmigo, Cecily?

—Yo… nunca he montado a caballo —admitió, apenas audible.

—Entonces déjame enseñarte —replicó, con voz tan suave como una promesa.

La ayudó a subir, sus manos firmes en su cintura. Cecily soltó una risa entrecortada al tambalearse, y sus brazos la rodearon justo a tiempo para sostenerla. Sus miradas se cruzaron, demasiado cerca, demasiado intensas; por un segundo, el mundo entero se detuvo.

—Es tan alto… —murmuró ella, aferrándose a la silla.

Nathaniel montó detrás de ella con un movimiento fluido, el cuero crujendo bajo su peso. Su brazo se deslizó alrededor de su cintura, su mano tomó las riendas. Su aliento le rozó el oído cuando susurró: —No dejaré que caigas. Confía en mí.

Ella asintió, el corazón desbocado.

Comenzaron despacio. Las pisadas de *Aegis* se hundían suaves en la hierba, el ritmo del paseo los mecía en perfecta armonía. El aire marino les acariciaba el rostro, trayendo el perfume de la sal y las flores silvestres. El cielo, inmenso, era de un azul sin fin.

Nathaniel habló en voz baja mientras cabalgaban, su voz grave resonando contra su espalda. Le contó sobre su infancia, sobre las mañanas corriendo por esos mismos campos, sobre las horas secretas en que dibujaba la costa, sobre las risas de su madre resonando en los pasillos de Greystone. Cada recuerdo era una ventana abierta al corazón del hombre que amaba.

Cecily escuchaba en silencio, conmovida. Había algo liberador en oírlo hablar con tanta franqueza: el hombre orgulloso y reservado mostrando no sus cicatrices, sino sus alegrías.

Al llegar al borde del bosque, Nathaniel detuvo al caballo y señaló hacia adelante. —Hay una pequeña cabaña entre esos árboles. Ven, quiero mostrártela.

El bosque estaba en calma, bañado en oro donde el sol se filtraba entre las hojas. Pronto apareció una casita de piedra cubierta de hiedra. Nathaniel desmontó primero y luego la ayudó a bajar, sus manos demorándose en su cintura más de lo necesario.

El interior era sencillo y silencioso. Polvo flotaba en la luz que entraba oblicua por la ventana.

—La mandé construir hace mucho —explicó Nathaniel con una sonrisa tenue—. Un refugio para cuando el clima empeoraba. Una vez me quedé dormido aquí, y toda la casa creyó que había desaparecido. No imaginas el pánico.

Cecily rió suavemente. —Sois un terrible bromista, Su Gracia.

Él dio un paso más, la sonrisa tornándose tierna, la mirada oscura de deseo contenido. —Y tú, mi dulce Cecily, eres la hechicera que logró domarme.

Antes de que pudiera responder, la tomó entre sus brazos y la besó con una pasión profunda, envolvente.

El mundo se redujo al calor de ese beso, al sonido de la respiración entrecortada, al roce urgente de los botones de su chaqueta de montar desabrochándose uno tras otro. Los dedos de Nathaniel trabajaban con determinación, el aire se llenó del sonido suave del tejido cediendo. Ella arqueó la espalda, un gemido escapando de sus labios.

Las capas de tela cayeron al suelo. La formalidad quedó atrás.

Él detuvo el beso y apoyó la frente en la suya, sus respiraciones mezclándose. —Dime que no te importa, mi ángel —susurró, ronco.

—No me importa nada —alcanzó a decir ella, temblando.

Con infinita delicadeza, Nathaniel deslizó los cierres ocultos de su falda. Cada gesto era una pregunta; cada respuesta, un consentimiento. La prenda cedió y el silencio se llenó de significado.

La alzó entre sus brazos y la llevó hasta el banco de madera. Allí la sentó sobre su regazo, prisionera amorosa de su abrazo. La besó otra vez, con devoción ardiente, mientras el último rayo de sol se apagaba tras los árboles.

El tiempo se desvaneció. Cecily yacía protegida entre sus brazos, envuelta en una calma que nunca había conocido.

—Te amo —susurró Nathaniel, la voz quebrada—. Siento que mi corazón estallará con el peso de ello.

Cecily sonrió entre lágrimas, acariciando su rostro. —Y yo te amo, Nathaniel Greystone. El hombre que me enseñó a sentirme completa y a amar sin temor.

Sus labios se unieron de nuevo, lentos, eternos, mientras la luz se fundía en oro rosado.

Cuando el crepúsculo tiñó el bosque, Nathaniel suspiró. —Debemos regresar, amor mío. Si tardamos más, enviarán un batallón a buscarnos.

Cecily rió, despreocupada. Se incorporó, observando la ropa desperdigada. —Oh, cielos. No sabré jamás cómo volver a ponerme todas estas capas de decencia. Tendrá que ayudarme, Su Gracia.

Nathaniel sonrió, cálido y sincero. —Por supuesto, amor mío. Te ayudaré. Quiero que regreses luciendo la duquesa perfecta… para que nadie sospeche lo traviesa que ha sido en esta cabaña.

La ayudó a abrochar cada botón, cada cinta, cada capa; un nuevo ritual íntimo, un secreto compartido.

Cuando cabalgaron de regreso a Greystone, el cielo era azul de anochecer y el mar destellaba bajo la luz moribunda. Sus risas se mezclaron con el murmullo de las olas. Por un instante, no existía más mundo que su alegría.

Pero al entrar en el patio, un lacayo corrió hacia ellos, pálido y agitado.

—Su Gracia —jadeó, inclinándose—. Perdonadme. Hay una visita esperándoos en el salón.

Nathaniel desmontó primero y ayudó a Cecily a bajar. —¿Una visita? ¿A esta hora?

El sirviente tragó saliva. —Sí, Su Gracia. Insiste en verlos a ambos.

Cecily frunció el ceño, apartando un mechón suelto. —¿Quién es?

El lacayo vaciló, su voz bajando hasta un murmullo. —La señorita Cordelia Ashbury, Su Gracia.

Las palabras cayeron entre ellos como piedra en un estanque.

Cecily se quedó inmóvil. El semblante de Nathaniel se endureció.

Y así, la serenidad de aquella tarde perfecta se quebró como cristal bajo una tormenta.

Thirty Three

Sombras en Greystone



El eco de las palabras del criado quedó suspendido en el aire, como un fantasma que se negaba a desvanecerse.

Cordelia Ashbury.

Por un instante, Cecily solo pudo quedarse inmóvil, con el corazón latiéndole con violencia y un frío repentino recorriéndole la espalda. El rostro de Nathaniel se endureció; su boca se tensó en una línea de desagrado contenido.

—Tráiganla al salón —ordenó con voz cortante—. La atenderemos allí.

Cecily lo siguió por el corredor, el polvo aún marcando sus guantes, el manto de montar agitándose con cada paso. Su mente era un torbellino de preguntas, ninguna con respuesta. ¿Qué hacía allí su orgullosa y altiva hermana, sin anuncio, sin invitación?

Cuando abrieron la puerta del salón, la escena que encontró casi no se correspondía con el recuerdo que tenía de Cordelia.

Sentada al borde de una silla de terciopelo, la joven tenía el vestido arrugado, los guantes manchados, el cabello —antes su

corona de gloria— cayendo en rizos desordenados sobre los hombros. Sus ojos, enrojecidos por el llanto, se alzaron al ver a Cecily.

—¡Cecily! —gritó, poniéndose en pie de un salto—. ¡Oh, Cecily, ayúdame, te lo ruego!

La voz cortó el aire con desesperación. Cecily dio un paso vacilante, el corazón encogiéndose al ver a la hermana que una vez había admirado.

Pero antes de poder responder, la puerta volvió a abrirse detrás de ella. Nathaniel entró.

El cambio en Cordelia fue inmediato. Su cuerpo se tensó, el temblor cesó, y su voz se hizo débil, casi temerosa.

—Su Gracia —susurró, haciendo una reverencia torpe.

El rostro del Duque permaneció sereno, aunque Cecily notó la leve contracción de su mandíbula.

—Señorita Ashbury —dijo con frialdad controlada—. ¿A qué debemos el honor? Tenía entendido que… se encontraba bajo atención médica en Yorkshire.

Los ojos de Cordelia vacilaron entre ambos. —Sí… Su Gracia —balbuceó—. Pero las circunstancias cambiaron. Hubo… dificultades. Solo deseaba hablar con mi hermana.

Nathaniel dirigió una mirada a Cecily, ofreciéndole silenciosamente la elección. Ella dudó un instante, luego asintió.

—Muy bien —dijo él suavemente—. Si mi esposa desea escucharla, así será.

Su tono se suavizó al volverse hacia ella. —Estaré cerca, por si me necesitas.

Cecily sonrió débilmente. —Gracias, Nathan.

Antes de salir, él rozó su mejilla con la mano en un gesto íntimo y protector. Tal vez fue ese toque —tierno y familiar— lo que encendió un destello de amargura en los ojos de Cordelia.

Cuando la puerta se cerró, Cordelia no perdió un segundo. Se abalanzó sobre Cecily, abrazándola con tal fuerza que casi la hizo tambalear.

—¡Oh, Cecily, por favor! —sollozó—. No tengo a dónde ir. Te lo ruego, déjame quedarme. No tengo un hogar al que regresar.

Cecily la sostuvo, confusa. —¿Qué quieres decir? ¿Por qué no puedes volver a Londres?

La voz de Cordelia tembló. —Mamá y papá me han echado. No quieren verme ni pronunciar mi nombre. Me han dado la espalda.

—¿Por qué? —preguntó Cecily, incrédula y dolida—. ¿Qué ha pasado?

Cordelia se apartó, una mano presionando su mejilla. —Solo… me fui por un tiempo —dijo débilmente—. No podía soportar la idea de casarme con el Duque… de casarme con él… después de lo que tú dijiste aquella noche.

Cecily se quedó helada. —¿Lo que *yo* dije?

Cordelia la miró, los ojos encendidos. —Dijiste que era un monstruo. Que su rostro estaba desfigurado, que era cruel, que papá me vendía a un hombre que me haría infeliz. Llenaste mi cabeza de horrores, Cecily. ¡Y por tu culpa huí! Por tu culpa, mi vida está arruinada.

Cecily sintió que el aire le faltaba. —Eso no es cierto. Jamás dije tales cosas. Solo intenté advertirte que mamá y papá planeaban

casarte con el Duque para saldar sus deudas. Quería que estuvieras preparada.

Las lágrimas de Cordelia brillaron, pero bajo ellas ardía la furia. —¿Esperas que te crea? Me guiaste con palabras dulces y venenosas, y ahora finges inocencia. Me volviste contra él para ocupar mi lugar. Lo deseabas para ti.

—¡No! —la voz de Cecily se quebró—. Solo dije que el Duque no era como los hombres que te cortejaban, nada más. Que no era uno de esos galanes de salón. Nunca hablé mal de él.

Cordelia dejó escapar una risa corta, amarga. —Y sin embargo me dejaste convencida de que iba a casarme con una bestia. Qué astucia la tuya, hermana: lo suficiente para asustarme, no lo bastante para hacerte culpable.

Cecily abrió la boca, pero las palabras murieron antes de salir. Recordaba perfectamente aquella noche: el orgullo de Cordelia, su ira, su negativa a escuchar. No, ella nunca dijo eso. Cordelia habría escuchado rumores —los crueles cuchicheos de la sociedad— y ahora los usaba como arma.

—Solo quise ayudarte… —empezó Cecily débilmente.

—Entonces demuéstralo —interrumpió Cordelia—. Déjame quedarme aquí, bajo tu techo, en tu precioso Greystone. Me lo debes todo. O… —una sonrisa delgada cruzó sus labios— ¿debo contarle a tu amado Duque lo que dijiste de él aquella noche? Que lo llamaste espantoso, que te horrorizaba su rostro.

Cecily se quedó inmóvil, el corazón helado.

La voz de su hermana se volvió suave, casi dulce. —Lo recuerdas, ¿verdad? Aún puedo oír tus palabras.

—Nunca dije eso —susurró Cecily—. Estás torciendo mis palabras.

Cordelia sonrió, con una lástima fingida. —Tal vez lo hayas olvidado. O tal vez tu conciencia prefiera recordarlo distinto. Pero si Su Gracia oyera que su virtuosa esposa habló de él con repulsión… me pregunto qué pensaría.

El corazón de Cecily latía con fuerza. Sabía que Cordelia mentía, pero la amenaza era real. Nathaniel había sufrido demasiado a causa de los rumores. No merecía más sombras.

—No le diré nada —continuó Cordelia suavemente— si me permites quedarme. No causaré molestias. Te ayudaré con tus reuniones, te asistiré. ¿Acaso pido tanto?

El silencio cayó entre ambas, denso y pesado. Cecily la observó: despeinada, aún hermosa, y venenosa en su aparente fragilidad.

Todo en su interior gritaba que dejarla quedarse sería un error. Pero echarla a la noche… era algo que su corazón no soportaba.

—Puedes quedarte —dijo al fin, con voz suave—. Pero solo por esta noche.

Los ojos de Cordelia se iluminaron, la victoria brillando entre lágrimas fingidas. —Oh, Cecily, gracias —exclamó, apretando sus manos—. Sabía que no me abandonarías.

Cecily sostuvo su mirada con calma. —Pero mañana hablaré con mi esposo. Él decidirá si puedes permanecer en Greystone.

Por un segundo, la sonrisa de Cordelia vaciló. Luego rió, un sonido agudo y vacío. —Sí, claro. Tu esposo. Muy bien. Por esta noche bastará con un techo y una cama.

Cecily asintió y tocó la campanilla. Una doncella apareció al instante.

—Prepara una habitación de invitados para la señorita Ashbury —ordenó Cecily—. Que enciendan el fuego y le lleven la cena.

—Sí, Su Gracia.

Cordelia observó a su hermana con una sonrisa delgada. —Qué considerada eres, Cecily. Casi podría creerse que naciste para esta vida.

Cecily no respondió. Se limitó a girarse y salir de la habitación, sintiendo el peso del cansancio en cada paso.

En el corredor, Nathaniel la esperaba. Su figura alta se recortaba contra la luz del crepúsculo; al verla, se irguió de inmediato.

—¿Qué ha ocurrido, Cecily? —preguntó con voz baja, llena de preocupación—. ¿Qué quería tu hermana?

Ella dudó, los dedos retorciendo el borde del guante. Por un instante deseó mentir, fingir que Cordelia había venido y se había marchado como un mal sueño. Pero la honestidad siempre había sido su naturaleza.

—Nathan —dijo suavemente—, Cordelia no tiene dónde ir. Me pidió quedarse aquí.

El gesto de él se oscureció, no de ira, sino de cautela. —¿Y qué le has dicho?

—Que puede quedarse esta noche —respondió con calma—. Pero después… le dije que consultaría con mi esposo.

Nathaniel la miró largo rato, el silencio cargado de pensamiento. Luego alzó la mano y le acarició la mejilla con el pulgar, un gesto de ternura y promesa.

—Muy bien —dijo finalmente—. Entonces decidiremos juntos lo que deba hacerse.

Cecily asintió, aunque la inquietud le oprimía el pecho. Por primera vez desde que llegara a Greystone, sintió que la paz de su nueva vida se resquebrajaba, frágil como porcelana marcada por una grieta invisible.

Y en algún lugar del pasillo, el eco de una risa suave —la risa de su hermana— serpenteó por la casa como una advertencia.

Thirty Four

Sombras sobre el mar



La noche había caído suavemente sobre Greystone, su vasto silencio roto solo por el susurro del mar más allá de los acantilados.

Cecily estaba de pie frente a la alta ventana de su alcoba, la mirada perdida en la extensión plateada del agua que brillaba bajo la luz de la luna. El reflejo danzaba en sus ojos, sereno pero inconstante, como sus propios pensamientos.

La puerta se abrió con suavidad, tan leve que apenas lo oyó. No se volvió hasta que unos brazos familiares rodearon su cintura, firmes y cálidos, y solo entonces se estremeció.

Una voz baja rozó su oído.

—¿En qué piensas, que no me has oído llamar, Cecily?

Ella cerró los ojos, conteniendo el aliento mientras el calor del cuerpo de Nathaniel se posaba contra su espalda. Su aroma, con un leve toque de cedro y sal, la envolvió como un refugio. Por un momento, se abandonó a él, deseando que aquel instante no se desvaneciera jamás.

No. No podía perder eso. Ni esa calidez, ni a ese hombre.

Se volvió lentamente entre sus brazos para mirarlo.

—Nathan —murmuró, apoyando los dedos sobre su pecho—. ¿Qué piensas de Cordelia?

—¿Cordelia? —repitió él, frunciendo el ceño—. No me agrada.

Cecily parpadeó, sorprendida.

—¿No te agrada?

Nathaniel negó despacio. Su voz era baja, pero firme.

—Porque desde que llegó, te has mostrado triste.

Cecily esbozó una sonrisa leve, aunque sus ojos brillaron de emoción. Alzó la mano y dejó que sus dedos recorrieran la cicatriz apenas visible en su mejilla.

—No me refería a eso. Quise decir… es hermosa, ¿no lo crees? Nunca la habías visto antes.

La expresión de Nathaniel se ensombreció ligeramente.

—No me importa —respondió simplemente. Levantó su barbilla, sus ojos fijos en los de ella—. No tengo ojos para nadie más que para ti. Eres la mujer más hermosa del mundo para mí.

El corazón de Cecily se hinchó de ternura, pero una punzada hueca permaneció bajo esa calidez.

—Si ella no hubiera huido —susurró—, te habrías casado con ella, no conmigo.

Nathaniel suspiró, profundo y cansado.

—Tal vez. No lo sé. En aquel entonces vine solo a exigir el pago de la deuda de tu padre. Quería comprobar si realmente pensaba ofrecer a su hija para saldarla. Vine como un hombre que busca justicia, no matrimonio.

Hizo una pausa; su voz se suavizó.

—Pero entonces apareciste tú.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Cecily.

—Entonces lo sabías —dijo con un hilo de voz—. ¿Sabías que me enviaron para pagar una deuda?

Nathaniel asintió lentamente.

—Hombres como tu padre son fáciles de leer, Cecily. Sí, lo supe.

Su voz tembló.

—¿Y te decepcionó? ¿Porque era yo, y no la mujer que te habían prometido?

—¿Decepcionado? —repitió, frunciendo ligeramente el entrecejo, como si la idea misma lo ofendiera—. No. No puedo explicarlo, Cecily. El instante en que entraste en la sala, todo pensamiento de deuda o deber desapareció. Estabas temblando, asustada, y aun así no pude apartar la vista. Solo quise protegerte.

Cecily llevó una mano a los labios.

—Perdóname, Nathan. Todo ocurrió tan deprisa. Cordelia huyó y…

—¿Así que huyó porque se negó a casarse conmigo? —interrumpió él bruscamente—. ¿No fue por enfermedad?

Cecily se quedó helada, consciente de su desliz. Su garganta se cerró. Inspiró despacio.

—Sí. Es la verdad. Huyó. Y me obligaron a ocupar su lugar. Estaba aterrada, Nathan. Todo sucedió tan rápido… ni siquiera comprendía a qué me enfrentaba.

Los ojos de Nathaniel se ablandaron, aunque la sombra en ellos persistía.

—Y debiste temer al monstruo del que te hablaron —dijo con voz queda.

Cecily bajó la mirada.

—Mentiría si dijera que no. Pero no fue por tus cicatrices, Nathan. Me asusté porque te vi aquella noche, en el baile. Golpeaste a un hombre. Parecías tan furioso…

Los labios de Nathaniel se entreabrieron, luego se curvaron en algo entre un suspiro y una sonrisa.

—Ah. Viste en lo que me convertí. Y sí, es cierto. Perdí el control. Pero solo porque esos hombres dijeron cosas viles sobre ti. No pude soportarlo, Cecily. Te insultaron, se burlaron de tu dulzura… y estallé.

Sus ojos se abrieron con asombro.

—¿Me viste? —susurró—. ¿Ya me conocías entonces?

—Por supuesto —murmuró él, enredando entre sus dedos un mechón de su cabello—. Una joven que permanecía sola mientras los demás bailaban… te vi mucho antes de que tú me vieras. Si hubiéramos coincidido de verdad aquella noche, te habría pedido bailar, y jamás habría dejado que otro se acercara a ti.

Las lágrimas brotaron sin contención. Cecily rodeó su cuello con los brazos, su voz temblorosa.

—Nathan, ¿crees en el destino? ¿Crees que estábamos destinados a encontrarnos?

Él acarició su cabeza, su voz un murmullo bajo entre su cabello.

—Lo creo. Después de todo lo que ha ocurrido, ¿cómo no creerlo? Esto, lo nuestro… no es coincidencia. Es el camino que debíamos recorrer juntos.

Por un momento, el silencio los envolvió, y Cecily apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el ritmo firme bajo su oído. Sin embargo, el peso en su corazón no se disipó.

—Tengo un mal presentimiento, Nathan —confesó en voz baja—. Tengo miedo. Miedo de que algún día me dejes. Que cuando tu primera elección vuelva a aparecer, yo desaparezca en la sombra. La olvidada.

Nathaniel levantó su rostro con suavidad, su ojo verde firme y lleno de convicción tranquila.

—Cecily —dijo con tono grave y seguro—, escúchame. No me importa quién se presente ante mí. Tú serás siempre la primera y la última. No hay elección que hacer, porque ya elegí. Solo te quiero a ti.

Eso bastó para quebrar su entereza. Las lágrimas rodaron por su rostro mientras se refugiaba en su pecho, sus sollozos ahogados por el latido constante de su corazón. Todos sus miedos, sus dudas, su culpa, se derramaron como lluvia contenida demasiado tiempo.

Nathaniel la sostuvo con ternura, besando la coronilla, acariciando su cabello con paciencia infinita.

—Te amo, Cecily —susurró—. Nada me apartará de ti. Me has devuelto la vida, y solo deseo hacerte feliz mientras respire.

Ella lo abrazó con fuerza, su llanto apagándose poco a poco, su respiración temblorosa pero más serena. Deseó que aquel instante pudiera durar para siempre, que el amanecer no llegara jamás, y que el amor que habían construido permaneciera intacto.

Afuera, el viento cambió sobre el mar, trayendo consigo un sonido tenue—suave, distante, incierto.

Podría haber sido la risa de las olas… o algo más.

Cecily alzó un poco la cabeza, el corazón apretándose sin saber por qué.

No supo si el sonido provenía de los acantilados o de su memoria, pero el escalofrío que sintió fue real.

Thirty Five

La Intrusa de Greystone



La luz de la mañana se filtraba suavemente a través de los altos ventanales arqueados del comedor de Greystone, reflejándose en la plata pulida y la porcelana reluciente. La brisa del mar traía consigo un tenue aroma a sal, mezclándose con el perfume cálido del pan recién horneado y el té humeante.

Cecily entró del brazo de Nathaniel, la risa aún temblando en sus labios por alguna broma privada compartida en el camino. Pero al cruzar el umbral, el aire cambió.

Porque allí, ya sentada a la mesa, estaba **Cordelia**.

Se levantó en cuanto los vio, su movimiento grácil, ensayado. La transformación era asombrosa: había desaparecido la mujer agotada y desaliñada del día anterior. Ante ellos se erguía la Cordelia de Londres una vez más —el cabello dispuesto en brillantes rizos, el vestido de muselina azul pálido impecable, una sonrisa comedida curvando sus labios.

—Buenos días, sus gracias —dijo con voz dulce, impregnada de encanto—. Espero que no les moleste que haya tenido la libertad de

unirme al desayuno. Los sirvientes insistieron en que descansara, pero después de una buena noche de sueño, me siento completamente renovada.

Cecily parpadeó, sorprendida pero cortés.

—Por supuesto —respondió con una pequeña sonrisa—. Eres nuestra invitada, al fin y al cabo.

Nathaniel se limitó a una breve inclinación de cabeza mientras guiaba a Cecily hasta su silla, al extremo de la mesa.

—Confío en que haya descansado bien, señorita Ashbury.

—Oh, maravillosamente —replicó Cordelia enseguida, con los ojos brillantes—. Las sábanas eran divinas. En verdad, Greystone es tan espléndido como murmura la sociedad. No puedo imaginar lo encantador que debe de ser vivir aquí de manera permanente.

Su mirada se posó fugazmente en Cecily mientras hablaba, con un destello indescifrable en la sonrisa.

Los sirvientes se movían en silencio, sirviendo té y disponiendo los platos con precisión ensayada. Cordelia retomó un tono ligero, demasiado ligero.

—Le contaba al mayordomo que Cecily solía detestar las mañanas —dijo entre risas—. Lloraba si tenía que levantarse antes de las diez. No puede imaginarse los problemas que tuvo mamá para sacarla de la cama.

Cecily se quedó inmóvil, los dedos apretando ligeramente la taza. Un leve rubor subió a sus mejillas.

—Era una niña, Cordelia.

—Por supuesto que lo eras —respondió dulcemente—. Pero algunos hábitos persisten, ¿no crees? Me atrevería a decir que Cecily

aún detesta madrugar.

El rostro de Nathaniel era impenetrable, aunque su mirada se posó en Cordelia, fría y medida.

—Mi esposa —dijo con calma— se levanta antes que nadie en esta casa. De hecho, suele comenzar su trabajo mucho antes que yo.

La sonrisa de Cordelia vaciló apenas un instante.

—Ah… entonces el matrimonio la ha cambiado —murmuró—. Qué admirable.

Tratando de recomponerse, inclinó el cuerpo hacia adelante, dirigiéndose de nuevo a Nathaniel.

—Su Gracia, si me permite, Greystone debe ser una carga inmensa de administrar. No puedo imaginar la responsabilidad. Le tengo la más profunda admiración por manejarlo todo con tanta facilidad.

Nathaniel asintió cortésmente.

—No es en absoluto fácil, se lo aseguro.

—Pero lo hace tan bien —insistió ella, suavizando el tono—. En Londres aún se habla de su heroísmo, sabe. Le llaman *el León del Norte*.

El corazón de Cecily se contrajo ante la deliberada adulación. Sus dedos se tensaron alrededor del asa de la taza, pero Nathaniel permaneció impasible.

—Me halaga, señorita Ashbury —dijo simplemente.

—Oh, pero solo digo la verdad —replicó ella con una risita—. Incluso de niñas, Cecily solía decir que deseaba ser valiente como los héroes de sus libros. Quizá al fin encontró uno.

La frase quedó suspendida en el aire, demasiado pulida para ser casual.

Cecily contuvo el aliento; el silencio se alargó un instante antes de que Nathaniel dejara la taza sobre el platillo con deliberada calma.

—Así es —dijo con tono uniforme—. Y yo, a mi vez, encontré a una mujer mucho más valiente de lo que jamás podría ser.

Cordelia parpadeó, momentáneamente enmudecida. La garganta de Cecily se cerró de emoción; bajó la vista, sintiendo el ardor tras los ojos.

El resto del desayuno transcurrió entre fragmentos de conversación tensos. Cordelia preguntó por el campo, los caballos, las rutas comerciales, todo con ese tono ligero que parecía rodear a Nathaniel como un perfume. Pero las respuestas de él se hicieron cada vez más breves, hasta reducirse a simples murmullos corteses.

Cuando la comida llegó a su fin, Cordelia se levantó, secando sus labios con la servilleta.

—Qué desayuno tan encantador —dijo con voz leve pero mirada aguda—. Casi se siente… como en familia otra vez.

Nathaniel también se incorporó, apartando la silla de Cecily con galantería antes de mirar a su cuñada.

—Greystone es generoso, señorita Ashbury —dijo con voz suave, aunque con un filo apenas perceptible—. Pero su hospitalidad existe solo por la voluntad de su dueña.

Las cejas de Cordelia se alzaron apenas.

—¿Qué quiere decir?

—Que está aquí gracias a la bondad de Cecily —continuó él con calma—. Porque ella decidió permitirle quedarse. Si algún día deseara lo contrario, usted no permanecería ni un día más.

Los labios de Cordelia se entreabrieron, pero no pronunció palabra. Por primera vez aquella mañana, su compostura vaciló, leve como una llama ante la corriente.

Luego sonrió de nuevo, grácil como siempre, aunque sus ojos brillaron con un destello helado.

—Por supuesto —murmuró—. Estoy profundamente agradecida a mi hermana por su generosidad.

Nathaniel asintió y se volvió hacia Cecily con una ternura que hizo tensar la sonrisa de Cordelia.

—¿Vamos, mi amor? Te acompañaré a tu estudio antes de partir.

—Sí, Nathan —respondió ella en un susurro.

Mientras salían juntos, Cecily miró hacia atrás. Cordelia permanecía en pie bajo la luz dorada de la mañana, su mano apretando la servilleta hasta rasgar levemente el encaje.

Su sonrisa seguía ahí, pero ya no alcanzaba sus ojos.

El corredor estaba en silencio, pero los pensamientos de Cecily no lo estaban. El eco de la voz de Cordelia permanecía como un perfume: dulce, sofocante, imposible de olvidar. Por primera vez, los pasillos de Greystone le parecieron fríos.

Al llegar al estudio, Nathaniel besó suavemente su mano.

—No dejes que te perturbe —dijo—. No tienes nada que demostrar aquí.

Cecily sonrió débilmente.

—Lo intentaré, Nathan.

Pero cuando él se marchó, el vacío del cuarto la envolvió como el silencio previo a la lluvia.

El suave rasgar de su pluma fue el único sonido que llenó el aire. El sol del mediodía se inclinaba sobre los ventanales, dorando el cuarto en tonos apagados. Frente a ella se extendían hojas de correspondencia: borradores de invitaciones para el próximo té, notas de pedidos y las listas que la señora Pembroke había preparado con meticulosa precisión.

Era un trabajo tranquilo, el tipo de calma en la que Cecily encontraba consuelo.

Hasta que la puerta se abrió de golpe.

—¡Oh, qué habitación tan encantadora! —exclamó una voz brillante y no invitada.

La mano de Cecily se estremeció; una línea de tinta se deslizó por la página. Se volvió bruscamente, y el corazón le dio un vuelco.

Cordelia estaba en el umbral, radiante una vez más con un vestido rosa pálido adornado con encaje marfil. Su cabello dorado relucía y sus mejillas tenían un brillo leve, como besadas por la luz matinal. Cada gesto suyo hablaba de elegancia y gracia sin esfuerzo.

La voz de la señora Pembroke cortó el aire como una hoja.

—Este es el estudio privado de Su Gracia. No puede entrar sin permiso.

Cordelia pestañeó, fingiendo inocencia.

—Oh, cielos, mil disculpas. Me he perdido, eso es todo. Este castillo es enorme, ¿verdad? Pensé encontrar a mi hermana y hacerle compañía.

Los labios finos de la señora Pembroke se apretaron en una línea severa. Cecily se levantó rápido, esforzándose por sonreír para disipar la tensión.

—Señora Pembroke, esta es mi hermana, la señorita Cordelia Ashbury. Se quedará con nosotros un tiempo.

—¿De veras? —respondió fríamente la mujer, haciendo una reverencia superficial que apenas rozaba la cortesía.

Cordelia pareció no notarlo. Sus ojos recorrieron el despacho, deteniéndose en los papeles y legajos abiertos.

—¿Estás preparando algo, Cecily? —preguntó, avanzando sin esperar respuesta—. ¡Oh, invitaciones! —exclamó, inclinándose sobre los sobres con curiosidad—. Qué encantador. ¿Vas a organizar una reunión?

—Sí, una merienda —respondió Cecily con cautela—. Para presentarme apropiadamente a las damas vecinas.

—¡Magnífico! —Cordelia juntó las manos—. Debes dejarme ayudarte. He organizado docenas de eventos en Londres: bailes, soirées en los jardines, musicales… La clave, ya ves, está en combinar las flores con el tono de la reunión. Hortensias para la elegancia, rosas para la admiración. ¡Ah, y nunca olvides las rodajas de limón en el té, hacen que la conversación fluya!

Cecily forzó una sonrisa.

—Es muy amable, Cordelia, pero no hace falta—

—¡Tonterías! —interrumpió entre risas—. Nunca has sido aficionada a las fiestas, querida. ¿Recuerda, señora Pembroke, cómo solía esconderse tras las estanterías cuando mamá organizaba

noches de cartas? La pobrecilla siempre prefería los libros a las personas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Cecily. Sus labios se entreabrieron, pero ninguna palabra salió.

La mirada de la señora Pembroke saltó entre ambas hermanas, con un brillo analítico y afilado.

—¿Ah, sí? —preguntó con fingida ligereza—. Entonces es una fortuna que la señorita Ashbury esté aquí. Una duquesa debe saber más que de cuentas y registros; debe dominar el lenguaje de la sociedad.

Cordelia sonrió con dulzura.

—Exactamente. Una anfitriona marca el tono de su casa. Supongo que siempre tuve ese don —dijo con modestia—. Papá solía decir que podía encantar una sala más rápido de lo que una vela podía encenderse.

—Sin duda —murmuró la señora Pembroke, con una suavidad que rozaba la aprobación.

El pecho de Cecily se tensó. Sus dedos se aferraron al borde del escritorio, ocultos bajo las faldas.

—Señora Pembroke —comenzó con calma forzada—, Cordelia es solo una invitada—

—Por supuesto —interrumpió la otra con fluidez—. Pero tal vez la señorita Ashbury podría asistirla en los preparativos de la merienda. Después de todo, parece tener amplia experiencia.

Los ojos de Cordelia brillaron.

—¡Encantada! —exclamó—. Me encanta ayudar. Será como en los viejos tiempos, ¿verdad, Cecily?

Viejos tiempos.

Las palabras dolieron más de lo que deberían. Viejos tiempos, cuando Cecily era solo la sombra en un rincón, sosteniendo el chal de su hermana mientras ella danzaba y brillaba bajo la luz de las velas.

Cecily sintió la garganta cerrarse, pero antes de responder, la señora Pembroke añadió con una sonrisa tan tenue que casi parecía amable:

—Quizá, Su Gracia, sería prudente dejar que su hermana le instruya en estos asuntos. La experiencia es, al fin y al cabo, la mejor maestra. Podría decirse que toda duquesa debería aprender primero de una dama que sabe cómo ser admirada.

Las palabras cayeron como una bofetada.

Cecily sintió el calor subirle al rostro, el corazón latiendo con violencia. No pudo responder; sabía que su voz la traicionaría.

Cordelia, satisfecha, soltó una risita modesta y se volvió hacia la señora Pembroke.

—Es usted muy amable, señora. Estaré a su disposición.

—Entonces está decidido —respondió la mujer con serenidad—. Comenzaremos mañana. Señorita Ashbury, traiga sus notas sobre combinaciones de colores y disposición de asientos.

—Con mucho gusto —respondió Cordelia, haciendo una elegante reverencia.

Y así, abandonó la habitación, sus faldas susurrando sobre el suelo, dejando tras de sí un leve aroma a agua de rosas… y el eco de su triunfo.

Cuando la puerta se cerró, Cecily permaneció inmóvil. Su pluma yacía olvidada sobre el escritorio; su respiración era desigual.

La señora Pembroke ajustó sus gafas y retomó sus notas, como si nada hubiera ocurrido.

—Creo, Su Gracia —dijo sin levantar la vista—, que la lección de hoy ha sido de lo más instructiva.

Cecily se dejó caer lentamente en la silla. Su visión se nubló, pero su voz, cuando habló, fue serena.

—Sí, señora Pembroke —murmuró—. En efecto, lo ha sido.

Thirty Six

La Noche de la Decisión



El día había transcurrido con un peso que Cecily no lograba nombrar.

Lo que debía haber sido una tarde cualquiera en Greystone se convirtió, en cambio, en un ejercicio de resistencia.

Cordelia se deslizaba por la casa como si fuera suya, ofreciendo sugerencias encantadoras al señor Alden sobre la cena, comentando la disposición de las flores y sonriendo a cada sirviente con la benevolencia de quien concede un favor.

—Quizá los lirios quedarían mejor junto a la ventana —dijo con ligereza aquella mañana, junto a una criada que luchaba con un jarrón—. La duquesa tiene debilidad por las rosas, ya lo sé, pero un toque de blanco hará que su salón parezca menos sombrío.

La criada inclinó la cabeza en una reverencia agradecida. —Sí, señorita Ashbury.

Cecily observó en silencio. Cada palabra era dulce; cada gesto, gracioso; pero bajo ese tono meloso, Cordelia estaba, silenciosamente, reordenando la casa a su favor. Incluso las maneras

con que las criadas reverenciaban parecían distintas ahora, como si el propio Greystone empezara a inclinarse ante otra mano.

Cuando la hora de la cena se acercó, a Cecily le costaba respirar sin sentir la presión de aquello.

En la mesa, Cordelia se dirigió a Nathaniel con cortesías sobre el tiempo, los caballos, algún cotilleo de Londres que recordaba. Nathaniel, cortés pero distante, respondía solo lo que la urbanidad exigía. Y Cecily sentía latir su pulso con cada palabra que salía de los labios de su hermana.

Quiso gritar: deja de fingir que te perteneces aquí.

Pero sonrió, y tragó el dolor con la cuchara.

Al terminar, Cordelia se excusó con una reverencia delicada y una leve mueca que nadie más pareció notar. El silencio que siguió fue asfixiante.

Más tarde, Cecily estaba ante su tocador; la luz del fuego acariciaba su vestido. Mary, detrás, peinaba su cabello con lentos y uniformes pases. Ese ritmo conocido —peinar, pausar, alisar, repetir — era una de las pocas cosas que aún la calmaban.

—Ha estado callada toda la noche, su gracia —dijo Mary con voz suave, vacilante—. Perdón por decirlo, pero sus ojos parecen turbados. ¿Ha pasado algo?

Cecily miró su reflejo. El rostro que la devolvía la mirada parecía pálido, como si la fatiga le hubiera añadido años. Titubeó, separó los labios y suspiró.

—Es Cordelia —murmuró.

Las manos de Mary se detuvieron. —¿La señorita Ashbury?

—Sí. Es amable con todos, habla con dulzura, pero todo lo que hace se siente como una espina bajo la seda. Los sirvientes la escuchan; incluso el señor Alden acepta sus consejos. Y la señora Pembroke… oh, la mira como si por fin hubiera encontrado a la duquesa que esperaba.

El ceño de Mary se frunció; aflojó las manos sobre el peine y continuó más suave. —Lo noto.

Cecily soltó una risa breve, agridulce. —Sé que suena infantil, Mary. No debería sentir celos. Y, sin embargo, no soporto que camine por esta casa como si le perteneciera más que a mí.

Mary dejó el peine y posó las manos sobre los hombros de Cecily. —Su gracia, ¿puedo hablar con franqueza?

Cecily asintió.

—Hay un cambio en el aire desde que llegó. Las criadas cuchichean demasiado; la cocina está inquieta. La he visto encantar hasta a los lacayos con una sonrisa. Le ruego perdone mi atrevimiento, pero esta casa se siente turbada. Y temo que ella haya venido a hacerla así.

Las manos de Cecily se cerraron en torno a las de Mary; el corazón le golpeaba con fuerza. —¿Tú también lo notas?

—Sí —respondió Mary en voz baja—. Y, si me apura, no creo que deba quedarse.

Cecily inhaló hondo, con un estremecimiento. El peso que llevaba se apretó más en las costillas. —No —susurró por fin—. No debería.

Se levantó y se acercó a la ventana. Más allá, el mar estaba negro bajo un cielo plateado; la luna vertía su luz sobre las olas inquietas.

—No ha traído más que discordia —dijo con voz sosegada—. Mañana se lo diré en persona. Es hora de que se marche de Greystone.

Mary inclinó la cabeza. —Cuenta con mi lealtad, su gracia.

Cecily le ofreció una sonrisa débil, agradecida. —Gracias, Mary. Significa más de lo que puedo decir.

Cuando Mary se retiró, Cecily permaneció junto al ventanal con los brazos cruzados, observando cómo el mar brillaba como vidrio bajo la luna. El viento golpeaba los cristales y apenas susurraba; pensó en lo tranquilo que había sido Greystone antes de la llegada de su hermana, en la paz de aquellas mañanas primeras. Había aprendido, siendo duquesa, que el silencio puede ser arma y herida.

Mañana, pensó. Mañana recuperaré mi casa.

Se ajustó la estola y bajó por el corredor sombrío hacia el despacho de Nathaniel. Necesitaba hablar primero con él; se merecía saberlo.

La puerta estaba entreabierta. La luz derramaba su brillo vacilante por el pasillo. Dentro, Nathaniel yacía encorvado sobre su escritorio, el rostro oculto entre las manos. Ante él, una carta abierta.

—¿Nathan? —su voz fue suave, incierta.

Levantó la cabeza lentamente. Al verla, sus ojos la dejaron helada: amplios, huecos y empapados en pena. Sus manos temblaban al aferrarse al borde de la mesa.

—Cecily —raspó—. Es mi madre.

Cecily dio un paso hacia él. —¿Tu madre? ¿Qué ha pasado?

Él la miró verdaderamente entonces; la angustia en su semblante la atravesó como un golpe. —El médico ha enviado aviso. Ha empeorado. Teme que no pase la noche.

Cecily se inmovilizó. El mundo pareció detenerse; solo se oía el crepitar del fuego y el leve susurro del papel al temblar la mano de Nathaniel.

—Oh, Nathan —murmuró.

Se puso en pie con brusquedad, apartando la silla con un chirrido. —No puedo perderla, Cecily. No sin verla. —Su voz se quebró—. Partimos esta misma noche.

—¿Esta noche?

—Sí. —Tomó las manos de ella, frías y temblorosas—. Empaca lo que necesites. Prepararé la carreta en una hora.

La garganta de Cecily se cerró. —Por supuesto. Iré contigo.

Nathaniel apoyó las manos en su pecho un instante, apretándolas con dolor. —Gracias —dijo entrecortado.

Ella asintió, sin poder hablar. Al volverse, la vista le cayó sobre la carta abierta en el escritorio: la tinta manchada, las palabras corridas por lo que solo podían ser lágrimas. Apartó la mirada con rapidez.

En menos de una hora, las grandes puertas de Greystone se abrieron a la noche fría. Faroles se balanceaban con el viento; la carreta esperaba. Nathaniel subió primero y tendió la mano a Cecily. Al girar las ruedas, ella volvió la cabeza hacia la oscura silueta del castillo, cuyas ventanas parpadeaban como estrellas distantes.

Por primera vez, Cecily se preguntó si las paredes que amaba ya no le pertenecían. Y, en una de esas ventanas, por un instante

apenas, creyó ver un destello dorado: el cabello de Cordelia atrapando la luz del fuego.

La carreta se alejó por la avenida; Greystone quedó en silencio una vez más.

Thirty Seven

La Última Luz de Greystone



El camino hacia Londres se extendía interminable bajo un cielo gris y taciturno.

El viento barría los páramos, golpeando los cristales de la carreta, trayendo consigo el olor a lluvia y tierra húmeda.

Nathaniel no pronunció palabra durante la mayor parte del trayecto. Sus ojos permanecían fijos en el paisaje difuso tras el vidrio, y su mano enguantada apretaba con fuerza la de Cecily. El ritmo de las ruedas sobre el empedrado latía entre ellos como un segundo corazón.

Cuando el amanecer despuntó, pálido y débil, su voz al fin se alzó, ronca, tensa:

—Ojalá hubiese escrito antes.

Cecily acarició suavemente sus nudillos con el pulgar.

—Ella sabe que la amas, Nathan. Siempre lo ha sabido.

Él no respondió, solo apretó más su mano, como si temiera que al soltarla, el mundo se deshiciera.

Llegaron a Londres al caer la tarde.

La residencia de los Greystone se erguía en un silencio solemne, con las ventanas entornadas y el blasón sobre la verja apenas visible bajo el cielo encapotado. Los criados los recibieron con rostros ansiosos. El médico se inclinó profundamente, su expresión grave.

En la cámara de la duquesa, el aire olía a lavanda y agua de rosas, perfumes pensados para consolar, pero que solo acentuaban la pena.

La Duquesa de Greystone yacía recostada entre almohadas, el rostro pálido, aunque sereno. Cuando abrió los ojos y vio a su hijo, una sonrisa temblorosa asomó en sus labios.

—Nathaniel.

Él cayó de rodillas junto al lecho, tomando su mano con dedos que temblaban.

—He venido tan pronto como he podido, madre.

—Lo sé —susurró ella, apenas un soplo—. Y has traído contigo tu corazón otra vez. Lo veo en tus ojos.

Cecily se mantuvo un poco detrás, sintiendo arder los suyos ante la ternura que unía a madre e hijo.

Aquella noche, Nathaniel se negó a dejar su lado. Permaneció allí cuando las velas se consumieron, las sombras trepando por las paredes. Cecily, dormitando en la silla junto al fuego, despertó solo cuando la tenue luz del amanecer se filtró por las cortinas.

Por la mañana lo encontró aún sentado junto a la cama, la espalda rígida, los ojos vacíos de sueño.

—No has dormido nada —dijo en voz baja.

—No podía —admitió él, la voz desgarrada—. Cada vez que su respiración vacilaba, creía que…

Cecily le tocó el brazo.

—Entonces duerme ahora. Por favor, Nathan. Déjame velar por ella un rato.

Él titubeó. —No puedo dejarla.

—No la dejas —susurró ella—. Me confías tu lugar.

Nathaniel la miró largo rato, y algo en su mirada firme y tierna quebró al fin su resistencia. Con un suspiro cansado, se levantó y dejó que lo guiara hasta el diván junto a la ventana.

—Despiértame si se mueve —murmuró.

—Lo prometo —dijo Cecily.

Él se durmió casi al instante, por fin con respiración profunda y tranquila. Cecily se volvió hacia la cama, ajustó las mantas de la duquesa y permaneció junto a ella, velando su sueño.

Cerca del mediodía, cuando la duquesa despertó, fue Cecily quien la ayudó a beber su medicina y a probar unas cucharadas de caldo.

—Tienes manos tan suaves —dijo la anciana con una débil sonrisa—. No me extraña que él te escuche.

Cecily sonrió con timidez.

—No estoy tan segura de eso.

—Oh, te escucha —murmuró la duquesa—. Solo finge lo contrario. Como cuando era niño.

Cecily soltó una risa suave. —¿De veras?

Los ojos de la mujer brillaron.

—Oh, sí. Una vez subió al balcón este para rescatar a un gatito y destrozó tres cortinas. Cuando lo reprendí, me dijo que practicaba para la guerra. Jamás vi a un futuro general retirarse tan sonrojado.

Cecily rió más alto esta vez, y el sonido la sorprendió a sí misma. Nathaniel, despertando lentamente, los observó entre risas.

—¿Qué complot traman contra mí? —preguntó, aún somnoliento.

—Solo recordamos los tuyos —bromeó Cecily.

Nathaniel rodó los ojos, pero sonrió, y la duquesa, viéndolo, sonrió también. Había en su voz algo nuevo, una ligereza que Cecily no había oído en mucho tiempo: el eco de una risa recobrada.

Durante los tres días siguientes, la casa respiró en un ritmo tierno y tranquilo.

Por las mañanas, Nathaniel traía flores frescas: jacintos silvestres, lilas, una vez incluso una rosa aún perlada de rocío. Cecily las colocaba junto a la ventana, donde el sol rozaba sus pétalos.

A veces él contaba historias de su niñez, versiones suavizadas de sus travesuras que hacían reír a su madre hasta las lágrimas. Cecily lo escuchaba en silencio, el corazón lleno de afecto por ambos.

Una tarde, cuando Nathaniel la molestó con suavidad —«Tienes la letra tan pulcra que parece temer ofender la tinta»—, la duquesa rió a carcajadas, y aquel sonido fue como el agua de primavera.

Esa noche, el médico dijo al salir:

—Lucha porque ha encontrado su paz.

Al cuarto día, Cecily despertó y lo halló junto al lecho, sonriendo débilmente mientras acomodaba las almohadas.

—Duerme tranquila —dijo—. Creo que hoy está mejor.

La duquesa abrió los ojos en ese instante y miró a ambos, su hijo y la joven sentada a su lado.

—Se ven tan jóvenes —murmuró—. Tan llenos de vida. Puedo descansar en paz sabiendo que él vuelve a sonreír.

Nathaniel le tomó la mano.

—No lo hacía desde hace mucho.

—Y ahora sí —respondió ella con ternura, mirando a Cecily—. Cuídense el uno al otro. Prométanmelo.

Las manos de ambos se entrelazaron. —Lo prometemos — susurraron al unísono.

Las lágrimas llenaron los ojos de la duquesa, pero su sonrisa fue radiante, serena.

Esa noche, cuando el viento rozó las cortinas, Nathaniel miraba las luces de la ciudad a través de la niebla. Cecily se acercó a él y apoyó una mano en su brazo.

—Permanecerá con nosotros un tiempo más —dijo en voz baja—. Puedo sentirlo.

Él asintió, con una ternura ensombrecida.

—Entonces hagamos que cada hora cuente.

Ella se apoyó en su hombro, y juntos contemplaron el amanecer una vez más, sin saber que, lejos de allí, en Greystone, las risas y los rumores resonaban ya en pasillos que habían olvidado a su verdadera dueña.

Las horas siguientes pasaron en un silencio frágil. Solo el tic-tac del reloj se atrevía a moverse. Cecily permaneció junto al lecho, humedeciendo un paño y colocándolo sobre la frente de la duquesa.

Cuando al fin la mujer se agitó, Cecily se inclinó, el corazón latiendo con fuerza.

—Su Gracia —susurró—. Soy yo, Cecily.

Los párpados de la anciana se abrieron con lentitud. Su mirada, tenue pero dulce, se posó en el rostro de Cecily.

—Ah… mi querida —murmuró—. Aún estás aquí.

—Sí —respondió Cecily—. Me quedaré mientras me necesite. No hable mucho, por favor. Debe conservar fuerzas.

Los labios de la duquesa se curvaron con debilidad.

—Mis fuerzas ya no disputan con el tiempo, querida. Pero estoy en paz, feliz de verte aquí, junto a mi hijo.

Has sido buena con él. No lo veía sonreír desde hace años, y ahora reconozco al niño que corría por estos pasillos con las rodillas raspadas. Me lo has devuelto.

Cecily tragó con dificultad. —Él la ama profundamente, Su Gracia. No se ha separado de usted ni un instante.

—Por eso puedo descansar —susurró la duquesa—. Le has dado paz, y por eso te lo agradezco.

Su mano, ligera como un ala, buscó la de Cecily.

—Cuida de él. Es fuerte, pero se rompe con facilidad. Y el mundo que ahora compartes con él puede ser cruel. No dejes que endurezca tu corazón.

Cecily le besó la mano, las lágrimas cayendo sin control.

—No nos dejará. Cuando se recupere, volveremos todos juntos a Greystone.

Una sonrisa apenas visible asomó en los labios de la anciana.

—Ah, Greystone… echo de menos el sonido del mar.

Su mirada vagó unos segundos, como si oyera ya las olas más allá de la ventana. Luego volvió a Cecily.

—He escrito a algunas viejas amigas, damas de los condados vecinos. Irán a ti, te guiarán, te enseñarán las costumbres del ducado. Prométeme que las recibirás.

—Lo prometo —susurró Cecily.

La duquesa cerró los ojos brevemente.

—Bien. Entonces puedo partir tranquila, sabiendo que mi hijo tiene una esposa mucho más digna de lo que jamás soñé. Eres todo lo que esperaba, Cecily Greystone.

Por primera vez, Cecily sintió aquel nombre caer sobre sus hombros no como un título, sino como un juramento.

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Ha sido más bondadosa conmigo que mi propia madre.

La duquesa sonrió, su voz un soplo entre encajes.

—Entonces seré ambas, madre y amiga.

Nathaniel entró entonces, silencioso como una sombra. La ternura en su rostro era casi insoportable. Se arrodilló junto a la cama y tomó ambas manos entre las suyas.

—Mi corazón —murmuró la duquesa mirándolos—, protéjanse mutuamente. Cecily, eres todo lo que quise para él. Le has devuelto la luz.

Nathaniel inclinó la frente para besarla. —Te amo, madre.

—Y yo, a ambos —susurró ella.

Esa noche, la casa cayó en un silencio absoluto. Nathaniel se quedó junto a su madre, con la cabeza inclinada en oración. Cecily aguardó fuera, las manos iluminadas por el titilar de la vela.

Cuando el amanecer llegó, la campana de la casa Greystone sonó quedamente. Una, dos, tres veces.

Cecily se levantó, el aliento contenido. Vio a Nathaniel en el umbral: pálido, con los ojos vacíos.

—Se ha ido —dijo, apenas audible.

Ella cruzó la estancia y lo abrazó. Él la estrechó con desesperación, como un náufrago que al fin alcanza la orilla. Sus lágrimas se deslizaron, silenciosas, sobre el hombro de Cecily.

Afuera, la primera luz del día se alzó sobre Londres —serena, indiferente, eterna.

Y más allá del murmullo de la ciudad, la marea ya estaba cambiando, arrastrándolos hacia una vida que aún no comprendían.

Aquel amanecer, bajo un cielo suave, el Duque y la Duquesa de Greystone lloraron el último calor de la mujer que les había enseñado lo que significaba amar.

Thirty Eight

Bajo la Lluvia de Londres



Las campanas de St. Haverley doblaron lentas y solemnes; sus ecos se extendieron por el gris del cielo londinense. Los dolientes se congregaron bajo el pálido dosel de la niebla matinal, sus atuendos negros ondeando apenas con el viento, como plumas caídas. El aire olía a lluvia y a lirios, puro y pesado de recuerdo.

Cecily permaneció junto a Nathaniel, las manos enguantadas apretadas delante de sí. Su brazo temblaba apoyado en el suyo, aunque su rostro permanecía tallado en piedra: inexpresivo e inflexible. Solo ella percibía la tensión en su respiración, el pequeño espasmo quebrado cada vez que se pronunciaba otra plegaria.

El féretro de la Duquesa de Greystone reposaba ante ellos, cubierto de rosas blancas, su flor preferida. La placa de latón brillaba débil bajo la luz trémula:

Lady Beatrice Greystone

Madre, esposa y amiga amada.

Ahora descansa, donde el dolor no alcanza.

Al concluir la ceremonia, Nathaniel avanzó y depositó una rosa blanca sobre la tapa. Su voz se quebró con suavidad: —Descansa, madre. Intentaré vivir como quisiste.

Cecily lo siguió y, arrodillada junto al ataúd, dejó caer las lágrimas libremente. —Fuiste la primera en llamarme hija —susurró —. Y recordaré tu bondad hasta mi último aliento.

Al salir de la capilla, comenzaron las primeras gotas de lluvia, finas como bruma sobre los ropajes de luto. Nathaniel rehusó el paraguas que le ofrecieron. —Déjala caer —murmuró—. Se siente apropiado.

Cecily guardó silencio y caminó a su lado; su corazón estaba pesado por el dolor y la gratitud a la vez. Mientras la lluvia se mezclaba con sus lágrimas, le pareció justo que el cielo también llorara a la mujer que había sostenido a aquella familia.

Por la tarde, el silencio del duelo se volvió silencio de las formas.

El recogimiento solemne de la residencia Greystone se vio interrumpido por la llegada de lord y lady Ashbury. Su carruaje se detuvo ante las rejas, y al verlos bajar, el corazón de Cecily se apretó entre el temor y el deber.

Su madre, ataviada con su mejor mortaja de seda negra, no mostró calor alguno; solo la compostura perfecta de quien sabe que hasta el dolor exige presencia. Su padre se inclinó con rigidez ante Nathaniel.

—Hemos querido presentar nuestras condolencias, su gracia —dijo lord Ashbury—. La duquesa fue una mujer de gracia y dignidad. Londres ha perdido a una de sus mejores damas.

Nathaniel inclinó la cabeza con cortesía contenida. —Gracias, mi lord.

Lady Ashbury juntó las manos enguantadas; su tono era pulcro como cristal pulido. —Una tragedia —murmuró—. Rezo para que hallen fuerzas en este tiempo difícil.

Nathaniel murmuró su gratitud, pero antes de que la conversación continuara, apareció el mayordomo en la puerta.

—Perdone, su gracia —dijo—. El capitán Hale solicita su presencia inmediata con respecto a las cuentas de la propiedad.

Nathaniel vaciló; su mirada se posó en Cecily como si buscara en su silencio algo que no acertaba a nombrar. Ella le dio un pequeño gesto tranquilizador.

—Ve —susurró—. Yo me encargo aquí.

Él rozó su mano antes de marcharse.

En cuanto sus pasos se apagaron por el corredor, la atmósfera cambió: la calidez se evaporó, dejando el filo frío de la familiaridad.

Los ojos de lady Ashbury recorrieron a Cecily con desaprobación contenida. —Pareces cansada, Cecily. Confío en que no descuides tu aspecto, incluso en el luto.

Cecily respiró con firmeza. —Mamá, por favor. No hoy.

La mirada de lord Ashbury barrió el salón, los espejos cubiertos, las velas apagadas. —Greystone es una casa distinguida —dijo con tono desapegado—. Has hecho bien por ti misma.

—Tuve suerte —respondió Cecily en voz baja—. Nathaniel ha sido muy amable.

Hubo una pausa tensa, un silencio que se estiró entre ellos. Cecily juntó valor; su voz tembló apenas. —Debo decirles algo.

Cordelia está en Greystone.

Las palabras cayeron en el aire como piedra en agua quieta.

Los ojos de lady Ashbury se abrieron. —¿Cordelia?

La expresión de lord Ashbury se endureció al instante. —¿Qué tontería es esa? —replicó.

—Llegó sin avisar —continuó Cecily, con la voz firme aunque las manos le temblaran—. Dijo que no tenía otro lugar adonde ir. Me rogó que la dejara quedarse.

Los labios de su madre se fruncieron, no en compasión sino en incredulidad cortante. —¿Y aceptaste?

—Solo por una noche —respondió ella con rapidez—. Parecía desesperada—

—¿Desesperada? —la voz de lord Ashbury atravesó la quietud como un latigazo—. ¿Tienes idea de lo que ha hecho, Cecily? ¿Comprendes la deshonra que trajo a esta casa?

El corazón de Cecily se hundió. —Solo he oído rumores… Por favor, díganme.

Lady Ashbury cruzó una mirada tensa con su esposo y entonces exhaló con furia contenida. —Huyó con Edmund Blythe, el tercer hijo de un barón sin fortuna. Media Londres lo sabe ya. Tu hermana, la debutante más codiciada de la Temporada, desapareció con un don nadie. ¿Entiendes lo que eso significa para nosotros?

Cecily se llevó una mano temblorosa al pecho. —¿De veras lo hizo…?

—¡Nos ha arruinado! —explotó lord Ashbury—. Invitaciones retiradas, alianzas que se enfrían. No puedo presentarme en los clubes sin oír su nombre susurrado como escándalo. ¿Y ahora me

dices que la duquesa la cobija bajo tu techo? ¿La mujer que ridiculizó tu matrimonio?

—Yo no lo sabía —susurró Cecily—. Solo dijo que no tenía donde ir.

Los ojos de lady Ashbury brillaron con precisión cortante. —Deberías haberla echado en el acto. Hizo su propia cama al huir con ese hombre; que se acueste en ella.

—Todavía es tu hija, mamá.

—Ya no —replicó lord Ashbury con voz cortante—. Dejó de ser una Ashbury el día en que eligió la deshonra sobre el deber. Si tienes juicio, la mandarás lejos ahora mismo. No permitas que su nombre se mencione otra vez en esta casa.

La respiración de Cecily se quebró. —¿Y si me niego?

—Entonces la ruina que traiga —dijo lady Ashbury con frialdad— caerá sobre ti, no sobre nosotros.

El silencio que siguió fue ensordecedor; el tic tenue del reloj de la repisa marcó el vacío.

Cecily sintió el ardor de la vergüenza treparle a los ojos, pero contuvo las lágrimas ante ellos. —Comprendo —murmuró.

Su madre se alisó los guantes con precisión glacial y se puso en pie. —Bien. No tenemos nada más que decir.

Al marcharse, la puerta se cerró tras ellos con un clic seco, definitivo, como si se cerrara un capítulo.

Cecily quedó sentada, las manos entrelazadas en el regazo. Tras el cristal, la lluvia persistía, lenta y constante, dejando finas cintas de agua sobre el vidrio.

Por primera vez entendió lo que la duquesa quiso decir al advertirle que el mundo podía ser cruel. La crueldad, pensó, olía a perfume de su madre.

Su corazón dolió por la hermana que no podía ni defender por completo ni perdonar plenamente.

Y sin embargo, en lo profundo, una idea pequeña y trémula comenzó a despertar: se preguntó qué clase de mujer habría llegado a ser Cordelia en los meses de ausencia, y si la hermana que conocía se habría perdido para siempre.

Thirty Nine

El regreso silencioso



El viaje de regreso a Greystone transcurrió en silencio.

El camino serpenteaba entre campos tocados por el oro tenue del principio del otoño, pero ni Nathaniel ni Cecily parecían notar la belleza más allá de la ventanilla del carruaje. El aire dentro estaba inmóvil, pesado con los restos del duelo. Nathaniel se sentaba frente a ella, la cabeza apoyada contra el cojín de terciopelo, los ojos cerrados aunque el sueño nunca llegaba.

Cecily lo observaba en silencio, con el corazón dolido. Las sombras bajo sus ojos se habían ahondado desde la muerte de la duquesa; incluso su porte —antes firme, casi altivo— se inclinaba ahora apenas, como si el peso de la pérdida descansara sobre sus hombros.

Varias veces extendió la mano, deseando tomar la suya, pero se contuvo. No había pronunciado más de unas pocas palabras desde que partieron de Londres, y temía que romper aquel frágil silencio fuera como quebrar un cristal demasiado fino.

Los días se confundieron entre sí: posadas al anochecer, caminos envueltos en niebla, el golpeteo de los cascos sobre la tierra húmeda. Incluso los criados hablaban en susurros, como si la pena hubiera echado raíces en todos ellos.

Cuando los acantilados de Greystone surgieron por fin ante el horizonte —oscuros contra la luz plateada del atardecer— Cecily exhaló un aliento que no sabía que había contenido. La silueta del castillo se alzaba ante ellos no como un hogar, sino como una pregunta esperando respuesta.

Hogar, pensó.

Y, sin embargo, al ver las torres recortarse contra el cielo, algo en su pecho se contrajo. Las luces en las ventanas superiores brillaban débilmente, pero el patio parecía extrañamente inmóvil. El aire se sentía distinto, más frío, aunque la tarde era templada.

El carruaje se detuvo ante las grandes puertas. Algunos sirvientes salieron con linternas, inclinándose ante el duque y la duquesa.

—Bienvenidos a casa, sus gracias —dijo el señor Alden con voz suave. Su semblante, siempre tan sereno, mostraba un leve destello de inquietud que Cecily no logró descifrar.

—Gracias —respondió Nathaniel, la voz baja, tensa—. Podéis descansar. El viaje ha sido largo.

Entraron en el gran vestíbulo. El aroma familiar de Greystone —sal marina, piedra y cera— los envolvió, pero algo estaba cambiado. El arreglo de flores sobre la mesa del recibidor era distinto. El aire, más cálido, perfumado. Como si alguien hubiese vivido allí en su ausencia y hecho del castillo su propio dominio.

Cecily alzó la vista hacia la escalera principal, medio esperando ver una sombra moverse, pero no había nada. Tal vez era solo su imaginación. O el cansancio.

Nathaniel se detuvo al pie de los escalones, frotándose el puente de la nariz.

—No quiero ir a nuestras habitaciones esta noche —dijo en voz baja—. Aún no.

Cecily dudó. —¿Dónde prefieres…?

Él levantó la mirada; sus ojos estaban distantes, agotados.

—A la habitación de mi madre.

El aliento de Cecily se detuvo. —Nathan…

—Lo sé —susurró—. Pero necesito estar allí. Solo esta noche.

Cecily asintió despacio. —Entonces me quedaré contigo.

Subieron juntos por el corredor silencioso, el eco de sus pasos resonando sobre la piedra. Al abrir la puerta, el leve perfume de lavanda los envolvió, igual que en Londres. Todo permanecía intacto, sin tocar, desde la última vez que la duquesa había estado allí.

Nathaniel cruzó el umbral con lentitud, rozando con los dedos el bordado del cobertor.

—Siempre decía que esta cámara tenía la mejor luz de la mañana —murmuró—. Solía sentarme junto a esa ventana cuando era niño, y ella me leía…

Su voz se quebró. Cecily se acercó y posó una mano suave sobre su brazo.

—Ella sigue aquí, Nathan. En cada rincón de esta casa.

Él la miró entonces, los ojos brillando.

—No se siente como un hogar sin ella.

—Lo será —respondió Cecily con ternura—. Algún día.

Él la atrajo hacia sí, y por un instante el silencio se volvió refugio. El duelo lo había vuelto mudo, pero en ese mutismo ella escuchó todo lo que no podía decir. Afuera, el mar murmuraba contra los acantilados, lento, eterno, indiferente al dolor humano.

Más tarde, cuando Nathaniel se durmió en el sillón junto a la cama vacía, Cecily se quedó en la ventana, contemplando las olas. La luz de la luna se reflejaba sobre el agua, dibujando sombras plateadas sobre los senderos del jardín.

A lo lejos, creyó distinguir un leve movimiento cerca de las caballerizas: una figura esbelta que avanzaba con un farol, grácil, inconfundiblemente femenina. Un débil aroma a agua de rosas flotó por la ventana abierta, familiar, inquietante. Pero al parpadear, la figura ya no estaba.

Quizás no era nada. Quizás solo el viento del mar.

Aun así, la inquietud persistió, un susurro invisible entre las sombras. Algo había cambiado en Greystone.

Y muy pronto, Cecily descubriría cuánto.

La mañana siguiente amaneció pálida y gris. Una neblina fina envolvía los acantilados, cubriendo Greystone con un velo de silencio. Cecily se levantó temprano, aunque el sueño solo la había visitado en fragmentos. La habitación contigua estaba vacía; Nathaniel se había marchado antes del alba a caminar por la costa, como solía hacer cuando el peso de sus pensamientos se volvía insoportable.

Cecily se vistió en silencio y bajó. El castillo se sentía… diferente. Los sirvientes se movían en voz baja, evitando su mirada. Cuando

los saludó, respondieron con reverencias apresuradas, los ojos esquivos. Incluso el aire parecía más denso, como si la casa contuviera el aliento.

Al entrar en el comedor, la larga mesa de roble ya estaba dispuesta, la plata reluciendo, el vapor de las teteras elevándose suavemente. Sonrió con un esfuerzo, intentando disipar la sensación de inquietud. Quizá la servidumbre aún estaba afectada por el luto.

Entonces la puerta se abrió.

—Su Gracia.

La voz, ligera y demasiado familiar, atravesó la quietud.

Cecily se quedó helada.

Cordelia entró como si aquel lugar le perteneciera, vestida impecablemente con seda gris perla, el cabello cayendo en una brillante cascada sobre un hombro. Pocos días atrás había llegado deshecha, temblorosa. Ahora estaba radiante, aunque la fragilidad que mostraba parecía ensayada, casi calculada.

Tras ella, dos lacayos portaban una bandeja con bollos y nata. El delicado aroma de agua de rosas flotaba en el aire, dulce y sofocante. Cordelia sonrió —una sonrisa medida, encantadora— y habló con alegre ligereza:

—Oí que el duque había regresado, así que pedí a la cocina que preparara algo especial. Espero que no te importe, querida hermana.

Antes de que Cecily respondiera, la puerta volvió a abrirse.

Nathaniel entró. Sus pasos se detuvieron al verla.

Cordelia bajó la mirada con fingida modestia, su voz temblando apenas.

—Su Gracia, me ha conmovido profundamente la noticia de la fallecida duquesa. Era una mujer extraordinaria. Solo puedo imaginar su dolor.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Nathaniel. Cecily lo notó, percibió el esfuerzo que hacía por mantener la compostura.

—Gracias, señorita Ashbury —respondió con frialdad contenida.

—Pensé que quizá un desayuno adecuado podría traerles algo de consuelo —continuó ella con suavidad—. Me tomé la libertad de organizarlo.

Cecily sintió cómo el estómago se le contraía. ¿Organizarlo? La desfachatez de presentarse así, comportándose como si fuera la dueña de la casa.

Los sirvientes, alineados junto a la pared, intercambiaban miradas. Cecily captó el murmullo tras las manos enguantadas: *la señorita Ashbury esto, la invitada del duque aquello.*

Su pulso se aceleró con una mezcla de ira y alarma.

—Cordelia —dijo con firmeza, poniéndose de pie—, has cruzado un límite. Este no es tu lugar.

Cordelia alzó las cejas con fingida sorpresa. —Pero, querida Cecily, solo quería ayudar. Todos parecían tan abatidos y…

—Basta —la interrumpió Cecily, la voz más dura de lo que pretendía. Tomó aire y lo intentó de nuevo, más suave—. Por favor, déjanos. Mi esposo y yo deseamos desayunar a solas.

Por un instante, los ojos de Cordelia destellaron, un reflejo de orgullo herido, antes de bajar las pestañas.

—Por supuesto —susurró—. Perdóname si he sido inoportuna.

Hizo una reverencia perfecta y se volvió para salir. Pero antes de cruzar la puerta, se detuvo junto a Nathaniel, llevando una mano a su pecho.

—Mis condolencias de nuevo, su gracia —murmuró con dulzura artificial—. Si hay algo que pueda hacer por usted… lo que sea…

Nathaniel alzó la mirada, fría, implacable.

—Nada puede hacer, señorita Ashbury —respondió con voz de pedernal—. Salvo una cosa.

Cordelia parpadeó. —¿Y cuál es?

—Recordar —dijo él despacio— que está aquí solo porque mi esposa lo permite.

El silencio se derramó sobre la estancia. La sonrisa de Cordelia vaciló apenas, antes de inclinar la cabeza.

—Por supuesto, su gracia.

Giró y se marchó, su falda rozando el mármol con un leve susurro, como seda sobre piedra. La puerta se cerró con un clic suave.

Durante un largo momento, nadie habló. Solo se oía el tenue tintinear de la vajilla y el susurro de los sirvientes retirándose.

Finalmente, Cecily exhaló, la voz casi inaudible.

—Algo está mal, Nathan. Todos… están distintos. Me miran de otra manera, murmuran…

Nathaniel extendió la mano y tomó la suya, temblorosa.

—Ignóralos —dijo con calma cansada—. No saben nada. Y yo… no tengo fuerzas para sus habladurías.

—Lo sé —susurró ella, apretando su mano—. Hablaremos luego. Por ahora, solo descansa.

Él asintió, aunque su expresión seguía distante, atormentada.

Cecily lo observó con ternura y culpa. Aún se ahogaba en el duelo; no podía cargarlo con su inquietud.

Pero al volver la vista hacia el espejo alto, su reflejo pálido se encontró con algo detrás: un destello fugaz, un movimiento en el pasillo.

Un parpadeo de seda plateada desapareciendo tras la esquina.

Y una risa leve. Femenina. Cruel.

El rugido del mar más allá de los acantilados se alzó débilmente, pero no lo suficiente para ahogar aquel sonido.

Forty

La carta y la mentira



El día comenzó como cualquier otro: tranquilo, ordenado, con una calma engañosa.

El mar brillaba más allá de los ventanales y la brisa veraniega movía las cortinas. Y, sin embargo, bajo aquel ritmo apacible, Cecily percibía una inquietud en el aire, como si el propio Greystone contuviera la respiración.

Empezó con miradas.

Miradas demasiado largas de las criadas, reverencias apresuradas que llegaban tarde.

Cuando ella entraba en una sala, las conversaciones se marchitaban en silencio.

Cuando hablaba, la gente la escuchaba, pero sin calidez.

Al principio intentó ignorarlo. Quizá la casa seguía turbada tras su regreso de Londres. Pero luego llegaron los susurros.

—¿Has oído? La esposa del duque nunca fue la destinada…

Cecily se detuvo en el giro del corredor. Dos criadas estaban junto a la escalera, voces apagadas pero urgentes.

—Dicen que la señorita Ashbury era la pareja legítima —susurró una—. Pero se puso enferma y su hermana la sustituyó.

El pulso de Cecily atronó en sus oídos. Por un instante el mundo se redujo a ese único respiro entre las palabras.

Había pensado que el duelo sería su mayor prueba. Se había equivocado.

Sus pasos se aceleraron; las criadas se sobresaltaron al verla, los rostros palidecieron.

—Sigan —dijo Cecily con suavidad. Su voz era serena, demasiado serena—. Me encantaría escuchar lo que se dice en mi propia casa.

—P-perdone, Su Gracia —balbuceó una—. Solo fue un rumor; la señorita Ashbury no dijo nada—

—¿Y cómo lo supieron? —insistió Cecily.

Silencio.

Una mirada cómplice entre ellas, culpable y temerosa. Después ambas hicieron una reverencia y huyeron.

El eco de sus pasos quedó como una punzada. Cecily permaneció sola en el largo corredor, su reflejo fragmentado en los altos espejos que adornaban la pared.

Su hogar, la casa de su marido, ya no le pertenecía.

A la tarde decidió buscar la verdad por sí misma.

Halló a la señora Pembroke en el salón, en compañía de Cordelia.

La risa de esta flotaba como perfume, ligera y dulce, mientras la señora Pembroke se inclinaba, totalmente cautivada. Era el tipo de risa dirigida a agradar a una audiencia, no a compartir un gozo auténtico.

Sobre la mesa reposaban libros de cuentas y un jarrón a medio llenar con rosas recién cortadas.

«…y en verdad —decía Cordelia—, solo quería ayudar; la pobre Cecily parecía tan cansada antes de su viaje. Hay que mantener Greystone vivo, ¿no es así, señora Pembroke?»

«Oh, desde luego, señorita Ashbury», respondió la mujer mayor con una sonrisa. «Es una bendición tener a alguien tan capaz entre estos muros.»

La voz de Cecily cortó el aire como un filo. —¿Capaz de qué, señora Pembroke?

La estancia quedó en silencio.

Cordelia se volvió; su sonrisa flaqueó medio segundo antes de recomponerse. —¡Cecily! ¡Nos ha sorprendido! Solo hablábamos de —

—Me imagino —dijo Cecily con frialdad—. Parece que hay mucho de qué hablar estos días.

La señora Pembroke se incorporó, alisándose la falda, un rubor leve coloreando sus mejillas. —Su Gracia, la señorita Ashbury solo ofrecía su ayuda con los preparativos de la casa. Nada más.

—Ya veo —respondió Cecily, aunque su tono delataba que veía mucho más—. Tal vez la próxima vez buscarán mi consentimiento antes de permitir que invitados dirijan a mi personal.

La señora Pembroke se puso rígida. —Sí, Su Gracia.

Cordelia sonrió con aparente inocencia herida. —Solo quería aligerar tus cargas, hermana. El castillo se sentía tan vacío sin ti. Pensé que podría ser de ayuda.

—Qué generosa —replicó Cecily—. Debo recordarte, sin embargo, que Greystone tiene ya una señora.

Cordelia bajó la mirada. —Por supuesto.

Mas cuando Cecily se volvió para marcharse, advirtió, en el rincón de los labios de su hermana, la sombra de una mueca: pequeña, fugaz, venenosa.

Llegó a la mañana siguiente.

Cecily estaba en su escritorio cuando el señor Alden entró, inclinando levemente la cabeza. «Una carta para usted, Su Gracia. Entregada en mano por lady Harrow.»

El pulso de Cecily se serenó al tomar el sobre. Lady Harrow, una de las conocidas de la duquesa en las propiedades vecinas; la caligrafía elegante y familiar.

Abrió la carta con una sonrisa tenue… y se paralizó.

Mi querida Duquesa,

Permítame ofrecerle primero mis más profundas condolencias por el fallecimiento de la duquesa viuda. Tal pérdida pesa hondamente y ruego que encuentre consuelo en la devoción de los que le son más queridos.

Qué lástima no haberlas recibido en la encantadora reunión celebrada en Greystone en su honor. La tarde fue muy agradable y su hospitalidad fue alabada por todos. Los jardines estaban exquisitos y los arreglos de un gusto impecable.

Si su salud lo permite, me complacería que me honrara con su presencia para té en mi residencia mañana por la tarde. Algunas de sus amistades de la semana pasada asistirán; con suerte, la compañía amable le ofrecerá un breve alivio.

Con afecto,

Lady Harrow

La habitación pareció inclinarse.

Cecily miró la página, sin poder respirar. El papel olía a bergamota y agua de rosas; la fragancia de la cortesía que enmascaraba la traición.

Sus dedos temblaron, dejando leves pliegues sobre la hoja, como si el mismo papel pudiese experimentar su humillación. Se levantó, lenta y deliberadamente, y salió del cuarto.

Halló a la señora Pembroke en el salón de la mañana, ordenando la ropa con la ama de llaves. Al verla entrar, el color huyó de su rostro.

—Su Gracia?

Cecily le entregó la carta. —Explique esto.

Las manos de la señora Pembroke temblaron al desplegarla. —Ah. Sí. La reunión de té. Pensé decírselo—

—¿Pensó decírmelo? —la voz de Cecily fue baja, contenida—. Mientras yo estaba en Londres, de luto por la madre de mi esposo, ¿pensó decirme que se celebró una merienda, mi merienda, en mi ausencia?

La mujer tragó saliva. —Las invitaciones ya habían salido, Su Gracia. Las invitadas habían venido esperando—

—Así que permitió que continuara —la interrumpió Cecily, con voz helada—. Sin la Duquesa de Greystone presente.

La señora Pembroke titubeó. —No teníamos elección. Las damas ya estaban aquí: lady Harrow, lady Wyndham, lady Harland, Mrs.

Wycliffe… no se podía despedir a gente sin escándalo. Tuvimos la fortuna de que la señorita Ashbury accediera a ejercer de anfitriona.

—¿Fortuna? —repitió Cecily, la voz quebrándose—. ¿Fortuna que una invitada, mi propia hermana, actuara como anfitriona en mi lugar?

—Lo hizo con admirable destreza, Su Gracia —ofreció débilmente la señora Pembroke—. Todos la encontraron encantadora. Dijeron—

—Me importa un bledo lo que dijeran —replicó Cecily, perdiendo el control—. Usted me dijo que la merienda sería mi presentación formal ante las damas del condado, mi momento para presentarme como su duquesa. Y usted lo entregó a ella.

El silencio que siguió fue asfixiante.

La señora Pembroke abrió la boca como para justificarse, pero Cecily alzó una mano temblorosa. «Basta. Márchese.»

—Su Gracia—

—Dije que se marche.

La mujer titubeó solo un instante antes de inclinarse rígidamente. «Como desee.»

Cuando cerró la puerta tras ella, un clic final resonó en la estancia.

Cecily quedó sola a la luz de la mañana, el corazón latiéndole con tal fuerza que apenas oía el oleaje más allá del ventanal. Volvió la carta y leyó otra vez la caligrafía de Lady Harrow:

La tarde fue encantadora, y su hospitalidad fue alabada por todos.

Sus manos temblaron. Una oleada de furia y humillación la atravesó.

Los susurros tenían razón desde el principio. La desbancaban, no por decreto, sino por encanto. Por la suave y calculada perfidia de una mujer que sabía exactamente dónde golpear.

Y por primera vez desde que llegó a Greystone, Cecily temió de verdad que pudiera perderlo todo, no por fuerza, sino por robo silencioso y perfecto.

Allí afuera, el mar mantenía su ritmo: paciente y eterno, como esperando para reclamar aquello que el orgullo no quería soltar.

Forty One

Bajo las sombras del mar



La noche había caído sobre Greystone, pesada e inmóvil.

El mar más allá de los acantilados era una extensión negra y agitada, su rugido bajo resonando entre las ventanas abiertas. Cecily estaba sentada en el borde de la cama, aún vestida, los ojos enrojecidos y vacíos. La carta de lady Harrow yacía arrugada en el suelo, muda testigo de su humillación.

La puerta se abrió con suavidad.

—¿Cecily?

La voz de Nathaniel, grave y tensa, rompió el silencio.

Ella alzó la cabeza lentamente. Él estaba en el umbral, el cabello despeinado, la corbata deshecha. Al verla, con el rostro surcado por lágrimas, se detuvo en seco.

—¿Por qué lloras? —preguntó en voz baja, cruzando la habitación en dos zancadas—. ¿Qué ha pasado?

Por un momento, ella no pudo hablar. Las palabras se le atascaron en la garganta como cristales rotos. Por fin murmuró:

—Tuvieron la merienda, Nathan. Sin mí.

Él frunció el ceño. —¿Qué?

La voz de Cecily se quebró. —La reunión que debía ser mi presentación como duquesa… La hicieron mientras estábamos fuera. Cordelia fue la anfitriona. Recibió a las damas, sirvió el té, aceptó los halagos que eran para mí.

Los ojos de Nathaniel se oscurecieron. —¿Quién lo permitió?

—La señora Pembroke —sollozó Cecily—. Dijo que no tuvieron elección, que las invitadas ya habían llegado y que Cordelia "lo manejó con elegancia".

Soltó una risa breve, rota. —Tan bien, que ahora todos la llaman la duquesa.

Nathaniel apretó la mandíbula. Se volvió bruscamente hacia la ventana, incapaz de permanecer quieto. Su voz, cuando habló, era baja y cargada de furia contenida.

—Así que esto ha hecho. Aprovechar nuestra ausencia, tu dolor… y robar la poca paz que nos quedaba.

Cecily se enjugó las lágrimas. —Quizá no lo hizo con intención—

—No la defiendas —la interrumpió Nathaniel con un destello de ira.

Cecily se estremeció. Su tono no era cruel, pero estaba afilado por la impotencia.

Él lo notó y enseguida suavizó la voz, pasándose una mano por el rostro.

—Perdóname. No es contigo con quien estoy enfadado, sino con todo lo que ocurre en esta casa.

Se volvió hacia ella, la mirada ardiente y dolida.

—Desde que llegó, Cordelia no ha hecho más que perturbarte. Los sirvientes murmuran su nombre, la casa se inclina a su paso, y tú, mi esposa, lloras en tu propia habitación por su culpa. No lo toleraré.

—Nathan… —su voz temblaba—. Si la echas, ¿a dónde irá? No tiene a nadie.

—Eso —dijo él con firmeza— no es asunto tuyo.

—Pero es mi hermana—

—Lo fue mucho antes de convertirse en tu verdugo —la cortó, la voz tensa—. Y eligió este camino por sí misma. No confundas la crueldad con la desgracia.

Cecily negó, las lágrimas empañándole la vista.

—No sé qué hacer. Todos dicen que ella debía ser la duquesa, que yo—

—Basta —su voz la interrumpió como un golpe seco. Dio un paso hacia ella, los ojos encendidos—. No los escuches. Soy yo quien decide quién es la Duquesa de Greystone, no un enjambre de chismosas ni una mujer celosa de lo que despreciaba.

Tomó su rostro entre las manos; su toque era tierno, aunque en su mirada ardía el fuego de la defensa.

—Eres mi esposa, Cecily. Mi duquesa. Nadie más.

El labio inferior de ella tembló. —Hablas como si yo tuviera fuerza para luchar contra todos, pero no la tengo. Estoy tan cansada, Nathan. Intento ser todo lo que esperan, y aun así… —Su voz se quebró—. Aun así me miran como si no perteneciera aquí.

Había creído que el amor sería su armadura, pero solo la dejaba desnuda.

La furia de Nathaniel se desmoronó. Verla así, pequeña y temblorosa, aferrando sus manos, le rompió algo por dentro. Se arrodilló ante ella, apoyando la frente en su regazo.

—Perdóname —susurró, ronco—. Debería haberte protegido mejor. He permitido que esa mujer envenene esta casa, y está destruyendo la paz que construimos.

Cecily acarició su cabello, sus lágrimas cayendo sobre el suyo. —Solo quería que fuéramos felices, Nathan. No quiero que esto nos destruya.

Él alzó la cabeza; en su mirada había dolor, pero también resolución. —No lo hará. Te lo juro.

Se incorporó y la estrechó con fuerza, tan cerca que casi no podía respirar.

—Mañana acabaré con esto. No me importa si lo apruebas o no, Cordelia se irá de Greystone al amanecer. No permitiré que destruya lo que hemos construido.

Había en su voz una nota de destino, el tono de las decisiones que no admiten retorno.

—Nathan… —susurró ella, con las manos temblorosas sobre su pecho—. Por favor, no la odies.

—No la odio —respondió él en voz baja—. Pero no dejaré que se quede y corrompa lo que nos queda. Tu hermana es veneno, Cecily. Y el veneno debe purgarse antes de que mate.

Las lágrimas volvieron, suaves y silenciosas. Ella escondió el rostro en su hombro. —Tengo miedo, Nathan. Miedo de perderte.

Él besó su cabello, la respiración descompasada.

—Nunca me perderás. ¿Me oyes? Eres todo lo que quiero. Todo lo que nunca creí poder tener.

Sus palabras temblaban contra su piel. Cecily lo abrazó más fuerte, como si el mundo se deshiciera si lo soltaba.

Afuera, más allá de las murallas de Greystone, el mar rompía contra los acantilados, incansable, perpetuo, llevando sus votos en la oscuridad.

El sueño llegó al fin, no con paz, sino con agotamiento.

El golpe en la puerta los despertó antes del amanecer.

Era un sonido áspero, insistente, que desgarró el silencio de la cámara. Cecily se incorporó sobresaltada; a su lado, Nathaniel se movió, el brazo aún pesado sobre su cintura.

El golpeteo volvió, más fuerte.

Nathaniel se levantó, despeinado. —¿Quién se atreve…?

Abrió la puerta, habló brevemente con el guardia del otro lado, y regresó con el rostro grave.

Cecily se sentó, aferrando las sábanas. —¿Qué ocurre, Nathan?

—Hay un incendio —dijo—. En los astilleros, cerca de los acantilados del oeste. Me necesitan allí.

—¿Un incendio? —jadeó ella—. Oh… por favor, ten cuidado.

Él sonrió débilmente, inclinándose para besarle la frente. —Por supuesto, mi amor. Solo iré a inspeccionar el daño, no a luchar una guerra.

Aun así, ella le tomó la muñeca, los ojos brillando. —No sé por qué, pero me inquieta dejarte ir.

Él le apartó un mechón de la cara, con ternura. —Entonces guarda esa preocupación hasta que regrese; así me traerá de vuelta

antes.

Cecily lo abrazó sin poder evitarlo, con una desesperación trémula. Su calor, su olor a cedro y sal, todo se grabó en ella como un recuerdo.

Cuando por fin se separó, su mano se demoró en la mejilla de ella. —Duerme, Cecily. La mañana será más amable.

Pero cuando llegó la mañana, Nathaniel no había vuelto.

El mar, oscuro y agitado, guardaba su propio consejo, como si también esperara un amanecer que no llegaría.

Forty Two

La mañana antes de la tormenta



La mañana llegó densa de calor y silencio. El mar yacía inmóvil más allá de los acantilados, su calma engañosa, como un aliento contenido antes de la tormenta. Dentro de Greystone, los corredores parecían escuchar. Incluso los criados se movían con suavidad, como si algún temor tácito se hubiera posado sobre la casa. Cecily lo sintió también: el peso callado de aguardar noticias que podrían quebrarle el corazón.

—¿Su Gracia? —la voz suave de Mary interrumpió su mutismo.

Cecily estaba sentada ante su tocador; la bandeja del desayuno permanecía intacta y enfriándose a su lado. No había probado bocado; el nudo en su estómago no se lo permitía.

—Su Alteza no ha vuelto todavía —dijo Mary en voz baja—. Los hombres de la puerta comentaron que el incendio fue más grave de lo esperado, pero no hubo pérdida de vidas.

Cecily asintió débilmente. —Entonces confiemos en que estará de regreso esta tarde.

Mary vaciló. —¿Descansará, Su Gracia?

—No —respondió Cecily, poniéndose en pie—. No hoy.

Se dirigió al ropero con las manos apenas temblorosas y escogió un vestido de seda azul suave, aquel que Nathaniel había dicho le recordaba al mar junto a los acantilados de Greystone.

—Si el duque libra sus batallas con fuego y humo —murmuró—, yo las libraré con encaje y té.

Mary parpadeó. —¿Su Gracia?

Cecily esbozó una pequeña sonrisa. —Tráeme el sombrero. Voy a casa de Lady Harrow. Tengo una merienda a la que asistir.

Porque si tenía que recuperar lo que era suyo, lo haría en el único campo de batalla permitido a las mujeres: el salón de té.

El carruaje se detuvo ante el gran invernadero de la finca de Lady Harrow. Las paredes de cristal brillaban bajo la luz matinal y el murmullo de la risa femenina flotaba por los arcos abiertos como música. Lady Harrow misma recibió a Cecily en los escalones, con el semblante iluminado por una cortesía sorprendida.

—¡Su Gracia! Qué inesperado placer. Me temía no verla tan pronto tras su pérdida.

Cecily hizo una reverencia ligera. —El duelo no convierte a nadie en reclusa, lady Harrow.

—Muy cierto —dijo Lady Harrow, tomándola del brazo—. Admiro su fortaleza. Nos honró recibir la invitación la semana pasada, aunque entendimos que no podía asistir. Su hermana nos recibió con suma gracia en su lugar.

Cecily se detuvo un instante. —¿Mi hermana?

—La señorita Ashbury, sí —respondió Lady Harrow con calidez—. Una joven de tan dulce naturaleza. Habló de usted con tanta ternura

que conmovió a todas las presentes.

«¿De veras?», respondió Cecily con voz queda y medida, apretando el abanico hasta que sus nudillos palidecieron.

Entraron en el invernadero, el aire denso de rosas y azahar. Una docena de damas se sentaban entre jarrones de cristal y porcelana fina; sus conversaciones cesaron al anunciar la llegada de Cecily. Todas las cabezas se volvieron; por un instante, el silencio se extendió como bruma.

Entonces la voz sedosa de Lady Wyndham se elevó sobre la quietud, apenas amable. —Su Gracia, qué agradable verla. Justo hablábamos de su encantadora hermana.

La palabra «encantadora» golpeó como un chicotazo. Cecily devolvió la sonrisa con compostura. —¿Hablaban, en verdad?

—Oh, sí —dijo Lady Wyndham, removiendo su té—. Contó una historia tan conmovedora: que una vez estuvo prometida al duque, pero enfermó y, con sacrificio, permitió que su querida hermana tomara su lugar. Tal nobleza, tal renuncia. Nos conmovió profundamente.

El aire se detuvo. Todo el mundo miró a Cecily, la curiosidad pulida como un cristal. Por un latido, el ruido del mar llenó su mente. Luego, con calma, elevó la barbilla.

—Entonces habló falsamente —dijo Cecily. Su voz fue clara, fría y precisa como el cristal.

Un suspiro colectivo se dejó oír. Lady Wyndham alzó las cejas. —¿Falsamente?

Cecily dejó la taza sobre el platillo sin vacilar. —El duque no se casó conmigo por lástima ni por obligación. Se casó porque me

eligió. Sea lo que fuera que dijera mi hermana, perdió su lugar en cuanto huyó.

La sonrisa de Lady Wyndham se tensó. —Y dígame, Su Gracia, ¿qué hace a alguien digno de ser duquesa? ¿Solo el amor?

Cecily la miró sin inmutarse. —Tal vez el amor sea la medida más verdadera de todas. Puede convertir a los indignos en dignos, y a los olvidados en inolvidables.

Algunas damas murmuraron; Lady Harrow, junto a ellas, alzó la copa. —Por el amor —dijo.

Las palabras corrieron por la sala, respondidas en suave eco: —Por el amor.

Cecily sonrió por primera vez en semanas; su corazón latía con fuerza hasta sentirlo en la garganta. Se había mantenido firme, y el silencio que siguió no fue de lástima sino de respeto.

Al concluir la reunión, Lady Harrow le ofreció la mano con calidez. —Ha sido magnífica, Su Gracia. La difunta duquesa habría estado orgullosa. Usted conserva su porte.

Cecily inclinó la cabeza con gratitud. —Demasiado amable. Organizaré la próxima reunión en Greystone, cuando el luto lo permita.

—Vendremos —prometió Lady Harrow.

Al regresar al carruaje, la cúpula de cristal brilló con la luz; por primera vez en semanas, Cecily se sintió más ligera. El viento del mar tenía sabor de victoria. Y sin embargo, al mirar el horizonte, nubes oscuras se acumulaban más allá de los acantilados. El aire había enfriado; Greystone parecía saber que ella volvía al lugar en ruina.

Mary la esperaba en el vestíbulo cuando entró. —¿Cómo fue la merienda, Su Gracia?

—Bien —respondió Cecily, quitándose los guantes—. ¿Qué hora es? ¿Ha vuelto el duque?

—Al pasar por el reloj eran las veinte y dos —replicó Mary con esperanza—. Y sí, Su Gracia, Su Alteza ha regresado. Está en su estudio.

El alivio le llenó el pecho. —Gracias a Dios. Debo decirle todo.

En ese momento apareció la señora Pembroke, con legajos sobre los brazos. —Si me permite, Su Gracia, un breve informe antes de verle… Hay asuntos que requieren su atención.

—Venga conmigo —dijo Cecily con paso decidido, ya encaminándose hacia el ala oeste—. Lo hablaremos en el trayecto.

Al doblar la esquina se detuvieron. Un sonido les llegó primero: voces alzadas, furiosas, que rebotaban por el corredor como trueno sobre la piedra. Cecily se quedó inmóvil; los pasos de la señora Pembroke vacilaron a su lado.

Instantes después, la puerta del estudio del duque se abrió de golpe. Cordelia tropezó hacia el vestíbulo. Su vestido estaba alborotado, el cabello suelto, las mejillas encendidas como tras el llanto o el triunfo. Una mano temblorosa se llevó a los labios; al cruzar la mirada con Cecily, una chispa de satisfacción asomó antes de que la ocultara con fingida aflicción.

—Oh —respiró Cordelia, la voz rota, perfecta—. Ya has vuelto, hermana. Espero que hayas disfrutado tu pequeña merienda, mientras tu marido disfrutaba de mí.

La frase golpeó a Cecily como un puñetazo. Por un momento no pudo respirar; no fue primero el dolor sino la incredulidad.

Detrás de Cordelia, la puerta del estudio se abrió de nuevo y la voz de Nathaniel tronó por el pasillo, cruda de furia. Su abrigo estaba a medio abotonar; la mirada, descontrolada.

—¡Miss Ashbury! —rugió—

Cordelia, con lágrimas que brillaban como perlas falsas, susurró: —¿Qué te pasa, Nathan? ¿No has tenido suficiente?

—¿Suficiente de qué? —estalló Nathaniel—. ¿De qué hablas?

El corazón de Cecily martillaba. Las piernas le flaquearon. —Nathan… ¿qué está pasando? —su voz tembló como vidrio.

La señora Pembroke dejó escapar un jadeo, llevándose la mano a la boca. —¡Dios mío! ¡Qué escándalo!

Nathaniel dio un paso hacia Cecily, la desesperación quebrando su voz. —Cecily, escúchame. Le dije que se fuera de Greystone, como acordamos. Se negó. Intentó—

—¡Deja de mentir! —gritó Cordelia, chillando, girando hacia él—. ¿Me acusas después de todo lo que compartimos? ¿De lo que hicimos?

El rostro de Nathaniel palideció. —Tú— vil y manipuladora —empezó, pero la interrumpió la voz firme y mordaz de la señora Pembroke, que se puso entre ellos. —¡Basta! —clamó—. ¡Su Gracia, esto es una deshonra! ¡¿Le golpearía usted a una mujer en su propia casa?! ¡No es mejor que su padre!

Las palabras detuvieron a Nathaniel. Su mandíbula se apretó; los puños le blanquearon. Por un instante buscó a Cecily como quien

busca un salvavidas en una tormenta. Cuando habló de nuevo, la cólera temblaba en su voz contenida. —No soy mi padre.

Las lágrimas de Cecily fluyeron ahora sin control. Todo se volvió borroso; solo percibía el golpe de su propio pulso. —¡Echéla de mi vista! —gritó finalmente Nathaniel.

Cordelia sollozó más fuerte, ocultando el rostro en el hombro de la señora Pembroke, que la condujo lejos murmurando sentimientos que olían a veneno.

La última imagen que vio Cecily fue el rostro de Nathaniel, pálido por la furia y la angustia, antes de que la oscuridad la envolviera. Afuera, el mar golpeaba los acantilados con rabia, testigo del desastre que había previsto desde hacía tiempo.

Forty Three

Bajo la luz del juramento



Oscuridad.

Presionaba suavemente contra sus párpados, pesada, implacable.

Cuando Cecily abrió los ojos, todo le pareció lejano, como si emergiera lentamente desde el fondo de un lago profundo. La garganta le ardía. Los brazos y las piernas le pesaban como plomo. Y las mejillas… húmedas por lágrimas que no recordaba haber derramado.

La luz de la luna se derramaba en cintas pálidas sobre la habitación, rozando el borde de la cama donde yacía. Por un momento, no supo distinguir entre sueño y recuerdo, hasta que todo regresó como una ola que la ahogó.

Cordelia.

La puerta del estudio.

El vestido desgarrado.

La voz de Nathaniel gritando su nombre.

El pecho se le contrajo. Un sollozo subió antes de que pudiera contenerlo.

—Nathan —susurró. Su voz se quebró al pronunciarlo.

El sonido perturbó la quietud.

Nathaniel estaba sentado en la silla junto a su cama, la cabeza apoyada en una mano, el cansancio marcado en cada línea de su rostro. Al oírla, alzó la vista de golpe. El alivio y la incredulidad se mezclaron en su mirada.

—Cecily… —su voz tembló. En un instante estuvo a su lado, tomando su mano con temor, como si temiera que se desvaneciera otra vez—. Estás despierta.

Sus labios se separaron; su voz era apenas un aliento. —Nathan…

Él cayó de rodillas junto a la cama, sus dedos temblorosos aferrados a los de ella.

—Cecily, por favor… escúchame. No hice nada con tu hermana. Debes creerme. No soportaría que no lo hicieras.

Las lágrimas regresaron, brillando en sus ojos. Su voz se quebró.

—No… no soporto imaginarte con ella.

La respuesta de Nathaniel llegó áspera, urgente. —No tienes nada que imaginar, Cecily. Porque nada ocurrió. Solo le dije a Cordelia que debía irse de Greystone, y ella lo torció, lo convirtió en esta locura. Quiere destruir lo que tenemos.

Tomó su rostro entre las manos, los pulgares borrando las lágrimas que seguían cayendo.

—Por favor, Cecily, te lo juro. Por la tumba de mi madre, por mi propia vida, jamás te he traicionado.

El cuerpo de ella tembló en silencio. Era demasiado: el dolor, la confusión, el amor que se negaba a morir incluso bajo el peso de la

humillación.

—Tengo miedo —susurró—. Miedo y tanta confusión, Nathan. Ya no sé en qué creer.

—Entonces créeme a mí —dijo él con voz ronca—. Eso es todo lo que te pido. Enfrentaremos lo demás cuando llegue el momento. Pero ahora… ahora debes creerme. Por favor.

Apoyó la frente contra la de ella, el aliento entrecortado.

—Por el alma de mi madre, Cecily… jamás te haría daño.

Algo en su voz —el quiebre, la súplica desnuda— desgarró su desesperación. Lentamente, con un esfuerzo tembloroso, Cecily alzó la mano y la apoyó en su mejilla. Su piel estaba fría, la mandíbula tensa bajo su palma.

Su voz fue un suspiro. —Te creo, Nathan.

Un sonido roto escapó de él, mitad sollozo, mitad alivio. Se inclinó hacia adelante, rodeándola con los brazos, aferrándola con fuerza, como si temiera soltarla. Su respiración era áspera contra su cuello, y Cecily sintió el temblor de su cuerpo al liberar al fin el miedo.

—Gracias —murmuró con la voz quebrada—. Dios, Cecily, gracias. Creí haberte perdido. Cuando caíste desmayada, cuando no despertabas… nunca sentí tanto terror. Pensé que creerías en ella antes que en mí.

Las manos de Cecily se alzaron hacia su cabello, acariciándolo con dulzura. —No, Nathan. Conozco tu corazón. Conozco al hombre que eres.

Él exhaló, el sonido temblando en el aire, pesado como si respirara dolor.

—Todo está en ruinas —murmuró ella tras un largo silencio—. ¿Qué haremos ahora?

Nathaniel levantó la cabeza, los ojos enrojecidos por el cansancio. —Pensaremos en eso después. Por ahora… —Su voz bajó, frágil—. Déjame quedarme así. Solo un momento más. Déjame olvidar cómo fue verte inconsciente, pensar que no volverías a abrir los ojos.

Cecily asintió, las lágrimas deslizándose silenciosas. —Solo un momento —susurró.

Él se movió sin palabras, subiendo a la cama y recostándose junto a ella. Se acomodó cerca, la cabeza apoyada sobre su pecho, la mejilla rozando el hueco de su hombro. Su cuerpo era pesado, tenso, cada respiración un esfuerzo.

Cecily lo miró en silencio. En la pálida luz, ya no parecía un duque, ni un soldado. Parecía un muchacho cansado, despojado de todo, salvo de su humanidad. Su mano se alzó hacia su cabello, dudó un instante y luego lo acarició con suavidad.

Los mechones estaban ásperos aún por la sal y el humo. Con cada caricia lenta, su respiración se fue calmando. La rigidez de sus hombros cedió y, poco a poco, su cuerpo se quedó quieto, entregado al sueño.

Ella permaneció así, contemplándolo. La luz plateada dibujaba la línea de su mandíbula, el leve ceño que ni el descanso lograba borrar. Parecía en paz ahora, frágil incluso, como si su toque fuese lo único que alejaba a la oscuridad.

Se inclinó y besó su cabello, aún impregnado del aroma del fuego. Su calor llenó el hueco que había dejado el miedo. Él siempre

había sido su fuerza, su escudo frente al mundo. Pero esa noche, él era quien necesitaba refugio.

Sus dedos siguieron moviéndose en su cabello, trazando círculos lentos, apaciguadores.

Y, sin embargo, Cecily no podía quedarse quieta.

El veneno de las mentiras de Cordelia ardía bajo su piel como una astilla. No soportaba la idea de permanecer inmóvil mientras la falsedad se extendía por su casa y por el nombre de su esposo.

Su mente comenzó a moverse. La mentira de Cordelia no había sido un arrebato; era un acto calculado, premeditado con precisión. Y si fue planeado, debía tener un fallo. Alguien había visto algo: un sirviente, una doncella, un guardia de paso. En algún rincón del día, la verdad esperaba ser hallada.

Testigos.

La palabra resonó en su mente como una campana.

Recordó *Los misterios de Udolfo*, el libro que una vez escondió bajo su bastidor de bordado. La heroína descubría secretos no por fuerza, sino por observación, por el valor de mirar donde otros apartaban la vista.

El pensamiento encendió una chispa de resolución en su pecho cansado. Miró a Nathaniel de nuevo, dormido, el rostro relajado, y el corazón se le encogió. Se inclinó y, con voz temblorosa, le susurró una promesa:

—Duerme tranquilo, mi amor. Yo defenderé tu honor. Hallaré la verdad. Y devolveré la paz que hemos perdido.

Afuera, la luna se elevaba más alto, pálida y distante, su reflejo temblando sobre el mar inquieto.

Greystone dormía, envuelto en silencio.

Pero la tormenta aún no había terminado.

Y, por primera vez desde aquella noche maldita, la Duquesa de Greystone ya no lloraba. Planeaba.

Forty Four

La Verdad Entre Cenizas



El amanecer llegó gris y contenido, un velo de niebla colgando sobre las torres de Greystone.

Cecily se levantó antes de que el sol emergiera por completo del borde del mar; su mente ya estaba fija en la tarea que la esperaba.

Cuando Mary entró en la estancia, la Duquesa estaba sentada en su escritorio, la pluma deslizándose con firmeza sobre una hoja de papel.

—Esta lista —dijo Cecily con voz baja, doblando la nota—. Averigua quiénes están de servicio entre ellos y mándalos a la sala de lectura, uno por uno. Nadie debe cruzarse con otro. Y, Mary… no hables de esto con nadie.

El ceño de la doncella se frunció. —Por supuesto, Su Gracia.

Cuando Mary hizo una reverencia y se retiró, Cecily permitió que un solo suspiro escapara de sus labios.

Si flaqueo ahora, pensó, *lo destruirán.*

La primera en entrar fue Lila, la doncella que había atendido el estudio del Duque la tarde anterior. El delantal arrugado, el rostro

pálido de nervios.

—Siéntate, hija —dijo Cecily con dulzura—. Solo necesito tu memoria de ayer. Entre las dos y las dos y media. ¿Quién entró en el estudio y quién salió?

Lila entrelazó las manos con fuerza. —Su Gracia regresó a las dos en punto, Su Gracia. El capitán Hale estaba con él. Ambos estaban cubiertos de hollín por el incendio. El señor Alden mandó traer agua y toallas.

—¿Y después? —insistió Cecily.

—Hablaron brevemente. Diez minutos, quizá. El capitán Hale se marchó cuando el reloj dio las dos. Lo sé porque estaba quitando el polvo del pasillo y lo escuché. Entonces Su Gracia llamó a la señorita Ashbury.

La voz de Cecily se mantuvo suave. —¿A qué hora?

—Justo después de la campanada, Su Gracia. Alrededor de las dos y cuarto.

Ella asintió. —Eso es todo, Lila. Has sido de gran ayuda.

La siguiente fue el señor Alden, el mayordomo, cuyo semblante serio apenas podía disimular su curiosidad.

—Vio usted a mi hermana ayer —empezó Cecily—. ¿A qué hora fue?

—A las dos y quince, Su Gracia —respondió sin vacilar—. Estaba conmigo en el comedor. Hablamos del menú hasta que vino una doncella a buscarla para el estudio del Duque. Lo recuerdo bien: el reloj de la repisa acababa de sonar cuando salió.

Cecily le agradeció con una inclinación. Otra pieza del rompecabezas.

La tercera fue Annie, la doncella personal de Cordelia. Entró con pasos indecisos, los ojos saltando de un rincón a otro.

—No temas —dijo Cecily con suavidad—. Solo deseo saber lo que viste ayer. Dime, ¿a qué hora salió mi hermana de su habitación?

Annie retorció el borde de su delantal. —Cerca de las dos, Su Gracia. Estaba de muy buen humor, me pidió que planchara su vestido lila y le trajera el chal. Dijo que iba a tomar el té con el señor Alden.

La mirada de Cecily se agudizó. —¿Y cuándo volvió?

La doncella dudó. —No mucho después, Su Gracia. Quince minutos, quizá menos. El vestido tenía la manga rasgada. Me despidió enseguida.

El tono de Cecily se mantuvo medido. —¿No notaste nada más?

—No, Su Gracia. Solo parecía alterada… enfadada, tal vez.

—Gracias —murmuró Cecily—. Has hecho bien.

Cuando la muchacha se marchó, Cecily dejó caer la pluma junto a sus notas. Las piezas estaban allí —las horas, los movimientos, las distancias—, pero aún no formaban el contorno completo de la verdad.

Se reclinó, el cansancio oprimiéndole las sienes. Su mirada se perdió en la luz tenue que se filtraba por el ventanal.

Si fracaso, Nathan llevará su mentira para siempre.

Su mente regresó a la imagen de él dormido la noche anterior, su cuerpo cálido junto al suyo, el olor a humo en su cabello, la marca de hollín en su mejilla.

Había venido a ella directamente desde el incendio, aún cubierto de ceniza.

Sus ojos se abrieron de golpe.

El abrigo.

Se levantó de un salto. —¡Mary!

La doncella acudió de inmediato, sobresaltada. —¿Su Gracia?

—Llévame a la lavandería —ordenó Cecily—. Ahora.

La lavandería era un vapor de agua y jabón, el aire espeso con el olor a tela húmeda. Cecily se abrió paso entre los toneles hasta hallar a la jefa lavandera.

—Las prendas del Duque de anoche, ¿han sido lavadas?

—No, Su Gracia —respondió la mujer—. Temimos arruinar la tela. El hollín está muy impregnado.

—Tráigamelas.

La mujer obedeció, regresando con un abrigo y un chaleco oscurecidos por el humo. Cecily los tomó, aspirando el olor acre. La prueba aún estaba allí, prendida en cada costura.

—¿Y el vestido de la señorita Ashbury?

—Está guardado en el arcón, Su Gracia. Rasgado en la manga, pero limpio como el primer día.

Cecily cruzó la habitación, levantando el vestido lila entre sus manos enguantadas. Ni una mancha de hollín. Solo perfume: dulce, empalagoso, falso.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. —Mary —susurró—, guarda esto con cuidado. Que nadie lo toque. ¿Entendido?

—Sí, Su Gracia.

—Bien —dijo Cecily con voz baja pero firme—. Ahora iremos a ver al capitán Hale.

El establo olía a heno y madera húmeda. El capitán estaba junto a la puerta, cepillando el polvo de su abrigo cuando ella se acercó.

—Su Gracia —saludó, inclinándose.

—No le quitaré mucho tiempo —dijo Cecily—. Solo necesito claridad sobre ayer. ¿A qué hora regresaron del incendio?

—A las dos en punto, Su Gracia —respondió sin titubeos—. El reloj dio justo al entrar por la verja. Recuerdo que le dije a Su Gracia que moría de hambre, y él rió, diciendo que también había perdido el desayuno.

Los labios de Cecily se curvaron levemente. —¿Y lo dejó a qué hora?

—A las dos y diez, Su Gracia. Me dio órdenes para la guardia matutina. Vi el reloj del corredor al salir, marcaba el décimo minuto.

Su pulso se aceleró. —¿Y su abrigo de anoche, lo conserva aún?

—Así es, Su Gracia. Aún apesta a humo.

—Guárdelo —dijo Cecily en voz baja—. Pronto comprenderá por qué.

El capitán frunció el ceño, desconcertado, pero se inclinó. —Como ordene, Su Gracia.

Cecily se volvió para marcharse… y entonces escuchó pasos apresurados resonando por el pasillo.

—¡Cecily!

Nathaniel apareció al final del corredor, sin aliento, el cabello algo despeinado, los ojos sombreados por el miedo. Llevaba el abrigo medio abrochado, como si hubiera salido corriendo. Al alcanzarla, le tomó los hombros, firme pero temblando levemente de alivio.

—¿Dónde estabas? —preguntó con voz áspera—. Desperté y no estabas. Por un momento pensé… —se detuvo, apretando la mandíbula—. Pensé que te había perdido.

Cecily alzó la mirada, el rostro sereno aunque el corazón le latía con fuerza. —Nunca te dejaría —dijo suavemente—. Pero ya no puedo quedarme quieta mientras las mentiras envenenan esta casa.

La mirada de Nathaniel descendió hacia las prendas en sus brazos: el abrigo manchado de hollín y el vestido lila doblado a su lado. La confusión dio paso a la comprensión.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con voz baja.

—Pruebas —respondió Cecily, con firmeza—. Y hoy todo terminará.

Él la observó en silencio un instante, buscando en sus ojos. —Cecily, ¿qué planeas hacer?

—Lo sabrás pronto —replicó ella, con calma, con la compostura de una reina antes del juicio—. Ahora tu deber es reunir a todos en Greystone: los sirvientes, los administradores, la señora Pembroke… incluso mi hermana. Llévalos al Gran Salón al mediodía.

Apretó el abrigo entre sus manos, el tenue olor a humo elevándose entre ambos.

—Es hora —susurró—. Hora de que la verdad sea pronunciada ante todos.

Forty Five

La Verdad entre Cenizas



La luz del mediodía cayó pálida y fría sobre Greystone.

Fuera del Gran Salón, los corredores murmuraban con voces: cortantes, nerviosas, hambrientas. Los criados se apiñaban junto a las puertas, susurros enroscándose por el aire como humo.

Y entre ellos, una voz se alzó por encima del resto.

La de Cordelia.

—…me utilizó —decía, con un tono que se quebraba en fingida aflicción—. Me desechó después de tomar lo que quería, después de decirme que mi hermana era demasiado ingenua, demasiado aburrida, demasiado invisible para satisfacerle.

Un jadeo recorrió a los sirvientes reunidos. Las palabras mordían: escandalosas, íntimas.

—Me dijo que yo era la que le entendía —continuó Cordelia, la voz temblando lo suficiente para sonar sincera—. Que yo debía haber sido la duquesa desde el principio. Pero el destino, dijo, fue cruel… que él ya había quedado atrapado en matrimonio con mi tonta hermanita.

Siguieron murmullos, suaves y viperinos. Alguien susurró: «Pobre señorita Ashbury», otro: «¿El propio duque lo admitió?»

Y luego, silencio.

Las pesadas puertas se abrieron.

Cecily entró, de la mano de Nathaniel. Caminaron juntos hacia el vasto salón de mármol; su presencia llenó el espacio con gravedad súbita. Los susurros murieron de inmediato, sofocados por el peso de lo que tenían ante sí: una duquesa, serena e inflexible, y el Duque de Greystone a su lado, la furia apenas contenida bajo la superficie.

La mirada de Nathaniel barrrió la sala como una cuchilla.

—¿Cómo —dijo, con voz baja y atronadora— puede arraigar la falsedad bajo mi techo? ¿Bajo mi autoridad?

Avanzó un paso más, el semblante tallado en piedra. —No toleraré que esta casa se manche con escándalos baratos.

El labio de Cordelia tembló. Se incorporó de la silla, los ojos brillando con lágrimas demasiado calculadas para ser verdad.

—¡No es falso! —clamó—. Aquella tarde me llamó usted al estudio; dijo que estaba cansado de la blandura de Cecily, de su ingenuidad. Dijo que quería a alguien que le igualara.

La mandíbula de Nathan se apretó.

—Mientes —dijo él en voz baja.

Ella dio un paso hacia él, la voz quebrada con teatral nobleza. —¿Miente? Usted me dijo que yo le hacía sentir vivo de nuevo. Me dijo que me amaba, que yo hubiera debido ser la duquesa. ¡Pero ya estaba casado con ella!

La multitud inhaló con violencia; el salón pareció encogerse hasta no poder contener la tensión.

La voz de Nathaniel estalló. —¡Basta! ¿Se atreve a torcer mis palabras en inmundicia? ¡Jamás la toqué, ni un solo cabello de su cabeza!

Cordelia sollozó, llevándose las manos al rostro. —¡No finjas, Nathan! Te perdonaría. Incluso aceptaría ser tu segunda esposa.

La señora Pembroke dejó escapar un leve jadeo y posó una mano consoladora en su hombro.

La cólera de Nathaniel rompió su última contención. Sus puños se cerraron, los hombros temblaron con el esfuerzo de permanecer inmóvil. —Por Dios, cállate.

Su voz era baja pero temblorosa de rabia contenida. —No vuelvas a pronunciar mi nombre en esta casa, ni en mi presencia.

Pero antes de que su furia encontrara forma, la mano de Cecily se alzó con suavidad y se posó sobre su pecho.

—Basta, Nathan —dijo ella, en voz apacible. Su toque lo sosegó, como un susurro en medio de la tormenta.

Su respiración era dura y breve. Se volvió hacia ella, la mandíbula todavía tensa, la voz hecha trizas. —Si no fuera tu hermana, Cecily, estaría pudriéndose en una celda. O enterrada por mi espada.

La voz de Cecily fue calma, casi tierna. —Si hicieras eso, dirían que no eres distinto de tu padre, Nathan. Y la verdad moriría bajo el escándalo.

Su pulgar rozó el borde de su casaca; su mirada no vaciló. —Confía en mí. Déjame poner fin a esto.

Nathaniel la contempló un instante; el fuego en sus ojos se suavizó en algo más profundo. Asintió despacio. —Muy bien, esposa mía. Confío en ti.

Y con eso, Cecily dio un paso al frente, dejando a Nathaniel atrás como la sombra de su fuerza.

—Silencio —dijo con claridad—. Si la verdad va a ser juzgada, que se haga ante todos.

Los sirvientes obedecieron. Todas las miradas se fijaron en ella.

Cordelia observaba, la respiración entrecortada, actriz temblorosa que había olvidado su papel.

—Capitán Hale —dijo Cecily, la voz fría y pulida como cristal—. Usted acompañó al Duque al incendio anoche, ¿no es cierto?

—Sí, Su Gracia —contestó él, inclinándose con rigidez—. Volvimos después de las dos. El Duque estaba exhausto y cubierto de hollín.

—¿Y después de su regreso? —preguntó ella.

—Dio instrucciones para las labores de recuperación. Miré el reloj; marcaba las dos y diez.

Cecily se volvió hacia Lila, la doncella junto a la puerta. —¿A qué hora llamó Su Gracia a la señorita Ashbury?

—A las dos y quince, Su Gracia. Me mandaron a buscarla al estudio.

—¿Y dónde estaba ella entonces?

—Con el señor Alden, Su Gracia —dijo Lila en voz baja—. Estaban revisando el horario de la cena.

La mirada de Cecily se posó en el señor Alden. —¿Lo confirma?

El mayordomo inclinó la cabeza. —Así es, Su Gracia. El reloj acababa de dar la cuarta parte.

Cecily asintió una vez. —Entonces mi hermana entró al estudio del Duque a las dos y quince.

Su tono se mantuvo sereno, casi tierno. —Y yo regresé a Greystone a las dos y veinte. El reloj del corredor este marcaba la hora.

Un leve oleaje de inquietud recorrió la sala.

—Cinco minutos —dijo Cecily en voz baja—. Apenas tiempo para respirar, y menos aún para traición.

El rostro de Cordelia se tornó pálido. —¡No se mide el pecado por minutos!

—No mido el pecado —replicó Cecily con quietud—. Mido la verdad.

Su mirada se desplazó hacia las puertas. —Traigan las prendas.

Entraron dos lavanderas con ropa doblada: la casaca manchada de hollín del Duque, el sobretodo del capitán, y el vestido lila de Cordelia.

Cecily tomó primero el abrigo de su marido. Al levantarlo, el olor acre del humo llenó la sala. —El Duque vino directo del incendio —dijo—. El hollín se adhiere a su abrigo; la quemadura en la manga no miente. El fuego no engaña.

El capitán Hale alzó el puño, manchado de ceniza. —Lo mismo, Su Gracia.

Entonces Cecily se volvió hacia el vestido de su hermana. La seda brillaba, impecable; un perfume leve flotaba en su tela, sin rastro de humo, de ardor, ni de verdad.

—Si realmente compartiste la cama con quien pasó entre las llamas —dijo Cecily—, ¿no habría quedado el fuego adherido a

ambos?

La respiración de Cordelia se entrecortó.

—Y, sin embargo —continuó Cecily, con voz serena y despiadada —, te presentas aquí limpia y pulida como la mentira que has construido.

Un murmullo colectivo recorrió el salón: la incredulidad tornándose en comprensión, la comprensión en vergüenza.

La compostura de Cordelia se quebró. —¡Tú retuerces todo! —gritó—. ¿Crees que te creerán a ti en vez de a mí?

El tono de Cecily se suavizó, la piedad imbuida de acero. —No, Cordelia. No pido que me crean a mí. Pido que crean lo que ven.

La máscara de Cordelia se hizo añicos. Miró a la señora Pembroke: —¿Me crees, no? —suplicó.

La señora Pembroke vaciló, el rostro pálido. —Señorita Ashbury… yo—

Cordelia giró con desesperación hacia el señor Alden. —¡Dilo! ¡Viste cómo me miraba!

El señor Alden apretó la mandíbula. —Solo vi su engaño, señorita. Fui un tonto por no verlo antes.

Cordelia retrocedió, desvanecida de color.

Cecily dio un paso lento al frente. Su voz fue baja, resonante, la clase de voz que aplaca tormentas. —Las mentiras pueden brillar, hermana —dijo—, pero al ser expuestas se consumen en ceniza.

Cordelia tembló. —Has ganado —susurró con la voz rota—. Me has quitado todo.

La expresión de Cecily se ablandó. —No, Cordelia. No te quité nada. Lo entregaste tú misma.

El salón quedó en un silencio absoluto.

—Señorita Ashbury —dijo finalmente Cecily, con voz firme y regia —, partirás de Greystone antes de que se ponga el sol. Un carruaje te llevará adonde desees. Pero no volverás.

La última súplica de Cordelia se desvaneció. —Nathaniel, por favor—

La respuesta de Nathaniel fue apenas audible, pero cerró todo. —Cecily ha hablado por los dos.

El sollozo de Cordelia rompió el silencio. Luego huyó, sus gritos resonando por el corredor hasta que el eco fue devorado por la quietud.

Cuando las puertas se cerraron, el aliento de Cecily tembló. Nathaniel estuvo junto a ella al instante, sus manos encontrando las suyas.

—Mi valiente, brillante Cecily —susurró—. Me has salvado.

Ella negó con la cabeza, las lágrimas brillando en la luz pálida. —No. Solo salvé la verdad.

Él cupo su rostro entre las manos, la voz llena de asombro. —Entonces has salvado mucho más.

A su alrededor, los criados inclinaron la cabeza, no ante el Duque, sino ante la Duquesa que había restaurado su nombre.

Cecily se apoyó en su pecho; el leve aroma a humo todavía se pegaba a su abrigo, ya no como ruina sino como prueba de lo que habían sufrido.

Afuera, el viento barrió las ventanas abiertas, llevándose los últimos susurros de ceniza.

Nathaniel bajó la cabeza hasta rozar la suya. —Desde hoy, Cecily —murmuró—, ninguna sombra volverá a ponerse entre nosotros.

Ella alzó la vista, la voz convertida en juramento sereno. —Y yo no permitiré que lo haga.

Y allí, en el silencio que siguió, Greystone pareció renacer: sus salas limpias, su verdad restaurada, su Duquesa victoriosa.

Forty Six

Después de la Tormenta



La tormenta había pasado.

Al caer la tarde, Greystone permanecía en silencio, bañado en oro bajo el sol poniente. Muy abajo, el mar centelleaba, ya sin furia, con olas que se curvaban suavemente contra los acantilados. Desde la torre más alta, la vista parecía infinita, el agua y el cielo fundiéndose como dos mitades de un mismo aliento.

Cecily se sentaba junto a la ventana ojival, el diario abierto sobre su regazo. La luz moribunda se derramaba sobre la página mientras la pluma avanzaba despacio, cada trazo cargado de propósito sereno. La tinta brillaba, húmeda y oscura; sus pensamientos se desplegaban como pétalos sobre el papel.

Escribía, esta vez, no para otros, sino para sí misma. Para la mujer en la que se había convertido.

El mundo debajo se había aquietado al fin. Solo el suspiro del mar y el suave rasgar de la pluma la acompañaban.

Entonces, detrás de ella, una voz familiar rompió el silencio.

—Ya he perdido la cuenta —dijo Nathaniel con dulzura— de cuántas veces me sobresalto cada vez que desapareces.

Cecily giró, sorprendida apenas un instante, y luego sonrió, la luz del sol atrapándose en su cabello.

—No tienes por qué buscarme, Nathan. No pienso ir a ningún lado.

Él dio un paso más, sus botas mudas sobre el suelo de piedra.

—Entonces no puedo prometer no buscarte —murmuró—. Sabes cómo se siente: como si la marea me arrastrara cada vez que te pierdo de vista… y solo vuelvo a respirar cuando te encuentro.

La sonrisa de Cecily se suavizó.

—Entonces es una dicha que compartamos el mismo mar, mi amor. Puedes alejarte cuanto quieras; siempre seré la orilla que te traiga de vuelta.

Los labios de Nathaniel se curvaron apenas; el peso de su mirada se disolvió en calidez.

—Un trato justo —dijo con voz baja—. Aunque recuerdo que prometimos venir aquí cuando el mundo se volviera demasiado pesado… para ser insensatos juntos.

—Entonces seamos insensatos —replicó Cecily, una risa temblando en la comisura de sus labios—. El mundo puede esperar.

Nathaniel se detuvo a su lado, la luz dorada delineando su perfil.

—¿Qué escribes, mi duquesa insensata?

Cecily se sonrojó y cerró el diario con rapidez.

—Cumplo mi promesa de escribir algo vergonzoso.

Él rió bajo.

—Entonces es justo que cumpla la mía: leerlo.

—¡Nathan! —protestó entre risas—. No puedes…

Pero él ya había deslizado el diario de sus manos, hojeando con una exagerada delicadeza.

—¿Lo leo en voz alta o lo disfruto en silencio? —bromeó.

—Eres imposible —murmuró ella, aunque su sonrisa la delataba.

Nathaniel comenzó a leer. Su voz, profunda y constante, llenó la torre con un sonido más íntimo que cualquier música.

Greystone se alza donde el mar toca el cielo,
donde rompieron las tormentas y sangró el silencio.
Sus muros guardan cada clamor,
y ahora cobijan la paz donde antes hubo miedo.
Dentro de sus salas, un corazón resistió,
una gracia callada, invisible, desconocida.
Y el amor, antes dudoso, antes velado,
erige su trono piedra sobre piedra.
Porque aun las cenizas conservan su fulgor,
y de la ruina nace la luz.
Los corazones más gentiles son los más valientes,
la calma que sigue a cada tormenta.

Nathaniel enmudeció. Permaneció un instante sobre la última línea, el pulgar rozando el borde de la página, como si se negara a dejarla ir.

Las mejillas de Cecily se encendieron.

—Suena extraño oír mis propias palabras en boca ajena.

—¿Extraño? —murmuró Nathaniel—. Si no fueras la Duquesa de Greystone, Inglaterra te habría reclamado como su poeta más preciada.

Ella lo miró incrédula.

—¡Nathaniel!

Él rió suavemente.

—Hablo en serio. Y me considero afortunado de haberte desposado antes de que un editor te descubriera.

Su risa se unió a la de él, clara y dulce.

—Eres absolutamente incorregible.

Le devolvió el diario, aún sonriendo.

—¿Recuerdas el día en que te encontré tinta en los dedos?

Cecily asintió.

—Y mi madre trató de cubrirme las manos, horrorizada, como si la tinta fuera un escándalo que pudiera lavar.

Nathaniel soltó una carcajada suave.

—Fue entonces cuando supe que eras mi tipo: una mujer capaz de mancharse las manos con tinta y aún conservar la gracia.

—Arruinaste mi sueño esa noche —le reprendió con fingida severidad—. Me dijiste que escribiera un poema.

—Entonces esta noche —susurró él, acercándola— podrás descansar… pero en mis brazos.

El aliento de Cecily se detuvo. Dudó apenas un instante antes de apoyarse contra él.

Los brazos de Nathaniel la envolvieron, firmes y seguros, su calor filtrándose en ella como la luz del sol después de la tormenta.

—Oh, mi dulce Cecily —murmuró—. Ya no eres la muchacha temblorosa que manchó sus manos de tinta, sino la Duquesa que gobierna Greystone con el trazo de una pluma.

La sonrisa de ella se curvó contra su pecho.

—Y fuiste tú quien me dio valor para sostener esa pluma, Nathaniel.

Nathaniel la miró —a la mujer que había enfrentado un imperio de rumores y lo había derribado solo con verdad y gracia—, y su voz descendió hasta el tono de la devoción.

—No tienes idea de lo que eres para mí, Cecily. Eres mi brújula, mi calma, mi coraje. Me habría perdido sin ti.

Los dedos de Cecily rozaron su mejilla, ligeros como pluma.

—Y tú eres mi ancla. Aun cuando el mundo dudó de nosotros, nunca caí del todo, porque estabas ahí para sostenerme.

El aliento de Nathaniel se estremeció.

—Me haces creer otra vez en lo que pensé haber perdido: el honor, el perdón… el amor.

Su mirada se suavizó.

—Entonces los dos hemos aprendido algo.

—¿Y qué es eso, mi amor? —preguntó él con una sonrisa tenue.

—Que el amor —susurró— no se encuentra en los grandes gestos ni en los votos pronunciados ante otros. Se halla en el silencio que sigue a la tormenta, en el valor de quedarse.

Los ojos de Nathaniel brillaron bajo el resplandor dorado del ocaso. Se inclinó y la besó, lento, reverente, un voto renovado sin palabras.

El beso se profundizó, sin prisa, con sabor a sal, a luz, y al fin de la tristeza.

Las manos de Cecily se aferraron al frente de su abrigo, acercándolo hasta que entre ambos solo quedó el calor y el latido de sus corazones.

Cuando se separaron, Nathaniel apoyó la frente contra la de ella.

—Cecily Greystone —murmuró—, eres todo lo que queda cuando el mundo calla.

Sus ojos relucieron, la sonrisa tan tierna como la luz.

—Y tú —susurró— eres todo lo que me atreví a esperar.

Afuera, el sol se hundió en el mar y las primeras estrellas despertaron.

El viento se elevó suavemente por la torre, llevando el aroma a sal y brezo, un soplo de algo puro, libre, eterno.

Greystone renacía.

Sus muros ya no resonaban con mentiras, sino con verdad, con risas, con el compás tranquilo de dos corazones entrelazados.

Y en aquella torre alta, bajo el cielo sin fin, el Duque y la Duquesa de Greystone hallaron lo que toda tormenta deja tras de sí… la paz, y el amor.

Epilogue



El otoño llegó suavemente a Greystone aquel año.

Los acantilados ardían en brezo y hojas doradas, los colores profundos bajo un sol apacible. Y en aquella tarde dorada, el castillo pareció despertar una vez más. Sus salones, que tanto tiempo habían guardado silencio, volvieron a llenarse de risas, de seda, de música.

Había comenzado el banquete de bodas de la Duquesa.

Desde la terraza hasta los jardines, cintas de marfil y oro colgaban de las balaustradas. Los candelabros de cristal derramaban destellos ámbar sobre los suelos de mármol, y las largas mesas relucían con plata, coronadas por lirios blancos, peras confitadas y rosas otoñales espolvoreadas con hoja de oro.

El aire era dulce, saturado de vino, miel y un tenue aroma a leña traído desde el mar.

Invitados de todos los rincones de la sociedad llenaban el salón de baile: duques y vizcondes, damas vestidas con sedas color perla y ocre, oficiales con uniforme de gala. Hasta los músicos bajo el arco adornado con guirnaldas parecían más livianos, sus violines entretejiéndose con el aire como hilos de luz.

En el corazón de todo, se erguía Cecily, Duquesa de Greystone.

Su vestido era de satén color champán pálido, suave como el amanecer, atrapando cada matiz del crepúsculo—oro, rosa, y el tenue rubor del atardecer. Un solo alfiler de diamante sostenía su cabello en una elegante media coleta, y en su muñeca brillaba el brazalete que una vez perteneció a la difunta duquesa, ahora devuelto a su legítima heredera.

Todas las miradas se volvían hacia ella al pasar. Las damas murmuraban sobre su gracia; los caballeros inclinaban la cabeza más de lo que el protocolo exigía.

Y Cecily sonreía. No con timidez, ni como una sombra entre otros, sino con la serena luz de una mujer que había aprendido a sostener su propio resplandor.

Lady Harrow se acercó primero, haciendo una reverencia con calidez y admiración.

—Su Gracia —suspiró encantada—, nunca he visto Greystone tan vivo. Han pasado años desde que se envió una invitación desde esta casa. La gente había empezado a olvidar lo fascinante que puede ser este lugar.

Cecily sonrió, la voz suave pero firme.

—Tal vez Greystone nunca perdió su belleza. Solo necesitaba un poco de luz nuevamente.

Los ojos de Lady Harrow brillaron.

—Y esa luz, Su Gracia, es usted.

Desde la esquina, Mary dirigía una línea de sirvientes que portaban bandejas de plata: faisanes asados con glaseado de romero, higos confitados, tartas de limón y miel, y altos pasteles de crema y violetas azucaradas.

La risa se propagó por la estancia cuando las copas tintinearon y comenzaron los brindis.

Hasta la orquesta parecía incapaz de mantener la solemnidad; el vals que tocaban resplandecía con pura alegría.

—Su Gracia —dijo una voz conocida.

Cecily giró. Sus padres se encontraban cerca del arco, inseguros, como si hubieran entrado en un sueño.

La mano enguantada de Lady Ashbury tembló al rozar la manga de su hija.

—Querida mía —susurró, con los ojos brillantes—, siempre fuiste tan callada… Nunca imaginamos…

Cecily sonrió, su expresión tranquila y orgullosa.

—¿Que pudiera convertirme en algo más?

Su madre asintió apenas.

—En que pudieras ser vista.

La mirada de Cecily se suavizó.

—Quizá nunca estuve oculta. Solo necesitaba abrir los ojos.

Lord Ashbury inclinó la cabeza ante Nathaniel, que se acercó con la calma de un hombre renacido.

Las leves cicatrices en su sien captaron la luz dorada, ya no como señales de dolor, sino de fortaleza. Cuando estrechó la mano del padre de Cecily, no hubo duda ni distancia, solo respeto.

—Ha criado a una mujer extraordinaria —dijo Nathaniel, con voz baja y sincera—. Mi mayor fortuna es que se llame mía.

Lady Ashbury sonrió entre lágrimas.

—Y la nuestra, que haya encontrado a alguien que verdaderamente la vea.

La orquesta alzó su melodía, y Nathaniel se volvió hacia Cecily, ofreciéndole la mano.

—¿Me concede esta danza, Duquesa?

—La concedo, Su Gracia —respondió ella, la voz cálida y segura.

Avanzaron hacia el centro. La multitud se apartó, formando un amplio círculo a su alrededor.

Los candelabros centelleaban sobre ellos, esparciendo reflejos dorados mientras el vals comenzaba: la misma melodía que había sonado la noche de su primer baile.

Mientras giraban, Nathaniel esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Recuerdas nuestro primer baile? —murmuró—. Te dije: en el siguiente, intenta no pisarme los pies.

Cecily rió, los ojos radiantes.

—Lo recuerdo. Y para el segundo baile, ya éramos aliados.

—Míranos ahora —dijo él suavemente, atrayéndola más cerca—. Ya no aliados, sino iguales.

Su mirada se alzó hacia la de él.

—Y compañeros, en cada paso.

La música los envolvía, sus movimientos tan naturales que parecía que sus corazones habían aprendido el ritmo mucho antes que sus pies.

El vestido de Cecily brillaba como la luz sobre el agua; la mano de Nathaniel reposaba firme en su espalda, guiándola con una devoción tranquila.

Cuando la última nota se desvaneció, el aplauso llenó el salón. Cecily hizo una reverencia elegante; Nathaniel se inclinó junto a ella, los ojos aún fijos en los suyos.

El aplauso no cesó enseguida: era un homenaje no solo a la belleza, sino al amor que había sobrevivido a toda tormenta.

Cuando el sonido por fin se extinguió, Nathaniel se inclinó hacia ella, la voz baja.

—¿Dejamos el salón a los juerguistas, mi amor?

La sonrisa de Cecily se curvó como un rayo de luna.

—Pensé que nunca lo pedirías.

Tomó su mano y juntos salieron por las puertas de la terraza hacia la noche otoñal.

Los jardines se extendían ante ellos, iluminados por cientos de faroles que se mecían con la brisa marina. Las estrellas titilaban arriba, reflejándose en las fuentes de mármol abajo.

Se detuvieron junto a la balaustrada, el mar brillando oscuro y profundo más allá de los acantilados.

Cecily apoyó la cabeza en el hombro de Nathaniel.

—¿Oyes eso? —susurró.

—¿El mar? —preguntó él.

Ella asintió.

—Suena distinto esta noche.

Nathaniel sonrió apenas.

—Suena en paz.

Cecily se volvió hacia él, los ojos luminosos bajo la luz de los faroles.

—Como nosotros.

Él la besó entonces: un beso lleno de risa y promesa, de finales y comienzos.

Un beso que ya no pedía pruebas, solo eternidad.

Y cuando por fin se separaron, el castillo detrás de ellos resplandecía con calor y luz.

El corazón de Greystone renacido bajo el reinado de la verdad, el valor y el amor.

Porque al final, la muchacha callada que una vez vivió a la sombra de su hermana se había convertido en la luz que los guiaría a todos.

Afterword



Hay historias que comienzan en el fuego,

y otras que nacen en el silencio.

Esta comenzó con ambos.

Cuando imaginé por primera vez a Nathaniel Greystone, pensé en un hombre moldeado por la pérdida, alguien que había aprendido a caminar por la vida con el peso de la memoria en los huesos.

Pero a medida que su historia se desplegaba, comprendí que nunca estuvo destinado a ser solo un hombre de cicatrices o de dolor. Era la prueba de que incluso aquello que ha sido roto puede aún proteger, aún amar, y aún encontrar belleza entre las ruinas.

Y Cecily nunca fue pensada como su simple contrario.

Nació de la obediencia callada, de una joven enseñada a ceder y a complacer; pero su dulzura escondía una fuerza que ni Nathaniel ni el mundo esperaban.

A través de su valor, me recordó que la ternura no es debilidad, y que incluso el corazón más suave puede sostener a otro en medio de la tormenta.

Su amor no nació de la perfección, sino del reconocimiento.

Vieron en el otro lo que el mundo se negaba a ver: que el dolor y la gracia pueden habitar en un mismo corazón, que las heridas pueden coexistir con el amor.

Perdonar.

Tender la mano.

Permanecer.

Estos fueron sus actos de desafío.

Si esta historia me ha enseñado algo, es que el amor no borra las cicatrices. Aprende a vivir junto a ellas.

Y en esa aceptación silenciosa, comienza algo más fuerte, más verdadero.

A cada lector que ha caminado con Nathaniel y Cecily a lo largo de su viaje, gracias.

Que su coraje les recuerde que incluso los corazones más gentiles pueden sobrevivir al fuego.

Y que siempre crean, como ellos lo hicieron,

que tras la oscuridad, la luz regresará.

Con amor y lágrimas de gratitud,

Francine Yorke